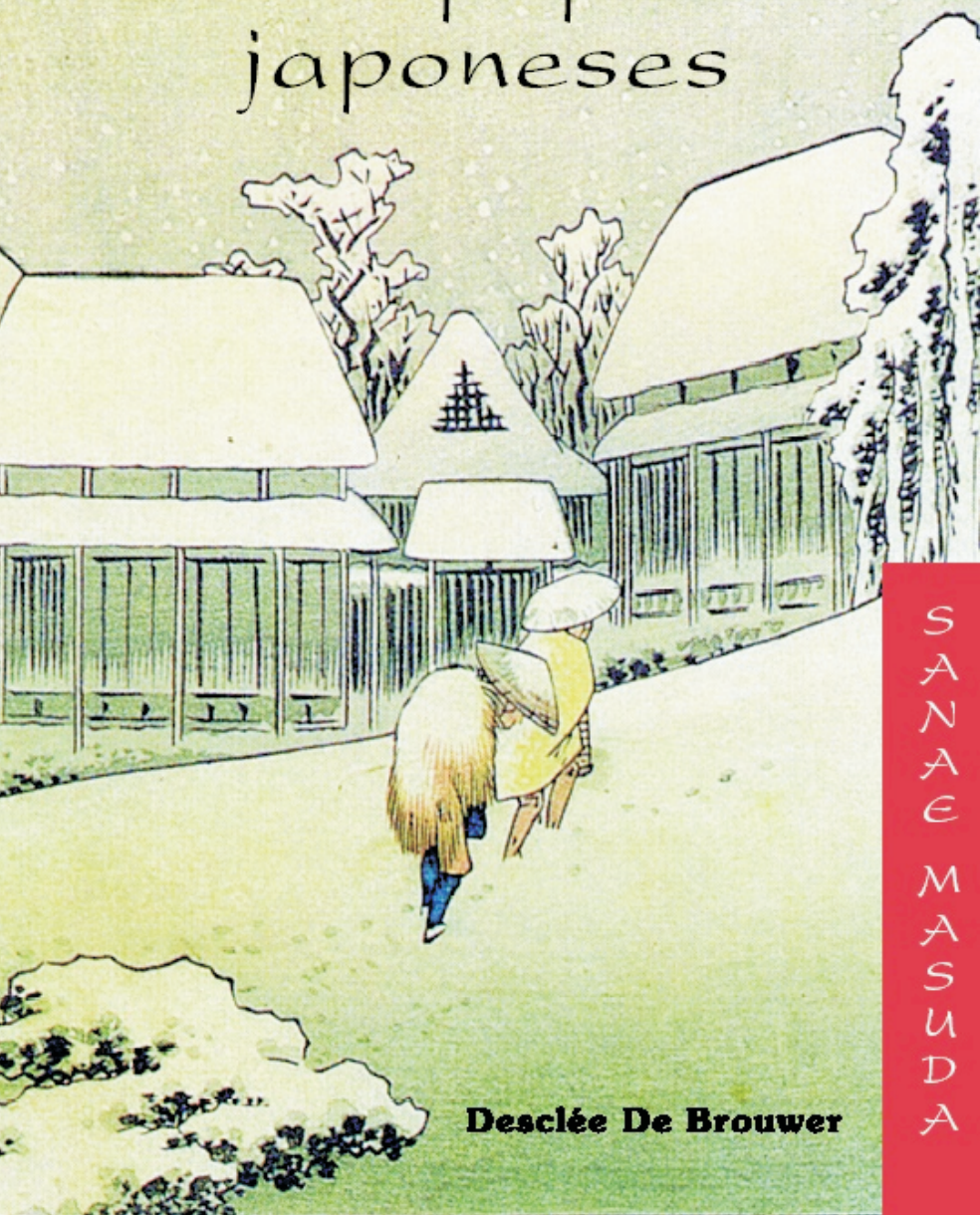


東海道
五拾五
里
浦原

la espiritualidad de los
cuentos populares
japoneses



Desclée De Brouwer

S
A
N
A
E
M
A
S
U
D
A

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS
CUENTOS POPULARES JAPONESES

SANAE MASUDA

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS
CUENTOS POPULARES JAPONESES

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

Título de la edición original:
Nihon Mukashi-banashi no Reisei
© 2002 Enderle Book Co., Ltd.
Tokyo, Japón.

Traducción del original japonés:
Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2007
Henao, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Impreso en España -Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-2196-0
Depósito Legal: BI-3569/07
Impresión: RGM, S.A. - Bilbao

ÍNDICE

PALABRAS DE PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN: EL CUENTO POPULAR Y LA ESPIRITUALIDAD HUMANA	13
1. ÁRBOLES Y ANIMALES	19
1.1. El blanco conejo de Inaba	19
1.2. El dios de la pobreza	29
1.3. “¡Avante, árbol parlante!”	46
1.4. El tejón tamborilero	60
2. LOS MÁS PEQUEÑOS	73
2.1. El divino “mocosillo”	73
2.2. La princesa Uriko (“Aroma de Melón”)	87
2.3. El bonzo enanito	101
3. DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ	123
3.1. La joven sin brazos	123
3.2. La oreja que escucha	144
3.3. Una llama para Año Nuevo	170
4. LO SAGRADO DE LA NATURALEZA HUMANA. LO SAGRADO DE LA SEXUALIDAD	193
4.1. El hígado de un niño	193
4.2. El holgazán Taroo	212
CONCLUSIÓN	245
AGRADECIMIENTOS	247
BIBLIOGRAFÍA	251

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Los cuentos populares que en este libro aparecen suponen, casi todos ellos, un reencuentro con tradiciones que los japoneses en general –sin distinción de edad ni de sexo– consideramos muy entrañables. Los estudiantes de la Universidad donde presto mis servicios leen también los cuentos de Grimm o los de Andersen; pero cuando se habla de cuentos populares japoneses suelen hacer un gesto de mirar a lo lejos, como evocando un mundo añorado. Pues nuestros cuentos les hacen revivir su infancia, cuando recibían su educación en el seno de una familia japonesa. Y es que esos cuentos están indisolublemente unidos al recuerdo de su familia, donde los escucharon, y al de los buenos amigos con quienes compartían el saber contarlos. Para los japoneses, estos cuentos populares constituyen una fuente de experiencias comunes –ya seamos conscientes de ellas, o no lo seamos– y también suponen una producción comunitaria, pues fueron creados y transmitidos por el pueblo.

Parece obvio decir que estos cuentos reflejan a lo vivo un mundo fuertemente imbuido de Shintoísmo –la religión primitiva del pueblo japonés– y de Budismo –que ha sido un factor básico para la espiritualidad de los japoneses desde la época medieval–. Con frecuencia salen a relucir en nuestros cuentos santuarios shintoístas y tem-

plos budistas. Y si observamos que por allí aparecen los dioses shintoístas, igualmente advertimos que hacen su aparición Buda y sus Bodisatvas. A pesar de ello, estos cuentos, que surgieron con una espontaneidad natural, que han sido narrados de unas generaciones a otras, que han sido leídos y amados como una tradición ininterrumpida..., no son especialmente vehículos transmisores de una fe religiosa, ni shintoísta ni budista. Es más: tampoco se hallan investidos de la misión de transmitir una moral establecida. Simplemente, han venido refiriéndonos las alegrías de los antiguos japoneses, sus tristezas, sus miedos, su temor reverencial, su sorpresa, su sufrimiento, su indignación..., las varias experiencias de la vida, en suma. Podría decirse que son la fuente de la psicología de los japoneses. Por eso, tanto los que escuchan esos cuentos como los que los leen han venido interpretándolos con gran libertad, adecuando sus enseñanzas en cada caso a su propia visión del mundo y a su propia religión. Durante el siglo veinte los estudios etnológicos –cuyo precursor ha sido Kunio Yanagida– y la importada Psicología Profunda han ayudado a desentrañar las raíces y contenido de dichos cuentos; y por ese medio se ha aclarado cada vez más la psicología y la espiritualidad de los japoneses, gracias al importante significado que en los cuentos se encierra.

La Hermana Sanae Masuda, al darnos esta obra, *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses*, nos trae el convencimiento de que la psicología de los japoneses –tal como se refleja en los cuentos–, lejos de entrar en contradicción alguna con la visión cristiana de las cosas, desde muy antiguo ha venido confluyendo inconscientemente con dicha visión –pues aquellos japoneses no tenían conocimiento del Evangelio–.

“El amor no es lo que una persona unilateralmente da; ¿no lo definiríamos más bien como algo que desencadena un intercambio afectivo entre personas?” El punto de vista que hay tras esta pregunta de la autora está descubriendo ciertamente –y mediante una metodología nueva– los veneros que alimentan la rica espiritualidad de los cuentos populares japoneses. Entre los especialistas contemporáneos en religión shintoísta, como Nagao Nishida y Takeshi Mitsuhashi, no pocos ven puntos de contacto y paralelismos abundantes entre la doctrina del cristianismo y la tradición Shinto. Y aún habríamos de añadir que tanto desde el mundo del shintoísmo como desde círculos cristianos se está fomentando mucho en los últimos años el diálogo inter-religioso. En la corriente de este nuestro tiempo ecuménico, que no cesa de fluir, la obra de la Hermana Masuda va a suponer una importante contribución al ecumenismo.

Haruko Okano

*Doctora en Filosofía por la Universidad de Bonn
Rectora de la Universidad Seisen (Tokyo)*

INTRODUCCIÓN: EL CUENTO POPULAR Y LA ESPIRITUALIDAD HUMANA

Desde muy remotos tiempos, la humanidad ha venido creyendo en un ser superior. Al encontrarse el ser humano con misterios de la naturaleza que le provocan sorpresa y miedo, como la temible muerte y otras catástrofes para él incontrolables, así como con circunstancias que le hacen sentirse agradecido –los frutos del campo, por ejemplo, o la bonanza del mar–, él ha buscado la explicación de todo ello en un ser que desborda los límites de la existencia humana.

Siendo esto así, la religión que brota de la vida y crece al amparo de la naturaleza se suele llamar generalmente “religión natural”, y sus rastros –concretamente en nuestro Japón– se van descubriendo desde la época prehistórica Joomon (Neolítico japonés, desde los albores del 8000 a.C., hasta el 200 a.C.). A partir de ciertos objetos que se han exhumado –como figurillas de arcilla, supuestos útiles de culto, etc.–, o bien de cementerios prehistóricos, que revelan la costumbre de enterrar, o también de ruinas de grandes lugares, posiblemente dedicados a la celebración..., se puede rastrear la existencia de una vida religiosa en dicha época.

La religión natural de Japón, si bien recibió influencias como la del Budismo, se desarrolló independientemente de bonzos u otros personajes religiosos, dando origen a manifestaciones genuinamente populares de lo sagrado.

Así nacieron los festivales, las celebraciones anuales, los ritos relacionados con la vida cotidiana, los mitos, las leyendas populares; y asimismo, la religión popular vio a su vez que sus creencias se atesoraban en dichas prácticas, e incluso resultó reforzada por éstas. Dichas creencias populares, aunque no eran reconocidas particularmente como tal religión, llevaban a unas prácticas espontáneas en la vida, de modo que quien no las ponía por obra se sentía estar en falta de algo. Así, la religión natural iba calando en la vida de la gente, hasta el punto de que podemos llamarla “religión popular”, o “religión invisible”.

Por citar un ejemplo propio, referiré que en cierta ocasión pasada, yo me encontré el día de Año Nuevo en un país donde esa fecha era un día corriente, que no se destacaba de los demás del año. Sentí una especial insatisfacción y soledad entre aquellas personas, que no vestían sus galas en esa fecha –para mí, fiesta de Año Nuevo–, ni preparaban una comida especial. Todo lo que podía yo hacer era abstenerme ese día de hacer limpieza y lavado de ropa, siguiendo la costumbre de Japón. Desde mi infancia, Año Nuevo había sido en mi casa una especial fiesta en que no se hacían tales labores domésticas, ya por costumbre. Y era una costumbre que observábamos sin cuestionarnos su origen ni elucubrar más sobre ella. “Año Nuevo” era considerado como una institución sagrada desde siempre, un día destinado a que todo el mundo diera la bienvenida al dios del año entrante.

Yendo a un ejemplo ajeno al Año Nuevo, recordemos que existe un sentimiento de oposición instintiva a la cruel destrucción de los recursos naturales. Ante esos desagradables desmontes que se llevan a cabo en las laderas de las colinas, o la tala de árboles en aras de la urbanización, o esos ríos que corren entre paredes de cemento, ¿no es verdad que cualquiera se siente inclinado a des-

viar la mirada? Y no diríamos que es por una reacción instintiva frente a lo antiestético, sino seguramente porque se despierta un sentimiento interior de religión natural, que nos lleva a venerar lo espiritual de los árboles, las rocas, el agua y la montaña.

Mientras la mayoría de las religiones establecidas que vemos destacar –con su fundador, sus ritos, su organización– son monoteístas, la religión natural suele tener un carácter politeísta, contemplando muchos espíritus y dioses. Aunque al referirme a la fe popular me permitiré citar la obra *La religión del pueblo japonés*, de Jun Miyaie. Según este autor, no se trata de que la religión natural sea politeísta, sino de que presenta esa apariencia; y es una opinión que comparto. Pues los hombres primitivos no han creído en la existencia real de muchos dioses, sino que más bien han sentido en muchas manifestaciones de su vida la vecindad de un ser supremo.

En las fiestas de Año Nuevo de cierto año, yo me fui dando un paseo hacia un santuario shintoísta situado a la espalda de un monte, de cuya belleza agreste me habían hablado. Como no era ya exactamente el día 1 de Enero, los visitantes iban llegando al templo sin aglomeraciones. Para llegar a ver esa parte del monte, la entrada del santuario era paso obligado, y al llegar yo vi a un matrimonio joven que estaba allí como fieles que visitan su templo, llevando en brazos uno de ellos a un bebé. Los dos jóvenes se quitaron los guantes, la bufanda e incluso el abrigo; acercaron a su hijito a la caja de ofrendas y, sujetándole la manita tras ponerle una moneda en ella, se la hicieron echar allí. Luego juntaron sus propias manos, e inclinando la cabeza, oraron durante un rato. Era una actitud de sumisión, abajando la frente ante el ser supremo. La fe de ellos hacía presente al ser supremo, y marcaba aquel espacio como sagrado. Y a una cristiana como

yo, que rehusaba adorar a los ídolos, y permanecía allí de pie y mirándolos, con mis guantes puestos, y con mi bufanda y abrigo encima, me hicieron sentirme avergonzada. Tal vez ellos no eran creyentes del Shinto, sino que, siguiendo el comportamiento normal de los japoneses, iban al santuario shintoísta, por Año Nuevo, celebraban su boda en alguna iglesia, y para los funerales acudían al templo budista. La fe que se podía adivinar en ellos no sería seguramente distinta de la fe de nuestros antepasados.

En las religiones establecidas que cuentan con un fundador, las enseñanzas originales de éste se consideran de la mayor importancia; mientras que en una religión natural, a una con los ritos están las leyendas míticas y los relatos populares, que comunican un sentido sobrenatural a los diversos aspectos de la vida. En sus mitos y en sus cuentos folclóricos está encerrada la visión de la persona que la religión natural proyecta, así como la visión de la vida humana y del mundo. Todo eso se convierte en la “religión invisible” que aun hoy día cala hasta nuestra actividad cotidiana.

Nos gustaría llamar “espiritualidad” a esa disposición interior que experimentan hacia el ser superior cuantos creen en él. Este libro no es más que un intento de buscar, desde dentro de los cuentos populares, esa consideración que el corazón humano proyecta sobre la persona, la vida y el mundo. Todo ello no se reduce a indagar la espiritualidad de tiempos pasados. Como estimamos que la espiritualidad de los cuentos populares aún pervive entre nosotros hoy, nuestro intento pretende llegar a hacernos más comprensible nuestra propia espiritualidad cotidiana. No está en nuestra mano definir lo que nuestros predecesores entendían respecto al simbolismo interno vigente en las expresiones de los mitos y los cuentos populares. Sin embargo, si me propongo explicar el sen-

tido que para mí tiene todo eso –siendo así que he sido educada en la misma fe popular que mis antepasados tenían–, tal propósito está obviamente a mi alcance. Y por esa vía, me es posible entrar en contacto con los sentimientos que despierta en mí esa religión natural que anida en mi inconsciente, aun cuando no la reconozca expresamente como tal religión. Y ahí damos con una faceta de la fe popular que posee el pueblo japonés.

Pretendiendo así elucidar la espiritualidad de los cuentos populares japoneses, y saber si las creencias de este pueblo son válidas para nuestra etnia solamente, o bien forman parte de las creencias comunes de la humanidad entera, he ido reflexionando sobre ellas y las he cotejado con ideas del universo bíblico, tratando de verlas a una nueva luz.

En lo que sigue, he seleccionado doce narraciones populares. Y he dispuesto, en cada caso, dentro del mismo capítulo, historias paralelas, coincidentes en el tema de cómo es posible localizar la sensación humana de un ser superior. Así, el contenido de los capítulos va tratando sucesivamente de árboles y animales, del ser humano en su niñez, del paso gradual de las tinieblas a la luz, de la persona como tal, etc. Esta disposición de los capítulos no se debe sólo a razones prácticas, sino que resulta iluminadora para extenderse en consideraciones sobre el simbolismo del lenguaje de estos cuentos populares, que lejos de reducirse a una sola significación, abarca multitud de aspectos semánticos.

Para las citas bíblicas, he seguido la nueva versión comunitaria de la Biblia, que es conocida entre los japoneses.

I

ÁRBOLES Y ANIMALES

Sin restringirnos a Japón, vemos que en los cuentos populares de otros países, también los árboles, las bestias, los pájaros y los peces se expresan con las mismas palabras que los humanos. Parece ser que en tiempos remotos la relación entre las personas y el mundo natural era mucho más íntima que en la actualidad.

El tema elegido para este capítulo son los árboles y los animales, según aparecen en ciertos cuentos que dejan ver la manifestación del ser supremo en dichos seres.

1.1. EL BLANCO CONEJO DE INABA

“Échate al hombro una gran bolsa...”: así reza la canción, relacionada con el cuento del “El blanco conejo de Inaba”, tan querido para muchos japoneses. La versión que voy a dar aquí es la del libro de crónicas **Kojiki**, expresada en su forma antigua de principios del siglo VIII. Inaba es la zona norte de la región japonesa de Chugoku.

Érase una vez el dios menor Okuni-nushi, quien tenía muchos hermanos dioses. Sin embargo, todos ellos renunciaron a reinar sobre sus tierras, cediéndole a Okuni-nushi el poder sobre ellas. Y la causa de esta cesión fue la siguiente:

Los hermanos de Okuni-nushi se proponían pedir en matrimonio –cada uno de ellos– a la princesa Yagami, de Inaba.

Así pues, partieron juntos hacia allá, llevando a Okuni-nushi como criado, haciéndole cargar a hombros con una pesada bolsa que contenía los pertrechos del viaje. Cuando llegaron al cabo de Keta, había allí un conejo en desnudez extrema, despojado hasta de sus pieles. Al verlo, los dioses hermanos le dijeron:

–Lo que tú tienes que hacer es sumergirte en esta agua del mar, y tenderte luego en la cima del alto monte para que te dé el aire.

Entonces el conejo, obedeciendo al discurso de los dioses, se tendió así en la cumbre del monte. Pero a medida que el agua del mar se le iba secando sobre el cuerpo, su piel quedó expuesta directamente al aire, con lo cual se le produjeron grietas.

Cuando se encontraba en un iay!, postrado y sufriendo por su piel resquebrajada, acertó a pasar Okuni-nushi, el último de los dioses viajeros; y viendo al conejo, exclamó:

–¿Por qué lloras, postrado así?

El conejo le respondió:

–Yo estaba antes en la isla de Oki, y quería venir hasta esta tierra firme, pero no tenía ningún medio para hacerlo. Entonces conseguí engañar a unos tiburones, diciéndoles: “Vamos a hacer una competición, para ver cuál de nuestras dos especies es más numerosa, y cuál menos. Tenemos que hacer un cómputo; así que congregad a todos vuestros congéneres y traedlos. Vamos a disponerlos en una hilera que parta de esta isla y alcance el cabo de Keta. Yo me montaré encima, y pasaré corriendo sobre vosotros mientras os voy contando uno a uno. De esa manera podrá saberse si vuestra especie supera en número a la nuestra”. Tal como yo se lo había dicho, ellos cayeron en el engaño, y cuando se echaron todos formando una hilera, yo me monté en lo alto y vine acá pasando sobre ellos y contándolos. Cuando

precisamente me disponía a saltar ya a tierra, y me dio por decirle al último tiburón “Os he engañado a todos”..., antes de que acabara de hablar, ya el tiburón me había capturado, y me despellejó por completo, privándome de mis pieles. Cuando me encontraba lamentándome de este triste lance, los muchos dioses que iban en cabeza de tu expedición me dirigieron la palabra: “Sumérgete en el mar, y luego estate tendido para que te dé el aire”. Así me aconsejaron, y yo he seguido ese consejo; pero el cuerpo se me ha llenado enteramente de grietas.

Tal fue el relato del conejo. Al oírlo, Okuni-nushi le dijo:

–Vete ahora enseguida a la desembocadura del río, y lávate de arriba abajo con agua pura. Luego coge polen de las espadañas de allí y espolvoréate el cuerpo, dejándote rodar sobre un lecho de polen, y tu piel volverá a estar como antes. Te vas a poner bien, seguro.

Acto seguido, el conejo puso por obra el consejo de Okuni-nushi, y su cuerpo volvió a su ser de antes.

Este es el relato del conejo blanco de Inaba, y hasta el presente siempre se le ha reconocido como “el dios conejo” de Inaba. Pero en tal punto de la historia, el conejo se dirigió a Okuni-nushi con estas palabras:

–De todos esos dioses hermanos, es seguro que ninguno conseguirá a la Princesa Yagami como esposa. Pero tú, aunque tienes que cargar auestas con esa pesada bolsa en tan humilde oficio, tú serás quien la consiga.

Esta historia es una de las ocho que hay en el **Kojiki** en torno a Okuni-nushi. Se ha dicho que estas se encontraban comprendidas en un supuesto relato de la historia japonesa, previo al Kojiki (Takehiko Furuta: **El mito robado**); pero sea cualquiera su origen, en cuanto texto conservado, el que hemos citado es el más antiguo que nos queda. La cuestión es: en tal estado de cosas, una antigua leyenda como esta, ¿tendrá aún algo que decirnos a las personas de hoy?

Los muchos hermanos de Okuni-nushi viajaron juntos a Inaba con la intención de pedir en matrimonio a la princesa Yagami, y entonces llevaron consigo a Okuni-nushi en el papel de criado que porta la bolsa con los útiles para el viaje. Cuando éste marchaba tras sus hermanos dioses, se encontró por allí al conejo despojado de sus pieles que lloraba postrado, con grietas por todo el cuerpo. Según el texto original, se trataba del “blanco conejo” aunque en el caso de un conejo despojado de sus pieles, la blancura se puede interpretar como la propia de un conejo despellejado. Como aquí no hace al caso tener que decidarnos por una de las dos opciones, hablaremos en adelante de “el conejo”, sin más, conscientes de que quedan abiertas las dos posibilidades.

Por otra parte, la isla de Oki, que aparece en el texto original, admite dos representaciones escritas en ideogramas japoneses, ambas incidiendo en la idea de “lugar remoto en alta mar”. Durante la época prehistórica Jomon era una isla rica en cuanto a producción de piedras preciosas negras, aunque desde el punto de vista de un lugareño de esta islita semidesierta, la tierra firme se le aparecería como un lugar vasto y lleno de atractivo; o, en cualquier caso, ¿no consideraría él a esa tierra firme como el primer paso hacia el triunfo de sus sueños?

Por mucho que deseara pasar a esa tierra firme, el conejo no sabía nadar, y le era imposible atravesar el mar. Ese es el punto en que engaña a los tiburones, los hace recostarse en fila hasta alcanzar el cabo Keta, cruza sobre ellos pisándolos, y cuando justamente iba a poner pie en tierra firme fue cuando se le ocurrió decirle al último tiburón “Os he engañado”; con lo cual éste, antes de que el conejo acabara de hablar, ya se había apoderado de él y lo había despellejado vivo.

Ante este conejo que, careciendo de medios para llegar a su ansiado destino, recurre a utilizar a los tiburones, yo misma me siento reflejada en el relato. Yo tenía mis ideales que pretendía alcanzar, y mis metas propuestas. Así como el conejo buscaba su tierra ideal más allá de su país de origen, así también yo me solía apartar de mí ser real para trazarme ideales lejanos. Pretendiendo alcanzar ese destino, yo dejaba abandonada la parte de mí que no se conformaba al ideal, y con tal abandono, esa parte de mí se iba borrando para perderse irremediabilmente.

Como así me hice susceptible en demasía, y propensa a sentirme herida, me propuse hacerme lo bastante fuerte como para no considerarme herida, y aun cuando de hecho me sintiese dañada, quise procurar que esto no repercutiera negativamente en mí, ni mucho menos en los otros, al devolverles tal vez mal por mal. Seguí en este propósito de no sentirme herida, y de ser una persona que no necesitara apoyarme en las otras. En medio de ese proceso, era totalmente inconsciente de que yo misma era una persona como todas, que a veces me sentía decaída y lloraba por ello.

En consecuencia, llegó a haber una diametral diferencia entre la visión del “yo” que pretendía inculcar a los otros y el “yo” real de mí misma. Esto era ya un engaño arraigado en mí. Tal engaño se convertía en un sonsone te inseparable de mi vida, algo así como el tic-tac del reloj que tenemos en una habitación y acabamos por no oír; de ese modo yo tampoco oía mi sonsonete. Así, estaba persuadida en mi inconsciencia de lo siguiente: igual que yo, también los demás se irían fortificando interiormente.

Cuando aquel blanco conejo atravesó el mar pisando el lomo de unos tiburones colocados en fila, y se disponía por fin a asentar el pie en la ribera opuesta, confesó

al tiburón su propio engaño. Así pues, se puede vivir inconscientemente en la mentira; pero al llegar casi al destino, cuando resulta innecesario el engaño, ¿habrá lugar entonces a una tregua de tranquilidad para reconocerlo así?

Al advertir que mi engaño interior se hacía patente, mi reacción fue instintiva: cerré los ojos. Siéndome demasiado penoso reconocer que casi media vida la había pasado engañada, opté por hacerme la ciega y dejar que todo siguiera su curso sin más. Sin embargo, para no pasar el resto de mi vida dentro de ese mismo clima de mentira, me hice a la idea de aplicarme desde ya a enmendar lo torcido, y me obligué a no seguir con los ojos cerrados.

El tiburón que se supo engañado cogió al conejo y lo desnudó de sus pieles. Cuando alguien llega a reconocer en verdad que había estado mintiendo, entonces empieza a ver claro en qué medida iba destrozándose a sí mismo. Ese “yo” que había resultado avasallado, tratando de acoplarse a un ideal preconcebido, y aplicando el mismo patrón a los otros, ¡en qué insensatez había caído! y ¡qué rabia daba verlo ahora! El tiburón que se vio engañado y utilizado por el conejo, se revolvía furioso en mi interior. Como él, tampoco yo podía sentir compasión por la debilidad del conejo, que se había visto abocado a basarse en el engaño.

El conejo consiguió arribar a la orilla opuesta, pero a costa de quedarse desnudo de su pelaje. ¿No será que cuando se toca una ribera en la vida nos vemos a veces en la triste situación del conejo? Es cierto que entonces se tiene ya en la mano lo que antes se deseaba, pero todo el cuerpo ha quedado malherido.

El conejo de nuestra historia proseguía su relato hecho a Okuni-nushi:

—Cuando me encontraba lamentándome de este triste lance, los muchos dioses que iban en cabeza de expedición me dirigieron la palabra: “Sumérgete en el mar, y luego estate tendido para que te dé el aire”. Así me aconsejaron, y yo he seguido ese consejo; pero el cuerpo se me ha llenado enteramente de grietas.

El agua de mar se supone que actúa como un antídoto curativo, pero una frase como “estate tendido para que te dé el aire”, no puede considerarse más que como un comentario mortificante y desconsiderado. ¿No sería acaso que en la idea de los hermanos dioses era de todo punto natural que el conejo mentiroso empezara a experimentar dolor? De ser así, le iban a aplicar una terapia adecuada a sus mentiras. Es el espíritu del “ojo por ojo, y diente por diente”. Tales dioses se encuentran dentro de nosotros, para juzgar a los demás, y a nosotros mismos. Nos hacen elegir el sufrimiento, lejos de fomentar en nosotros la gratitud y la alegría de vivir.

Al oír las palabras del conejo, Okuni-nushi le dice lo que debe hacer:

—Vete ahora enseguida a la desembocadura del río, y lávate de arriba abajo con agua pura. Luego coge polen de las espadañas de allí y espolvoréate el cuerpo, dejándote rodar sobre un lecho de polen, y tu piel volverá a estar como antes. Te vas a poner bien, seguro.

Okuni-nushi, en calidad de criado de sus hermanos, se ve obligado a portar sobre sus hombros la bolsa de viaje de todos ellos. Okuni-nushi procedía de Izumo, y como nativo de allí tenía otro nombre, el gentilicio Ashihara-no-shikoo, que parece querer decir “hombre valiente de Ashihara, la llanura de los carrizos”. El lugar de Ashihara, visto desde la perspectiva del antiguo Japón, debía de ser un país donde el sol no brilla, un país de sombras. Así que

este Okuni-nushi, despreciado y oprimido por considerarse nativo de un país de sombras, es precisamente el que se compadece del conejo, y el único que le da un remedio certero; sin duda, por haber probado y conocido él mismo el dolor.

Okuni-nushi, aun siendo despreciado, no duda en tratar amablemente al conejo, de la forma más natural. Yo, sin embargo, me tenía pensado que tratarme con amabilidad a mí misma equivalía a un mimo excesivo y contraproducente. Si yo había mentido o había caído en errores, tenía que reformarme a base de autorreproches; pero no me estaba permitido compadecerme de mí misma. Me hallaba firmemente persuadida de que la amable disponibilidad era para dedicársela a los demás, pero que practicarla conmigo misma era una forma de egoísmo. Sin duda Okuni-nushi también moraba en mi interior, pero yo lo desterraba a su país de sombras.

Ese conejo que atravesó el mar valiéndose de mentiras, cuando se ve confrontado con su propio engaño, es despojado de su piel de falsedades. Cuando se halla sufriendo tan enorme dolor, tiene un feliz encuentro con su sanador. En medio de su sufrimiento se le ha revelado el que viene a salvarlo.

Cuando actúa como esta persona le enseña, el conejo se ve restituido a su cuerpo saludable de antes, y le dice a Okuni-nushi:

—De todos esos dioses hermanos, es seguro que ninguno conseguirá a la Princesa Yagami como esposa. Pero tú, aunque tienes que cargar a cuestas con esa pesada bolsa en tan humilde oficio, tú serás quien la consiga.

Los animales están dotados de un poder de intuición muy notable; y entre ellos, el conejo se considera que puede predecir el clima (en la región de Yamagata), o

bien que cuando un conejo se frota el hocico, habrá lluvia segura; o que cuando una liebre aparece en la estación más fría, el frío extremo va a ceder y dará paso a la lluvia (en Tomiyama), y otras tradiciones por el estilo que se cuentan (**Doce cuentos**, recopilados por Yooko Muroño). Así pues, si cuidamos debidamente al conejo que reina dentro de nosotros, él nos enseñará verdades inaccesibles para el razonamiento lógico.

El pueblo japonés cree en mitos tales como que puede verse a un conejo haciendo pasteles de arroz en la luna, o que la mujer que come carne de conejo tendrá un buen parto. ¿Será porque el conejo, en su pequeñez, fragilidad y fertilidad, se asocia mentalmente con valores femeninos? Ese conejo que mora en el interior de uno, ayuda incluso a conseguir esposa. “Esposa”, para un hombre, significa esa mujer de otra familia que se integra en la propia; pero puede aludir también a esa cierta femineidad que no es exclusiva de la mujer, sino que el hombre también posee en cierto grado.

La crónica Kojiki llama “dios conejo” al blanco conejo de Inaba. ¿Será acaso que nuestros ancestros veían en el conejo una sagrada vida que trasciende en dignidad a la persona humana? ¿No sentirían tal vez que la figura del conejo les traía una experiencia del ser supremo?

El Kojiki establece que a causa del acontecimiento protagonizado por el desnudo conejo de Inaba, sus hermanos dioses le transmitieron a él el reino. Parece lógico que el personaje que es compasivo y conoce el verdadero remedio de curación sea quien reine sobre el país. Todo nos lleva a desear que los dioses hermanos cedan a Okuni-nushi no sólo el liderazgo político de un país, sino también la primacía en el mundo interior personal.

En la Biblia se encuentra la siguiente parábola:

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, cuando por el camino vino a dar con unos bandidos, que le robaron la ropa a tirones, lo golpearon y, tras dejarlo medio muerto, lo abandonaron. Un sacerdote transitaba casualmente por aquella ruta, y al ver a aquel hombre se pasó al lado opuesto del camino para seguir adelante. Del mismo modo, un levita llegó por allí, y al ver al herido, también se pasó a la orilla opuesta del camino para proseguir su marcha. Pero un samaritano que venía de viaje, al pasar cerca fijó su mirada en el hombre; se compadeció de él, se le acercó, para curarle las heridas con vino y aceite; luego lo vendó, lo montó en su cabalgadura y lo llevó a una posada, dispensándole sus cuidados. Al día siguiente sacó dos denarios de plata, y se los entregó al posadero, diciendo:

—Cuida de este hombre; y si cuidarlo va a costar más dinero, a mi regreso te lo pagaré todo. (Lc 10, 30-35)

Este relato, si se lee como un suceso del mundo exterior, nos puede impulsar a esforzarnos por ser como el samaritano; pero también admite otra lectura, como una acción que tiene por escenario nuestro propio corazón.

¿No ocurre alguna vez que en nuestro viaje por la vida nos convertimos sobre la marcha en ladrones? ¿No nos pasa, por cierto, que en nuestra sed de éxito, en nuestra búsqueda de estimación ajena, en nuestro afán por convertirnos en la persona ideal o por abundar en bienes materiales..., ¿no estamos así despojando a ese viajero que somos del necesario reposo, del disfrute de nuestro tiempo, de encontrar placer en la vida, de hacer realidad nuestras aspiraciones más íntimas... Y todo ello, para venir a dejar así al tal viajero medio muerto?

Es muy probable que ese viajero malherido, despojado de las cosas más necesarias, y abandonado medio muerto, lo tengamos en nuestro propio interior. Y ese personaje se parece en no pocos rasgos al blanco conejo de Inaba.

Tanto el sacerdote como el levita de la parábola, al ver al viajero, se apartan y pasan de largo por la otra orilla del camino. El sacerdote era un hombre dedicado al servicio de Dios; y el levita en aquellos tiempos, aparte de desempeñar ministerios sagrados, también se dedicaba a enseñar al pueblo. Tanto uno como otro eran personas que representaban un elevado ideal.

Con todo, una religión apartada de la realidad, o unos ideales educativos poco realistas, pueden llevar a la persona a ignorar esa parte de uno mismo que está malherida.

Los samaritanos eran menospreciados por los judíos, pues según éstos se habían separado de la fe ortodoxa. Nuestro samaritano presenta, pues, semejanzas con Okuni-nushi –el despreciado por sus hermanos dioses–, ya que se siente movido a compasión en cuanto ve al viajero herido, y se dedica a cuidarlo.

Esta parábola se cuenta para explicar la enseñanza “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Y puesto que se dice expresamente “como a ti mismo”, de ahí se desprende que quien sabe ser amable consigo mismo, y también compasivo y servicial, será quien esté preparado para serlo igualmente con los demás.

1.2. EL DIOS DE LA POBREZA

El cuento que sigue procede de la prefectura de Hyogo, de donde se ha recogido en 1933. Y aunque lleva por título “El dios de la pobreza”, según el profesor Kooji Inada, por su tipología estaría contenido en “El caballo del oro de Año Viejo”, y son conocidos muchos relatos afines.

En la noche de Setsubun, final del invierno, un hombre mayor se calentaba junto a la lumbre, cuando vio que desde el techo venía bajando hacia él un anciano decrepito.

El hombre se asustó ante la súbita aparición de aquel viejo, y mientras no le quitaba sus temblorosos ojos de encima, el anciano le dijo:

—Yo soy el dios de la pobreza, y por largo tiempo he vivido como huésped en tu casa. Ahora me toca partir. Pero como prueba de mi gratitud, te diré que mañana por la mañana pasarán por tu calle, ante esta casa, tres caballos. El primer caballo irá cargado de oro. El siguiente irá cargado de plata. Y el último irá cargado de cobre. Si aciertas a golpear a cualquiera de los tres, su carga pasará a pertenecerte.

Tras decir estas palabras, abandonó la casa. El hombre mayor, al escuchar el mensaje se puso muy contento, y esperó el amanecer con gran expectación. Por fin, a la mañana siguiente se levantó muy temprano, salió a la calle, y se dispuso a aguardar a los tres caballos esgrimiendo un palo en su mano. Al mirar atentamente vio que desde lejos se le acercaba con muchos bríos un caballo cargado de oro. El hombre se preparó aferrando bien el palo; pero el caballo pasó corriendo sin que él pudiera alcanzarlo. A continuación vino corriendo el caballo cargado de plata, todo vigoroso. “Esta vez no se me escapa”, pensó mientras esgrimía el palo; pero tampoco logró golpearlo.

Igualmente falló con el tercer caballo. Tras él venía un anciano tambaleándose, y el hombre acertó a golpearlo. Este anciano resultó ser el dios de la pobreza, que la tarde antes se había marchado de su casa.

El dios de la pobreza le dijo:

—Un año más me quedaré como huésped en tu casa

Y con estas palabras, volvió a entrar en la casa.

Empezaré centrando mi atención en el título del relato. Su protagonista es “El dios de la pobreza”, quien da título al cuento. Cuentos populares con dicho título abundan en Japón. ¿Será acaso porque también han sido abundantes las personas afligidas por la pobreza? A nadie le gusta la pobreza; nadie quiere llegar a ser pobre. Según

el cuento, la situación de penuria se debe a que el dios de la pobreza se instala a vivir en la casa de uno; parece que ahí subyace la idea de que la pobreza es obra de un dios. Así pues, un dios resulta implicado en tal situación, en la que ningún humano quiere caer.

Quien es pobre, ¿lo es por su propia culpa, o por culpa de otros? ¿O tal vez su pobreza será por culpa propia y también de los otros? El cuento apunta a que la causa no está ahí, sino en la acción de algún ser superior que desborda al hombre. Puestos en situaciones de penuria, nada deseadas, tendemos a odiar a los demás y a descargar nuestra rabia contra nosotros mismos. Pero el cuento popular parece adivinar ahí la presencia de un ser, cuya actividad se ejerce donde no alcanzan las fuerzas humanas. Tal planteamiento puede generar aversión hacia ese dios, pero también nos libera de reprochar a otros por lo que nos pasa, y de cargarnos de autorreproches. Es posible que a partir de esa conciencia de impotencia –“nada podemos con nuestras fuerzas”– lleguemos a caer en una situación de inercia y lleguemos a exclamar:

–¡Maldito dios de la pobreza, muérete ya de una vez!

Pero de ser así, precisamente en ese punto conectaríamos con el ser superior. La expresión “¿Por qué me has abandonado?”, si va dirigida a Dios, puede hacer que el hombre deje de estar solo, aunque se vea apartado del resto del mundo; porque ya tiene alguien con quien desahogar su rencor.

El tiempo del relato es el de Setsubun, el tránsito del invierno a la Primavera. Allí se habla de que el hombre “se calentaba junto a la lumbre” con lo que se alude al fuego del hogar de las cocinas antiguas. No estamos hablando de la entrada del invierno, a principios de noviembre, sino de los primeros barruntos de primavera, aproximadamente del día cuatro de febrero o –por mejor

decir- de su víspera. Es a partir de esa fecha cuando en las distintas regiones de Japón empieza a sentirse un aumento de temperatura. Los días se alargan, los árboles poco a poco rebrotan, y el clima primaveral se va instalando abiertamente en toda tierra del país.

Con ocasión del Setsubun, aún suele observarse la costumbre de esparcir habas tostadas por la casa y sus alrededores; exclamando “¡Afuera los diablos!” cuando esto se dice fuera de la casa, y “¡Adentro la felicidad!” cuando se está en el interior. Siendo yo una niña, después de esparcir las habas y con la supuesta intención de asegurarnos un año saludable, cada cual tomaba un número de habas que superaba en uno al de su propia edad, lo envolvía todo en una servilleta de papel y retorció sus bordes, para luego arrojar el paquetito por encima del hombro. A continuación, cada uno buscaba su paquetito para comerse el contenido. Es de pensar que, siendo de Hyoogo mi abuela, que vivía con nosotros, en nuestra familia se seguía por eso mismo dicha costumbre.

Cuando yo barajaba estos recuerdos, se me estimulaba el interés por tal costumbre del Setsubun, concebido como “el paso a otro año”; y a poco que proseguí mis investigaciones, vine a dar con una interesante novedad.

El paso del año indica que se ha rebasado el Año Viejo para dar acogida al Año Nuevo, y normalmente lo significativo es la víspera, especialmente la noche del Setsubun. En la ciudad de Kyoto de la época Muromachi, un sueño que se tuviera en la noche del Setsubun equivalía al primer sueño del año (Kunio Yanagida: **Los cuentos folclóricos y la literatura**). Por otro lado, también hay testimonios de que, en algunas religiones, al día de entrada de la Primavera se le llamaba “El Año Nuevo de los dioses” (**Recuerdo de los acontecimientos anuales**, del mismo autor). En 1873, el gobierno de Meiji decretó la

sustitución del calendario solar por el calendario occidental, aunque la adopción real del nuevo calendario elegido parece que tardó años en llevarse a cabo; y de ahí la divergencia de tradiciones, según zonas geográficas, en situar la frontera del año en una u otra fecha, o bien en celebrar las fiestas de Año Nuevo tales o cuales días.

Como ya he dicho antes, hay muchos cuentos populares afines, y comparando en este caso lo que dicen, muchos sitúan los acontecimientos narrados en la noche previa a Año Nuevo, pero sólo los relatos de esta prefectura de Hyogo hablan de la noche de Setsubun. Tal vez porque en la región de Kansai la entrada de Año se ha hecho coincidir siempre con la de la Primavera. A juzgar por los cálculos de noches y días que se hacen para establecer fechas, cabe pensar que la región de Kansai consideraba sinónimas las expresiones “Año Nuevo” y “Setsubun”, y que a partir de esa zona geográfica se difundió la idea por todas las demás.

El día para los antiguos japoneses no empezaba ni por la mañana, ni a las doce de la noche nuestras, sino cuando empezaba a oscurecer (nuestra “tarde antes”). Por tanto el “paso del año” se consideraba que tenía lugar a la hora de la cena, la cual coincidía así con el momento de celebración. Entonces se encendían lamparillas en el altar familiar, y se ofrecían los alimentos y el vino de arroz, todo delicadamente preparado, a los dioses domésticos. Luego ante ese altar, la familia reunida tomaba su cena. A la mañana siguiente tenía lugar la celebración del llamado “zooni” (ofrenda de un “caldo misceláneo”), que se ofrecía también ante el altar familiar, donde toda la familia desayunaba luego y se intercambiaba felicitaciones (**Relatos de nuestros antepasados**, del mismo autor). El nombre de “zooni” alude a que la ofrenda recién hecha a los dioses se baja del altar, y se consume en plan de olla

colectiva, ya compartida con los mismos dioses. Lo que yo tengo asimilado por mis recuerdos es que el día de Año Nuevo se pasa en casa, en familia, y que la ronda de visitas a los vecinos, amigos, y familiares más lejanos se reserva a los otros días festivos, a partir del 2 de Enero. El dios de Año Nuevo es un dios doméstico, y se supone que él en esas fiestas visita las casas donde se le venera. La costumbre de la celebración habrá surgido, sin duda, a partir de dicha creencia.

El dios visitante en Año Nuevo es un dios que trae profecías para el año entrante. Se consideraba que esas profecías serían tanto más favorables para la prosperidad del año cuanto más se atendiera a sus palabras. Algunos se buscaban la interpretación de un médium para conocer la profecía; otros, después de esparcir las habas al paso del año, recogían doce habas y las asaban a la lumbre; y luego, de la condición de lo asado sacaban un sistema de adivinación del clima para el año, lo cual tuvo amplia difusión en otras regiones. El Profesor Miyamoto Joichi apunta que el rito de esparcir habas puede contemplarse en su origen como una ofrenda hecha al dios del que se espera el don de la prosperidad para el Año Nuevo (**Crónicas populares**). A mí me solía decir mi abuela: “Si te peleas con tus hermanos el día de Año Nuevo, vas a seguir peleándote todo el año”. Es muy posible que en el fondo del aguante que yo tenía que poner en juego para no pelear con mi hermanito estuviera operando una inconsciente fe en el dios profeta de Año Nuevo.

La explicación va resultando un poco larga; pero voy a procurar ver el cuento a la luz de lo que significaba el Setsubun, fiesta muy semejante en realidad a nuestro Año Nuevo. El dios de la pobreza que ahí aparece dice al final del cuento:

—Un año más me quedaré como huésped en tu casa.

Son palabras propias del dios que supuestamente predice el futuro del hogar para el año entrante. Ese dios es el dios hogareño, que baja del techo de la casa. Es el mismo que había dicho:

—Por largo tiempo he vivido como huésped en tu casa.

De donde se sigue que había estado hospedado mucho tiempo en aquel hogar.

Al parecer, el hombre mayor no ofrece a su huésped los manjares rituales ni el sagrado vino de arroz. ¿No podrá esto atribuirse a su gran pobreza, que no le permitiría preparar tales cosas? Tampoco se ve que el hombre tuviera familia. Por ahí puede apreciarse que él no era simplemente pobre de bienes materiales, sino que también conocía la otra pobreza de un vacío de relaciones humanas. El no tener hijos acentúa la sensación de soledad, y el no poder dejar un rastro de la propia vida en quienes podrían ser sus continuadores acrecienta ese vacío interior. Como no es el propósito de los cuentos populares enseñar un método de prosperar económicamente, aquí podemos interpretar la pobreza del hombre como representativa del vacío humano y la esterilidad.

También él desearía conocer la prosperidad. Nadie, en una situación de soledad, renuncia a intentar colmar con algo su vacío. Hay quien se dedica a perseguir la riqueza económica o la fama, hay quien trata de apoderarse de los demás para poder utilizarlos. Con todo, aunque se consigan tales fines, de ningún modo se logra por ahí la felicidad; y la razón es que esas cosas no son más que sustitutos de lo que uno íntimamente desea. Cuando se contempla abiertamente qué es lo que uno trata de sacarle al mundo exterior, o qué es lo que a uno le aflige por no haberlo podido lograr, queda patente lo que en verdad esa persona desea.

La acción del cuento se desarrolla por la tarde. La oscuridad de la tarde nos está mostrando la oscuridad que domina en la vida del hombre, así como la oscuridad que reina en su corazón. Sin embargo, en esa antigüedad del cuento, el día empezaba con la tarde avanzada. Hay tinieblas, pero la luz vendrá. Como además se trata del Setsubun, se hace presente un cambio de estación. ¿Será que en el corazón del hombre va a crecer la claridad y va a irrumpir la primavera? Esa lumbre del hogar que aparece al comenzar la historia, como único foco de luz y calor presente en escena, a pesar de su posible insignificancia puede también revelarnos las potencialidades que el hombre alberga dentro.

Cuando el hombre se calienta a la lumbre, el dios de la pobreza viene a él, bajando desde el techo. Siendo éste un anciano, indudablemente carece de la energía de la juventud. Tampoco va a ser corpulento ni metido en carnes, sino más bien de aspecto decrepito y digno de compasión. Tal sería también la figura de aquel hombre mayor que se calentaba al fuego. ¿Acaso no puede ocurrir que el año nuevo entrante, ese nuevo período de su vida, arranque de esta visión de sí mismo en plena pobreza? El hombre, ante la aparición súbita del anciano, se asusta, y lo mira entre temblores. Igualmente debe darle susto verse a sí mismo en medio de la pobreza como nunca se había visto antes.

El dios de la pobreza le había traído el ser pobre, pero también le enseña amablemente cómo puede alcanzar la riqueza. Así, ya que también es él mismo quien trae la riqueza, se está presentando a su vez como el dios de la fortuna. Seguramente el reconocerse uno a sí mismo pobre va a ser el primer paso para el propio enriquecimiento.

El dios de la pobreza le dice al hombre que si él consigue golpear a alguno de los tres caballos que a la maña-

na siguiente pasarán ante la casa, ese caballo y su carga se convertirán en su trofeo.

El caballo era la cabalgadura de los dioses. En los templos budistas había caballos sagrados para que los montaran los dioses, e igualmente existían pinturas de caballos que servían como ofrendas votivas, en lugar de los animales reales. Con motivo del festival de O-Bon en honor a los difuntos, en agosto, hay personas que confeccionan un caballo a partir de una berenjena o una calabaza; y esto, porque se cree que los espíritus deben regresar a su mundo a lomos de un caballo. El día 7 de julio se fabrican caballos de paja en algunas regiones japonesas, todo orientado igualmente, sin duda, por esa fe de que los dioses efectúan su regreso montados a caballo. En la isla de Koshiki, prefectura de Kagoshima, aún conservan la creencia de que el dios del año viene montado en un caballo sin cabeza. Allí, en el ocaso del año, dioses llamados “Toshi-don” (templo del año) o “Toshi-jiisan” (abuelito del año) visitan las casas donde hay niños; allí los exhortan con amenazas y razonamientos a portarse bien, y les regalan un gran “pastel del año”, hecho a base de arroz. La tradición establece que si no se come de ese pastel no se entra con buen pie en el año nuevo. Se dice que el personaje Toshi-don baja de la montaña sobre un caballo descabezado, y que al llegar a la entrada de la casa provoca que el caballo emita el sonido de cascos propio de llegar y pararse, y luego el personaje entra en la casa. Dicen que para desempeñar este papel se prestan jóvenes de la aldea, así como a veces personas mayores. Se cubren con capas de paja, o bien con hojas de palmera o similares; y ya actualmente ocultan su rostro con máscaras. El “Toshidon” resulta ser a veces temido, y a veces recordado con cariño, y en todo caso presenta la vieja figura de un dios visitante.

“Golpear” al caballo está expresado en el cuento mediante un término dialectal usado en la prefectura de Fukui, en Kyoto, en las prefecturas de Shimane, Yamaguchi, Hyogo, y significa golpear, apalear o dar puñetazos. En todo caso, su significado difiere de “cortar” o “herir”. La acción puede ocasionar dolor, pero no atenta contra la vida. El hombre mayor del cuento se alegra al oír las palabras del dios de la pobreza; aguarda con expectación el día siguiente. Se levanta temprano por la mañana, sale al camino que discurre ante la casa, y espera la llegada de los tres caballos esgrimiendo un palo. Al mirar atentamente, descubre que frente a él viene acercándose el brioso caballo cargado de oro.

Ofrecen un claro contraste: ese enérgico caballo con su carga de oro, y el escuálido y lastimoso hombrecillo. Mientras él piensa que tiene que hacer frente al caballo, seguramente se asusta. Lo sobrecoge el pánico, y se queda allí atónito. Entretanto, el caballo se marcha corriendo.

A continuación llega a todo correr, con notable ímpetu, el caballo cargado de plata. “Ahora sí que sí” pensó el hombre, blandiendo el palo, pero tampoco esta vez pudo sacudir el golpe. “¿Me lanzo ya a la carga?” “¿Le pego?” En tanto les daba vueltas a estas ideas, también este caballo pasó de largo ante él.

El tercer caballo era el que llevaba su carga de cobre, pero tampoco el hombre pudo golpearlo.

Luego se le presentó todo tambaleante el viejo de las predicciones; y a éste sí lo alcanzó el hombre con un golpe. Como había llegado tambaleándose, ni que decir tiene que no pudo venir corriendo, como los garbosos caballos cargados con oro, plata y cobre. Tampoco venía andando deprisa. Como además se trataba del dios de la

pobreza, su aspecto era pobre y desgarbado. Tampoco parecía traer un palo consigo. Éste era la víctima favorable para el golpe, y éste se lo llevó.

Tal vez la figura flaca, mal vestida, de aquel anciano que andaba tambaleándose y quizás tiritando, sería muy semejante a la del hombre mayor. Pero en el caso del anciano, ni siquiera portaba un palo y parecía falto de fuerzas. El hombre mayor, a pesar de su aspecto débil, no tenía temor, y por esto golpeó al viejo viendo que podía dominarlo.

Pero se trataba del dios de la pobreza; el cual le dijo al hombre:

—Un año más me quedaré como huésped en tu casa.

Y con estas palabras volvió a entrar en la casa. El hombre mayor que había sacudido con un palo al anciano debilucho y menesteroso, tuvo que volver a su pobreza de antes. Y es que cuando en una encrucijada de la vida se da un primer paso en cualquier dirección que sea, eso suele condicionar la marcha hasta la próxima encrucijada.

Este cuento popular muestra a las claras la debilidad vital del ser humano, quien por miedo no es capaz de llevar a la práctica lo que le procuraría mayor riqueza para su espíritu y para su vida, aun estando bien concienciado de lo que debía hacer.

La personalidad de este hombre mayor me resulta comprensible hasta el punto de hacerme sufrir. Yo puedo expresar con toda libertad lo que pienso siempre que mi interlocutor no me haga sentirme en peligro de ser redargüida. Si mi interlocutor es persona enérgica y rica en conocimientos y experiencia, pienso que puede superarme; y entonces no acierto a expresar con claridad lo que me gustaría decir o lo que debería decir. Lo que hago es acumular raciocinios tales como: “Si digo esto, ¿no heri-

ré a la otra persona?” “¿No será egoísta por mi parte hablar así?” “La sociedad no me lo va a perdonar”, etc...; cuando lo que ocurre en realidad es que me da miedo resultar herida en la confrontación.

Y a mayor abundamiento, se me ha educado desde siempre en un modo de ser pacífico, considerando la agresividad como un mal a evitar. Puede que se deba a la imagen de la mujer japonesa que prevalece en nuestra sociedad, o tal vez a la educación cristiana que me han inculcado; el caso es que preferiría que me consideraran como una mujer fina y femenina, y no como una mujerona de armas tomar. En resumidas cuentas: que trato de reprimir mi agresividad.

Desde el punto de vista de que todo ser dotado de vida debe enfrentarse a cuanto amenaza su existencia y así luchar por la supervivencia, la agresividad no es mala. Si no hace frente a las fuerzas destructoras, eso equivale a resignarse a morir. Con todo, si pretende cobrarse la vida de su adversario, cae en el mal, cuando lo que quería era combatir el mal.

Tratándose del ser humano, éste comparte rasgos de humanidad con sus congéneres, y por esa parte no es difícil encontrar un camino hacia la armonía y la cooperación. Sin embargo, cada uno tiene su personalidad; y así como cualquier persona difiere de las demás por sus rasgos faciales, la personalidad también hace único a cada ser. Si se trata de fomentar la personalidad, en ese empeño tendrán que surgir roces con los demás. La disposición de sobrevivir a esos roces supone una verdadera autoafirmación. Por el contrario, si para evitar los roces uno trata de adaptarse a la generalidad, eso equivale a colgarse una especie de máscara. Tal proceder lleva a darnos una apariencia igual a todos, y posiblemente

a evitar choques; pero al mismo tiempo, una parte muy preciada de la vida se está perdiendo.

De vez en cuando puede ocurrir que nos asustemos de ver cómo en nosotros mismos brota violentamente la agresividad, y así vamos de cabeza a un enfrentamiento destructivo. Sin embargo, ahí lo que hay es una reacción instintiva de defensa frente a algo que amenaza la vida propia, o la de otros, o la de la humanidad incluso; y ¿no es cierto que el dios de la pobreza –el mismo que puede traernos la fortuna– nos aconsejaría justamente en ese sentido: que lucháramos contra el enemigo? Para hallar en nosotros ese consejo suyo debemos dejar que aflore a la superficie nuestra temida agresividad en su forma más primitiva; y sin dejarnos arrastrar por ella, tenemos que observarla atentamente. De hacerlo así, podemos aprovechar en sentido constructivo la energía que aporta esa agresividad. Y tal vez logremos hacernos con ese oro, plata o cobre que la desnuda y violenta agresividad trae consigo.

Ciertamente me da miedo ver cómo la agresividad sale a flote desde dentro de mí misma, y aún me parece más temible tener que expresar eso y traducirlo en acción. Pienso que puede causar heridas, sin que de ahí resulte nada positivo, y tal pensamiento se instala en mí como una niebla paralizante; el esfuerzo por desembarazarme de ella puede llevarme al uso innecesario de palabras duras.

Tratando de desplazar el foco de atención, encuentro que mi temor a no dar con la expresión adecuada no radica solamente en la agresividad. Unas palabras tan simples como “Me gusta estar contigo”, dichas en una conversación intrascendente, se pueden expresar sin problemas. Pero si se pronuncian como algo sentido muy a fondo resultan difíciles de decir. Hay temor al rechazo, y quien habla no sabe si recibirá la peor herida.

Ya se trate de expresar la agresividad o de hacer una declaración de amor, en ambas ocasiones la persona se revela a sí misma. Ahí se está manifestando el “yo” que, o bien siente amenazada su vida por la presencia de otro –en el caso de la agresividad–, o bien ve su existencia entera sacudida por alguien –en el caso de la declaración de amor–. Por lo general expresar estas cosas que se tienen tan guardadas dentro es como quedarse uno desnudo delante de gente. Y que todo eso repercuta en la experiencia de la propia debilidad, ¿no se deberá acaso a que uno, no más que por expresarse, se está haciendo muy vulnerable?

Seguramente no hay nadie que, dando la cara ante el público, haya dejado de sentir cierta vergüenza. Es muy lógico que el miedo a ver repetida dicha experiencia lo frene a uno, para no tropezar dos veces en la misma piedra. A pesar de todo, considero muy importante que alguien manifieste sus propias intenciones; y la razón es que por dicho acto se llega a la aceptación de uno mismo. Aunque sólo se trate de revelar un mundo interior pobre de emociones, una vez que eso sale al exterior, ya goza de vida propia. Pero quien es consciente de sus facetas ocultas, y con todo se niega a mostrarse tal cual es por miedo o por vergüenza, así no llegará a la autoafirmación propia.

¿Qué es eso del amor? Hay ocasiones en que, por más que le conste a uno que lo van a querer con un corazón sincero, le entran ganas entonces de salir corriendo, ya sea por presentir un nuevo peso encima o por ver que sus propias perspectivas se estrechan. Como reverso de la medalla, está el hecho de que nos sentimos atraídos por un bebé o por un animalito, que en ningún caso se esfuerzan por demostrar cariño.

Hace algo más de diez años, con ocasión de estar mi padre internado en un hospital de la región de Kansai, yo

me apresuré a viajar hasta él, desde Tokyo. Mi padre, que estaba entrando en una crisis de convulsiones esporádicas, me dijo nada más verme:

—¡Cómo me alegro de que estés aquí!

Tal vez el pobre se habría imaginado que iba a morir-se sin verme. Y en este caso, ni mi padre había puesto nada especial de su parte, ni yo tampoco había hecho nada extraordinario. Era simplemente que él se alegraba de verme. Mi padre murió un mes más tarde, aproximadamente; pero aquella experiencia me hizo sentir como nunca lo que él me quería.

El amor no parece que sea lo que alguien da unilateralmente, sino más bien el desencadenante de un intercambio afectivo entre personas. Y si nos preguntamos qué es lo que provoca esa corriente de afectos, la raíz estaría en que uno se manifieste tal cual es. No hay mejor regalo que se pueda hacer a otro que el darse uno enteramente; y eso es lo que origina la comunidad de afectos entre las personas.

Volviendo a nuestro cuento popular, el hombre mayor que lo protagoniza no se propone golpear caprichosamente a quien sea. El dios de la pobreza sólo le habló de golpear a unos adversarios —los caballos— que el hombre jamás había pensado que alcanzaría a golpear.

Cuando nos encontramos en nuestro interior con algún rasgo propio que no responde a nuestros ideales o no se ajusta a nuestro código de valores, inconscientemente lo rechazamos, lo negamos, y lo postergamos en un rincón del espíritu donde no da el sol. Y cuando luego detectamos en otro esa faceta interior que tanto nos ha disgustado en nosotros mismos, no podremos evitar entonces que ese otro nos desagrade, así como nuestro propio interior nos desagradó. La psicología profunda llama a esa faceta postergada “la sombra”.

Lo que se convierte en “sombra” no es solamente el rasgo que nos disgusta, sino también nuestra auténtica realidad y nuestras capacidades que, o bien desconsideramos del todo, o bien no reconocemos como propias, pensando que nos sobrepasan. Y cuando nos encontramos con alguien que posee esas cualidades, nos sentimos fascinados o abrumados. Esa persona nos parece luminosa, y su brillo nos oprime. Pero ese brillo que advertimos en el otro es el brillo de nuestro propio interior. Tal sería la impresión recibida por el hombre pobre del cuento ante aquellos briosos caballos cargados respectivamente con oro, plata y cobre. Aquel hombre mayor carecía de poder social o de riquezas, pero poseía el tesoro de una vida humana y la fuerza que ella da. Sin embargo, él no había tomado posesión de ese tesoro, y por eso veía en los caballos –portadores de oro, plata y cobre– un brillo que en realidad le pertenecía.

Por lo visto, no podemos estarnos sin proyectar sobre otros la propia “sombra” nuestra. Ese otro ser sobre el que proyectamos nuestra sombra nos puede hacer sentir un aborrecimiento vital, o bien una fascinación arrebatadora; y por ello, si reflexionamos sobre nosotros mismos en nuestras relaciones interpersonales, nos damos así cuenta de lo que poseemos interiormente. Tal vez el reflejo sea un recurso de la naturaleza para devolvernos nuestro propio ser.

Si esa faceta de nuestra intimidad que originariamente nos pertenecía –pero la habíamos desechado– vuelve a nosotros recuperada, llegamos a ser como en verdad éramos. Tal es la razón por la que un largo trato con la sombra nos resulta necesario; lo cual conlleva que en la etapa inicial, y a veces durante una larga temporada, ese trato se convierte en una batalla con la sombra. Aun así, ese batallar es el inicio del trato, y el primer paso hacia la

integración. Integrar la sombra no es una operación accesible por razonamiento, ni que marche al compás de los propios planes. Así como lleva largo tiempo comprender a una sola persona, y llegar a una comunicación honda con ella, así también conocer a ese desconocido que nos habita y establecer trato de comunicación con él, nos hará pasar por un largo proceso.

El cuento que nos ocupa acaba con el fracaso del hombre mayor, pero si formulamos esto como “el hombre pobre terminó sin más tan pobre como siempre”, tampoco esa conclusión sería verdadera. Pues a fin de cuentas él se hace consciente de que si hubiera hecho caso al dios de la pobreza, habría llegado a ser rico. También nosotros, mientras vamos cayendo de fracaso en fracaso, podemos ir aprendiendo a integrar aquella sombra.

En las Sagradas Escrituras, Jesús nos enseña: *Si alguien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda* (Mateo, 5, 39); y la propia vida de Jesús nos hace ver que su enseñanza entra en conflicto con aquella orden de “golpea”, que diera en el cuento el dios de la pobreza. Jesús se hacía amigo de pecadores que eran rechazados en sus aldeas, y jamás levantó la mano para golpear a los más débiles. Sin embargo, él criticó de frente –y sabiendo el peligro que corría– la corrupción de las autoridades civiles y religiosas de su tiempo; y curó además a personas enfermas, quebrantando las leyes del descanso sabático. Sin duda, por todo ello fue capturado, le arrojaron piedras y, para terminar, lo clavarón en una cruz. Pero su vida está muy lejos de poder considerarse desperdiciada; por el contrario fue sumamente rica. Usando las palabras del cuento, diríamos que Jesús vivió según Dios le comunicaba interiormente, y que así se le otorgó una enorme riqueza.

1.3. “¡AVANTE, ÁRBOL PARLANTE!”

A continuación consideramos otro cuento popular, de la isla de Kyushu. Como la mayoría de los cuentos antiguos, empieza por la fórmula “Érase una vez...”

Érase una vez, ¿sabéis? que en cierto lugar había un señorón muy rico. Y he aquí que tras pasar un monte situado a medio camino, vivía una madre con su hija, sufriendo muchas estrecheces. En lo alto del monte crecía un enorme árbol que parecía alcanzar al cielo. Cada mañana, cada tardecita, la niña tenía que pasar bajo ese árbol de la cima, en su ida y vuelta de la casa del rico, donde servía como criada; y el árbol se convertía en el apoyo y confidente de la muchacha. Reclinada sobre su tronco, ella le contaba al árbol sus tristezas y amarguras. Cuando esto ocurría, el árbol le respondía con el fru-fru de sus hojas al rozarse.

Siendo ella una chica de buen natural y muy trabajadora, también en la casa del rico, donde servía, le mostraban cariño, y la llamaban dulcemente: “¡Yayoi, Yayoi!”. Ella, cuando en la cena le servían arroz, guardaba consigo una parte para llevarla a casa al volver. Su camino de regreso lo hacía a toda prisa, corriendo hacia su hogar.

–Mamá, aquí estoy de vuelta. Pronto, tómate este arroz, que tendrás hambre.

Y así la alimentaba a esa hora.

Con el paso del tiempo, se acercaba la fecha en que ella debía dejar su puesto de servicio doméstico, al cabo de tres días ya. Como siempre, ella regresaba caminando apresuradamente; cuando, no más alcanzar la cima del monte, se desató un aguacero torrencial.

–Pero bueno, ¡qué lata! –pensó ella.

Desconcertada, la niña buscó refugio bajo la copa del gran árbol.

–Amigo Árbol, amigo mío: mira. De aquí a tres días tengo que dejar mi trabajo. Así que podré acompañar más a mi madre.

La chica, acucillada bajo el árbol, dialogaba así con éste.

Entonces, sobrevino una voz recia desde algún lugar indefinido:

–Amiga Yayoi, amiguita...

La niña, toda aturdida, echó una mirada en torno suyo. Pero no era aquella una noche como para que hubiera gente a la intemperie. Entonces sonó de nuevo la voz:

–Yayoi, amiguita mía.

Cada vez que se repetían esos sonos, iban acompañados del frote –fru, fru...– de las hojas del árbol.

–¿Quién eres? ¿Quién me llama...? –exclamó la niña, mirando al árbol, de abajo arriba.

–Escucha: soy el espíritu del árbol. Hace ya tres años que te estoy viendo pasar por esta cumbre hacia tu lugar de trabajo, y te tengo como una joven admirable. Ahora te voy a decir algo muy bueno para ti.

La niña retuvo la respiración; toda oídos ante el siguiente mensaje:

–“De aquí a tres días van a venir leñadores, enviados por el señor de estas tierras, y me talarán, dando conmigo abajo. Y en el plazo de tres meses, mi madera va a servir como material para construir un barco, que se botará al mar pasado ese tiempo. Pero, mira: por más hombres que se pongan manos a la obra, el barco no va avanzar ni un pelo. Entonces, el señor va a hacer una proclama, diciendo que si hay alguien capaz de mover el barco, recibirá una recompensa a la medida de sus deseos. Entonces vienes tú, te encaramas a la popa y, puesta allí en pie, me gritas:

–¡Ya...yoi! ¡Avante, árbol parlante!”

Dicho esto, la voz se desvaneció al punto. Cuando Yayoi cobró conciencia de ello, la lluvia ya había pasado sin dejar trazas, y reinaba un clima espléndido. La niña no

dejaba de pensar en lo maravilloso que había sido oír hablar al árbol. Y barajando estas ideas regresó a casa.

—Mamá, mamaíta: esta tarde me ha llovido mucho, y llego muy retrasada.

Pero se guardó mucho de contarle a su madre lo sucedido con aquel árbol.

Al día siguiente, ella se levantó como siempre muy diligente, y cuando en su camino llegó a la cumbre del monte vio que el árbol, gracias al aguacero de la noche pasada, brillaba desplegando su amplia copa, fresca y verdeante. La niña detuvo el paso ante él, y le dedicó un cabal saludo, inclinando su cabeza; luego se dirigió a la casa del rico, donde realizó su jornada de trabajo.

Llegó el tercer día. La chica, cumplidos ya sus días de servicio, se apresuraba en su regreso a casa, cuando oyó sobre la cima del monte un vocerío alborotado. Mirando a ver qué era, comprobó que una cuadrilla de leñadores estaba aplicando sus hachas a la cepa del gran árbol.

—¡Cielos! —se dijo—. Así que... la voz que oí debió de ser la del espíritu del árbol, sin duda. Aquello era de veras un mensaje divino.

Y con estos pensamientos, se dirigió a casa, donde la esperaba su madre.

Sin pérdida de tiempo empezó a construirse un barco en la playa, a base de las maderas del gran árbol derribado. La chica podía contemplar, con la añoranza de una despedida, cómo aquello iba tomando poco a poco forma de nave. Hasta que al fin, cumplido el tercer mes, el barco estaba terminado. Se hablaba de éste como de la embarcación más espléndida jamás conocida —ya fuera por la vista o por referencias oídas—. En la playa donde se había construido se reunió mucha gente, con el señor territorial a la cabeza.

—¡Ea, pues! Ya tenemos el barco. ¡Vamos a botarlo al mar!

Estas palabras se intercambiaban ruidosamente entre los allí presentes.

Pero por más que entre todos colaboraban en la bota-dura del barco, tratando de acercarlo a la orilla, éste no avanzaba ni una uña; y aunque los hombres aunaban sus voces para concentrar su esfuerzo –¡jalando...ya! ¡jaland...ya!– aquello no cedía un ápice. Parecía clavado. Con-cienzudamente se miró todo, de proa a popa, para detectar cualquier obstáculo; pero no había ninguno.

Como el barco permanecía inmóvil, el señor proclamó con voz airada:

–Si hay alguien aquí capaz de mover este barco, que salga y lo diga. Le daré una recompensa a la medida de sus deseos.

La proclama estaba hecha pero, por lo que se veía, no había nadie capaz de mover el barco. Entonces, y a la vista de la situación, la niña Yayoi se acercó en una carrera al barco, y dijo:

–Yo misma. Creo que puedo hacer avanzar este barco. ¿Qué tal si me lo permitís?

–¿Vas a ser tú capaz de moverlo? Si crees que puedes, adelante: prueba.

La niña se montó en la popa, y allí de pie, posando su mano en la madera del barco, exclamó:

–¡Ya...yoi! ¡Avante, árbol parlante! ¡Ya...yoi! ¡Avante..., árbol parlante!

Tales fueron sus palabras. No más pronunciarlas, y para asombro de todos, aquel barco que hasta el presente no se había movido un pelo empezó a deslizarse –¡plis, plás!– hacia la orilla. Y salió al mar, donde flotaba en las olas.

–¡Vaya! ¿Qué es lo que está pasando? –murmuraba la gente a porfía, sin que nadie acertara a salir de su asombro.

–¡Andando! ¿Qué fuerza es esa, para una niña como ella? –se decían.

Pero Yayoi replicaba con calma:

–Lo que es fuerza, yo desde luego no tengo ninguna.

El señor territorial se alegró sobremanera, y le dijo:

–Lo prometido es deuda. Aseguré una recompensa según los deseos de la persona agraciada. Así que di lo que quieres.

–Pues yo –le respondió la niña– no es que desee nada especial. Sólo que tengo en casa a mi madre, con más de sesenta años, y debo procurarle el sustento. Me siento de veras triste al no poder darle el arroz necesario, ni un kimono de abrigo que le sirva para defenderse del frío cuando apriete el invierno. Eso es todo lo que yo os agradecería me concedieseis.

El señor entonces obsequió a Yayoi con abundante ropa, y también con fluencia de grano y otros alimentos. De tal manera que, gracias al espíritu del árbol, la madre y la hija pudieron vivir felices de ahí en adelante.

Este cuento versa sobre una pobre familia compuesta por madre e hija. La hija tiene que atravesar un monte para ir a trabajar como criada en la casa de un rico. Y como era una chica sencilla y trabajadora, de carácter dulce, la llamaban “Yayoi”, con gran cariño.

Por ahora podemos observar el poderío que ejerce el hombre, frente a la pobreza de la mujer, la cual ha de servir al hombre. Si reflexionamos sobre esta historia considerando su trasfondo psíquico, resulta ser que lo masculino goza aquí de opulencia y dominio, en tanto que la feminidad, dada su pobreza, está sometida a la masculinidad como sirviente suya. Ambos papeles aparecen disociados, aunque se da una relación de superior a inferior. Con todo, el hombre rico parece ser buena persona, y no vacila en tratar afectuosamente a Yayoi.

Este nombre de “Yayoi” evoca la primavera, en la que retoñan las plantas; y sugiere interiormente la imagen de una mujer que, aun siendo inmadura todavía, alberga la promesa de un florecer venidero lleno de belleza.

Por todo ello, el nombre resulta aplicable también al árbol, repleto de verdor.

La joven atraviesa a diario la cima del monte para ir a su trabajo a la casa del rico. No es nada fácil coronar un monte, pero aquí se hace necesario para la supervivencia de madre e hija. La feminidad se alimenta de un esfuerzo diario nada agradable.

En lo alto del paso de montaña se yergue un enorme árbol, que alcanza a los cielos.

En Japón se encuentran varias montañas sagradas, como el monte Fuji, el monte Hiei, el monte Kooya. En tales parajes montañosos, que se alzan alejados de viviendas humanas y proyectándose hacia el cielo, las personas no pueden dejar de sentir la fuerza de un espíritu sagrado que sobrepasa lo humano.

Un gran árbol que crece apuntando a la tierra y al cielo, hace también de vínculo entre el mundo visible y el invisible, y conecta igualmente el pasado, el presente y el futuro de todo cuanto se mueve. ¿No existirá acaso en el corazón humano un lugar sagrado, semejante a un monte, donde se enraíce el centro nuclear de la persona, uniendo a ésta con la divinidad?

La muchacha transita bajo el árbol cada mañana y tarde, y el árbol se convierte en el apoyo espiritual de ella. Ella le confía sus pesares y tristezas, reclinándose sobre el tronco. Cada vez que esto ocurre, el árbol le responde con el frote –fru, fru– de su ramaje.

Las alegrías y circunstancias felices son fáciles de comunicar a cualquiera; y cualquier persona está dispuesta a escucharlas. No obstante, las penas y pesares no son para comunicarlas sin más a cualquiera. Si se le cuentan a la madre, esta se va a preocupar; y es por ello por lo que la chica vuelca cuanto lleva dentro ante el gran árbol. El árbol lo escucha todo en actitud silenciosa, y

conforta el corazón de Yayoi. A través de las contrariedades de cada día se afianza la unión con ese árbol que ocupa el centro del corazón.

Por fin va llegando la fecha en que, de ahí a tres días, expira el período de servicio doméstico concertado por tres años. El plazo laboral llama a su fin. En ese tiempo de trabajo ha habido momentos tristes y duros; e incluso el cruzar aquel paso de montaña camino del trabajo no ha resultado nada cómodo. Sin embargo, en la casa donde Yayoi servía la trataban afectuosamente, y su vida gozaba de estabilidad. Al cesar en el servicio va a gozar de tiempo disponible y libertad, pero carecerá ya de aquel trato afectuoso, y de la seguridad que experimentaba en su vida. Se clausuraba un ciclo de sus días para empezar otro nuevo. Sin duda los sentimientos de inquietud ante el futuro y los de esperanza se entrecruzarían en el corazón de Yayoi.

Aquella tarde, cuando ella caminaba, como siempre, de vuelta a su hogar pasada la hora de la cena, próximo ya el ocaso, todo se torna oscuro. Ahí le sobreviene el aguacero. También el corazón de Yayoi está entenebrecido, y tal vez sus lágrimas se confundían con la lluvia.

—Pero bueno, ¡qué lata! —pensó ella, sin saber qué hacer.

Atolondradamente buscó refugio frente a la lluvia debajo del árbol. Hasta que escampe el temporal podía descansar al amparo del árbol. No más se apresura ella a cobijarse bajo las ramas, cuando el árbol se apresta a acoger también aquella copiosa lluvia del corazón de la joven.

—Amigo, árbol, amigo mío: de aquí a tres días tengo que dejar mi trabajo. Así que podré acompañar más a mi madre.

De este modo se expresaba entre murmullos, acuciada junto a la cepa del tronco.

Cuando yo me siento desasistida y sin saber qué hacer, suelo ponerme en cuclillas, abrazándome a mis rodillas. Esa posición acucillada goza de mayor estabilidad que la de estar de pie. ¿Será tal vez por la mayor proximidad respecto al suelo? ¿O será porque dicha postura comunica una sensación de seguridad, afín a la de un feto en las entrañas de su madre? En este caso no se trata de apoyarse en un árbol, sino más bien de ponerse en cuclillas, pues esto se puede considerar como el primer paso dado hacia la independencia. Lo que la niña habla en un murmullo –“*De aquí a tres días tengo que dejar mi trabajo. Así que podré acompañar más a mi madre*”–, suena como unas palabras que ella misma se dice para animarse.

En este punto se empieza a escuchar la voz del árbol:

–Pasados tres días van a venir leñadores, enviados por el señor de estas tierras, y me talarán, dando conmigo abajo. Y en el plazo de tres meses, mi madera va a servir como material para construir un barco, que se botará al mar tras ese tiempo. Pero el barco no se va a mover. Entonces vienes tú; y si te encastras a la popa y, puesta allí en pie, me gritas, el barco flotará en el mar.

Así le habló el árbol.

El día en que el árbol es derribado coincide con el término del servicio doméstico concertado para Yayoi. Cuando ese apoyo interior de la niña es talado, ella empieza precisamente su período de independencia. ¿Qué será lo que en cierto momento ofrece apoyo a las personas? Es muy posible que precisamente cuando se nos priva de ese apoyo, entonces empezamos a concienciarnos de la ayuda que nos proporcionaba. Al perder ese valioso apoyo sentimos como si nos retiraran la base de nuestra estabilidad interior. Incluso puede parecernos que nuestra personalidad anda perdida sin remedio.

Para mí particularmente, la muerte de mi padre fue una de esas experiencias. Hace algo más de diez años, después de morir mi padre, me quedaron varias razones para sentir pena. Entre ellas, yo lamentaba especialmente que en las vacaciones de invierno previas a su muerte yo me encontraba redactando una tesis, y esto me impidió dedicarme a cuidarlo. Siendo así que el tiempo que –en otras circunstancias– hubiera pasado con mi padre ya no tenía vuelta atrás, me parecía vacío de sentido el hecho de haberme metido de lleno en la elaboración de la tesis. El código de valores que yo había mantenido hasta entonces se me venía abajo de golpe, y no podía dejar de preguntarme qué sentido tenía mi vida.

El árbol le explicó a la niña que, tras su tala, se convertiría en madera para la construcción de un barco. Era la voz que se dirige desde el fondo del corazón a la persona que sufre y está triste. Una vez talado, el árbol no ha llegado al final de su existencia, sino que se transforma en otro ser. Mientras estaba plantado en tierra no podía moverse, pero al convertirse en barco podía surcar el mar en todas direcciones, y llevar pasajeros y carga.

La voz del árbol dejó de oírse, y cuando la joven cayó en la cuenta, la lluvia había cesado sin dejar trazas, y el clima se había hecho espléndido. Cuando se experimenta el peso del sufrimiento y la tristeza, si se escucha la voz del corazón y se penetra en su sentido, es posible hacer frente a las adversidades. La lluvia del paisaje interior escampa, y el cielo se nos aclara.

Al tercer día, una cuadrilla de leñadores se encarga de la tala del árbol. Y enseguida se pone por obra la construcción del barco. Tanto los leñadores como los carpinteros de naves han sido hombres enviados por el señor territorial. El poder masculino aplicado a cortar y a construir se hace aquí operativo en un momento crucial de la

vida. Esa energía, diferente de la del señor que había dado empleo a Yayoi como sirvienta, es la que ahora construye ese barco que va a ser la salvación de Yayoi.

¿Qué sensaciones se moverían en Yayoi mientras esperaba que se acabara de hacer el barco? Causa pesadumbre ver que desaparece aquello que nos ha servido de apoyo. También es triste y se hace duro ver cómo eso mismo lo van cortando y despiezando. Con todo, mientras el ser antiguo desaparece y un nuevo ser va tomando forma, no hay cosa que se pueda hacer, y no queda otra salida que esperar, cruzados los brazos. En ese largo tiempo de espera, que nos parece estar pasando vanamente sin más, una energía hasta ahora inusitada está trabajando en medio de nuestra inconsciencia, y coopera en la construcción de un nuevo ser.

Antes de lo que se piensa, el barco está ya en pie y le ha llegado la hora de ser botado al mar. Pero, sin que se sepa la causa, ese barco no se mueve. Por más que los hombres se esfuercen en tirar y arrastrarlo, aquello no se mueve un pelo. Con la fuerza masculina exclusivamente puesta en juego, el barco no avanza.

El señor territorial lanza una proclama, diciendo que si hay alguien capaz de mover el barco, se le recompensará según la medida de sus deseos. Incluso un señor como este, que domina toda una región, necesita ayuda para conseguir que el barco avance. Y anuncia que si alguien logra mover el barco, a ese tal se le cumplirán todos sus deseos.

La proclama ha sido anunciada, pero no hay nadie que pueda hacer moverse al barco. Yayoi, que estaba viendo lo que pasaba, se ofrece entonces a tratar de moverlo. ¿Qué sentiría Yayoi en ese momento? ¿Podría ella lograr lo que no habían conseguido muchos hombres forzudos? Aun poniéndose a probar, ¿qué va a pasar si el

barco no se mueve? ¿No podía ella quedar rotundamente mal a fin de cuentas, después de haberse ofrecido? ¿No pensaría tal vez cosas así?

Hacen falta muchos arrestos para dar el paso adelante cuando se ignora el resultado. A pesar de todo ello, Yayoi se ofrece voluntaria. Sin duda la ayudaron en su decisión, tanto la fe en el mensaje del dios, como la energía masculina que había desarrollado en sí misma durante aquella espera.

La niña tocó con dulzura la madera del barco, de pie en la popa del mismo, y exclamó:

-¡Yaa...yoi! ¡Avante, árbol parlante! ¡Ya...yoi!

Ella no se había puesto a tirar con fuerza como aquellos hombres sino que, erguida en la zaga del barco, sólo había tocado a éste con gentileza y le había dado una voz. Al exclamar “¡Ya...yoi! ¡Avante, árbol parlante!”, estaba profiriendo una exclamación común en japonés –“ya...yoi” para animar a alguien al trabajo, a la vez que estaba usando su propio nombre como vocativo, quizás para darse aliento.

Acto seguido, el árbol se desliza con suavidad hasta el mar, donde queda flotando. Lo que no había sido posible con la fuerza de muchos hombres, lo consigue Yayoi con su voz gentil dirigida al barco. Habían sido hombres quienes habían talado el árbol y quienes habían construido el barco; pero lo que logró hacerlo flotar en el mar, había sido la confianza depositada por Yayoi en el árbol, y también la propia dulzura de la niña. Así como lo masculino y lo femenino colaboraron para poner el barco en el mar, así también es necesaria una alianza de feminidad y masculinidad para hacerse al mar de la vida humana. Este barco que ahora flota sobre el agua es un símbolo de la integración de esas dos fuerzas que acaba de operarse dentro del ser humano.

El señor, como recompensa, atiende a los deseos de la joven, y le proporciona ropas y grano en abundancia para que pueda cuidar a su madre. De resultas de ello, madre e hija pudieron vivir felices en adelante. Las que eran pobres gozan ya de la holgura necesaria para afrontar la vida sin preocupaciones. La feminidad ha alcanzado en ellas dos su sazón.

Toda persona ha sido dotada de un principio masculino –una energía capaz de diferenciar en partes para construir algo nuevo–, y también de un principio femenino –relacionado con la confianza y la dulzura–. Por lo general, un hombre desarrolla en sí el principio masculino, y cuando pasa el ecuador de su vida va integrando valores femeninos a su personalidad. Hasta esa época de su vida, más bien que reconocer como suyos los valores femeninos, lo que hace es proyectarlos hacia su madre, sus hermanas, su novia, su mujer...; y espera que ellas los desarrollen, como les pide su papel en la vida social.

En el caso de la mujer, básicamente suele ocurrir lo contrario. Para empezar, ella desarrolla su feminidad lo primero de todo, y es más tarde cuando incorpora el principio masculino. Sin embargo, el proceso que tiene lugar en la mujer es más complicado que el del hombre. Esto ocurre porque en la sociedad contemporánea, “lo masculino” se considera más valioso que “lo femenino”. Por ejemplo, en los actuales planes de estudio, la gimnasia, la música, las bellas artes y las ciencias del hogar son arrinconadas en la distribución horaria de las clases; en tanto que las matemáticas, la lengua, las ciencias... gozan de una situación de privilegio. Los estudiantes son valorados sólo por su capacidad intelectual. Sobre la sensibilidad predomina el raciocinio. Adoptar el criterio de valorar a las personas en la vida social sólo por su rendi-

miento escolar y universitario, es una secuela de ese predominio de la energía masculina.

Viviendo en esta sociedad así marcada por lo masculino, le resulta más difícil a una mujer posesionarse de la feminidad, que a un hombre incorporar su masculinidad. Aunque una mujer no suele llegar al extremo de menospreciar su feminidad, con todo, al no ser este un valor en alza, su integración vital como mujer puede verse retrasada. Si la mujer trata de incorporarse lo masculino no habiendo apreciado adecuadamente su condición natural, su feminidad quedará inmadura, en tanto que predominarán en ella las facetas negativas de la masculinidad. De este modo, la mujer que sin darse cuenta se somete a un punto de vista enteramente masculino, resulta ser una réplica de nuestra Yayoi, quien iba diariamente a servir a la casa del rico, más allá del monte. ¿No es cierto que esa Yayoi puede hoy encontrarse en más de una mujer, e incluso en más de un hombre?

Tanto hombres como mujeres, en la medida en que cada cual no integre a su personalidad la energía del sexo opuesto, tenderá a buscarla en el mundo exterior. El hombre espera encontrar una idealizada feminidad en la mujer, y a su vez la mujer espera hallar una idealizada masculinidad en el hombre; y en ambos casos hablamos de papeles que se han de desempeñar en la vida social. Recientemente se ha incrementado el número de mujeres mayores que ponen en marcha una solicitud para divorciarse de sus maridos jubilados. El movimiento feminista en Japón está empezando a ser floreciente. ¿Será que a la mujer japonesa comienza a pesarle esa tradicional misión de ser “buena madre y solícita esposa”?

Al parecer, la repulsa a aceptar papeles sociales impuestos está partiendo de la mujer. Eso implica un proceso penoso, tanto para quien rechaza como para quien

es rechazado. A pesar de todos los pesares, dicho proceso no deja de ser una oportunidad para todos de advertir esa parte del sexo opuesto que hay dentro de cada uno, y para tratar de convertirla en sustancia propia. Pero la mujer debe andar muy sobre sí, para evitar que el rechazo de su papel tradicional no se lleve por delante sus valores naturales, que como toda mujer posee.

En el amargo período transcurrido entre la independencia personal y la integración, lo que en realidad sostiene el ánimo de Yayoi es su relación con el árbol, cultivada durante su época de servicio doméstico. Las experiencias penosas traen la ventaja de orientar a la persona hacia su mundo interior, del que ella puede enriquecerse con nueva energía. La capacidad femenina de introspección se incrementa de ese modo. Desde semejante punto de vista, el período de servicio doméstico de Yayoi no fue tiempo perdido.

Según este cuento, se da por sentado que la relación social que supone el servicio doméstico de una muchacha pobre en casa de un señor rico, es algo que se termina cierto día. Si los cuentos populares describen situaciones arquetípicas, ese barco que se bota al mar mediante la cooperación del hombre y la mujer puede interpretarse como una imagen que simboliza el futuro de cada individuo, y de la sociedad en su conjunto.

A partir de la figura de Yayoi, que creyó en el mensaje divino para dar su gran paso, se me viene a la mente por asociación de ideas la Virgen María, como aparece en la Biblia. Un ángel le comunica que por obra del Espíritu concebirá en su seno un niño, y ella lo cree. El niño que de ella nace es Jesús (Lc 1, 26-38). Dios es presentado en la Biblia como un hombre, y este punto coincide con el hecho de que la autoridad suprema en el cuento de Yayoi

corresponde al Señor del territorio; esta circunstancia nos hace pensar que en el trasfondo de ambos relatos hay sociedades humanas donde el hombre es dominante. Sin embargo, para que Dios tomara forma humana en este mundo, Él estimó necesario pedir a María que cooperase dando su consentimiento. El hecho de que María creyó en algo que desbordaba todo razonamiento, también presenta una afinidad con el caso de Yayoi.

Tiene igualmente su punto de interés la circunstancia de que José, el esposo de María y padre de Jesús ante la ley, era carpintero. Desde la perspectiva de que su oficio era cortar madera y acoplarla para nuevos usos, no puedo dejar de pensar en los leñadores y carpinteros navales del cuento de Yayoi, con quienes instintivamente comparo a José. Se me representa como un acontecimiento universal, que sobrepasa cualquier barrera cultural o religiosa, el que por la fe de una persona el Espíritu divino se encarna en este mundo, y el hijo de Dios que de ahí nace va a crecer bajo el amparo de un hombre y una mujer, y con la cooperación de ambos.

1.4. EL TEJÓN TAMBORILERO

En la ciudad de Fukuoka, al norte de la isla de Kyushu, aún se cuenta la siguiente historia.

Había un templo budista desolado y desierto en la ciudad de Hakata. Allí, cada noche, desde la zona trasera del templo, se oía el tableteo característico de un tejón japonés; en las noches tranquilas, ese ruido sonaba débil y melancólico. Los muchachos del vecindario trataron de observar el fenómeno sonoro, y se apostaron en el templo para indagar de dónde procedía ese tamborileo, pero no dieron con pista alguna en absoluto.

Y un buen día sucedió esto:

Un monje itinerante se presentó en el desierto monasterio, y se quedó a vivir allí. El bonzo en cuestión no parecía saber los rumores que corrían sobre el templo deshabitado; todos los días reunía a los niños, y con mucha amabilidad les daba clase de lectura y escritura. También invitaba a los adultos del barrio a reunirse con él, y les hablaba sobre el camino del Budismo. Un día, era ya tarde avanzada, cuando el bonzo reunió a sus oyentes en la nave del templo, y empezó a hablarles. En la quietud de aquel templo carente de todo ruido empezó a escucharse el rutinario tableteo de procedencia desconocida. La gente allí congregada se asustó, estremecidos todos de miedo; pero el bonzo no se alteraba en lo más mínimo, y empezó el siguiente relato:

—Sucedió hace unos cuarenta años. En esta ciudad de Hakata vivía un joven de dieciocho años. Se había quedado sin padres y vivía solo; pero en la casa de al lado vivía una linda joven, también sola, y el muchacho pensó que algún día le pediría que se casara con él. Aunque, por desgracia, aquella joven bella y amable estaba ciega. Ella tenía un tejón pequeñito que le hacía compañía a diario, y al que ella cuidaba con esmero. Cierta día el joven pensó no darle ya más vueltas al asunto, y se dirigió a la muchacha con estas palabras.

—Por favor, cástate conmigo, ¿quieres?

Pero ella movió la cabeza de lado a lado, denegando. El joven achacó al pequeño tejón el haber motivado la negativa de ella a casarse. Y entonces, una noche él se resolvió a colarse hasta la habitación de la muchacha para dar muerte al tejón. Sin embargo, y por grave error, la mató a ella a la vez que al tejón. “¡Qué he hecho!”, pensó el joven; y tras enterrar a la chica y al tejón juntos en un rincón de cierto monasterio budista, desapareció de aquellos alrededores. Y a partir de esa noche empezó la cosa: en el templo budista se oía cada noche un tamborileo incesante...

El bonzo se cortó en su relato. Los ojos le brillaban, llenos de lágrimas.

—Así pues, como todos los presentes ya habréis adivinado, yo soy aquel joven de hace cuarenta años. Por favor os pido que, ya que habéis escuchado mi relato, me acompañéis ahora en hacer una oración por el perpetuo descanso de la muchacha y de su tejón. ¿Podéis prestarme vuestra fuerza espiritual?

Las personas allí reunidas asintieron gustosamente a las palabras del bonzo, y se unieron a él en oración.

Y desde aquel momento, el tamborileo del tejón dejó de oírse en aquel templo y sus alrededores.

Tenemos, pues, en primer plano a un joven de dieciocho años que desea casarse con una bella joven invidente, vecina suya. Un buen día, considerando que ya lo ha pensado bastante, se dirige a ella con su propuesta “*Cásate conmigo*”. La muchacha deniega con la cabeza. El joven cree que la negativa de ella a casarse con él se debe a que está cuidando con mimo a un pequeño tejón. Y una noche, se cuela él hasta el aposento de ella con la intención de matar al tejón. Pero, por error, acaba también con la vida de ella. Tal es el relato. Temas como este aparecen también hoy día en las páginas de sucesos de los periódicos. Y en nuestro mundo interior, ¿no ocurrirá algo parecido?

La bella joven puede considerarse una representación de la faceta femenina que anida en el interior de cada persona, como son los sentimientos positivos. Justamente así como la que es mujer quiere ser bella, y el que es hombre quiere casarse con una mujer bella, así toda persona prefiere los sentimientos bellos a los desagradables. En el caso de las personas ciegas, como compensación por su imposibilidad de ver el mundo externo, se les desarrolla la capacidad de ver el mundo interior. Y, aparte de la

visión, sus demás sentidos también se les desarrollan más que a quienes gozamos de vista. Esa muchacha ciega de nuestro psiquismo tendrá una rica sensibilidad para el mundo interior, pero al no poder ver la luz de fuera tiene que estar siempre en las tinieblas.

La joven vive acompañada de un pequeño tejón, al que cuida esmeradamente. El tejón, parecido al zorro, pertenece a la familia de los cánidos, y tiene su madriguera en bosques cercanos al agua o en arboledas alfombradas de hierba. Durante el día, salvo imprevistos, no suele actuar fuera. Es menos precavido que el zorro de cara al hombre y, por eso, cuando es domesticado, incluso de día merodea por los alrededores sin problema.

Como reflejan ciertas frases de los refranes japoneses –“el zorro y el tejón se engañan entre sí”, “fingirse dormido, a la manera del tejón”–, se piensa que el tejón suele engañar a los humanos. En el cuento popular japonés “El monte Kachi-kachi”, el Tejón es un truhán que engaña al hombre, pero como su rival el conejo todavía le gana a engañador, el tejón resulta engañado por el conejo.

El tejón de nuestro psiquismo interior representa la otra faceta, lo “no humano”, como pueden ser por ejemplo los sentimientos negativos. No en vano es un animal salvaje, que para convivir con nosotros necesita doma.

Estimamos que tal salvajismo es una vulgar bajeza, pero en eso mismo podemos estar engañados.

La muchacha y el tejón viven juntos: ella no puede ver, y el tejón ve incluso en la oscuridad; pero ella sí puede ver el mundo interior, en tanto que el tejón es un animal y carece de ese espíritu. Él y ella viven juntos, como cara y cruz de la misma moneda. Si uno trata de matar al tejón, también se llevará por delante a la muchacha. Si la idea de matar proviene de que los sentimientos de tipo animal se ven como un estorbo para los sentimientos

bellos y cuanto estos implican, la muerte puede alcanzar también a los sentimientos de belleza, que perecerán igualmente.

Tomemos como ejemplo lo que ocurre con el amor y el odio. Si se piensa que el odio es un obstáculo para el amor, y tratamos de arrancarlo de raíz, nos encontraremos vacíos de fuerza para amar. Según un dicho japonés, “cuando el amor sobreabunda, el odio se multiplica por cien”, pues el odio es la cara opuesta del amor. Amar y odiar son operaciones del mismo corazón; y si a ese corazón que odia le ponemos trabas, como órgano del amor también ese corazón se va a ver disminuido. Cuando la sensibilidad para lo negativo se restringe, igualmente se achica la sensibilidad para lo positivo.

Cuando yo era niña, mi madre solía vestirme como a un varón, diciendo que como mi hermanito, tres años más joven, pronto podría usar esa ropa, pues... El caso era que yo aborrecía ponerme –por ejemplo– una gabardina, diseñada para un chico, color tierra. Viéndome vestida siempre a lo hombre, y todo por mi hermano menor, llegué a sentirme resentida para con mi madre, pensando que quería a mi hermano más que a mí. Pero a fin de cuentas, tal vez por parecerme impertinente que una niña tuviera resentimiento hacia su madre, yo trataba seguramente de reprimir mi insatisfacción, diciéndome a mí misma que como éramos una familia pobre y en plena guerra, la cosa no tenía nada de particular. Hasta hace muy poco, este asunto se me había olvidado por completo.

El joven que mató a la muchacha a una con su tejón, los enterró a los dos en una zona trasera de un monasterio budista, y desapareció de allí. En mi caso, yo también había puesto tierra por medio respecto a aquel recuerdo de mi infancia.

El protagonista del cuento, ya convertido en un bonzo, refería que desde la noche en que él mismo había enterrado a los dos cadáveres, cada noche el tamborileo del tejón se hacía oír. Y aunque él se quitó de en medio de aquel lugar, sabía que el tejón seguía tamborileando sonoramente. Y era sin duda que él mismo escuchaba ese soniquete desde algún rincón de su interior, donde latían los recuerdos.

El modo en que yo imagino el tamborileo del tejón es el de un sonido que emite el animal golpeando intermitentemente su vientre hinchado. Es parecido al redoble de un tambor de madera, de los usados por los bonzos en sus templos mientras recitan los sutras. ¿Sería tal vez que el tejón provocaba el redoble para desahogar su resentimiento? ¿O bien estaría convocando a los fieles para una recitación de sutras como honras fúnebres celebradas ante Buda?

En las noches tranquilas ese sonido se escucha lánguido y triste. La zona trasera de un monasterio suele estar menos transitada que la zona delantera, y el sol no da allí con tanta fuerza como en la entrada y la fachada. Cuando el corazón se deprime entre sombras, desde ese lugar de su interior se escuchan unos sonos cargados de tristeza y soledad; entonces el propio ánimo se viene abajo. Nosotros tendemos a querer apagar esos sonos a base de charlar y de mantenernos ocupados.

Los jóvenes del vecindario se apostaron en los jardines del templo para observar de cerca aquel tableteo, pero no lograron hacerse una idea sobre el origen del mismo. También yo, cuando sentía el ánimo por los suelos, si bien conocía mi tendencia a aislarme pretextando que nadie me hacía caso, estaba desorientada sobre cuál era la raíz de mi problema.

El protagonista, convertido en un bonzo itinerante de casi sesenta años, vuelve a aquel templo, que ha quedado desierto. Allí se dedica a enseñar lectura y escritura a los niños, e invita a los adultos del barrio a escuchar unas charlas suyas sobre el camino del Budismo. Después del triste suceso, había estado cuarenta años entregado a una vida de peregrinaje, tiempo en el que había llegado a creer en la misericordia de Buda, así como en la vida futura tras la muerte. Y se había hecho bonzo, con la misión de orar por los difuntos. ¿No sucedería en realidad que su decisión de seguir vitalmente el camino de Buda y enseñárselo a los demás, se debiera a que el tamborileo del tejón, algo apagado, y triste, le seguía resonando aún muy dentro?

El templo estaba desolado, sin fieles que acudieran a venerar a Buda. También ese rincón sombrío estaría yermo y desolado en el corazón del protagonista. Ciertamente, él se resistiría a acercarse por allí; y de hecho nunca se había aproximado al lugar. Al cabo de cuarenta años, él regresa. Siendo un bonzo, seguramente tocaría el tamboril de madera mientras recitaba los sutras. A ese reclamo acudía la gente, tanto los niños como los mayores.

A medida que se cumplen años, recordamos muchas cosas, pues hay en nosotros una capacidad que va a más: se trata de que varios acontecimientos que yacían en el olvido, de repente regresan para integrarse en nuestra intimidad.

En mi propia experiencia, cuando voy cumpliendo años, el recuerdo me vuelve a la época de mi infancia. Cosas que durante mi juventud no habían arraigado en la memoria, debido a la multiplicidad de actividades y planes de aquellos años, se me representan ahora con viveza en la pantalla de mi mente. Las fuerzas físicas decrecen, y el trabajo se hace más pausado y menos intenso;

tal vez por todo ello hay más tiempo libre que antes para mirar a la pantalla. Es bien posible que un largo caminar por la vida nos dé la energía necesaria para mirar las imágenes que habíamos procurado evitar. Tal vez nos urge el sentimiento de que, en tanto nos vamos acercando al final del camino, no podemos ya dejar de mirar al detalle incluso lo que no deseábamos ver.

Cierto día me saltó a la mente el episodio de verme vestida con ropa de hombre, y la insatisfacción que esto me trajo. Una gabardina color tierra, con doble botonadura, de corte masculino..., así como un peinado propio de chico...: se me representaban envueltos en olas sucesivas de resentimiento hacia mi madre. La niñita que era yo iba acopiando un agrio resentimiento hacia mi madre, sin cortarme lo más mínimo. Y otra imagen de mi propia niñez, que tenía olvidada por completo, de pronto se revivió ante mí: yo llevaba una capita roja, una piel de conejo blanco como cuello del vestido, y una caperuza. También pude ver un vestido hecho de lazos rosados, que mi madre había tejido y me había hecho llegar al centro de evacuación donde yo me encontraba, durante la guerra. Persuadida como estaba de que mi madre se había empeñado siempre en arreglarme como a un chico..., cuando caí en la cuenta de que no era así, los sentimientos míos hacia mi madre cambiaron radicalmente. Y mi idea preconcebida de que se me había ignorado, fue desvaneciéndose.

Hacia la época en que esto pasaba, con ocasión de reunirnos los hermanos y estar conversando sobre nuestros recuerdos, le dije a mi hermano menor, no sin cierta vergüenza por mi parte:

—Mamá te quería a ti más que a mí.

A lo que mi hermano respondió:

—Pero papá no quería a nadie más que a ti.

Con lo que me llevé una buena sorpresa. Era algo en lo que no había reflexionado hasta el momento, pero era cabalmente así. Por lo visto, en mi afán por borrar del pasado los sentimientos desagradables, había también borrado los recuerdos alegres. En mi caso, había hecho cierto aquello de “al acabar con el tejón se llevó también por delante a la muchacha”.

Una noche, el bonzo reunió a la gente en la nave del templo y empezó a hablar. En aquel templo, todo quietud, donde no se oía ni una mosca, se empezó a escuchar un tamborileo lejano, de procedencia desconocida. Las personas allí reunidas se pusieron a temblar de miedo; pero el bonzo, sin dar muestras de alterarse lo más mínimo, relató a todos el grave error de su juventud, y les pidió que le prestaran su energía para orar juntos por el perpetuo descanso de la joven y del tejón.

El bonzo en que se había convertido el joven protagonista del cuento, no tenía miedo a aquel lugar ni al insistente tamborileo. Sin duda con el fin de honrar a los difuntos, él no dejaba de practicar buenas obras, ni de predicar el camino del Budismo. Pero con eso sólo, no se paraba el ruido. Hizo falta conseguir que aquellas temerosas personas se reunieran en la nave del templo y que, tras conocer la verdad, se aplicaran a rezar con él por el reposo de los difuntos; y así fue como el tamborileo dejó de oírse.

En nuestro interior tenemos también un bonzo que cree en la misericordia del Ser Supremo, así como tenemos “gente de la calle”, asustada ante un ruido de mal augurio. Es necesario que todos ellos se congreguen en el templo de nuestro corazón. La nave principal de un templo budista es el lugar donde se venera la imagen de Buda. El templo de nuestro interior es donde se asienta

ese Ser que es todo misericordia, el santuario íntimo de nuestro corazón. A todos nos incumbe el deber de reunirnos allí, recibir la comunicación de la verdad, y rogar juntos por el reposo de los difuntos.

La oración por los difuntos es una petición para que éstos alcancen la naturaleza de Buda. En el proceso de llegar a esa naturaleza divina por parte de la joven y su tejón –es decir, en el proceso de hacerse Budas– hay implicados varios sentimientos y recuerdos que se han asimilado en la vida del Ser supremo, circunstancias que sobrepasan los límites de belleza y fealdad, bondad y maldad, ya que todo se integra en Él –según podemos entrever–.

El tamborileo es el que motiva al protagonista; así como éste invita luego a las demás personas para que todos se unan en una oración por los difuntos. Y con ello el templo budista deja de ser un lugar desolado. Gracias al tamborileo, de sombrías perspectivas, el sagrado templo interior del corazón recobra su vida. El tejón resulta ser, en última instancia, un hechicero poderoso.

A veces se habla de Japón como de un país donde la vergüenza es dominante entre sus hábitos culturales, pero donde no existe la conciencia de pecado. Dicha crítica no resulta aplicable a este cuento. Es cierto que el protagonista de este cuento no considera que haya quebrantado un mandamiento concreto, más bien él se duele de haber actuado contra la vida. Y como oye el tamborileo del tejón, eso implica que está lleno de arrepentimiento, no sólo por haber arrebatado la vida a la joven que él quería, sino por haber matado igualmente al tejón. Tal arrepentimiento lo lleva, sin duda, a hacerse bonzo, y a enseñar a otros el camino del Budismo. Expiando su pecado, llega a conocer a Buda, y madura enormemente, también en su dimensión humana.

Este protagonista me trae, por asociación de ideas, el recuerdo de la frase cristiana FELIX CULPA. En la liturgia de la vigilia pascual, estas palabras aparecen en un himno, y su traducción directa sería la de “feliz pecado”. Hoy día en japonés esa frase se traduce al sentido, y su traducción literal no se usa. La idea es que precisamente porque existía el pecado el salvador nos vino, y por eso aun el mismo pecado se puede calificar de “feliz” circunstancia. Es un pensamiento que concuerda con el de san Pablo en su carta a los Romanos (5,20): *Donde abundó el pecado, allí sobreabundó la gracia de Dios*. Pablo, como guía espiritual, se está dirigiendo a los cristianos de la primitiva iglesia romana. El ser humano cae en el pecado; pero no termina ahí todo: la inmensa gracia de Dios viene a cubrir esa culpa, y la persona se salva. Es un pensamiento que aparece también reflejado en “El blanco conejo de Inaba”, así como en el cuento que ahora nos ocupa.

* * *

Hasta este punto, nuestra lectura se ha centrado en cuatro cuentos populares, como son “El blanco conejo de Inaba”, “El dios de la pobreza”, “¡Avante, árbol parlante!” y “El tejón tamborilero”.

En “El blanco conejo de Inaba” nos encontramos con Okuni-nushi, al que se llama “un dios” así como a sus hermanos. Ellos vienen a la región de Inaba con intención de desposar a la princesa Yagami, una mujer humana. Al lado de unos dioses que trataban cruelmente al conejo hasta hacerlo sufrir físicamente, también está un dios que cura las heridas. Este dios sanador conoce el poder medicinal de las plantas. En este mundo al que vienen los dioses, vive el conejo, animal terrestre, y el tiburón, animal marino; tanto uno como otro hablan la lengua de los humanos. El conejo sirve de ayu-

da para que un dios se case con una princesa humana, y por ello también se le llama “un dios”.

Aquí aparecen a una animales y plantas, seres humanos, dioses..., sin que nadie esté confinado a su propio territorio. Todos viven en el mismo mundo y, bien sea que hay choques entre ellos, o bien sea que hay alianzas y buena armonía, a fin de cuentas todos se mantienen estrechamente relacionados. Nos hacen olvidar las lindes divisorias que establecemos hoy entre “mundo vegetal”, “mundo animal”, “mundo humano”, “mundo sobrenatural”...

En “El dios de la pobreza”, los caballos son dones de la divinidad; y según cómo el hombre se comporte con ellos, el dios de la pobreza puede convertirse en el dios de la riqueza.

En “¡Avante, árbol parlante!”, la jovencita Yayoi toma como confidente a un árbol. Ella se apoya en el árbol, y por medio de éste todo un dios se pondrá en comunicación con la niña. Una vez más vemos que la naturaleza, el ser humano y el dios establecen una relación mutua donde no hay líneas divisorias. Como en el cuento del “dios de la pobreza”, igualmente en este se contempla a un dios que protege al ser humano, como una existencia suprema que guía a las personas.

En “El tejón tamborilero” hay una muchacha que vive con un pequeño tejón, y tal circunstancia también nos hace sentir la vecindad entre humanos y animales. Ese tejón salvará al joven protagonista de la pesada losa que gravita sobre él por haber matado a la muchacha. El tejón lo guiará hacia el camino de Buda, y por mediación del mismo protagonista otras personas llegarán a saber de dicho camino. En este relato los tres mundos –animal, humano, y espiritual– se llegan a hacer uno solo. Es de esperar que sea por esa unión por donde llega la deseada salvación.

He dicho antes que entre los cuentos populares y la Biblia hay puntos de semejanza; aunque ciertamente en la Biblia no aparecen esos tres mundos –Dios, la naturaleza y el hombre– relacionados del mismo modo que en los cuentos. Según el relato del “Génesis” Dios es un ser único que ha creado el universo con los demás seres que alberga. Siendo Dios el creador absoluto, el ser humano es una criatura suya, dotada de una especial existencia, ya que se le ha mandado dominar al resto de la creación.

Las personas que actúan en círculos culturales cristianos han empezado a tomar conciencia de hasta qué punto esa ideología del hombre como dominador de la creación ha sido destructiva para la naturaleza. Actualmente muchos americanos y europeos bien concienciados sobre el problema sienten dolor ante la creciente destrucción de nuestro hábitat natural que se realiza por obra de japoneses, tanto dentro como fuera de Japón, país que –por cierto– no guarda mucha relación con el cristianismo. ¿Dónde se encuentra ya aquel respeto mezclado de ternura que nuestros antepasados tenían hacia la naturaleza? Esa actitud solícita, ¿se ha perdido para siempre? ¿O será más bien que se encuentra dormida en nuestro interior?

II

LOS MÁS PEQUEÑOS

A partir de la historia de Momotaroo, tan bien conocida en Japón, hay muchas historias en los cuentos populares sobre niños pequeñitos que han tenido un nacimiento maravilloso, y dan cima a grandes hazañas. En todas las regiones de Japón tales historias se han difundido como tradiciones de cada lugar. En este capítulo veremos tres de esas grandes historias, que tienen como protagonistas a los que Kunio Yanagida –investigador de la cultura popular japonesa en la primera mitad del siglo XX– llamaba “los más pequeños”.

2.1. EL DIVINO “MOCOSILLO”

Érase una vez, que en la aldea de Mayumi –prefectura de Kumamoto–, entre montañas, vivía un viejecito. Él se internaba en la montaña cada día para cortar leña, que llevaba luego a la ciudad de Seki para poder a duras penas sobrevivir. Pero, cierto día, no lograba de ningún modo vender su leña; y tuvo que cruzar innumerables veces un puente, extendido sobre el río que atravesaba la ciudad, para recorrerse a pie toda la ciudad buscando..., pero no había nadie que quisiera comprarle aquella leña. Como remate de todo, él se sintió agotado en medio del puente y se tomó un rato de reposo. Después fue tomando en sus manos haces de leña, y uno a uno los iba tirando desde lo

alto del puente a una profunda poza que allí hacía el río. Y para terminar, rezó reverentemente al dios dragón, y se dispuso a regresar.

Entonces, inesperadamente, desde el interior de aquella, poza surgió una doncella tan hermosa como nunca había visto nada igual, y ella detuvo al viejecito, llamándolo. La joven acunaba en sus brazos a un niño muy, muy pequeño en verdad.

—El dios dragón está muy contento contigo —le dijo—, pues eres una persona honrada que trabaja mucho a diario, y hoy incluso le has dedicado una ofrenda de leña. Como recompensa por todo ello, él te entrega este niño confiándolo a tu cuidado. Así que puedes marcharte a casa con el niño. Este niño se llama “el divino mocosillo”, y atenderá cualquier ruego que quieras dirigirle. A cambio de ello, debes darle tres veces al día sin falta un plato de langosta fresca, cocida y sazonada con vinagre.

Con estas palabras, la joven entregó al niño en manos del viejecito, y de nuevo volvió a la poza del río para desaparecer en su fondo.

El viejecito se puso muy contento y, llevando en sus brazos al divino mocosillo, regresó a su aldea de Mayumi, y ya en su casa le preparó un lugar al niño junto al altar familiar, donde lo cuidaba con esmero. Cuando el viejecito deseaba cualquier cosa, ya fuera arroz, o algún dinero o lo que fuera, no tenía más que pedirselo simplemente al niño, y éste le respondía al momento con un sonoro resoplido como si se sonara la nariz; la cosa pedida aparecía al punto ante los ojos del viejecito.

Éste le dijo:

—Esta casa está ruínosa y sucia. Tráeme una casa nueva y más grande.

Y al instante, con un resoplido de la nariz del niño, incluso algo tan grande como una casa aparecía a la vista; y era una mansión magnífica y preciosa, que desbordaba todas las expectativas el viejo. Luego vino lo de pedir un granero,

herramientas y otras cosas..., y todo iba haciéndose realidad. En el espacio de un mes escaso, el viejecito se había convertido en un hombre muy rico, a quien nadie hubiera conocido. Ya no tenía que ir más a la montaña a cortar leña. Su único trabajo consistía en ir diariamente a la ciudad, y comprar langosta para aderezar las comidas del niño.

Pero a todo esto, con el paso de los días y los meses, ese único deber diario que tenía el hombre se le iba haciendo molesto, hasta que un día el viejecito bajó al niño de aquel sitio suyo, próximo al altar familiar; y le habló así:

—Divino mocosillo: como ya no tengo nada más que pedirte, por favor: regresa junto al dios dragón. Y transmítele mi saludo agradecido.

Oyendo estas palabras, el divino mocosillo no respondió nada; salió afuera, y se marchó. Luego, por un breve rato, fuera de la casa se oía un sorbetón como de alguien que se resiste a sonarse las narices; y a continuación la casa, el granero y demás..., todo cuanto había allí, cosa por cosa fue desapareciendo, y al final sólo quedó la casucha destartada que aquello había sido antes. Pensando la desgracia que ello suponía, el viejecito salió precipitadamente con intención de detener el divino mocosillo en su marcha, pero ya era imposible verlo por parte alguna. Así se cuenta la historia.

Nuestro personaje es un hombre viejo. ¿Qué edad podría tener? Como yo me encuentro en la década de los sesenta años, le calculo a él de ochenta para arriba. Pero los niños que escuchan el cuento pensarán que es de la edad de sus propios abuelos, a saber: aproximadamente entre cincuenta y sesenta años. La edad de otros que cada uno imagina está en función de su propia edad, y puede haber variaciones; pero como aquí hablamos de un viejecito, se trata seguramente de un abuelito, que ya ha cumplido la misión de cuidar a unos hijos. Los hijos

han crecido, ya lo han hecho abuelo... Y probablemente se encuentra él ya en una etapa tranquila de su vida. Es esa etapa en la que también empieza a sentirse el declive de las fuerzas físicas.

Este viejo se adentra en la montaña, corta leña, la vende, y gracias a eso va saliendo adelante, con estrecheces, en la vida.

La energía para “cortar” que reside en el mundo interior de uno se suele aplicar a la facultad de juzgar sobre las cosas, formular decisiones, proyectar planes, y –en suma– llevar a la práctica todo eso. Para cortar hace falta una hoja dura y afilada. El razonamiento agudo, hecho a “cortar por lo sano”..., la teoría asimilada, no susceptible al cambio..., el pensamiento abstracto...: tales son las cuchillas de la mente.

El viejecito del cuento usa su poder de “cortar” para salir adelante en la vida, y del mismo modo dicha facultad de cortar es usada hoy por el hombre como instrumento de trabajo en el mundo exterior; y mediante esa actividad consigue lo necesario para su manutención. Si esa facultad es ignorada o negada, repercutirá negativamente en la persona, degenerando en energía para herir o apuñalar a muerte, en tanto que la persona en cuestión va a seguir trabajando sin concienciarse de su degeneración interior.

Muchos cuentos populares japoneses empiezan diciendo: “Érase una vez, que en cierto lugar vivían un viejecito y una viejecita. Él iba a la montaña a cortar leña. Ella, en cambio...” Incluso en el conocido cuento de Momotaroo, aun cuando lo de ser leñador en el monte no guarde relación con la trama, así es el comienzo. La facultad de “cortar” se estima como una potencia masculina. En realidad tanto el hombre como la mujer están dotados de ese poder de “cortar”, pero es cierto que el

varón, en comparación con la mujer, lo ejercita antes en el proceso de su desarrollo.

El viejecito del cuento se sirve de su energía para “cortar” con el fin de ganarse el sustento, aunque su modo de vida es bien modesto. Es pobre, carece de dinero. Habiendo dinero, se puede conseguir lo necesario, e incluso colmar los propios deseos; la vida entonces cobra estabilidad y holgura. Tiene repercusiones en la vida interior de uno, ya que se traduce en energía para vivir. El viejecito del cuento, siendo pobre, es el arquetipo de una vida consciente, carente de energías, que ha llegado a un callejón sin salida. Es una vida insatisfecha, dominada por la inseguridad.

Un buen día..., resulta que la leña cortada no hay manera de venderla. ¿Cómo se sentiría aquel viejo que había acarreado la pesada leña caminando todo el día para venderla, teniendo que volver sin haber vendido ni un hacecillo de la misma? Se vería exhausto, derrotado, sombrío, hondamente triste. Su trabajo no había servido para nada, su desespero y su miseria eran evidentes, y... ¿qué le aguardaría el día de mañana? ¿qué iba a ser de él? La preocupación lo embargaría sin remedio.

El viejecito llega a la mitad del puente, y allí se toma un reposo. Estando a medio camino entre las dos riberas, ¿no se puede eso interpretar como “en la mitad de la vida”? Ese viejecito que llega ahí y descansa, ¿no está acaso muy próximo a lo que es nuestra propia experiencia?

Acto seguido, él tira la leña desde lo alto del puente a la poza del río, para dedicar luego una oración al dios dragón, y disponerse a regresar sin más.

El agua no tiene una forma determinada. A ratos está clara, a ratos turbia. Da vida a los seres vivientes, pero también encierra un gran poder destructivo. Esta agua simboliza los sentimientos, la feminidad, la vida... Como

el agua de un río discurre entre las dos riberas, en lo interior significa un flujo de emociones hasta cierto punto controladas, un fluir de naturaleza y de vida. El viejecito confiaba su leña a esa corriente. No la estaba tirando como desperdicio.

Como a continuación oró respetuosamente al dios dragón, sin duda la leña había sido una ofrenda a esta divinidad. Era una carga con la que él no podía ya manejarse, mercancía invendida, tal vez poco digna para ofrecérsela a una persona honorable. Sin embargo, él como creyente se la ofrecía a su dios, quien a su vez tendría a bien aliviarle de su ya molesta carga. Tal sería la oración sin palabras del viejecito.

¿Y cuál sería el sentido de esta ofrenda hecha al dios dragón? En nuestra fantasía podemos imaginarnos que el dios dragón tiene su palacio en el fondo de las aguas. Ese fondo se hace más oscuro cuanto más profundo es, y constituye un mundo aparte en su abismo sin límites.

Un dragón que emerge del fondo del mar para remontarse hasta el cielo volando, es una imagen común en muchas culturas del pasado. En la antigua Mesopotamia y en el mundo del Mediterráneo, la serpiente se veía como algo sagrado. En la edición vespertina del diario “Asahi Shinbun” del 22 de Septiembre de 1993 se informaba del descubrimiento realizado en China de un dragón pintado sobre una pared rocosa, que databa de diez milenios atrás. Es de suponer que ya en esa antigüedad se veneraba al dragón en China como inspirador de una fe. En Japón, y datando de la época Yayoi (200 a.C. aprox. – 200 d.C.) conservamos la pintura de un dragón sobre vajilla de cerámica, como una nueva aparición del mismo mito. Sin duda durante dicha época la fe en el dragón se nos transmitió desde China.

El agua es un elemento que asciende hacia el cielo y se hace nube; ésta a su vez dispensa lluvia sobre la tierra. Del seno de la tierra el agua aflora a la superficie terrestre convirtiéndose en río; el cual fluye y desemboca en el mar. De esa agua depende el vivir y el morir de los campesinos.

La lluvia que cae es hoy a menudo lluvia ácida, que seca los árboles; el agua de los ríos con frecuencia corre contaminada o casi, y es la que llega por las cañerías a los grifos de nuestras ciudades contemporáneas, para nuestro uso diario. ¡Qué diferencia con el agua que conocían nuestros ancestros, un agua pura que daba vida, y donde ellos podían sentir la presencia de un dios! Como reverso de la medalla, ellos también conocerían el terror de las sequías, de las inundaciones, que podían acabar con las cosechas y con las vidas humanas. Y así se volvían hacia el dios dragón para venerarlo mediante imágenes, siendo este dios el que ejercía su dominio sobre las aguas.

Hay varias evidencias de que al dios dragón le atribuían una corporeidad femenina. Entre las creencias populares del antiguo Japón está la de que la divinidad del agua era una diosa. Hay, por ejemplo, un cuento popular en el que la divinidad del agua, descrita como una joven diosa, le confía a un muchacho la entrega de una carta. Nosotros los japoneses también asociamos el palacio del dragón con una princesa que allí reside, como se cuenta en la historia de Urashima Taroo.

Un dragón dotado con su cabeza de ave y cuerpo de serpiente es la imagen que nos sale de dentro. Por más que sea una imagen suscitada en su origen por la experiencia vital del agua, puede deberse también a que del corazón humano ha brotado un sentimiento identificable con el dragón, y de ahí se ha pasado a convertirlo en imagen y a adorarlo como sagrado. Al parecer, desde tiem-

po inmemorial las personas reconocían en su interioridad más íntima la existencia de algo que sobrepasaba al ser humano y al mundo mismo.

Cuando el viejecito se disponía a regresar, una bella mujer se le aparece como enviada del dios dragón; y lo llama, deteniéndolo en su marcha. En sus brazos sostenía con mimo a un niño “muy, muy pequeño en verdad”.

–El dios dragón está muy contento contigo –le dijo ella–, pues eres una persona honrada que trabaja mucho a diario, y hoy incluso le has dedicado una ofrenda de leña. Como recompensa por todo ello, él te entrega este niño, confiándolo a tu cuidado. Así que puedes marcharte a casa con el niño. Este niño se llama “el divino mocosillo”, y atenderá cualquier ruego que quieras dirigirle.

Con estas palabras, la joven entregó al niño en manos del viejecito, y de nuevo se sumergió en el fondo del río para desaparecer allí.

La oración que había hecho el viejecito lo había puesto en comunicación con alguien para él desconocido, pero que de algún modo llevaba en lo profundo de su propio corazón. El niño pequeño se llama “el divino mocosillo”, sin duda porque de nariz abajo le correrían mocos continuamente. Los niños a quienes les pasa eso suelen despreocuparse de si la gente los mira o no los mira. Su vida fluye –nunca mejor dicho– en medio de cierta inconsciencia.

¿No sucederá que en un estrato profundo de nuestro interior también albergamos un ser pequeñito y feo, a imagen del “divino mocosillo”? ¿No será que, desde nuestro punto de vista personal, juzgamos como desagradable a la vista el proceso natural de nuestra vida íntima y cuanto ésta va operando en nosotros, y tratamos de esconderlo de miradas ajenas, confinándolo a un rincón oculto? ¿No es cierto que tratamos así ciertos sentimientos e

instintos que no queremos se sepan por los demás? Es muy posible que hayamos sepultado hondamente en la poza del olvido recuerdos varios de nuestra infancia que encontramos feos, vergonzosos, propicios a suscitar compasión.

El dios dragón puso en manos del viejecito al pequeño “mocosillo”, y lo confió a su cuidado. Ese pequeño, ¿era acaso hijo del dios dragón? En cualquier caso, era una vida tutelada por el dios dragón.

Este niño viene abrazado en el seno de una hermosa mujer joven. Al abrazar, la persona que lo hace estrecha con sus brazos contra su pecho a la persona abrazada. Es una relación directamente corporal, acompañada de un sentimiento cálido. La energía puesta en “abrazar” implica una capacidad de comunicación especial, que comprende sensibilidad, emoción, y contacto físico. Pero si esa fuerza no se integra en la personalidad, va a degenerar en energía negativa que tiende a ahogar o a devorar al otro. La bella mujer joven es en realidad esa energía positiva que es capaz de “abrazar” la pequeña vida llena de fealdad que hay en nosotros.

El viejecito, abrazando él también al mocosillo, lo llevó a su casa, y lo puso junto al altarcito de los dioses familiares, para cuidarlo allí con todo esmero. Este hombre, que hasta el presente se había valido de su facultad de “cortar” para poder vivir, a partir de ahora empieza a usar su facultad de “abrazar”. En consecuencia, trata con mimo reverencial esa pequeña vida que rezuma fealdad.

A partir de ese momento, el divino mocosillo está ahí para colmar cualquier deseo del viejecito. En poco tiempo, el que había sido un viejecito muy pobre se convierte en un opulento hombre rico. Cuando le iba declinando la fuerza para vivir, le sobreviene ahora una afluencia de vitalidad.

Cuando sobrepasamos el ecuador de la vida, finalizando ya nuestros trabajos profesionales y llegando a la meta que nos proponíamos, entonces precisamente nos puede asaltar una sensación de vaciedad. A menudo los fracasos laborales o las dificultades en las relaciones humanas nos traen sensación de desesperanza, de soledad, de vacío en la vida. La pérdida de personas queridas o de cosas importantes puede causarnos hondo dolor, desesperación. Son tiempos de oscuridad, pesadumbre, tristeza..., en que no se ve claro el mañana. Un especialista en psicología profunda, M.L. von Franz, escribe así:

“El proceso de individuación –la reconciliación consciente de uno con el núcleo de su propia persona, es decir: consigo mismo–, suele comenzar generalmente por heridas acusadas en la personalidad, y por el dolor que brota de ellas.” (“The process of Individuation”, **Man and His Symbols**, ed. C.G. Jung, 1968)

La individuación significa que alguien se va haciendo “uno mismo”. Uno nace en una familia, y va creciendo como miembro de la sociedad. Entretanto, y como primera tarea, debe adaptarse personalmente a esa sociedad. Es un requisito indispensable, a la vez que un proceso importante. Si en ese proceso parece que uno va a chocar con la sociedad, o bien choca de hecho, ese tal debe cercenar una parte de sí mismo y desecharla, para lograr encajar en la sociedad.

Pero al ser humano le aguarda otro proceso, como segunda tarea: es el proceso de vivir uno adaptándose a sí mismo, hasta llegar a hacerse “uno mismo”.

Esto de hacerse alguien “uno mismo” suena tal vez a egoísmo; pero nada hay más alejado de la realidad. A cada persona se le ha dado su propia existencia. Luego viene el proceso de que cada uno reciba a su modo esa realidad

del “yo” y la desarrolle en la vida. En otros tiempos en que la esperanza de vida era corta, muchas personas cumplían la primera tarea (adaptación a la sociedad), pero entretanto acometían la segunda (adaptación a uno hasta hacerse “uno mismo”) y no la acometían, les sorprendía la muerte, con lo cual el proceso no llegaba a culminarse ni a manifestarse. Pero hoy en día, cuando la expectación de vida se ha prolongado notablemente, podemos reconocernos privilegiados al concedérsenos esa oportunidad de dar cima a la segunda tarea, oportunidad de la que no disfrutaban nuestros antepasados.

Como ya he dejado escrito, cuando murió mi padre se me vino abajo todo mi sistema de valores; lo logrado hasta ese momento me pareció insignificante, y perdí toda ilusión de continuar más adelante. Siguieron días en los que yo me dejaba arrastrar, como por inercia; hasta que al fin empezó a apuntar en mí el deseo de trabajar relacionándome directamente con la gente. Para ello, yo tenía, como es obvio, que conseguir el permiso de mis superiores en la orden religiosa a la que pertenezco. Escribí una carta solicitando el permiso, y la envié. En la mañana del día siguiente, cuando iba a levantarme sentí una gran inestabilidad, hasta el punto de no poder sostener la cabeza. Por más que intenté pedir ayuda gritando, la voz no me salía, y ni siquiera podía alcanzar el teléfono que tenía junto a la cama. Me atormentó interiormente la idea de que podía ser apoplejía cerebral, lo cual significaría morirme allí sin más.

Entre aquellas sensaciones de angustia, de repente resurgió en mí el recuerdo de cierto suceso de mi juventud; cuando encontrándome muy enferma, yo me vi a punto de morir. En aquellas circunstancias me había surgido el remordimiento de una vida desperdiciada. Pero,

esta vez al menos, el pensamiento de que había dado un paso decisivo en busca de mi propio camino, me ayudó a que mi cuerpo se relajara enseguida de su tensión. No sé si es que luego caí en el sueño o perdí el conocimiento; el hecho es que cuando volví en mí ya era casi mediodía. Pude ahora llegar al teléfono, y pedir ayuda.

Tres o cuatro días más tarde, cuando ya me mantenía sobre mis pies, fui a que me viera el médico, pero este me dijo que, al no haber podido observar los síntomas, tampoco podía darme un diagnóstico. Pero lo que estaba claro para mí era que, en el supuesto de que yo hubiera caído en aquella situación sin haber escrito previamente la carta, siendo yo como soy, me habría dominado la rabia de ver desperdiciada mi vida por segunda vez, y en esa crisis habría muerto sin remedio. El simple hecho de que en mi aturdimiento había acogido aquel insignificante deseo que brotara de mi interior, eso sólo me había devuelto la vida.

El viejecito, que era pobre, se convirtió en un hombre muy rico, aunque tenía la obligación de preparar un plato de langosta al vinagre, tres veces al día, para ofrecérselo como manjar al “mocosillo”.

Ese aliño de langosta se suele preparar con rábano japonés y con zanahoria. Ambos ingredientes se trocean muy menudos y se riegan con vinagre. Otra manera es presentar la carne cruda de langosta con otros mariscos y carne, todo muy fresco, cortado muy fino, y empapado en vinagre.

La langosta, debido a su dorso encorvado, se asocia con la edad proecta y la longevidad; se le atribuyen buenos augurios, y es un manjar típico de las celebraciones. Pero hay más: como la langosta renueva su caparazón en épocas de crecimiento, se la considera asociada a la idea de la reencarnación. Como vive en el mar, y el mar sim-

boliza el mundo inconsciente y emocional, se sigue de ahí que la langosta es un ser que ha tomado forma en ese ambiente.

La langosta a los japoneses nos evoca además los langostinos –o bien fritos, o bien con el dulzor propio del “sashimi” o carne fresca cruda-. Pero como en muchas ciudades, por cierto, es difícil encontrar langosta que no sea congelada, en nuestros días se considera la langosta fresca como un artículo de lujo.

Aunque en la época de nuestro cuento bastaba seguramente con ir hasta el río más próximo y acariciar un poco las algas de su orilla, para sacar pequeñas langostas de río hasta rebosarnos en las manos. Hay un refrán que dice que con langostinos como cebo se atrapan besugos, lo cual indica que los langostinos no eran precisamente exquisiteces. También se habla en el lenguaje proverbial de que “van las langostas con los besugos”, con el significado de “va la morralla entre los otros peces”. Esto de equiparar las langostas a la morralla de pececillos inútiles, nos da a entender que la langosta era algo muy trivial.

La langosta tenía que aderezarla el viejecito con vinagre. Por más que la langosta fuera entonces fácil de conseguir, para hacer ese aliño es necesaria la langosta fresca. Como no es posible cocerla en cantidades y almacenarla para días sucesivos, obviamente hay que prepararla tres veces al día para las tres comidas; y eso no es nada cómodo.

Si ahora reflexionamos sobre el mundo interior, veremos que aquellas imágenes y emociones que emergen del subconsciente habiendo tomado forma concreta, hay que rescatarlas para el mundo consciente con la frescura y crudeza que traen, para enseguida “cocinarlas” a nuestro modo. Por extraño que parezca, aunque no sean artículos de lujo, hay que llevarlas al nivel consciente e inte-

grarlas en él, y se convertirán en alimento para nuestra vida. Como esa comida que hacemos tres veces al día, con la misma asiduidad tenemos que repetir dicha operación como algo normal, ya que es por el bien de nuestra propia vida.

Ese aliño de langosta era la comida habitual del “mocosillo”. Hay un alimento necesario para nuestra vida interior, que le comunica las energías vitales. Y aunque tal alimento tenga una existencia insignificante y desagradable –como es nuestro mundillo íntimo–, hay que aderezarlo con asiduidad. Las tres preparaciones diarias del aliño de langosta para ofrecerlo como manjar, exigen tiempo y dedicación.

El viejecito, convertido en hombre rico, ya no tiene que ir a la montaña a cortar leña. Su único trabajo se reduce ahora a marchar diariamente a la ciudad para comprar langosta, con la que pueda preparar el aliño consabido. Pero poco a poco, a medida que van transcurriendo días y meses, incluso esa única tarea que le queda por hacer le resulta molesta. Y en ese punto es cuando le dice al “mocosillo”:

–Vuélvete al palacio del dios dragón.

La tarea de cuidar se hace gravosa, y es así como aquella insignificante existencia se relega al ámbito de lo inconsciente. El “mocosillo”, a quien se mandó volver al lugar de origen, se sentiría triste. También la existencia que cortamos y arrojamamos fuera de nosotros constituye un episodio indudablemente triste. Se trata de que ahí cada uno de nosotros está causándose pesar a sí mismo.

El divino mocosillo sale de casa y, una vez fuera, emite un ruido como de quien da un sorbetón nasal a sus mocos sueltos. Cuando traía las cosas que le suplicaba el viejecito, él lo que hacía era sonarse la nariz. Frente a sonarse la nariz, el sorbetón opera en sentido contrario,

yendo en contra del flujo de la vida. Si queremos cortar y eliminar una porción de vida, por pequeña y desagradable que esta sea, estamos oponiéndonos a la corriente vital.

Acto seguido, las cosas que había proporcionado el divino mocosillo se van extinguiendo una por una, y todo vuelve a ser la casa ruinoso de los principios. El viejecito regresa a su primitivo estado de pobreza.

Cuando yo llevaba un tiempo con el divino mocosillo a mi lado, me iba acostumbrando poco a poco a él, así como las personas de mi entorno, y aunque él estuviera presente, esto no era motivo especial de fricción. Pero simultáneamente, tanto el carácter sagrado de esa personita como sus preciosos regalos tienden a olvidarse. Entonces es cuando se ignora al divino mocosillo y se toman opciones y decisiones de espaldas a él. Yo actué a veces desviándome del flujo de mi vida, aceptando lo que me venía por un sentido del deber y de cálculo interesado; pero llegaba la hora de emprender el trabajo, de repente mi cuerpo no respondía, y enfermé. Es el síntoma inconfundible de haber ignorado al divino mocosillo. No más darle nosotros la espalda, la energía que él trae también desaparece de nuestra vida.

2.2. LA PRINCESA URIKO (“AROMA DE MELÓN”)

Entre los cuentos de hadas que en el período Muromachi (1392–1573) se compilaron en cuadernillos destinados a mujeres y niños, se encuentra este de la “princesa Uriko”. “Uri” en japonés significa “melón”; y “ko” significa “niño”, o bien un sufijo para nombres propios de mujer. Aquí vamos a servirnos de la versión que se ha transmitido en la prefectura de Shimane. Más adelante volveré sobre el tema de las dos versiones del mismo cuento; pero mientras la versión de Shimane se ha

difundido por todo Japón, la del libro referido no ha alcanzado apenas difusión. Esta es la razón por la que se suele preferir la otra vía, de la tradición transmitida en Shimane.

Érase una vez que en cierto lugar existían un viejecito y una viejecita. El viejecito iba a la montaña a cortar leña, en tanto que la viejecita iba al río a lavar.

Un día, cuando ella iba al río a lavar como de costumbre, vio que de río arriba venía flotando un melón. Lo recogió, se lo llevó al viejecito, y entre los dos lo abrieron con curiosidad. De su interior brotó, como si naciera, una preciosa niña, en verdad diminuta. Le pusieron el nombre de “Princesa Uriko”, por haber nacido del melón, (“uri”), y la cuidaron con todo cariño.

Poco a poco ella fue creciendo, hasta llegar a ser una hermosa muchacha. Uriko se dedicaba cada día a tejer en el telar. Cierta año, los dos viejecitos, pensando llevarla con ellos al festival del dios shintoísta del lugar, se fueron a la ciudad para comprar un palanquín.

En su ausencia, y tras aquella puerta que dejaron bien cerrada, la princesa Uriko trabajaba dentro, en su telar. En esto se llegó por allí el ogro Amanojaku, el cual con voz fingida le pidió a Uriko que abriera la puerta un poquito. Cuando ella al fin tuvo un descuido y abrió la puerta una rendija nada más, Amanojaku metió su terrible manaza por allí, y abrió completamente de golpe; y mientras le decía “Uriko, voy a arrancar un kaki para dártelo”, se la llevó a la huerta de atrás, donde la desnudó, y la ató al árbol de los kakis. Luego Amanojaku se puso el kimono de Uriko; y así disfrazado, y con cara de no saber nada, se aplicó a tejer.

A todo esto, el viejecito y la viejecita habían comprado el palanquín en la ciudad y regresaban a casa. Al llegar, dijeron:

–Bien, Princesa Uriko, súbete al palanquín.

Así hicieron montarse a Amanojakku en el palanquín y se disponían a llevarlo al festival Shinto..., cuando desde la huerta del fondo, desde la sombra del árbol de kaki se oyó la voz de la verdadera Uriko, que gritaba entre sollozos:

—No estáis llevando a Uriko, que estáis llevándoos a Amanojakku.

Los dos viejecitos, al oír esta voz, se sorprendieron enormemente, y se volvieron hacia aquel sitio. Entonces el viejo blandió una hoz y segó el cuello de Amanojakku, para ir luego a arrojar su cabeza en el campo de mijo. Se cuenta que el color rojo que despunta por otoño en los tallos de mijo se debe a que están teñidos con la sangre de Amanojakku.

Esto era una vez que había un viejecito, y una viejecita. Él iba al monte a cortar leña, y ella iba al río a lavar.

En la montaña los árboles crecen frondosamente, y la luz del sol no penetra por el ramaje. En lo profundo de la montaña la penumbra se espesa, y no se ven transeúntes por allí... ¿No equivaldrá acaso este paisaje al corazón de una persona, tan desconocido por lo general? El viejecito va allá y, usando su herramienta y su poder de “cortar” consigue la leña necesaria. La leña es un material combustible y, convertida en energía, se hace útil para el hombre. El fuego que eleva sus lenguas hacia el cielo para alumbrar en medio de las tinieblas, evoca por asociación de ideas una energía espiritual, ideal. Sacar del inconsciente un material capaz de calentar a las personas y de iluminar entre las tinieblas, parece ser un trabajo que compete a la energía masculina.

La viejecita se encamina al río para lavar. Lavar se considera una labor femenina, pero... ¿cuál será, a fin de cuentas el “lavado” que ha de hacer la energía femenina que anida en el corazón? Por “lavado” no se entiende lavar la vajilla, sino la ropa, de la que se elimina la suciedad. La ropa es para vestirla según la estación del año, el

trabajo propio, las salidas que hay que hacer de acuerdo con las situaciones..., y también según el propio gusto, la edad, el sexo..., adecuándose a cada caso. Para lavar esa ropa, un requisito indispensable es quitársela antes. Al desnudarnos de la ropa volvemos a estar como cuando nacimos. Tanto el mundo exterior a uno como también uno mismo, todo está en proceso de cambio; y cuando la ropa que vestimos se ensucia, nos despojamos de ella y nos cambiamos de indumentaria. En días de especial celebración o festejo nos ponemos la mejor ropa que tal vez guardábamos. O en caso de no tener ropa de gala, nos vestimos con ropa recién lavada. Es por eso por lo que un “lavado” resulta ser a veces el preludio de una celebración, y el cambio de ropa puede simbolizar el comienzo de un tiempo nuevo.

La ropa muestra tanto la faz externa como el mundo interno de la persona que la viste, y es por ello muy afín a la personalidad. La suciedad que se adhiere a la ropa la desprendemos con el agua del río. El agua que corre por el río es comparable con los sentimientos y con la feminidad. Existe un dicho japonés que reza así: “deja que se lo lleve el río”; significando que las tribulaciones del pasado debemos sacudírnoslas de encima. ¿Cómo lograríamos realmente dejar que ese río se lleve de una vez los sentimientos negativos ocasionados por sucesos desagradables, sin que estemos siempre dándole vueltas a lo mismo? Si tratamos de que no nos conmuevan los sentimientos indecisos, o si pretendemos cambiarlos hacia lo positivo, esos sentimientos se afianzan en su forma de origen y permanecen incambiables por años y años. Pero si, por el contrario, nos permitimos sentirlos tal y como son, entonces tenderán a cambiar. Sin más, se los lleva la corriente del río. Y así como el lavado de ropa no es algo que se haga de una vez por todas, esa

labor de “dejar que se lo lleve el río” hay que ponerla en práctica cuantas veces sea necesaria.

La estrecha relación entre el lavado de ropa y la purificación personal es algo que aparece en la Biblia (Éxodo, 19, 10 y 14; Levítico, 11, 25 y 28 y 40; Levítico, 15, 5; Números, 8, 7; Números, 19, 19). En el Génesis (35, 2) se dice: “*Retirad esos dioses extranjeros de los que os hacéis acompañar, purificad vuestros cuerpos y cambiaos de ropa*”, por donde se ve la íntima afinidad entre el cambio de ropa y la purificación.

En la carta a los Romanos (13, 14) se encuentra esta frase: “*Revestíos de nuestro Señor Jesucristo*”. En el Apocalipsis (7, 14) se nos dice que las vestiduras quedan blanqueadas al lavarlas con la sangre del cordero; y más adelante (22, 14) se afirma que si uno lava así su ropa, se le concederá poder disfrutar del árbol de la vida. El hecho de que hoy día en la ceremonia del Bautismo se use un velo blanco o un trozo de tela blanca para cubrir la cabeza del bautizado o bautizada, es una reminiscencia de los ritos de la antigua Iglesia, cuando se otorgaba una túnica blanca a quien salía de la pila bautismal.

En el cuento, cuando la viejecita iba –como tenía por costumbre– al río a lavar, vio que de río arriba le llegaba flotando un melón. Un melón no es una fruta extraña en absoluto, ni tampoco cuesta mucho dinero; en su interior alberga muchas semillas, toda una promesa abierta al futuro. Como por dentro está hueco, y por ello flota bien, no tiene nada de especialmente extraño que un melón baje flotando por el río. Pero, aun así, de no haber ido la viejecita a hacer su colada al río, ese melón no se lo habría encontrado.

El melón le viene flotando de río arriba, esa región de donde procede el fluir del agua vivificante. De la fuente de la vida nos vienen las posibilidades para el futuro.

La viejecita recogió el melón, se lo trajo a casa, y cuando lo abrió, a una con el viejecito, vieron ellos con sorpresa que del interior del melón nacía una preciosa niña, verdaderamente diminuta. Como había nacido de las entrañas del melón la llamaron “Princesa Uriko” (Aroma de Melón), y la cuidaron con todo cariño. A partir de una circunstancia del todo imprevista, brota milagrosamente una pequeña vida. Si un matrimonio pobre, como el de estos viejecitos, llama a la niña “Princesa”, será sin duda porque ellos creen que se trata de una existencia sagrada, regalo del Ser supremo.

La niña crece poco a poco, hasta convertirse en una hermosa joven; y se dedica a tejer en el telar, día tras día.

Por muy grande que hubiera sido el melón del cuento, una niña que nace de su interior, por fuerza tiene que ser pequeñita. El hecho de que desde esa pequeñez pueda crecer tanto que alcance a tejer en un telar normal, es un acontecimiento sorprendente. Pero si nos paramos a pensarlo, el que un embrión humano crezca en el vientre de su madre hasta hacerse un pequeño bebé, y luego prosiga su crecimiento, no deja de ser un milagro de la naturaleza.

En un telar se conjugan la trama vertical, en su papel pasivo, y la activa trama horizontal, resultante de la lanzadera que va tejiendo la tela y guiando su diseño. Es una situación parecida a la que se da en el tejido de la vida humana, donde se encuentra un destino inalterable, junto con el quehacer de la creatividad personal. La princesa Uriko se dedicaba a tejer día tras día. Hacer pasar hilo a hilo la lanzadera en sentido horizontal sobre la trama vertical es una labor cansina. El diseño de conjunto no se aprecia a las primeras pasadas. Es cuestión de irlo trabajando cada día, poco a poco.

Desde tiempos inmemoriales, tejer se ha considerado un trabajo femenino. Según se lee en el Kojiki, había un

templo donde se tejían vestiduras divinas, que la grandiosa Amaterasu hacía tejer a una mujer como ofrenda futura a la divinidad. En la remota antigüedad, tejer no era una actividad simplemente encaminada a confeccionar ropa para vestir a las personas, sino que se convertía en un quehacer religioso. Hacer acertadamente el tejido de la propia vida, puede decirse que equivale también a una gloriosa gesta, para tener algo que ofrecerle a Dios.

Pero allí alguien vino a perturbar el trabajo que la princesa Uriko hacía como tejedora, y este fue Amanojaku.

Hay varias opiniones sobre quién sería el llamado “Amanojaku”. En los dialectos del norte de Japón se le llama “Amanoshagu”, o bien “Amanjaku”; en Japón central, “Yamanojaku”, así como “Amanojaku”; también hay una región donde se le denomina “Amanejaku”, con el sentido de “replicar contradiciendo” al interlocutor de uno.

Yo me eduqué en una zona occidental de Japón, y cuando era niña, si yo replicaba exclamando “¡a la izquierda!” cada vez que mis padres me decían “¡a la derecha!”, ellos me reprendían con estas palabras: “Tú lo que eres es un Amanojaku”. Sin embargo, como no recuerdo para nada que a mi hermano pequeño le riñeran tachándolo de “Amanojaku” cuando se comportaba lo mismo que yo, de ahí deduzco que debe de ser un apelativo reservado a las chicas. Replicar “¡a la izquierda!” cuando lo que se ha oído es “¡a la derecha!” es como un eco a la inversa, compuesto de repetición y contradicción. Tal vez al hablar de Amanojaku se implique algo así, como si alguien repitiera las acciones de otro, imitándolas, pero dándoles la vuelta a su propio aire. En este cuento popular, al aparecer Amanojaku hablando con voz fingida, y al ponerse luego el kimono de Uriko para aplicarse a tejer en el telar de ella, está actuando como un vil imitador.

Según antes he explicando, hay dos versiones de la historia de la Princesa Uriko; la más antigua del cuento folclórico, y otra del período Muromachi, en un cuadernillo destinado a mujeres y niños. En esta última, quien viene a perturbar a la princesa se llama Amanosagume, y es el típico antagonista que desde los tiempos de la diosa Amaterasu trae adversidades y sufrimientos a este mundo.

Entre las dos versiones del cuento de Uriko hay ciertas disparidades, que surgen al cotejarlas; y sobre todo pueden destacarse las que conciernen a Amanojaku. El Amanojaku de la primitiva versión folclórica no queda bien identificado, en tanto que el del cuadernillo se denomina con el antiguo nombre de Amanosagume, y esto puede deberse a una interpretación del segundo escritor o compilador sobre la identidad de Amanojaku. También ocurre que en el cuento folclórico, del melón que ha venido flotando por el río, al partirlo, nace una niña; mientras que en la versión del cuadernillo resulta ser que: de un melonar que el viejecito cultivaba, él se llevó un melón a casa, el cual se convirtió en una princesa.

Es de considerar que los cuentos, en el proceso de su transmisión, tienden a evolucionar hacia un común sentir de su público, y según eso la versión del cuento folclórico, como anterior, se había configurado en forma más primitiva. Y sin duda por ello, el autor de la segunda versión –publicada en cuadernillo– se vería impulsado a dar su interpretación del primitivo Amanojaku como el Amanosagume de la antigua crónica Kojiki. Pero en ambas instancias lo que es común es que la niña nace de un melón, y que más adelante va a venir el antagonista a interferirse en su trabajo.

Amanojaku hace que la princesa Uriko abandone su casa, para después disfrazarse de la joven y ponerse a tejer. Cada persona tiene la misión de ir tejiendo su propia vida.

Pero esa sagrada tarea puede verse obstruida por la vil imitación. Si alguien hace o dice algo porque así actúan o hablan los demás, ya está cayendo en la imitación. Aunque, por otro lado, si alguien se opone a la conducta de los demás, y se resuelve a jamás actuar o hablar así, también eso es otra forma de imitación.

En tanto que la imitación se interfiere en el proceso de tejer uno su propia vida, la actitud de aplicarse a tejerla implica que la persona se va haciendo cada vez más “ella misma”. Como antes dejé escrito acerca del proceso de individuación, se trata de un quehacer para la vida entera, que concierne a todo ser humano. En caso de que el propio ideal, o la concepción del propio destino, o bien las esperanzas propias..., no coincidan con el deseo de los padres, o con la expectación de las personas cercanas, o con el sentir de la sociedad, ¿qué camino deberá elegir uno entonces?

El ser humano vive en sociedad desde su nacimiento; y así tiene a la vez una índole social y un carácter individual. Debido a ello, si se afana sólo por la sociabilidad, perderá su individualidad. Sin embargo, si se esfuerza por ser “él mismo”, junto con la individualidad estará fomentando la sociabilidad. Esa sociabilidad, aunque no necesariamente responda de forma directa a las expectativas ambientales, servirá para satisfacer de algún modo cuanto la sociedad necesita.

Amanojaku se cuela por la rendija de la puerta que le ha abierto Uriko. Cuando alguien se halla en su proceso de individuación, la interferencia perturbadora puede entrarle por cualquier rendija. Basta con que nos dejemos

arrastrar por una insinuación ajena, o con que nos alce-
mos en rebelión, para que nos veamos desplazados de
nuestro camino.

Cuando yo entré, a mis pocos años, en la escuela pri-
maria que me correspondía, mi madre me compró una
mochila y unas pinzas sujetapapeles –para mis prácticas
de caligrafía–. Tanto una cosa como otra, por lo que
recuerdo ahora, eran sin duda objetos curiosos; pero yo
tuve entonces que dar el espectáculo, llorando emberren-
chinada de disgusto, por el simple hecho de que no coin-
cidían ni en forma ni en color con los correspondientes
objetos de mis compañeros de clase.

Reflexionando sobre aquello, me pregunto si mi rabie-
ta no sería por encontrarme yo en esa edad en que cada
cual quiere igualarse a los demás, y detesta quedar en evi-
dencia por diferenciarse en algo. El sentir de ese modo
puede que esté en mi carácter, pero creo que también se
debe a la influencia de la cultura japonesa. “Al clavo que
sobresale lo machacan”, dice un proverbio que corre por
aquí; y de hecho en Japón se estima la uniformidad por
encima de la singularidad.

Hace cierto tiempo, hubo un programa en la televi-
sión japonesa sobre cómo educar a los niños. La gran
mayoría de los padres que intervinieron daban como pri-
mera finalidad de la educación infantil no ocasionar
molestias a los demás. Esa orientación es importante,
desde luego. Pero ¿no ocurrirá acaso que, al poner todo
el peso en cómo piensan o sienten los demás, se está olvi-
dando lo que los propios niños pueden estar sintiendo o
deseando? Esos adultos que demandan sociabilidad de
los niños únicamente, ¿estarán dando la debida impor-
tancia a la individualidad de los niños mismos?

El viejecito y la viejecita del cuento se trajeron de la
ciudad el palanquín que habían comprado, e hicieron

subirse en él a Amanojaku, disfrazado de princesa Uriko; y ya se disponían a partir con él hacia el Festival Shinto de la divinidad del lugar. La visita al Festival no significaba, como en la actualidad, ir simplemente en plan de espectadores, sino que implicaba una participación personal en la Fiesta. Tratándose, como se trataba, de honrar al dios tutelar de la aldea, el sitio no debía de caer lejos. Como el palanquín era para la princesa Uriko, los dos viejecitos no hacían uso del mismo. Seguramente, ellos irían caminando. Ya que el punto de destino no estaba alejado, ¿por qué sería que los dos ancianos compraron a propósito un palanquín para llevar únicamente a Uriko, mientras ellos se proponían ir andando?

Como se desprende de una leyenda inserta en el Kojiki, un palanquín es originalmente el vehículo adecuado a una deidad, pues en dicha leyenda se narra cómo Yamasachihiko fue a visitar el palacio del dios dragón de los mares montado en un palanquín de bambú entretejido. Un palanquín consta de una caja o habitáculo que se fija hacia la mitad de una larga barra, y es así portado por al menos dos hombres, que se reparten el peso. No hay que pensar en el palanquín como si fuera el “taxi” habitual en la época de los cuentos populares. Con el paso del tiempo se extendió su uso como vehículo, pero no como un medio de transporte al alcance de cualquiera, sino que su uso estaba reservado a familias nobles o de alto rango, para ocasiones tales como llevar a una novia al lugar de una boda, o casos similares. Se han recogido muchas versiones del cuento de Uriko, en las que la princesa es conducida en palanquín como una novia que va a su boda. Todo ello hace pensar que si en el cuento se había preparado el palanquín era porque ella, como princesa tejedora de una túnica divina, se dirigía al Festival en que sería desposada con un dios.

La parte más esencial y misteriosa de un Festival era el rito de esponsales con una divinidad. Casarse con un dios suena a las personas de ahora como algo delirante; pero en la época de los cuentos populares, los dioses y los seres humanos se relacionaban en modos muy diferentes del alejamiento que hoy en día contemplamos. Se sentía entonces de manera muy íntima la abundancia de la naturaleza, así como también un respeto reverencial hacia ella. Al amparo de la casa y de la aldea, se sentía el calor de las relaciones humanas, y a veces el peso innegable de las mismas. Se vivían nacimientos, defunciones, festivales... Seguramente, a través de estas experiencias, la gente conocía el gozo de sentirse en contacto con el Ser Supremo, al que ellos creían tocar, mientras se sabían tocados por Él. Para aquellas personas el estar en relación con la divinidad no sería en absoluto una idea absurda, sino la mayor bendición que un ser humano pudiera desear.

Amanojaku estaba ahí para apartar a Uriko de esa dicha. No obstante, en cualquiera de las versiones del cuento, Amanojaku resulta desenmascarado de su disfraz. En esto no hay discrepancias, y de ello se sigue que quien se dedica a imitar no puede ser admitido al gozo de verse en comunión con la divinidad.

Este cuento, al referirnos cómo Amanojaku se infiltró en la preciosa vida de Uriko –milagrosamente otorgada–, poniéndola en peligro, viene a mostrarnos hasta qué punto es difícil que una persona llegue a ser ella misma.

Como ya he dicho, hay versiones variadas sobre el cuento de la “Princesa Uriko –aroma de melón–”; y en las muestras recogidas por la parte sur de Japón, la leyenda alcanza un final feliz; mientras que en los relatos transmitidos por el norte, Amanojaku acaba, como un ogro, devorando a la Princesa. Estos relatos dejan un pésimo

sabor de boca, aumentado por el simbólico augurio de que el tejido de la Princesa no llegaría nunca a completarse. Tal diferencia en los desenlaces puede deberse al rigor del clima imperante en el norte de Japón, hasta el punto de ocasionar muchas dificultades en las cosechas, y muchos sinsabores en las vidas humanas.

Pero hay otra tradición sobre una tejedora, que nos redime un poco de la amargura traída por este posible final trágico. Se trata de la leyenda de la princesa Chujo, que se conserva en el templo budista de Taima, en la región de Kitakatsuragi. Es un cuento que relata un acontecimiento del pasado, con la firme creencia de que sucedió en realidad, y allí se establece una relación muy concreta con lugares, personas, tiempos y eventos de la época. El contenido del relato deja ver un ambiente también sobrenatural, por donde enlaza íntimamente con la fe sencilla del pueblo.

La princesa Chujo nació el año 19 de la era Tempyo (747 d.C.) en la ciudad de Nara. Era hija del noble Toyoshige Fujiwara, y pasó una infancia feliz hasta sus cinco años. En la primavera de su quinto año se quedó sin madre; y la segunda esposa de su padre la trató con odio. Cuando la princesa tenía trece años de edad su madrastra intentó matarla; pero con la ayuda de un servidor de su padre, la princesa salvó la vida. Tres años más tarde, ella ingresó en el templo de Taima, donde llegó a profesar como religiosa budista. A la edad de veintiséis años, formuló el deseo de ver a Buda en persona, y a este fin se retiró a un oratorio durante treinta y siete días. Al alborear el día en que su retiro terminaba, apareció ante ella una religiosa mayor, quien le ordenó tejer un “mandala” mediante tallos de loto. La princesa enseguida se aplicó a reunir tallos de loto, y con su fibra tejó un mandala cuadrado de cuatro metros y medio. El mandala así producido es uno que se venera hoy

día en el templo de Taima, según se dice. Tras tejer el mandala, Chujo lo colgó en la nave principal del templo, y cuando estaba ante el mismo, concentrada en oración, la princesa empezó a oír los sonos de una extraña música, y entonces Buda en persona y veinticinco Bodisatvas acompañantes acudieron para darle la bienvenida al más allá. La princesa, bajo la protección de Buda y su cortejo, emprendió su partida hacia la Tierra Pura sin pasar por la muerte. Así reza el relato.

De los tallos de loto se extrae una fibra delgada, semejante a un hilo de araña, y tejiendo esas fibras mediante el trenzado se consigue un tejido llamado “guushi ori”. El mandala que así hiciera la princesa Chujo y que, según la tradición, se atesora en el templo de Taima, se considera el más antiguo de cuantos se conservan.

Esta leyenda se asocia no sólo con el mandala, sino también con otros objetos concretos. La princesa tiñó el hilo en cinco colores, y esto al parecer lo hizo en el “pozo de los tintes” del templo budista Shakko. Además, cuando la princesa emprendió su viaje final quedó una nube violeta detenida en un pino del templo Taima; del pino –que ha sido cortado– queda el muñón y las raíces, y se venera como “el pino de la bienvenida”. De modo que la leyenda aún se cuenta en relación con reliquias tangibles.

Esta tradición evoca por asociación de ideas el hecho de que pacientes mentales en estado de crisis frecuentemente han sido sanados al ponerse a dibujar mandalas. Con todo, la presente leyenda, al cotejarla con la otra de la princesa Uriko, ofrece una mayor riqueza. Pues nos enseña que una mujer humana, aun enfrentada a un destino adverso, ha sido capaz de perseguir sus deseos y sus sueños, así como de dar fin a su tejido del mandala; para ser finalmente acogida en el país de la santidad. Ciertamente su comportamiento fue heroico; pero al tra-

tarse de una persona humana, su gesta da alas a nuestra esperanza: también podremos, como ella y a nuestra manera, dar cima a la tarea tejedora de nuestra vida.

2.3. EL BONZO ENANITO

La historia del bonzo enanito (de 3 centímetros de altura) se narra por medio de una canción que se enseñaba en la escuela primaria japonesa hacia el final de la era Meiji (1868–1912); y por ello es bien conocida de muchos japoneses:

Un bonzo enano, más bajito que el pulgar,
en un cuerpo pequeño lleva grandes deseos;
se embarca en un cuenco, va remando con los palillos;
recorre una gran distancia, y al fin arriba a Kyoto.

En Sanjo –Kyoto–, un poderoso ministro
da empleo al bonzo enanito;
la hija del ministro le toma cariño
“¡Bonzo, bonzo!”, lo llama, y como acompañante
lo lleva consigo al templo de Kiyomizu.

He aquí que al bajar del templo,
ya de vuelta, un ogro se les cruza en la colina.
Va a comérselos a los dos; pero el bonzo
ha saltado deprisa por las fauces del ogro adentro del mismo.

Esgrimiendo una aguja como espada en su mano,
el bonzo pincha y pincha que te pincha las tripas del ogro;
éste vomita de pronto al bonzo hacia fuera,
y luego escapa corre que corre por ponerse a salvo.

El ogro deja olvidado un martillito de la suerte;
al golpear con él isorpresa! el bonzo enanito
va creciendo en estatura a cada golpe
hasta hacerse ya un espléndido hombre.

(Letra de Iwaya Sazanami)

El cuento de “El bonzo enanito” se encuentra también en forma de cuadernillo para mujeres y niños –compilación de la era Muromachi contemporánea con la de la princesa Uriko–, y esa versión difiere algo de la canción recién citada. El relato del cuadernillo, que se transmitía por tradición oral, ha llegado a fijarse en una forma. A riesgo de alargarnos, voy a citar su texto, aunque abreviándolo en ciertos puntos.

No se trata de sucesos muy lejanos. Sucedió que en la población de Naniwa (actual Osaka), en Settu, vivía un hombre mayor con su mujer. La mujer estaba triste porque a sus cuarenta años se encontraba sin descendencia; así que fue a visitar el templo de Sumiyoshi para orar en estos términos: “No tengo ningún hijo al día de hoy. Concededme, os lo pido, tener un niño.” La divinidad del templo se compadeció de la mujer, y le otorgó que a sus cuarenta y un años se quedara en estado de buena esperanza. La alegría de su marido al verla embarazada fue indescriptible. El tiempo se hizo corto hasta que a ella se le cumplieron los meses, y dio a luz un niño precioso. Sin embargo, el bebé medía sólo unos tres centímetros y se mantenía en esa talla, por lo que le pusieron de nombre “el bonzo enanito”.

Pasaron meses y años, y sus padres lo criaban; pero al contar ya nuestro “bonzo” doce o trece años su altura seguía estancada en los tres centímetros largos, y los padres se pusieron a idear una estratagema para liberarse del niño, dejándolo en alguna parte. Mientras se encontraban ellos deliberando sobre el caso, al punto su conversación llegó a los oídos del bonzo enanito. Éste, al enterarse, sintió lástima de sí mismo, viéndose así tratado por sus padres; y pensó dejar la casa y la familia para irse a cualquier sitio. Como no tenía espada, caviló sobre qué podía hacer, y le pidió a su madre una aguja; ella se la dio. Luego el niño se fabricó con paja la empuñadura y la vaina de la

diminuta espada, y pensó dirigirse a la capital; pero como carecía de barco, se quedó dudando hasta que decidió pedirle otra vez algo a su madre:

–Dame, por favor, un cuenco y palillos– le dijo.

Los padres sintieron nostalgia y trataron de pararlo. Pero él, decididamente partió de allí y se puso en marcha. Desde la ensenada de Sumiyoshi se hizo al agua en su cuenco como barca hasta que, remando con los palillos, se dirigió a la capital.

En llegando al puerto de Toba, dejó por allí su embarcación y marchó hacia la capital. Mientras lo miraba todo a derecha e izquierda, vio las zonas urbanas de Shijo y Gojo, de un esplendor indescriptible e inimaginable para él. En esto se internó por el distrito de Sanjo, donde dio con la mansión del primer ministro. Detenido ante ella, exclamó:

–¡Oiga, por favor!

No bien dijo esto, el primer ministro lo escuchó, y pensando “¡Qué voz más curiosa!” se asomó a la baranda del porche y se puso a mirar, pero no vio ni rastro de persona humana. El bonzo enanito notó que si seguía donde estaba corría el peligro de morir pisoteado, y por eso se metió debajo de una “geta” o sandalia de madera que vio por allí.

–¡Oiga, por favor! –repitió.

El primer ministro no salía de su asombro. “Esto es sorprendente: no se ve a nadie, pero se oye una voz simpática que está llamando. Vamos a ver qué pasa” –pensó.

Cuando intentó calzarse las sandalias de madera, de debajo de ellas surgió una voz:

–¡No vayáis a pisarme!

Todo desconcertado, el primer ministro miró allí y se encontró un ser de lo más extraño. El primer ministro se quedó mirándolo, y exclamó, entre risas:

–¡Qué personita más graciosa!

De este modo, fueron pasando meses y años; el bonzo enanito cumplió los dieciséis, aunque su diminuta altura

seguía siendo la misma. Pero a todo esto, el primer ministro tenía una hija, a la sazón de trece años; como era de dulce semblante, el bonzo enanito se había quedado prendado de aquella princesa desde el primer momento en que la vio. Pensó que tenía que ingeniárselas como fuera para hacerla su esposa. Cierta día, el bonzo enanito cogió unos granos de arroz –del que recibía el ministro como tributo–, y los metió en su propia bolsita destinada al té. Cuando la princesa se encontraba durmiendo, puso en práctica su plan, y le frotó los granos de arroz sobre los labios. Acto seguido, y sosteniendo su bolsita vacía, se puso a gritar lagrimeando.

El primer ministro acudió a ver, y le preguntó qué pasaba.

–La princesa ha robado y se ha comido el arroz que yo tenía bien guardado –le respondió el bonzo enanito.

El primer ministro se puso rojo de vergüenza e indignación, y al observar la escena, comprobó que su hija la princesa tenía arroz en torno a la boca. Exclamó:

–Desde luego no me ha mentido el joven. En estas circunstancias, ¿cómo voy a mantener a esta ladrona aquí en la capital? De un modo o de otro, habrá que matarla.

Y confió al bonzo enanito ese truculento menester.

El bonzo enanito se marchó, siempre haciéndola a ella ir delante. El primer ministro pensaba: “¡Ah, si alguien al menos la hubiera detenido en su marcha!”. Pero la madrastra de la niña se había interpuesto para no frenar su partida, y para que ninguna doncella la acompañara.

La princesa pensó que la habían tratado despiadadamente, y –no teniendo a dónde ir en estas circunstancias– hizo intención de dirigirse a la bahía de Naniwa, y se montó en un barco en el puerto de Toba. Pero justo al zarpar, el viento sopló con virulencia y vino a dar con ellos en una extraña isla. Allí aparecieron como por arte de magia dos ogros. Uno de ellos portaba un martillito de la suerte, en tanto que el otro habló así:

–Voy a comerme a este. Y a la chica, podemos secuestrarla.

Dicho esto, se metió al enanito en la boca, pero este salió afuera por uno de los ojos del ogro. El ogro exclamó:

–Aquí tenemos a un tipejo de cuidado. Si cierro la boca me sale por un ojo.

Varias veces los ogros se iban tragando al bonzo enanito, pero él volvía a salirles por los ojos y correteaba de acá para allá, con lo cual los tenía asustados. Los ogros se dijeron:

–No es éste un tío de los que se ven todos los días. Seguro que el infierno anda revuelto. Huyamos.

Mientras hablaban, fueron abandonando el campo, no sin dejar por medio una serie de pertenencias, como el martillito de la suerte, garrotas, azotes... Marcharon a escape hacia algún lugar sombrío del noroeste, a la Tierra Pura paradisíaca.

El bonzo enanito, viendo la situación, pronto se hizo con el martillito de la suerte, lo agitó, y formuló un deseo:

–Que yo crezca en altura.

Al instante se puso a crecer hasta la estatura normal para su edad.

Luego, como ya le venía acosando el hambre, pasó a pedir comida mediante el martillito; y sin que se supiera de dónde, aquel sitio se pobló de los más succulentos manjares. Él estaba atolondrado, de tanta alegría como experimentó.

Después de esto pidió al martillito oro y plata, se casó con la Princesa y regresó con ella a Kyoto, donde se alojaron en cierto lugar del distrito Gojo. Y como a los diez días ya se había divulgado la noticia de todo esto, el Palacio Imperial se interesó por el caso, y nuestro “bonzo” fue llamado allí. Enseguida él se presentó en Palacio, y el Emperador, al verlo, dijo:

–Verdaderamente es un joven de gran presencia. Con toda seguridad, no procede de humilde origen.

Y mandó investigar sobre sus antepasados. Resultó ser que el padre –el hombre mayor de este relato– era hijo de un vice-consejero estatal de Horikawa, el cual fue hecho objeto de difamación, y así fue exiliado a una remota zona rural, donde tuvo ese hijo –el futuro padre de “bonzo”–. La madre –que tuvo a “bonzo” ya de mayor– era hija de un oficial imperial de alto rango, residente en Fushimi, pero perdió a sus dos padres en su niñez. De este modo se averiguó que el “bonzo enanito” procedía de ilustres antepasados. El emperador lo convocó entonces de nuevo a Palacio y le confirió el rango de alto oficial de la corte en Horikawa, para felicidad de todos. “Bonzo” llamó entonces a sus padres a Kyoto, y los atendió con mucho esmero, dando un ejemplo que no se ve todos los días.

Al poco tiempo, “bonzo” se vio promovido al cargo de vice-consejero estatal. Siendo él un joven agraciado, tanto en su manera de ser como en su porte externo, desde el principio destacaba en su ambiente, y gozó de óptima fama entre todo el mundo. El primer ministro de Sanjo, ahora su suegro, al tener noticia de estas cosas se alegró sobremanera.

Algo más tarde nacieron tres hijos del matrimonio de “bonzo” y la princesa, con lo que la familia conoció un largo florecimiento.

Al comparar la canción infantil antes citada con este cuento del cuadernillo, destacan dos puntos de gran divergencia, a los que voy a prestar atención. El primero es que, según la canción, cuando “bonzo” y la princesa volvían de visitar el templo de Kiyomizu, les salió al paso un ogro; mientras que, en la versión del cuadernillo, “bonzo” y la princesa arriban navegando a la isla de los ogros. El segundo punto diferencial es que la canción no toca para nada el tema de la boda entre “bonzo” y la princesa.

En contraste con el supuesto viaje a la isla de los ogros, la visita al templo de Kiyomizu que relata la canción se adecua más al sentido común. Mientras el hecho de que la boda no se mencione en la canción, puede deberse a que ésta iba destinada a los niños, y se suprimió dicha parte como no pertinente. Según he dejado dicho, en la transmisión de los cuentos populares prima el sentido común sobre la forma original en que se han recibido; y como a veces los adultos no prestan mucha atención a los cuentos populares, pero sí lo hacen los niños, los relatos se van adaptando a éstos. Es por eso por lo que, a diferencia de lo que ocurre con el cuento de la princesa Uriko, el cuento del bonzo enanito tal como está en el cuadernillo –aunque ampliamente influenciado por las tendencias de su época (la era Muromachi)–, seguramente supera en fidelidad a la canción, sobre todo en el aspecto de conservar la trama original del relato oral. Así que en esta ocasión y a efectos del comentario, nos valdremos de la versión del cuadernillo.

Estamos, pues, ante un matrimonio “mayor” para su época. Como se dice que la mujer tiene cuarenta años, el marido debe andar por esa edad también. Era, en aquellos tiempos remotos, precisamente la edad en que la gente solía tener nietos, y por eso no resulta nada extraño que a veces se llame a esos personajes “el abuelito” y “la abuelita”. Hoy día la esperanza de vida es más larga, aunque recuerdo que en mi juventud todavía se decía: “la vida es para medio siglo”. Y en la era Muromachi la expectativa de vida para las personas se reduciría aún más, seguramente. Tanto para el hombre mayor del cuento como para su mujer, la vida no iba ya a alargárseles mucho.

El hombre era el hijo que le nació al vice-consejero estatal de Horikawa, cuando por un complot de difama-

ción se vio destituido, y exiliado a una zona rural. La mujer era hija de un alto oficial imperial de Fushimi, y en su infancia se había quedado huérfana de padre y madre. Por consiguiente, ni el hombre ni la mujer del cuento estaban ya en posesión del rango social que les correspondía. No daban la imagen que por linaje podían haber dado. Y todo por intrigas de otras personas y por defunciones familiares, circunstancias estas dictadas por el destino, que escapaban al control de los dos.

La mujer está sufriendo porque, a sus cuarenta años, se encuentra sin hijo alguno. A los cuarenta años, está cerca la menopausia, y ya van desapareciendo las posibilidades de parir. En toda su vida de casada no se le ha concedido tener un hijo. Los casados suelen pensar que los hijos les vendrán como la cosa más natural del mundo; pero en este caso, el hijo no ha venido. Esa situación, en la que se piensa “¿cuándo lo tendré?”, o bien “¿lo voy a tener ya a esta edad?” conduce a esperar y esperar mientras la vida sigue su curso; pero al no venir el hijo, el trance es sin duda muy duro, y la espera se llena de impaciencia. Lo que parecía tan lógico como que nazcan hijos del matrimonio, no resulta ya tal como se pensaba. De aquí puede venir que los esposos se consideren a sí mismos marginados de la condición normal de las parejas, por alguna tara desconocida; y van a sentir la vaciedad de una vida en la que no pueden dejar descendencia.

Y aunque ya no se trate del problema de carecer de un hijo de carne y hueso, ¿no es cierto que en algunos momentos de la vida las personas tenemos sentimientos parecidos? Son ocasiones en que nos gustaría producir algo nuevo, dejar a la sociedad algo significativo. Cuando las posibilidades de culminar esos proyectos se van agotando, y vemos que ya no se puede producir nada ni dejar nada, tal experiencia es deprimente y nos hace palpar

nuestra miseria. La vida pierde sentido y se ve todo gris. La dura situación nos hace aprender que nuestras posibilidades son limitadas.

La mujer del cuento reza al gran dios del templo de Sumiyoshi, y a sus cuarenta años se queda encinta. En su etapa anterior, de una tribulación indescriptible ante la que se veía impotente, ella hizo su petición a la divinidad, y el dios con su poder le otorgó esa nueva vida que ella le pedía.

El gran dios Sumiyoshi es el que ahora se venera en el templo Shintoísta del mismo nombre, en Osaka. Según una tradición mítica, Sumiyoshi hizo su aparición junto a tres divinidades marinas cuando Izanagi, la primera deidad masculina, realizó su purificación ritual en el agua a su regreso del reino de las sombras. Siendo una divinidad de los puertos de mar, Sumiyoshi protege las travesías marinas. Para los japoneses, que dependen de la pesca para proveer la mayor parte de su alimentación, ese mar, que alberga abundante vida, debe de ser considerado como una madre nutricia que alimenta a sus hijos. Sin olvidar que al mismo tiempo una tormenta en el mar puede hacer que las personas y los barcos sean engullidos por las olas; con lo cual también los japoneses conocen el temor que inspira el mar. El hijo le viene a la mujer mayor del cuento como un don de ese dios que vela por las travesías marinas.

Como el niño recién nacido mide no más de tres centímetros, va a recibir el nombre de “el bonzo enanito”. Aunque pasan los días y los meses, su estatura no aumenta. La estatura de una persona es algo que, por más esfuerzo que se ponga, no se puede alargar ni un poquito. Lo que recibe este matrimonio, a partir de su situación nada normal y que les parece inalterable –la carencia de hijos–, es un niño nada normal y de talla inalterable. Lo

que se les da para ser como las demás parejas, y como fruto de una oración de súplica, es algo que a su vez se sale de patrón normal. ¿Hay quien lo entienda?

A este bebé no lo llamarán “el niño enanito” sino “el bonzo enanito”. Un “bonzo” quiere decir un maestro en el camino de Buda, y que –por tanto– conoce bien el camino. Es, en suma, alguien que conoce el poder de la energía sobrenatural.

Sin embargo, para aquel matrimonio, ese niño se considera una especie de monstruo, un semillero de aflicción familiar, del que incluso llegan a comentar que quieren deshacerse. No es de extrañar, ya que cualquier persona pretende liberarse de las pequeñeces que alberga en sí, de ese “no dar la talla”, de esa propia miseria..., y quiere echarlo todo afuera.

El “bonzo enanito”, que llegó a conocer su precaria situación, se resolvió a abandonar su casa, se embarcó en un cuenco de sopa y, a base de remar con los palillos, navegó por el río Yodo, desde Naniwa hasta Kyoto.

Kyoto no era solo la capital tradicional de Japón, sino que durante el período Muromachi –en que este “cuadernillo” fue escrito– era también la sede del gobierno militar o “shogunado”, una especie de generalato imperante sobre el país. “Capital” en este sentido se dice en japonés “shuto” significando algo así como “ciudad cabeza”, una denominación muy afín a la española “capital”, ya que esta última palabra viene del latín “caput” (cabeza). Kyoto era un centro geográfico donde se daban cita la cultura y la política. En el drama interior que se desarrolla en cada uno de nosotros, Kyoto puede significar el territorio de la conciencia, en tanto que el inhóspito y desconocido mar equivaldría al inconsciente; y ahí aparece un ser diminuto que a partir de lo inconsciente se remonta al mundo de la conciencia. ¿No es cierto que

cuanto más tratemos de expulsarlo de nosotros, tanto más se nos fijará en el inconsciente y tratará de aflorar a la conciencia? Pues ese ser diminuto, por mucho que queramos echarlo fuera, tiene una vitalidad incombustible, y no se extingue por el hecho de ser rechazado.

El bonzo enanito que llega a la capital camina hacia Sanjo, a la residencia del primer ministro. El primer ministro durante esta era Muromachi, en que se había establecido el poder militar de los samuráis, era la suprema autoridad gubernativa sobre la ciudad de Kyoto. En el mundo de nuestro interior, este papel equivaldría al desempeñado por el “ego”, como centro de la conciencia. El bonzo enanito, llegado desde Naniwa a la capital, se dirige al primer ministro con un “¡Oiga, por favor!”. El ser que ha venido subiendo desde el inconsciente se planta ante el “ego”, hablándole.

El primer ministro escuchó la voz de “bonzo”, que le provocó interés; se asomó a la baranda del porche, pero no vio ni sombra humana. Aquella voz se escuchó de nuevo, pero como el “bonzo enanito” estaba metido bajo una sandalia de madera, por supuesto no se le veía. Dado que la gente suele ponerse en pie sobre su calzado, las sandalias en este caso representaban el puesto de observación sobre el que cada uno se sitúa. En la era Muromachi, que arrancaba de enfrentamientos civiles, con las clases bajas pretendiendo dominar sobre las más elevadas, el poder era un valor muy apreciado. Visto desde ese “puesto de observación” de la época, el bonzo enanito, que apenas remontaba los tres centímetros, armado con su alfiler como espada, no era más que un ser pequeño, débil, inútil, y sin valor alguno. Para evitar morir por aplastamiento se ha escondido debajo de una sandalia de madera.

Ese ser de existencia diminuta que albergamos en nuestro interior lo tenemos muy cercano, a nuestros pies;

pero desde el punto de observación del poder permanece escondido en las sombras, y no se ve.

El primer ministro había sentido curiosidad ante la primera llamada de “bonzo” que oyera, y se asomó a la baranda. Como la voz se escuchó una segunda vez, de nuevo pensó salir a ver, y con esta idea se puso sus sandalias. Acuciado por la voz que le llamaba, él había salido de la habitación al porche, y luego quiso salir al exterior de la casa. Para encontrarse con ese pequeño ser, hay que dejar el refugio seguro de uno y salir a la intemperie.

Cuando el primer ministro está a punto de calzarse sus sandalias, de debajo de una de ellas surge la voz del bonzo enanito:

—¡No vayáis a pisarme!

Un ser pequeño y de valor despreciable se afirma en un clamor por su propia vida, como si dijera: “¡No aplastéis a un ser viviente!”.

Cuando escucha esa petición de socorro, el primer ministro se encuentra al fin frente al bonzo enanito. Entonces exclama sonriente:

—¡Qué personita más graciosa!

Y acto seguido, lo acoge como empleado. Quiere decir que al ser diminuto del interior de uno mismo, lejos de pisarlo y aplastarlo, se le debe acoger como parte de la propia vida. No hay que rechazarlo del mundo del “ego”; más bien, como hizo el primer ministro, hay que darle la bienvenida al ámbito de lo consciente.

El bonzo enanito está ya trabajando al servicio del primer ministro. Encontrándose el pequeño ser al servicio del ministro –en el mundo oculto de nuestro interior–, si poseemos el poder nos inflaremos de orgullo, y si carecemos del mismo nos avergonzaremos de nuestra insignificancia. Con relación al ambiente externo, nos vamos a postrar ante los poderosos, y vamos a mirar con des-

precio a los débiles. Nos movemos dando bandazos del autodesprecio a la arrogancia, entre el complejo de inferioridad y el de superioridad.

El primer ministro tiene una hija y una segunda esposa, que para la hija es madrastra. La madrastra, en su trato con la hija, no puede ser más fría.

En una sociedad que sobrevalora el poder militar, la frágil mujer no era útil para el papel de guerrero, y su consideración social era escasa. La hija era una mera posesión del padre, así como la esposa lo era del marido. La índole maternal de la madrastra del cuento no había aflorado, y la hija era muy joven e inmadura; con lo que ambas quedaban subestimadas en cotejo con los hombres. La mujer y la hija del primer ministro pueden considerarse como la feminidad infradesarrollada que reside en el interior de ese hombre: un magnate sediento de poder.

El bonzo enanito cumple los dieciséis años, pero su estatura se mantiene como cuando nació. Los dieciséis años marcaban entonces en Japón la entrada en la edad adulta para los chicos; así que desde esa edad se los consideraba adultos.

Nuestro “bonzo” se enamoró de la hija del primer ministro no más verla, y andaba urdiendo una estratagema para casarse con ella.

En aquel mundo que condicionaba la jerarquía de valores vigente para ese primer ministro, tanto el pequeño “bonzo” como cualquier frágil mujer son objetos de menosprecio. Si el primer ministro mira con suficiencia al sexo contrario, tampoco puede relacionarse debidamente con la feminidad albergada en su propio interior. No obstante, el hecho de dar empleo al pequeño va a servirle a ese ministro como escalón para avanzar el próximo paso. Cuando integramos en nuestro mundo íntimo

la propia pequeñez y la propia excentricidad, estamos a un paso de relacionarnos con ese sexo opuesto que en cierta proporción habita en nosotros.

El bonzo enanito miente al primer ministro cuando le dice que la princesa había robado el arroz que él mismo había guardado. El arroz, usado por cierto en los rituales shintoístas, gozaba de la consideración de sagrado; y como alimento, es una innegable fuente de energía. En la época del cuento, el arroz era un artículo de alta calidad, y sólo las familias nobles o las de alto nivel social podían permitirse su consumo.

El primer ministro, en su idea de que la hija había robado arroz, se enfurece en extremo. Él cree que su hija ha usurpado esa preciada fuente de energía que se guardaba en su casa, haciendo ella caso omiso de la valoración social concerniente al arroz. En el mundo del primer ministro se sobrevaloraba el poder; y el arroz se traducía precisamente en energía y poder. En su código de samurái, por lealtad a su señor él se veía obligado a vencer y matar al enemigo, a hacerse él mismo el “harakiri” dada la ocasión, e incluso a sacrificar a su propia familia. En una sociedad guerrera como esa, cualquier conducta considerada “femenina” –la compasión mostrada a los demás, el aprecio y protección de la propia vida, la solicitud por la familia...– se enfrentaba a la visión colectiva reconocida de los valores, como si fuera acaso a detraer la energía propia de los samuráis. El enamorarse de alguien era sin más un sentimiento femenino; a un guerrero le representaba un obstáculo para alcanzar sus objetivos, y por tanto habría que cortar drásticamente con tales sentimentalismos.

El primer ministro piensa que no puede seguir manteniendo a su hija ladrona en la capital, y para deshacerse de ella ordena al bonzo enanito que la mate. En realidad

este magnate lo que está haciendo es dar un corte a sus propias emociones “femeninas”, tales como dejarse llevar por el amor de una persona.

De estos dramas internos que tenían lugar en el corazón de la gente, no puede decirse que se limitaran a la sociedad guerrera de Japón, aunque en dicho ambiente perduraron durante siglos. En torno al poder y la autoridad –incluido el poder económico que los sustenta–, ¿hasta qué punto no se generan aun hoy día graves alteraciones, que afectan a la vida emocional de las personas y a la sociedad misma? ¿No es cierto que solemos autovalorarnos y valorar a los demás sólo en términos de eficiencia y habilidad? ¿No ocurre acaso que anteponemos el trabajo a todo, y nos parece egoísta e injustificado reservar algún tiempo para la familia o para nosotros mismos? Cuando vemos hoy día tantas muertes por sobrecarga de trabajo, aun cuando no siempre sean éstas reconocidas legalmente como tales, y comprobamos así lo cerca que todavía estamos hoy de la mentalidad samurái, podemos deducir que el espíritu de aquella sociedad guerrera aún anida en el corazón de muchos de nuestros contemporáneos, más frecuentemente de lo que pensamos.

El primer ministro, que creyó a “bonzo” cuando éste le dijo que la princesa había robado arroz, trató luego al pequeño en un plano de igualdad con su hija. De resultas de todo ello, “bonzo” tuvo que abandonar la casa del primer ministro con la hija de éste. Ambos se alejan de la supervisión del magnate. Cuando a la parte menospreciada de uno se le concede el debido respeto, se está en condiciones de seguir caminando hacia la integración de la propia personalidad.

Se trata en nuestro cuento de una travesía fluvial hasta Naniwa, que era por cierto la ciudad natal de “bonzo”, así como un puerto de mar, abierto a la comunicación

con otros países. El viaje por el que uno se encamina a su lugar de procedencia supone un internarse en el mundo de lo inconsciente.

El barco es arrastrado por los vientos, hasta venir a dar en la isla de los ogros. Para arribar a un puerto no pretendido, uno ha de ser llevado por cierta energía que lo sobrepasa a él mismo. El punto de arribada es la isla de los ogros, un lugar aterrador. Quiere decir que hay que entrar en confrontación con algún temible adversario.

“Bonzo” es tragado por los ogros, para venir a salirles por los ojos. El estómago de un ogro devorador debe de ser un lugar tenebroso. Quien es devorado ha de pasar por la experiencia de ser tragado y de sentirse enclaustrado en las tinieblas. Si termina en fracaso la confrontación con alguien que pretende devorarlo a uno, ese sentimiento se une con el miedo y el desespero, y acaba de sumirlo a uno en las más negras tinieblas.

A pesar de todo, “bonzo” se las arreglaba para saltar afuera a través de los ojos de aquellos ogros. Saliendo por el ojo de su devorador obtenía la libertad. Él saltaba hacia fuera desde el punto vital de la vista perteneciente al terrible ser que lo había engullido.

Ocurre sin duda que no puede liberarse de sus complejos de inferioridad –“no soy como los demás”– pasando obligadamente por experimentar las tinieblas, y así logrará desembarazarse del punto de vista de la sociedad que lo había tragado.

El bonzo enanito, que naciera un día del vientre de su madre, dejó más tarde su propia casa, y ahora nace de nuevo al salir de dentro de los ogros. En verdad puede decirse que nacemos tres veces. La primera vez, desde las entrañas de nuestra madre, y nacemos a una familia. La segunda vez nacemos de nuestra familia para la sociedad. La tercera vez nacemos de la sociedad para ir hacia la

integración del “yo”, y a la maduración individual. En tanto nos encontrábamos en el seno materno, nos sentíamos seguros y protegidos. Pero cuando llega la hora de nacer comienzan los sufrimientos del parto. Tanto la madre como el nuevo ser que sale a la vida sienten estremecimiento y dolor. Para la vida que se estrena, dispuesta a nacer, el cuerpo de su madre –que hasta el momento la protegía– parece convertirse en un obstáculo para su propio nacimiento. Tiene que atravesar unas densas tinieblas que amenazan con tragárselo, para venir a nacer a un mundo nuevo.

Temerosos del bonzo enanito, quien a pesar de ser tragado por ellos les salía saltando por los ojos afuera, los ogros huyen a todo correr hacia la oscura región noroccidental del paraíso de la Tierra Pura.

El noroeste –“inui” en el texto original– es un lugar de destino considerado como sagrado. Esos ogros que huyen, y no al infierno, sino a la Tierra Pura, que aunque sea una región sombría es un lugar sagrado, pertenecen seguramente al paraíso presidido por Buda.

Los ogros rojos y verdosos que hoy día nos imaginamos como pobladores del infierno, tienen cuernos en la cabeza, largos colmillos en sus bocas y taparrabos de piel de tigre; muestran un temperamento muy irascible. Con todo, esta imagen que hoy nos hacemos no coincide con la que nos transmite la antigua tradición. En la literatura clásica de la época Nara (Siglo VIII) y de más adelante, un ogro era un ser sobrehumano y temible, perteneciente a otro mundo. La imagen que hoy nos fabricamos de un ogro viene condicionada por la difusión que el budismo trajo sobre los ogros a partir de la Edad Media, con la popularización y generalización de la imagen que vino a lo largo del tiempo. Los ogros que aparecen en nuestro cuento popular parecen estar en algún lugar intermedio

entre cielo e infierno; y aunque desde luego no son budas, tampoco son enteramente malvados.

Cuando los ogros escapan, dejan allí olvidado un martillito de la suerte. Es éste un tesoro parangonable con la capa de volverse invisible, o con el sombrero cónico mágico de las hadas, y su posesión se considera un atributo de los ogros. En las páginas de **Heike Monogatari** (Leyenda de la familia Taira, S. XIII) también aparece un ogro, portador de su martillito de la suerte.

Asimismo es portador de un martillito de la suerte Mahakala, el dios de la riqueza. Se puede conocer algo sobre cómo lo veía la fe popular, a partir de una pintura del siglo XVI de Nobuharu Hasegawa (1539–1610): Mahakala porta una gran bolsa sobre su hombro izquierdo, y un martillito de la suerte en su mano derecha, mientras sus pies se asientan sobre un saco de paja lleno de arroz. Este dios vino ganándose la fe de los creyentes desde la era Heian (794–1185) como divinidad de la fortuna. También se puede deducir que era uno de los siete dioses de la fortuna, considerando testimonios de 1420 que han quedado en Kyoto; según los cuales se le puede identificar como uno de esos siete dioses de la buena fortuna que figuran en una sublime procesión de deidades de principios de la era Muromachi –que se extiende entre 1392 y 1573–.

Mahakala es el nombre que se le dio a Shiva, el gran dios del hinduismo, cuando éste se incorporó a las enseñanzas budistas. Shiva es el dios de la destrucción, y asimismo el dios que preside los procesos de reproducción, y que concede favores. En el budismo místico o Tántrico, es el dios que proporciona abundancia de comida y bebida, y se le representa negro de tez y con aspecto airado. En realidad Mahakala tiene apariencia de ogro. O bien podría acaso decirse que tanto Mahakala como el ogro

son dos manifestaciones del ser trascendente, y que el martillito de la suerte es, sin duda, una posesión muy representativa de dicho ser.

El tema de la posible relación entre el ogro y Mahakala nos trae a la memoria cierto episodio concerniente a Jacob, patriarca del pueblo israelita. Jacob se trabó en lucha con un adversario desconocido durante toda una noche; y cuando ya al alba su oponente se marchó de su lado, no sin antes bendecirlo, entonces Jacob entendió que se trataba de Dios (Gén 32, 24-30). ¿No será que los humanos consideramos a veces a ese ser que nos trasciende como a un destructor, y otras veces como a alguien que nos trae bendiciones? De tal modo que, para conseguir sus bendiciones y sus mercedes, quizá no nos quede otro remedio que luchar con la divinidad, a ejemplo del bonzo enanito y del patriarca Jacob.

Valiéndose del martillito de la suerte que el ogro había dejado tirado en su huida, el bonzo enanito consigue crecer en estatura. Luego, y para satisfacer el hambre, hace que salgan manjares. Más tarde va a obtener también oro y plata; y, tras desposarse con la princesa, se dirige en compañía de ella a la capital. Al lograr liberarse de la concepción de valores que imperaba en la sociedad y que amenazaba con tragárselo a él, su propio complejo de inferioridad desaparece, y le sobreviene una gran afluencia de energías vitales. En consecuencia, equiparado socialmente a la princesa, hace su entrada en la capital. Aquel ser diminuto que a través de los viajes ha alcanzado su crecimiento, se integra ahora en ese mundo interior de lo consciente, enriquecido con su feminidad.

“Bonzo” recibe el nombramiento de alto oficial de la corte en Horikawa, otorgado por el Emperador. El padre del bonzo enanito había sido hijo del vice-consejero es-

tatal en Horikawa; y su madre, hija de un alto oficial en Fushimi. El actual nieto de dichos dignatarios reunía ahora la noble herencia de ambos mediante el nombramiento imperial: éste venía a significar que “bonzo” veía así reconocida su esencia de origen, que le fuera transmitida por sus padres. Puede interpretarse también que había integrado en su persona los valores de paternidad y maternidad.

“Bonzo” llamó luego a sus padres y los cuidó con esmero; lo cual viene a corroborar el significado de lo dicho anteriormente. Como el Emperador era entonces la suprema autoridad en todos los órdenes, de ahí se desprende que la integración personal de uno en su mundo interior llega a hacerse posible gracias a la más alta autoridad imperante en dicho mundo.

“Bonzo”, a partir de su nombramiento ya comentado, es honrado más adelante con un nuevo nombramiento, de vice-consejero estatal esta vez. El primer ministro –su suegro ahora– se regocija al saberlo. “Bonzo” ha accedido ya al rango que le hubiera correspondido a su propio padre; y en adelante no tiene que servir ya al primer ministro.

Con el tiempo, la joven princesa, su esposa, dará a luz tres hijos. Aquel que, años atrás, había sido un pequeño menoscabado, no sólo ha crecido, sino que ha podido transmitir nueva vida.

* * *

En este capítulo hemos contemplado tres historias: la del “divino mocosillo”, la de la “princesa Uriko (aroma de melón)”, y la del “bonzo enanito”; y el rasgo común entre ellas es la extremada pequeñez de sus niños protagonistas. En “El divino mocosillo” se nos habla de que era “un niño muy, muy pequeño en verdad”. Viniendo al siguiente cuento, por muy grande que pudiera ser un melón, nunca sería capaz de albergar a una niña a punto de nacer, por

lo cual ésta tenía que ser necesariamente muy chica. Del “bonzo enanito” no hay mucho que comentar, ya que en su nombre está implicada su talla (unos tres centímetros).

El divino mocosillo es un obsequio del dios dragón, mientras la princesa Uriko lo es a su vez del manantial de aquel río por el que viene ella fluyendo, y el bonzo enanito es un don otorgado por el dios Sumiyoshi. Los tres diminutos protagonistas van a estar dotados de un maravilloso poder, y llevarán a cabo grandes hechos. Estos niños no son seres humanos corrientes; son más bien regalos otorgados por los dioses. De tal modo, pensaban los antiguos japoneses que todo un dios tomaba forma humana en estos pequeños, y así se manifestaba entre la gente. El folclorista Kunio Yanagida llama a esta creencia “fe en los más pequeños” y afirma que hay aquí un punto en común con las enseñanzas cristianas, según las cuales Dios vino al mundo como hijo de un carpintero.

La Biblia nos presenta a Jesús como hijo de Dios; ese mismo Jesús ora a Dios con las palabras *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mateo, 6,9) y así enseña a rezar a los suyos. La doctrina de que Dios es nuestro Padre tiene, como reverso de la medalla, la de que nosotros, los seres humanos, somos hijos de Dios. Las iglesias de la cristiandad han puesto mucho énfasis catequético en la divinidad de Jesús, y aunque no sea justo decir que se han olvidado de predicar la otra enseñanza correspondiente –a saber: nuestra dignidad como hijos de Dios–, es cierto que no han insistido tanto en ella. ¿No será tal vez porque todo el énfasis se les ha ido en demostrar que Jesús es Dios? ¿O tal vez porque en medio de unas sociedades capitalistas, al estar dichas iglesias ligadas a unos gobernantes que eran varones –en un ambiente social donde se supervaloraban la aristocracia y la masculinidad–, resultaría imposible insistir en la dignidad del ser humano como tal?

Las historias narradas de “los más pequeños” venían sin duda a hacer sentir al pueblo de una forma nueva la sagrada dignidad del ser humano, mostrándola con tal sencillez a esa gente que creía que la divinidad se manifestaba tomando forma corporal en los más pequeños y humildes entre los humanos. Sin embargo, a medida que esa fe popular se fue debilitando, iban quedando casi sólo los niños para prestar oído a dichas narraciones; y estas con el tiempo pasaron a considerarse como auténticos cuentos infantiles. Y es que ciertamente resulta difícil –si se margina la visión de las cosas que nos proporcionan la cultura y la religión– creer que Dios pueda manifestarse en los seres más pequeños y menospreciados, y sobre todo en el ser que a cada uno nos parece el más trivial y carente de interés, a saber: en “uno mismo”.

En este capítulo se han dado cita tres cuentos, y en todos ellos ocurre que unos viejos sin descendencia reciben un hijo como regalo milagroso. Y un tema análogo aparece en la Biblia. Ya más atrás se ha presentado en estas páginas a Jacob; su abuelo Abraham, a sus cien años, fue padre de Isaac, dado a luz por su esposa Sara, de noventa años. La Biblia dice con toda claridad: *Abraham y Sara eran ancianos, avanzados en días, y a Sara desde hacía tiempo se le había retirado el período* (Gén 18, 11). Hay otros casos, como –en el Antiguo Testamento– el del caudillo Sansón, que era hijo de una mujer estéril. Asimismo –en el Nuevo Testamento– tenemos a Juan el Bautista, que nace de una anciana estéril (Lc 1,9). Tanto los cuentos populares japoneses como la Biblia abundan en el tema de que los hijos son un regalo que nos llega del poder de Dios; e igualmente se proclama ahí la fe en que Dios abre las puertas a nuevas vidas, favoreciendo así a a mujeres que físicamente no pueden concebir, y a parejas mayores.

III

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

El bonzo enanito se topaba con unos ogros, los cuales lo engullían; pero él desde las tinieblas de sus estómagos se fue abriendo camino hacia el exterior, y pasó por un proceso de crecimiento. Desde el punto de vista que muestra el título del presente capítulo “De las tinieblas a la luz”, la historia del “bonzo enanito” podía figurar aquí, pero en realidad he elegido otros cuentos para el tema que ahora nos ocupa.

3.1. LA JOVEN SIN BRAZOS

Este cuento narra el proceso de desarrollo de una joven, que se casa y da a luz un niño.

Esto era una vez que en cierto lugar vivía un matrimonio muy bien avenido. Tuvieron una preciosa hija; pero ésta, a sus cuatro años, se quedó huérfana de madre. Luego le vino a casa una nueva madre, pero siendo en realidad madrastra, sentía un odio incontenible hacia la niña. Buscaba en su imaginación el medio de echar de allí a la hijastra; pero siendo ésta lista y despierta, no se presentaba la ocasión propicia para hacerlo.

La madrastra se repetía interiormente; “¡Qué odiosa! ¡La odio!”... Y a todo esto, la niña cumplió los quince años. La madrastra no hacía más que decirse “¡Qué jovencita

más odiosa! ¡Qué odiosa es! Tengo que hacer algo para librarme de ella.” Y día tras día meditaba alguna estrategia al respecto. Hasta que finalmente le dijo al marido:

—Mira, yo no puedo seguir viviendo aquí con esa niña lista a mi lado. Así que, por favor, concédeme el divorcio.

El padre de la niña siempre había prestado oídos a cuanto le decía su esposa, así que le respondió:

—Nada de eso, nada. No te preocupes. Yo haré algo enseguida por desembarazarnos de la niña.

De modo que se dispuso al punto a expulsar a su inocente hija de la casa. Un día le dijo:

—Hija: vamos a ver el festival.

Y le hizo vestir a su hija un precioso kimono, cosa insólita en él. Y luego se pusieron los dos en marcha hacia el festival.

Ese día el sol lucía espléndido, y como además el padre la había invitado a salir, cosa que nunca ocurría, la chica marchaba con él muy alegre. Pero a todo esto, aunque él le había hablado de un festival, en realidad iban pasando una montaña. Así que la chica se extrañó, y le preguntó a su padre:

—Padre, ¿dónde es el festival?

Él le respondió:

—Pasado este monte, hay que pasar también otro, y allí es, en un gran pueblo al pie de un castillo.

El padre marchaba por delante de ella, y se internaba más y más en la montaña, caminando cada vez más adentro. Al llegar a un valle, pasado ya el segundo monte, el padre dijo:

—Vamos a tomar aquí nuestro almuerzo.

Sacó unas bolas de arroz, que llevaba, y se pusieron ambos a almorzar. Mientras estaban comiéndose el arroz, la hija, muy cansada por la caminata, se quedó dormida antes de darse cuenta.

Viendo la situación, el padre pensó: “Este es el momento”, y con una hacheta de podar que llevaba cogida al cin-

to, le cortó a la hija el brazo derecho y luego el izquierdo. Acto seguido, y dejando a su hija hecha un mar de lágrimas, se escapó él solo montaña abajo.

—¡Padre! ¡espera! ¡padre! ¡me duele mucho! —gritaba la niña bañada en sangre.

Y a trompicones trató de seguir el rastro de su padre; pero éste continuaba corriendo y se fue, sin mirar atrás.

“¡Ay! ¡qué tristeza! ¿Cómo es que mi propio padre me ha hecho esto tan horrible?”, pensaba. Y, como ya no tenía casa a la que volver, se lavó las heridas en un riachuelo de aquel valle, y empezó a alimentarse con bayas y frutos de los árboles, por todo sustento.

Hasta que un día, un hermoso joven vino a pasar por allí a caballo, acompañado de unos servidores.

—¡Cielos! —exclamó él—. Tienes cara y figura humanas, pero te faltan los brazos. ¿Quién eres?

Así le preguntó, al encontrársela a ella moviéndose entre los matorrales. La joven le contestó:

—Soy una muchacha sin brazos, abandonada por mi propio padre.

Y se echó a llorar.

El joven le preguntó cómo había sido todo, y se sintió verdaderamente conmovido por la historia.

—Pase lo que pase —le dijo a ella—, lo mejor es que te vendas a mi casa.

Y montando a la muchacha en su caballo se puso en marcha monte abajo. En llegando a su propia casa le contó a su madre la triste historia de la joven sin ahorrarse detalles, y añadió:

—Me da muchísima pena de ella. Por favor, vamos a tenerla en casa.

La madre del joven era, como su hijo, de lo más amable. Y se puso a lavarle la cara a la chica, y a peinarle el cabello. Cuando la espolvoreó de perfume, la joven sin brazos volvió a ser la linda muchacha que había sido. La madre del joven se alegró sobremanera, y empezó a quererla como si fuera su hija.

No muchos días después, el joven le dijo a su madre:

–Mamá, mamá, por favor: deja que me case con esta chica.

Ante tal súplica, la madre contestó asintiendo:

–La joven es muy apropiada para ti. Yo, como madre, ya lo venía pensando desde antes.

Pronto se llevaron a cabo las celebraciones de la boda.

Al poco tiempo, la joven se quedó en estado. Ella convivía en buena armonía también con su suegra; y cierto día su joven marido tuvo que emprender un largo viaje a Edo –un asentamiento militar, en la actual Tokyo–.

–Mamá: cuando venga el niño, te lo confío todo a ti –le dejó él dicho a su madre, encargándole también el cuidado de su mujer.

La madre le respondió:

–Vete tranquilo. Cuando nazca el niño, te lo haré saber por un correo.

Así se lo prometió amablemente. Y el joven emprendió el camino de Edo.

Al poco tiempo nació un precioso niño. La madre del joven –ya abuela– le dijo a su nuera:

–Hija, vamos a despachar un correo a Edo, para que lleve a tu marido la buena nueva.

Se puso a redactar la noticia del nacimiento de un hijo varón en una carta; y le pidió a un vecino, dispuesto a ello, que la llevara a Edo como correo, lo antes posible. El mensajero pasó montañas y praderas. En su marcha sintió sed, y se detuvo en una casa para pedir agua. Se la dieron, y él bebió. Pero, por casualidad, aquella vivienda era la casa donde había nacido la ahora “joven sin brazos”. La madrastra le preguntó al mensajero:

–¿A dónde te diriges?

Y él, en plan de charlar un poco, le dijo inconscientemente:

–Pues en realidad resulta que junto a mi casa hay una mansión de gente rica, y una joven sin brazos, que vive allí,

ha tenido un niño. Por eso yo voy a Edo, según me han pedido, para llevarle cuanto antes la noticia al joven señor de la casa, que es el padre.

La madrastra se sorprendió de pronto al saber que su hijastra aún vivía; y, sin pérdida de tiempo, se afanó en dispensar un trato afectuoso al mensajero.

—Con este calor encima, el camino a Edo se te hará muy duro. Tómate un breve descanso ¿eh?

Y le sirvió “sake” y comida, muy atentamente. El mensajero no tardó en emborracharse y caer dormido. Entretanto, la madrastra le buscó la cartera de mensajero que llevaba, y sacó y leyó la carta, donde estaba escrito:

“Ha nacido un precioso niño, más bonito que cualquier joya o cualquier cosa.”

“¡Qué horror!”, pensó ella. Y cambió el mensaje por otro:

“Ha nacido un monstruo, del que no se puede decir si es un ogro o una serpiente.”

Y sigilosamente introdujo la carta en la cartera, y restituyó ésta a su sitio.

Cuando el mensajero abrió los ojos, medio mareado aún por el “sake” y el sueño excesivo consiguiente, exclamó:

—¡Ah! ¡qué bien me han tratado aquí!

La madrastra, entre sonrisas, le respondió, con una aparente amabilidad:

—A la vuelta, no dejes de pasarte por aquí, y me cuentas cómo te ha ido en Edo.

El joven señor, al leer la carta que el mensajero le traía, recibió una extraña sorpresa. Pero reaccionó inmediatamente y se puso a escribir esta respuesta:

“No me importa si es ogro o serpiente. Mientras esperas mi vuelta a casa, cuídalo con todo esmero, por favor.”

Enseguida entregó esta carta al mensajero y le pidió que regresara con ella. El mensajero no podía olvidar el espléndido trato que aquella señora le había dispensado en

la casa donde se acercó a descansar, yendo a Edo. Y por eso también esta vez recayó por allí a su vuelta, a ver si lo invitaban igualmente a “sake”. La señora –la madrastra, en realidad– le dispensó una atenta acogida:

–¡Bienvenido! Así que vienes ya de vuelta, ¿verdad? Pasa, pasa, que hace mucho calor fuera.

Con estas palabras lo introdujo en una salita.

–Toma lo que se te apetezca; ¿qué quieres de beber? Y toma algo para acompañar la bebida.

Así lo hizo emborracharse hasta dejarlo rendido. Cuando ella vio que el hombre ya dormía, cambió el mensaje que llevaba por este otro:

“No quiero ni mirar la cara de ese niño. También he llegado a detestar la idea de volver a ver a esa mujer sin brazos. Así que échala de casa junto con el niño. Si no lo haces así, yo no volveré jamás a casa, y me quedaré a vivir en Edo.”

Tras escribir este mensaje, lo introdujo en la cartera del mensajero.

El mensajero, cuando se despertó de la borrachera, dio las gracias a la señora; y tras atravesar montañas y campos, llegó por fin a la mansión de la familia rica. Allí, la madre del señor exclamó

–¡Carta de mi hijo!

Abrió la carta, y al leerla quedó anonadada ante su contenido, del todo inconcebible.

–¡Qué tremendo! ¿Te has parado por algún sitio del camino? –le preguntó al mensajero.

Este le respondió con una mentira.

–¿Cómo? Nada de eso. No he parado ni a la ida ni a la vuelta. He ido siempre derecho a mi destino, como un caballo de carga.

Con todo, la madre decidió esperar sin tomar decisión alguna, hasta tanto que su hijo volviera de Edo. “¿Vendrá hoy? ¿vendrá mañana?”, pensaba; y por el momento no le dijo nada a su nuera sobre la carta. Pero como al parecer

no había perspectiva alguna de que su hijo regresara, no vio otra salida que llamar a su nuera y contarle lo que había:

–Me ha llegado una carta de mi hijo, y me dice esto y esto.

La joven se sumió en la tristeza; pero pronto reaccionó para responder:

–Madre, nunca podré pagarle lo mucho que le debo por haberme acogido y ayudado en mi invalidez. Y tener que marcharme ahora y así es muy triste, pero si esa es la voluntad de mi marido, no tengo otra alternativa. Me iré.

Dicho esto, la suegra le ató al niño sobre sus espaldas. La joven se despidió de la señora y abandonó la casa, entre lágrimas y sollozos.

Salió de la casa, pero, no teniendo hacia dónde ir, pensó dirigirse a donde la llevaran sus pasos; y en esto, sintió una tremenda sed. Poco después llegó a un paraje por donde corría un riachuelo. “Voy a beber”, pensó; y al agacharse e inclinarse para hacerlo, el niño que llevaba a la espalda empezó a deslizársele por los hombros, con riesgo de caerse.

–¡Por favor! ¿No hay nadie que me ayude? –exclamó.

Y vio con sorpresa que, al tratar de detener al niño en su caída con los brazos que no tenía, éstos –¡cosa asombrosa!– le habían crecido, y pudo parar al niño con firmeza.

“¡Qué suerte! ¡qué felicidad! Los brazos me han crecido!” –gritó, llena de contento.

No mucho tiempo después, al joven señor le entró un gran deseo de ver al niño, así como a su esposa y a su madre. Y volvió aprisa de Edo a su hogar. Pero allí le esperaba la noticia de que su esposa y su hijo se habían marchado de viaje. Tras preguntar muchas cosas a su madre, dedujo que había algo raro en la conducta del vecino que se había elegido como mensajero. Interrogaron a éste sobre varios puntos, y por él supieron que la madrastra le había hecho beber sake en su casa hasta emborracharlo.

–¡Qué pena da todo! –exclamó la madre del joven–. No pierdas ni un minuto entonces, y sal a buscarlos ya.

De este modo le urgió para que se lanzara en su búsqueda.

El joven caminaba buscando por aquí y por allá... hasta llegar a una ermita shintoísta, donde vio a cierta mendiga llevando en brazos a un niño, la cual oraba fervientemente al dios del lugar. Vista de espaldas, se parecía desde luego a su esposa, pero como tenía sus dos brazos... El joven estaba perplejo y le dirigió la voz desde atrás. Entonces ella se volvió, y él vio que la mendiga era su esposa, la joven sin brazos. Los dos se alegraron sin límites, y derramaron muchas lágrimas de alegría.

Nadie sabría explicarlo, pero en aquel lugar donde habían llorado brotaron preciosas flores. Luego, los tres emprendían el regreso a casa; y por dondequiera que pasaban, brotaban flores entre las hierbas y entre los árboles.

Según se cuenta, a raíz de estos hechos, el señor de la comarca impuso un castigo a la madrastra y al padre de la joven, por el maltrato inferido a la hija.

El relato de una joven manca se encuentra entre los cuentos de los hermanos Grimm. Una historia parecida es bastante famosa en Rusia.

Nuestro cuento empieza con un matrimonio bien avenido, y su única hija. La relación entre los esposos es de feliz convivencia, e igualmente la hija es feliz en compañía de sus padres.

Habiendo cumplido ella los cuatro años, se le muere su madre, y la madrastra que viene a reemplazarla odia a la niña.

Para un bebé recién nacido, no está clara la distinción entre él mismo como sujeto y el mundo exterior como objeto. Durante el primer año más o menos, el bebé vive envuelto en el aura de su madre, casi como si todavía

estuviera en el vientre de ella. Cuando aproximadamente llega al año empieza a distinguir entre su madre y él; y a medida que va creciendo, la distinción entre su persona y el mundo de fuera se le va haciendo más clara.

El hecho de sostenerse sobre sus dos pies debe de ser un punto crucial en su proceso de crecimiento, y seguramente va acompañado de inquietud y sentimiento de soledad. El niño que ya se mantiene en pie siente su independencia física y psíquica respecto a su madre, pero igualmente puede sentir que su madre se le está alejando, y le va a faltar el apoyo que ella le brindaba. En la medida en que se desarrolla su sentido de independencia, y va viendo que su madre no siempre le deja salirse con la suya, puede incluso pensar que es una “mala” madre, que no se comporta como una mamá, y que posiblemente sea más bien una madrastra. No es raro encontrarse con niños que, al ser contrariados en algo por sus padres, lleguen a pensar que son recogidos, y no auténticos hijos de la familia.

En el estadio de desarrollo en que el niño siente romperse su unidad vital con la madre, él mismo va haciéndose una imagen devaluada de su mamá real, o de la persona que haga sus veces. Como es obvio, eso no quiere decir que la madre sea necesariamente mala; más bien se trata de que tal devaluación de la imagen materna va asociada a las dificultades inherentes a ese proceso de separación y a los problemas de personalidad del niño. La imagen “de rechazo” que el niño se forja sobre su madre se convierte asimismo en un rechazo hacia el ingrediente de maternidad que cada uno de nosotros posee. Y en la medida en que se rechaza de algún modo a la madre, se está rechazando también esa porción de sentimiento maternal que a uno le corresponde.

La niña del cuento se queda sin madre a los cuatro años; y el hecho de que después viene una madrastra a llenar ese hueco, puede interpretarse como un paso más en el desarrollo de la maduración afectiva de alguien. Las malas relaciones que se establecen entre la niña y esta segunda madre representarían la mala integración de los valores maternales y femeninos dentro de la propia persona.

La madrastra no hace más que decirse cada día “¡Qué odiosa! ¡La odio! Tengo que hacer algo para librarme de ella”. De la misma manera que un animal se vuelve agresivo cuando se ve acorralado, así los sentimientos maternales, al ser rechazados, actúan como una fuerza negativa, resultando de ahí que esa madrastra no quiere acoger a la niña como a hija.

Lo que particularmente disgusta a la madrastra de la niña resulta ser lo lista y despierta que es. La situación no coincide con la de ahora, cuando si un chico o chica es inteligente y saca buenas notas, con eso ya los padres están contentos. Pero en el tiempo del cuento la posible inteligencia de una niña se veía –por parte de los padres y de la sociedad– como motivo para llamar “impertinente” a esa joven, y para mirarla con malos ojos.

En mi juventud, mi abuela me decía que en la famosa frase “Las habilidades propias son una gran ayuda en la vida” había a la vez dos significados. Ante todo, poseer una habilidad podía ser útil si una se casa y se le muere el marido: entonces esa habilidad puede ayudarla a ganarse la vida; y éste sería el significado positivo. Sin embargo, esa misma confianza que se genera en la mujer, al verse capaz de vivir por sí misma, puede hacer que deje pasar las ocasiones de boda. Como consecuencia de todo ello, mi abuela concluía que a una muchacha no le convenía estudiar mucho.

La idea de mi abuela de que una mujer no necesita para nada adquirir ciencia, aunque ciertamente en el Japón de hoy día no se formula así, tampoco puede decirse que esté extinguida. Se da el caso en la actualidad de que una mujer de alto nivel intelectual frecuentemente es desconsiderada por las empresas, ante el temor de que resulte difícil de manejar.

Cuando la chica del cuento cumple quince años, la madrastra le pide al padre que expulse a su hija de la casa. El padre acompaña a la niña caminando montaña adentro, cada vez internándose más. Y cuando, en un valle, la niña se queda dormida, él le corta los brazos, seccionándoselos.

La cualidad de “lista”, dicha de alguien, representa –en otras palabras– capacidad de “discernimiento” y análisis; y como tal, guarda relación con la capacidad de “cortar”. Cuando dicha capacidad es objeto de rechazo, ¿no llegará a convertirse tal vez en una energía dañina para el propio individuo? La capacidad de “cortar” actúa negativamente, volviéndose en contra de la niña, y ésta pierde sus dos brazos. ¿Qué es lo que está vedado hacer, si uno pierde sus dos brazos? Por más que una persona manca de ambos brazos pueda suplir sus funciones valiéndose de otras partes del cuerpo, y desarrollar así varias actividades como las otras personas enteramente sanas, nunca podrá ejercer la capacidad de “abrazar”. Pero aun careciendo de brazos, uno puede transmitir el sentimiento anejo a la acción de abrazar. Si bien, lo relevante ahora es que: verse privado de brazos implica metafóricamente la incapacidad de abrazar.

Esta escena tiene lugar en lo hondo de las montañas, lejos de la gente y los poblados, mientras la niña se encuentra durmiendo. Se trata un sitio despoblado, inadvertido para el resto de la gente, como es lo profundo del

propio corazón. Y hay más: mientras alguien duerme, se encuentra inconsciente. El verse uno privado de sus brazos es un episodio que tiene lugar en la profundidad del espíritu, y sin que uno mismo lo advierta.

¿Qué tipo de edad está representado por los “quince años”? en el caso de una joven, ya ha podido muy bien tener su primera menstruación. Y si se trata de tiempos antiguos, es fácil colegir que ya era una edad casadera. Mi abuela –por cierto– se casó con esa edad. La joven del cuento, en un tiempo en que una adolescente se hace mujer, se ve imposibilitada de abrazar, debido a la acción negativa de las energías paternas y maternas –masculinas y femeninas, en suma–.

La muchacha manca de ambos brazos anda vagando por el monte. Cuando una mujer siente que la joven de su mundo interior anda así vagabunda por lo hondo de la montaña tras haber perdido sus brazos, tiende a no relacionarse apenas, en su vida diaria, con la sociedad que la rodea ni con personas en concreto. Aquella joven no tiene ya casa adonde volver y se encuentra sola y abandonada, sin algún posible consuelo a la vista.

La joven lava con agua corriente del valle la boca de sus heridas, y se alimenta con bayas y frutos de los árboles. El agua pura que surca el corazón de la montaña la tiene cada uno de nosotros en su propio interior, y es un agua de vida que cura las heridas. Los frutos silvestres y las bayas de árboles y arbustos contienen potencialmente vida para el futuro. El caminar de esta joven es un viaje errático lleno de triste soledad; pero ella dispone de alimentos que la conducirán al futuro. Vive en contacto inmediato con la naturaleza; y la naturaleza a su vez le da sus alimentos. Y dada la dureza de su caminar en soledad, la naturaleza colabora expresamente, como madre, a curar sus heridas y a mantenerla día a día.

En cierta ocasión acontece que un espléndido joven pasa por aquel lugar. Él se compadece de la muchacha y la lleva consigo, montaña abajo, hasta su propia casa. En la vida contemporánea, la muchacha de nuestro interior quizá haya encontrado –en una u otra forma– un hombre que la trate con delicadeza. Tal puede ser su encuentro positivo con la masculinidad. Es a través de ese encuentro como ella puede volver a vivir en una población humana; y puede dar con un nuevo hogar. Entonces ella recupera sus relaciones con los demás y encuentra seguramente un lugar donde pueda descansar su corazón.

La madre del joven es tan amable como su hijo, y trata a la muchacha con el mismo cariño que si fuese su hija. No mucho más tarde, el joven señor se casa con ella. A través del encuentro que ella tuvo con el joven, se le ha otorgado asimismo una madre llena de amabilidad. Es la integración en positivo de valores maternos, para ella. No obstante, más que de una madre, estamos hablando de una suegra.

Poco después, la joven queda en estado de buena esperanza. La integración en su favor de aspectos positivos de la masculinidad trae a sus entrañas una nueva vida.

Sin embargo, el joven señor, su marido, ha de partir hacia Edo. La joven no tiene brazos, y la “madre”, no obstante su amabilidad, es en realidad su suegra. De ahí se desprende –simbólicamente– que los valores maternos de la joven se hallan en un estadio aún inmaduro. Y cuando una mujer está ligada a la maternidad y a la feminidad con lazos débiles, su relación con la masculinidad no puede tampoco ser fuerte. Y la razón está en que una mujer integra antes que nada su feminidad, y es más tarde cuando realmente incorpora los valores masculinos. Tratándose de una mujer de feminidad inmadura, como

nuestra joven sin brazos, tenderá a poner cierta distancia entre el hombre y ella en su vida diaria.

El joven señor deja en casa a su mujer y a su madre, y se aleja de allí con destino a Edo, ciudad que empezaba a considerarse como la capital. Tal vez la masculinidad, débilmente incorporada al interior de la mujer, le haría anteponer posición social o rango distinguido, a la natural relación humana.

No tardó en nacer un precioso niño. El mensajero, portador de una carta con la noticia del nacimiento, siente sed a medio camino, y se acerca para pedir agua a una casa donde –¿cómo iba a saberlo?– había nacido la joven sin brazos. Y allí le dan de beber. La madrastra, al enterarse de que su hijastra aún vive, logra emborrachar al mensajero y, aprovechando ese intervalo, le cambia la carta por otra que ella misma escribe. En su camino de regreso, también el mensajero se deja caer por aquella casa. La madrastra vuelve a emborracharlo de nuevo, y le sustituye la carta que traía –escrita por el joven señor– por otra que ella se inventa.

En medio del joven matrimonio, separado por una larga distancia, irrumpe la madrastra trastornándolo todo. Y es que cuando la masculinidad y la feminidad andan muy distanciadas en el mundo interior, la maternidad mal asimilada tiende a presentarse, con su faz negativa.

Resulta muy interesante considerar lo que hace la madrastra, personaje que encarna lo negativo en maternidad. Las palabras de maternidad positiva –“*Ha nacido un precioso niño, más bonito que cualquier joya o cualquier cosa*”–, las sustituyó por este otro mensaje: “*Ha nacido un monstruo, del que no se puede decir si es un ogro o una serpiente*”.

La maternidad negativa trata de hacer creer a la parte masculina –al hombre, en el cuento– que lo que ha naci-

do de la joven es un monstruo. La respuesta del marido, en el sentido de que eso no importa y que, en cualquier caso, “*cuídalo con todo esmero, por favor*”, se vio sustituida por esta otra, dirigida a la madre: “*échala de casa, junto con el niño*”. La maternidad negativa ni se alegra por el nacimiento de una nueva vida, ni quiere compromisos con su crianza. Más bien destroza las relaciones humanas, y trae consigo la división.

La joven, que ha escuchado el contenido de la carta de labios de su suegra, no puede parar de llorar, y se va de aquella casa. Otra vez empieza para ella una ruta de vagabundaje. Con todo, hay una diferencia con su viaje anterior, y es que ahora no está sola. Tiene un niño. Como ella carece de brazos, no puede llevarlo abrazado, sino que lo lleva a la espalda, según la usanza japonesa. Eso de “llevar a la espalda” hace pensar en un fardo o una carga. ¿Es que acaso su hijo, esa vida recién nacida, es ahora para ella una carga que ha de llevar a costas, más bien que un ser querido al que se abraza?

Al tener ella sed, ha de agacharse para beber agua. La figura de esta joven sin brazos que se agacha para beber de un riachuelo, acercando su boca a la corriente, tiene algo de animal. Para un ser humano, es la situación más mísera que puede pensarse. A pesar de todo, para sobrevivir no tiene más remedio que beber así.

En esto, el niño que llevaba a la espalda empieza a deslizársele de su sitio, a punto ya de caerse. Sorprendida, ella trata de pararlo con su mano inexistente. Y al momento, ambas manos le han nacido sobre la marcha, y ella acierta a frenar la caída del hijo –que venía resbalándose– y a estrecharlo contra su pecho. Y es que probablemente el niño que llevaba detrás no se le resbalaría directamente de la espalda hacia el suelo, sino que al estar ella agachada para acercar sus labios al agua, el niño se le

deslizaría por encima de la cabeza, con riesgo de caérsele al agua. De ahí se sigue que no trató de asegurar la posición del niño en la espalda, sino de frenar su caída para venir a estrecharlo contra su pecho. Precisamente cuando esa nueva vida que ha brotado de ella ha llegado a la situación más desgraciada, con riesgo de perderse irremediablemente, es entonces cuando a la madre, que saca fuerzas de flaqueza intentando salvarlo, le brotan los dos brazos, y ella acierta a parar la caída abrazando al hijo con vehemencia. Quiere decir que le ha nacido el sentimiento maternal. De ahí en adelante el niño no va a ir más atado a su espalda, sino que ella lo llevará en brazos, estrechado contra su pecho.

Este cuento contempla la situación de que la conciencia de maternidad no le sobreviene necesariamente a la mujer en el momento del parto. La verdadera conciencia maternal surge cuando ella trata de salvar de un peligro a su bebé, o bien a alguna otra realidad brotada de ella misma, que abra perspectivas de futuro..., y entonces ella abraza esa nueva vida. En tal supuesto, no hablamos ya de maternidad en un marco “legal” sino a modo de energía desarrollada por la propia madre para “abrazar” al fruto nacido de sus entrañas.

Luego, al poco tiempo, el joven marido regresa de Edo. Viene deseando encontrarse cuanto antes con su hijo, su mujer, y su propia madre. Cuando la maternidad y la feminidad en su faceta positiva se convierten en haber propio, también lo positivo de la masculinidad está en camino de integrarse.

La joven se encuentra orando, acompañada de su hijo, en una ermita shintoísta, junto a la corriente de un río. ¿Qué estaría ella expresando en su oración? ¿Acaso pide volver a encontrarse con su marido? Antes que nada, estará –sin duda alguna– dando gracias al dios de su fe por el

milagro que le ha devuelto los brazos, y por haber podido salvar a su hijo. Al rememorar la joven el prodigio que le había ocurrido, y el consiguiente rescate de una nueva vida, ella no podría menos que postrarse de rodillas ante un ser que la trasciende.

La corriente que fluía junto a la ermita sería sin duda aquel riachuelo del que la joven quiso beber, y donde estuvo a punto de perder a su hijo, que se le caía. En el lugar donde ella había experimentado al máximo su propia miseria, y había creído perder aquella vida nueva tan querida, allí mismo se encuentra con su dios.

Recuerdo haber conocido a una religiosa que en la década de sus cuarenta años murió de cáncer. Siendo aún joven, teniendo buenas dotes naturales que la hacían ser eficiente, le resultaba muy duro aceptar la muerte, hasta el punto de que la gente en el hospital a veces murmuraba “y eso, que encima es religiosa”. En el funeral que se celebró por ella, su hermano mayor, que era sacerdote, dijo lo siguiente:

–Yo tengo como recuerdo la Biblia de mi hermana, que me ha dejado ella. Al abrirla, me encontré unas líneas subrayadas, y ahora las voy a leer.

Y pasó a la lectura del fragmento:

–Cuando mi corazón se debatía entre sufrimientos y mi espíritu se sentía traspasado de dolor, yo entonces era un insensato y no entendía nada; era como una bestia ante tu presencia.

Aun así, yo he estado siempre contigo. Tú me has sujetado con firmeza por mi brazo derecho. (Salmos 73, 21-23)

Cuando escuché esta lectura sentí una gran paz, pensando que se me transmitía el estado de ánimo de aquella Hermana ante la muerte. Sin duda su hermano mayor también habría experimentado esa paz.

Tanto la Biblia como los cuentos populares japoneses abundan en la idea de que las personas se encuentran con Dios en sus momentos límite. Y eso mismo se confirma en la experiencia de nuestros contemporáneos.

El joven marido llega en su búsqueda a las inmediaciones de la ermita shintoísta que se alza junto al río, y allí encuentra a su mujer. En el entorno de la ermita él se reúne de nuevo con ella, quien goza de su integridad corporal restablecida, como cuando naciera. Un lugar sagrado es el escenario de la unión entre la masculinidad y la feminidad.

En el sitio donde ambos derraman lágrimas de alegría, brotan hermosas flores. En el camino de vuelta que hacen juntos, por todas partes florecen los arbustos, las hierbas y los árboles. Es de suponer que en todo el viaje de regreso no pararon ellos de llorar. El florecimiento de las plantas hace pensar en la Primavera, sobre las demás estaciones. Pasado el rigor de los fríos invernales, las plantas que parecían estar secas se revisten de verde y echan flores. Es la estación de vuelta a la vida. También para nuestra joven ha pasado el rigor invernal de la vida, y le llega el día en que se abran las flores de la vida.

Los tres regresan juntos a la casa familiar. La propia casa es el lugar donde uno se encuentra a gusto y en paz. Todo el mundo sale de su casa, para volver a ella. Nuestro propio hogar es también nuestro centro del universo. El hecho de regresar a él significa que nos conectamos estrechamente con nuestro centro.

Allí los esperaba la madre del joven. La feminidad, la masculinidad, la maternidad y la nueva vida se encuentran así en el centro vital de la persona.

De resultas de todo esto, el señor de la comarca impuso un castigo a la madrastra y al padre de la joven. Y no se trata de que la hija rechazara a su madrastra y a su

padre. Más bien lo que de aquí se desprende es que cuando se da una integración de valores en el centro de la psique, los aspectos negativos pierden vigencia.

El infortunio de la joven se había debido enteramente a su madrastra. Esta tramó su expulsión de la casa familiar, hizo que se le cortaran los brazos; y también logró que saliera de mala manera de su nueva casa, que le correspondía como esposa, donde había sido feliz. Con toda seguridad, a nadie le gustaría que tal madrastra residiera en su propio corazón.

Con todo, de no haber estado allí la madrastra, ¿qué habría ocurrido? Desde luego no se le habrían amputado los brazos a la chica, pero ésta tampoco habría sido alimentada por la madre naturaleza, ni a su vez se habría encontrado con el joven. No habría podido tener el niño, ni habría conocido su propia transformación. Tampoco se habría puesto en contacto con la divinidad a través de su experiencia, ni habría sabido lo que es la felicidad de casarse con aquel hombre.

Visto todo a esta luz, la madrastra representa el reverso de la maternidad. Es ciertamente una persona cruel, insensible ante el sufrimiento de los demás. Tanto cuando muere la madre de la chica, como cuando el joven señor está lejos de su esposa, ella pone en juego sus temibles poderes. Sin embargo, como un resultado no pretendido, ella coopera en la formación de la chica. Pues incluso lo que se considera un mal, visto todo en conjunto, puede aportar una influencia beneficiosa en la formación de una persona.

Una joven así residía en mi interior. Mi madre murió cuando yo tenía nueve años. Yo tuve que aceptarlo como inevitable, pensando que por muy triste que fuera, ya no tenía remedio. Mediada la década de los cuarenta, caí en la cuenta por primera vez de que yo hervía por dentro de

resentimiento y rabia hacia mi madre. “Se fue y nos dejó plantados”, es lo que me indignaba. Ante la vehemencia de mis sentimientos, no pude menos que aterrarme.

Mientras yo prestaba oídos a esta furia irracional que me poseía, y me anegaba en lágrimas, se me abrió una luz de pronto, haciéndome ver que mi madre, muy probablemente, se habría muerto sin desearlo; y me compadecí de los sentimientos que ella habría tenido, al verse morir dejando atrás hijos pequeños. Entonces, junto a esa “yo” que se indignaba por la muerte de una madre, descubrí otra “yo” que añoraba a esa madre y se entristecía por su pérdida. Me daba la sensación de estar encontrando en mí misma por primera vez una ternura tan real como desconocida.

La rabia que yo había sentido hacia la figura de mi madre estaba, sin duda, impidiendo mi integración de valores maternos y femeninos. En mi juventud recibí críticas, tales como que yo me pasaba de voluntariosa y era dura de carácter; lo cual como mujer me avergonzaba, y me infundía un complejo de inferioridad. Cuando alguien se valora a sí mismo negativamente, entra en juego el lado negativo de la habilidad de “cortar”. Pues la feminidad negativa trae de resultas una masculinidad también negativa.

Siendo yo como estoy contando, conocí la experiencia de un encuentro con el amor de Jesucristo. Sabiéndome íntimamente perdonada y amada tal como soy, quise que mi vida fuera toda de Jesús. Quise aprender de su corazón, y hacer mías su mansedumbre y su humildad. Aun ahora recuerdo con toda claridad que a raíz de mi entrada en el convento, durante mi noviciado, de vez en cuando me sentía irritable, y trataba por todos los medios de reprimir mi rencor. La mansedumbre que lograba adquirir por ese medio era una manse-

dumbre correcta y “legal”; yo entonces no sabía que me sería imposible conquistar la verdadera ternura mientras tratara de reprimir esa parte de mí misma, que era mi irritabilidad.

Si alguien pretende vivir desprendiéndose de una parte de su personalidad, su propio “yo” llegará a hacérsele distante. Consecuentemente, en mi caso, también la relación con Jesucristo y la relación con las demás personas se me iban haciendo distantes. La oración me resultaba cada vez más árida. Y cuando tenía que hablar de la Biblia ante mis alumnas –aunque el tema era de mi interés y me había preparado bien, estudiándolo– mis palabras parecían sobrevolar sus cabezas sin alojarse en ellas. Yo no tenía la sensación de haber logrado comunicarme de verdad con mis alumnas.

Fue una suerte que por aquel tiempo se me concedió un año sabático; y en un curso que tomé entonces se propició la ocasión de advertir yo mis sentimientos sobre la muerte de mi madre. Allí se me enseñó a vivir integrando mi sensibilidad, incluso aquellos aspectos de la misma que había querido desechar. Aprendí una manera de vivir que incorporaba la acogida dispensada a mí misma.

Eso no quiere decir que siempre esté a mi alcance lograr tal objetivo. Incluso mientras estoy redactando estas páginas, he tenido un sueño en el que alguien secuestraba a un bebé que se me había confiado.

Hasta aquí he referido mi particular vivencia de la ruta realizada en mí por esa “joven sin brazos” de mi interior. A partir de ahora, ¿qué derroteros le esperan? Ciertamente, lo ignoro. Seguramente, me equivocaré muchas veces. Sin embargo, y a pesar de ello, aun a través de esos errores creo que se me abrirá un camino hacia el crecimiento. Y así me propongo seguir mi marcha, paso a paso, camino adelante día tras día.

3.2. LA OREJA QUE ESCUCHA

La leyenda siguiente proviene de las islas Amami, que se extienden entre Okinawa y el extremo sur de la isla de Kyushu. Trata del proceso de crecimiento humano: un hombre se relaciona con la hija de un gran señor, hasta llegar a ser el yerno de este último. Tal es la historia. Se contempla la figura de un hombre soltero que se casa y, en su proceso de crecimiento, llega a regir los destinos de un país.

Érase una vez un hombre, que estaba paseando por la playa; y en esto, encontró un besuguito atrapado en un bajío, que había llegado allí al ser acosado por un pez grande, y se debatía penosamente.

—¡Tú! —le dijo el hombre—, si sigues ahí te puede encontrar un tipo codicioso que te va a convertir en su comida. Yo te voy a soltar donde el agua es más profunda, para que puedas escapar. Así que ¡huye sin pérdida de tiempo hacia la isla!

Y lo soltó mar adentro, facilitándole la fuga.

El hombre se marchaba caminando, mientras se decía a sí mismo: “Hoy he hecho una buena acción”. Entonces desde detrás lo llamó una voz:

—Oye, por favor, espera un momento.

Era una mujer tan hermosa que se diría que era una diosa. El hombre pensó:

“¡Qué raro! Yo nunca he visto antes a esta mujer tan hermosa. Debe de haberme confundido con otro.”

Y siguió su camino. Al momento, ella lo llamó de nuevo queriendo detenerlo:

—Espera un momento, por favor.

—¿Es a mí? —preguntó él.

—Así es. Yo soy una enviada del Rey marino que habita en el Palacio del Dragón. Hace un momento tú has salvado a su única hija del peligro en que se encontraba. De modo que, en reconocimiento hacia ti, me ha

pedido que te conduzca a su palacio. Por favor pues, acompáñame –le dijo–.

El hombre declinó la oferta, argumentando:

–Ni siquiera sé nadar, así que me resulta imposible ir al palacio de ese Rey marino.

–Nada de eso –refutó ella. No tendrás que preocuparte por nada. Basta con que te subas a mi espalda y te dejes llevar. Yo te conduciré, pues soy una medusa.

Con estas palabras lo animó. Se dirigieron los dos a la orilla, y la mujer se convirtió en una gran medusa. El hombre se subió a su dorso. La medusa, mientras lo llevaba así montado, le fue dando instrucciones.

–Cuando el Rey te pregunte si hay algo que desearías tener, dile: “Yo en particular no deseo nada, pero si queréis obsequiarme con algo, me gustaría tener esa “oreja que escucha” que decora el tálamo del palacio del dragón”. Si se lo pides así, como él está en deuda contigo por haberle salvado a su hija, te lo otorgará desde luego, a pesar de que es un tesoro único para él.

Una vez que llegaron al palacio, se le ofreció al hombre gran cantidad de manjares. Se cuenta también una historia sobre el baile de un pulpo que llevaba una banda atada a su cabeza, pero la verdad es que no recuerdo bien esa parte. En cualquier caso, resulta que el hombre recibió un largo homenaje y una espléndida acogida en el palacio del dragón. Cuando él por fin anunció su regreso, el Rey de aquel palacio le dijo:

–Te daré lo que me pidas; así que dime lo que desees tener.

Él le respondió:

–Yo no tengo en particular ningún otro deseo, pero sí me gustaría tener aquella “oreja que escucha” que está decorando el tálamo del palacio.

–Ese es un tesoro muy singular en mi palacio –contestó el Rey–. Pero como te debo la salvación de mi única hija, si tú me dices que lo quieres, te lo daré.

Y acto seguido le otorgó el preciado regalo de “la oreja que escucha”.

El hombre, con el obsequio que le habían hecho de “la oreja que escucha”, se subió al dorso de la medusa y regresó, conducido por ella. Luego, se despidió de la medusa, y se sentó solo en la playa. En éstas, oyó el piar de unos gorriones justo enfrente de él. El hombre pensó entonces utilizar su “oreja que escucha” en plan de prueba, y la aplicó a su oído. Para su gran sorpresa, pasó a entender lo que decían los pájaros. Afinó su propio oído para captar cuanto dijeran, al detalle.

—Los seres humanos —decían los gorriones entre risas—, por más listos que parecen, no se enteran de nada, ¿eh? En mitad del arroyo que corre bajo este árbol donde estamos posados, hay una piedra que sobresale del agua. La gente siempre la pisa para cruzar el arroyo, pero sin tener ni idea de que esa piedra es de oro.

El hombre, mientras daba vueltas en su cabeza a lo que podían significar tan extrañas palabras, se dirigió al arroyo para comprobarlas. Resultó que, efectivamente, había una piedra. La sacó, la lavó con agua para limpiarla del musgo allí adherido, y se encontró con un pedrusco de oro que brillaba a todo brillar, tal y como los gorriones habían dicho.

Enseguida el hombre cogió el oro y se lo metió en su bolsillo interior. Partió de allí andando, y pensando en la suerte inusitada que le había caído de pronto. Mientras marchaba, vio unos cuervos graznando a todo graznar desde lo alto de un pino. El hombre, tras sacar “la oreja que escucha” se la aplicó de nuevo al oído y se puso a escuchar.

—La gente es estúpida —oyó que decían los cuervos—. ¡Tantos médicos famosos que se han reunido para tratar de curar a la hija del señor feudal, y no pueden hacerlo! Y es que esa enfermedad no se cura con medicinas. Resulta que cuando techaron con brezo la mansión del señor, dejaron aprisionada por error entre los brezos a una serpiente.

Basta con que la liberen y la alimenten, restaurando así su vida, para que la hija del señor se cure de su enfermedad al punto.

“¡Qué buena información he logrado!” –se dijo el hombre. Y dirigió sus pasos hacia el portón de la mansión del señor. Al llegar allí, encontró un aviso escrito que decía:

“Quienquiera que cure la enfermedad de la única hija del señor, recibirá una recompensa acorde con sus deseos”.

El hombre que portaba “la oreja que escucha” entró en la mansión del señor, y manifestó:

–Yo voy a curar a la hija del señor de su enfermedad.

Pero los médicos, que estaban allí, se rieron de él, comentando:

–¿Cómo este tipejo desastrado va a poder curar a nadie de esa enfermedad, cosa que ni nosotros mismos hemos logrado?

Pero el señor feudal les arguyó así:

–Con todo, mi hija es muy querida para mí. No me importa quien sea, con tal de que la cure. Dejadlo que él la vea.

El hombre entró en la habitación de la hija, y se puso a examinarla.

–Esto se debe –dijo– a que hay un ser vivo cerca, que está sufriendo.

Y añadió que tenía que haber una serpiente que estaría sufriendo, metida en el techo. Todo, según habían referido los cuervos.

El señor feudal ordenó a sus súbditos que sin más dilación desmontaran el techo; y al poco, apareció la serpiente, como el hombre había dicho: estaba sufriendo, casi en su agonía. Pero enseguida la rescataron de su escondrijo y le dieron a comer granos de arroz. Con esto la serpiente se animó, y se puso a reptar por el suelo una cuarta larga. Entonces la hija del señor se levantó y se sentó acucillada en su lecho. De nuevo le dieron arroz a la serpiente, y esta vez reptó por más de medio metro. Entonces aquella hija

se incorporó del todo. Luego la serpiente se veía totalmente restablecida, y se fue reptando a donde quiso. En ese punto la enfermedad de la hija había cesado por entero, y ella estaba ya curada.

Según se cuenta, el hombre más adelante llegó a casarse con la hija del señor, siendo así yerno de éste.

“Érase una vez un hombre, que estaba paseando por la playa”. ¿Qué hacía ese hombre paseando por la playa, no siendo él pescador? ¿Estaría meditando sus cosas? ¿Haría algo parecido –mientras caminaba solo– a lo que una mujer hace mientras teje: que le da vueltas en su cabeza a una variedad de ideas?

El mar, que cuanto más profundo se hace más oscuro es, por no llegar la luz a su hondura, es comparable al mundo del inconsciente, donde la luz de la conciencia no penetra. Es un mundo que el ser humano no conoce bien. También se le llama “la mar materna”, pues se considera que en comparación con la tierra firme es un mundo femenino. A veces la mar está en calma, y a veces enloquece de furia, justamente como nuestras emociones. Es posible que ese hombre que deambula por la playa esté cerca del inconsciente y del mundo emocional.

Este hombre, en un bajío, encuentra a un pequeño besugo, que ha sido acorralado allí por un pez grande, y se debate penosamente, debido a la escasez de agua.

El besugo es un pescado que se suele poner a la mesa en celebraciones tales como Año Nuevo, un cumpleaños, el ingreso en la Universidad, una boda, etcétera... Todos estos acontecimientos tienen en común que marcan la apertura de una nueva etapa en la vida. ¿Es que en el cuento se está insinuando que algo nuevo va a empezar en la vida del hombre? El besuguito de nuestra historia carece de la fuerza necesaria para hacer frente a un gran

pez. Cuando en su huida pavorosa ha dado al azar con un bajío y se ha alojado allí, habrá pensado al instante que su vida toca irremediablemente a su fin.

¿Qué pretende un pez grande cuando acosa a otro pequeño? ¿Trata simplemente de satisfacer su hambre? ¿O será que persigue a un pececito ante la imposibilidad de devorar a un pez de su mismo tamaño, o a uno mayor que él? ¿No se pondrá furioso al comprobar que el pez chico fácilmente encuentra escapatoria y se le fuga, haciendo así imposible su caza?

Si examinamos nuestro propio corazón, encontramos sin duda allí un pez grande que persigue sin tregua a su presa, y un pez pequeño que se escapa dando mil vueltas. Pero en nuestro cuento no aparece por ningún sitio el pez grande que nada en el mar; y sólo asoma, en un lugar bien visible, el pez chico que, tras su acoso, ha quedado encallado en un bajío. Tal vez ocurra que, desde el corazón del hombre, está aflorando algo que le provoca dolor, y también miedo a caer víctima de una caza.

El hombre libera al besuguito, y lo deja escapar con estas palabras:

—¡Tú! Si sigues ahí te puede encontrar un tipo codicioso, que te va a convertir en su comida. Yo te voy a soltar donde el agua es más profunda, para que puedas escapar. Así que ¡huye sin pérdida de tiempo hacia la isla!

Subiendo desde el fondo del corazón, hay varios sentimientos que asoman a la superficie. Aquí aparece el miedo de quien huye a la desesperada. Pero como reverso de la medalla, puede darse el deseo de ser uno reconocido por su personalidad destacada, un afán egoísta de ganarse voluntades ajenas. Para dar cima a estas ambiciones de grandeza, podemos matar con toda facilidad a ese pequeño ser vivo que nos sale a flote, todo asustado, y eso se calificaría de “codicia visceral”. Pero el hombre

del cuento no se comporta así, sino que lleva al besuguito a un lugar más profundo del mar, y allí lo deja escapar.

En sus palabras "*Huye sin pérdida de tiempo hacia la isla*", hay un rico contenido. Obviamente, quiere decir que él devuelve el pececito al mar para que escape, pero no a esa zona donde se encuentra el gran pez. Por eso le habla de una isla, lugar que emerge en pleno mar: un mundo visible donde se puede vivir en libertad, a salvo de los peligros del mar. Parece que este contexto se refiere también a una aldea donde viven personas, como indicando el mundo de lo consciente. No se trata, pues, de que se encamine al ser que ha aflorado a la superficie hacia el mundo del inconsciente otra vez, sino de que se le conceda la opción de vivir libre, en el mundo de la conciencia.

Cuando el hombre va caminando, lo detiene en su marcha una voz: la de una mujer tan hermosa, que se dudaría si no era quizás una diosa. En realidad se trata de una medusa, que es la enviada por el Rey marino, desde su palacio del dragón.

El palacio del dragón puede ser imaginado como una gran mansión toda brillante en lo más profundo y oscuro del mar. La enviada por el rey que vive allí es una medusa, un animal marino como los peces, pero que antecede a los peces en su existencia, como ser más primitivo. Su forma, vista desde arriba, es redonda, aunque según las especies puede haber medusas con pseudópodos o tentáculos. También hay especies que ostentan diseños simétricos; pero por lo general las medusas son translúcidas o transparentes. En japonés tenemos ideogramas distintos para escribir "alma" o "espíritu" (espíritus de los antepasados, sobre todo) pero ambos caracteres pueden leerse como "tama", voz que también significa "pelota", "círculo" o "globo". De tal manera que al decir "alma" se nos evoca la noción de redondez, y pensamos

por asociación de ideas en un círculo o en un globo. Una medusa es, entre los seres que toman forma en lo profundo del inconsciente, el ser que está más cerca –como, arquetipo– de lo que entendemos por “alma humana”. Algunas especies de medusas son venenosas, y pueden provocarnos hinchazones sólo por contacto. Análogamente, se da el caso de que algunos de los arquetipos que tenemos en nuestro haber, al entrar en contacto con el mundo consciente, nos causan dolor.

La medusa se aparece al hombre bajo la forma de una hermosa mujer, que hace pensar –por su belleza– si no será una diosa. Cuando el hombre se encontró con esa belleza, comparable a una diosa, se sentiría inclinado a postrarse ante ella; pero al mismo tiempo no podría evitar sentirse atraído por ella.

Cuando alguien se enamora, suele tener ese tipo de sentimientos. Se dice que “el amor es ciego”; y según eso la persona amada aparece radiante, y enormemente atractiva por su encanto. La imagen del otro sexo que está interiorizada en quien ama, se proyecta al exterior sobre la persona amada, y provoca dichas sensaciones. Esa imagen del otro sexo que está dentro de nosotros es una parte sagrada del propio espíritu, y lo que vemos en el otro es la sacralidad que tenemos interiorizada en el alma. En realidad no es algo ya poseído, sino una parte que se desgaja de nosotros; y por eso nos atrae en el otro, moviéndonos a la unión. Cuando luego tratamos con esa persona del otro sexo en el mundo exterior, nos llama la atención la diferencia existente entre la imagen que teníamos interiorizada y la realidad del otro. Y al cobrar conciencia de la proyección que estábamos haciendo de nuestra imagen, se nos devuelve esa imagen del otro sexo para su necesaria adecuación. Y al mismo tiempo podemos ver a la persona amada tal como es, y tratarla así con naturalidad.

La mujer que aparece en el cuento puede considerarse como esa mujer interiorizada que se acerca al mundo consciente del hombre. Siendo un ser femenino que procede del inconsciente, posee sentimientos, instinto, e intuiciones. Si a una sensación penosa que procede del inconsciente le damos la debida importancia en vez de intentar reprimirla, el gran Ser que habita en nuestro corazón se alegrará, y nos enviará un arquetipo que lo represente desde los abismos del inconsciente, con el fin de invitarnos a su presencia. Cuando nos permitimos a nosotros mismos experimentar sensaciones tremendas y dolorosas tal y como son, podemos tener un atisbo de lo que es nuestra propia alma. Entonces no podrá menos que atraernos el encanto de esa alma nuestra, la cual está en posesión de un Ser que, siendo nuestro, al mismo tiempo nos trasciende.

El protagonista del cuento se sube al dorso de la medusa y va, así conducido, al palacio del dragón. Debe de ser una experiencia terrorífica, para alguien que no sabe nadar, verse en los abismos del mar. Aunque se le dijo que iba al palacio del dragón, él no sabía dónde estaba eso, ni cómo llegaría allá; todo ante sus ojos se le hacía tinieblas. Y encima, al no poder ir nadando con sus propias fuerzas, no le quedaba más remedio que confiarse a la medusa. Tendría, a buen seguro, la incertidumbre de si estaría a salvo creyendo ciegamente en la medusa. Los seres humanos no podemos respirar bajo el agua, pero es cierto que tenemos que estar siempre respirando. Así que, este peregrinaje bajo el mar, ¿no será acaso un modo de experimentar la muerte? El miedo a la muerte comprende varios aspectos, pero ante todo lo que más probablemente nos asusta es la ignorancia de qué habrá después. De la misma manera, el hecho de internarnos

por el inconsciente desconocido lo sentimos como una experiencia afín al pavor de la muerte.

Nadie dirige sus pasos por propia iniciativa hacia el mundo del inconsciente. Quien va allá lo hace invitado, y así puede aventurarse a entrar. Ser invitado implica necesariamente depositar uno su confianza en un guía. Sin embargo ese guía es como una medusa: resbaladizo al tacto, inasible y nada firme. Lo que procede del inconsciente son sentimientos, instintos, intuiciones, sueños y demás...: nada que permita un seguro agarre ni un apoyo para los pies. No hay más que seguir en pos de todo eso que parece invitarnos.

En cierta ocasión yo leí este cuento ante un grupo, para hacer la experiencia de revivirlo. Uno de los hombres allí presentes estaba encantado y feliz de ponerse en el lugar de aquel hombre que se subía a una medusa para ir al palacio del dragón, tratando de experimentar sus sensaciones. Sólo que lo manifestó con cierta vergüenza. Resultaba ser que él se había quedado paralítico de cintura para abajo, como consecuencia de un accidente de coche. A mí me impresionó vivamente cuando me enteré. Probablemente, para él eso de ser llevado por el fondo del mar sobre dorso de una medusa –una bella mujer, en realidad– era una experiencia sexual que dulcificaba sus dolores.

Los sueños tienen el poder de suplir ciertos aspectos defectivos de lo consciente. Si uno es engreído, los sueños tienden a humillarlo; y si uno se encuentra herido, los sueños le traen generosamente la curación.

Los cuentos populares suelen ser llamados “los sueños de un pueblo”, y verdaderamente se parecen a los sueños de la gente. Hacen experimentar variadas sensaciones, según las personas, y proporcionan a cada cual lo que necesita. A personas como yo, poco propensas a asustarse, el presente cuento puede infundirles miedo, y así me

ocurrió a mí; en tanto que al hombre recién mencionado, el cuento le traía un sentido de compleción. Y de este modo, a los dos nos hizo profundizar en nosotros mismos.

Una travesía por el fondo del mar, ya se traduzca en miedo a la muerte, ya se traduzca en términos de compleción sexual..., en cualquier caso nos saca de la rutina de la vida ordinaria con su novedad, y nos hace viajar a lo desconocido. Nos trae una experiencia que desborda los límites de nuestro mundo.

La medusa pone al hombre sobre aviso, para que cuando el rey le ofrezca lo que él quisiera, le pida “la oreja que escucha”. Esto de que un emisario del palacio del dragón, en camino hacia dicho palacio, adoctrine al visitante sobre lo que más le conviene, es un episodio muy recurrente en cuentos japoneses que tratan de las visitas al palacio del dragón. El mensajero en cuestión es a veces humano, y a veces es una tortuga o una medusa, pero siempre aconseja al visitante diciéndole “¿No quieres alguna cosa? Pídele lo que sea”, o bien “Dile: ¿me concedéis tal cosa?”; y acto seguido le hace saber su nombre.

El mensajero actúa de parte del señor, así que cuanto enseña debe ser aquello que el Rey del palacio del dragón ha querido que se sepa. Quiere decir que tal Rey está muy dispuesto a conceder eso que se aconseja. El visitante invitado al palacio del dragón no conoce lo que allí se atesora, o qué será más valioso. El mismo hecho de aclarar qué es oportuno pedir, es un don que el gran Ser que mora en nuestro interior nos regala.

Una vez que llegan al palacio, se les sirve un banquete de muchas exquisiteces. El palacio del dragón, al que se arriba tras una travesía por el fondo oscuro del mar, está iluminado. El alma humana que así ha atravesado las tinieblas, se encuentra de improviso con que en medio de las sombras brilla una luz, al tiempo que su hambre espi-

ritual, almacenada de tiempo atrás, se le satisface. Como el cuento relata que el hombre fue muy bien atendido en el palacio por largo tiempo, es de imaginar que fue acumulando motivos para sentirse agradecido.

Cuando ya el hombre se disponía a partir, el rey le dice:

–Di lo que te gustaría tener; que te lo daré, sea lo que sea.

Al encontrarse con alguien que se muestra dispuesto a darle cuanto pida, y que al mismo tiempo está en condiciones de poder hacerlo, nuestro hombre se sentiría contento, aun en medio de una gran zozobra.

Al preguntársele qué era lo que deseaba tener, el hombre, debidamente adoctrinado de antemano, va y dice que desea “la oreja que escucha”. El rey le respondió:

–Ese es un tesoro sin par en este palacio, pero como estoy en deuda contigo por haber salvado a mi única hija, te lo daré.

Y así lo hizo, con lo que el hombre recibió “la oreja que escucha” en su despedida de Palacio. Es un regalo que se le hace después de su viaje submarino, después de su encuentro con el Rey, después de la gran acogida que se le dispensó en el palacio... Pero el hombre no sabe cómo usar su regalo. Eso es algo que ha de entender una vez que vuelva a su vida cotidiana, en el mundo terrestre.

El hombre regresa, conducido por la medusa. Acto seguido se queda solo en la playa, donde se sienta. Allí oye el pío-pío de unos gorriones.

Los pájaros son unos animales que se mueven de acá para allá volando, y resultan difíciles de atrapar. Los gorriones son unos pájaros nada extraños, muy corrientes siempre. No pueden remontarse muy alto en sus vuelos, y en vuelo bajo alborotan mucho con su piar. Para las granjas que cultivan arroz, el gorrión es un pájaro dañino que se come las cosechas.

Los gorriones de nuestro mundo interior pueden ser esas ideas vulgares, de vuelo corto, que a menudo surcan el espacio de nuestra mente; o tal vez sean voces que nos surgen dentro alborotando mucho, y nos arruinan la paz del espíritu. En cualquier caso, los gorriones no están en las zonas de alta densidad de tráfico; sus trinos se oyen bien –por el contrario– en lugares tranquilos. Las distracciones que nos asaltan en los momentos de oración se pueden calificar de “gorriones de nuestro interior”.

El hombre prueba a oír aplicándose al oído “la oreja que escucha”, y entonces entiende lo que dicen los gorriones. Afinando el oído para escucharlo todo, capta la conversación que ellos mantienen, mientras se ríen.

–En mitad del arroyo que corre bajo este árbol donde estamos posados, hay una piedra que sobresale del agua. La gente siempre la pisa para cruzar el arroyo, pero sin saber que esa piedra es de oro.

Muy cerca de los gorriones hay un precioso tesoro, pero los humanos piensan que es una simple piedra.

Una piedra, esté donde esté, no es un objeto raro, y tampoco tiene un valor especial. Como no se le presta una atención concreta, de ordinario uno pasa sin fijarse en ella. En este caso, está en medio del agua, que fluye sin cesar en variadas estrías, pero la piedra está firme y no se mueve. Aunque pase el tiempo, sigue allí sin variación alguna.

Esa piedra está en mitad de la corriente, y sirve de ayuda para pasar de una a otra ribera. Está desempeñando la función de intermediario en el tránsito de una situación a otra. La gente pisa esta piedra para cruzar el arroyo. Es como un apoyo para el pie, que ha de ser pisado. La gente se sirve de la piedra, pero no es consciente de hasta qué punto ésta le está brindando su ayuda. Tanto dentro como fuera de nuestro mundo interior hay reali-

dades que nos ayudan, pero al estar nosotros acostumbrados a ellas, no les damos importancia, y pasamos por encima pisándolas sin más.

El hombre sacó la piedra, le quitó el musgo lavándola, y aquello resultó ser un pedrusco de oro, justo como habían dicho los gorriones. El musgo crece en zonas húmedas y poco soleadas. Para que algo quede recubierto de musgo, de forma que no se conozca su aspecto original, tienen que pasar largos meses y aun años. Las piedras de nuestro mundo interior tal vez también llevan mucho tiempo sin que les dé la luz de la conciencia, y se han recubierto enteramente de una capa que las hace irreconocibles. Si se sacan y se las limpia de esa capa, queda a la vista su preciosa realidad.

El oro de la naturaleza se parece a una piedra, pero a diferencia de ésta, el oro no se altera fácilmente, y es un tesoro muy brillante y caro. No puede conseguirse si no es pagando un precio alto. Más aún: a menudo se ha usado el oro como moneda en las transacciones. Puede decirse que, si se posee oro, se adquiere sin problemas lo necesario para vivir. En la vida entonces preside la abundancia.

Si se afina el oído para captar esa voz de los gorriones interiores que nos parece un molesto alboroto sin sentido –y como tal tendemos normalmente a desoírlo–, saldremos beneficiados, al cobrar conciencia de algo muy valioso que tenemos en nosotros y en torno a nosotros. Esos pensamientos parásitos que vuelven tenazmente a nosotros por más veces que tratemos de rechazarlos, si ocasionalmente los dejamos expresarse y aprestamos el oído para escucharlos, nos van a revelar a qué estamos apegados, qué estamos en realidad sintiendo, en qué ponemos nuestras esperanzas, etcétera. Entonces brotará de nosotros la reacción “¡Ah, con que eso era!”

Tendremos la sensación de estar conociéndonos mejor en algún aspecto. Por usar la fraseología del cuento, diremos que hay una alegría especial en despojarnos de esa sutil capa que recubre la piedra de nuestro “yo”. Y no podremos entonces dejar de desearnos que, lejos de continuar el pisoteo a nosotros mismos, pasemos por la vida tratándonos mejor.

El hombre del cuento recoge la piedra de oro y se la guarda en su bolsillo interior. Se trata de esa zona pectoral donde una madre acuna a su hijo al abrazarlo. De este modo nuestro hombre se apropia de lo que ha descubierto, y lo guarda cuidadosamente contra su pecho.

Luego, a medida que se aleja caminando, oye unos cuervos que graznan y graznan. El graznido de los cuervos, siendo lo normal en ellos, sonaba a veces como “quíá...quíá...” en tono desdeñoso de burla. Los cuervos buscan comida afanosamente en los bidones de basura, y esparcen las inmundicias por el suelo; son negros y se les considera pájaros de mal agüero. Según la tradición antiguamente vigente en Japón, si alguien moría se dejaba su cadáver a la intemperie, y allí los cuervos se arremolinaban para devorarlo; por eso los cuervos se consideraban ser símbolos de los espíritus de personas difuntas.

¿No viven acaso tales cuervos en nuestro mundo interior? Esas voces animales que emiten mientras picotean la basura de nuestros sucios rincones, esos graznidos que parecen mofarse de nosotros... ¿Acaso no se escuchan tan ominosos sonos?

El hombre aplica de nuevo a su oído “la oreja que escucha”, y se entera de que están hablando sobre la enfermedad de la única hija del señor feudal; y de cómo la estaba motivando una serpiente que había quedado atrapada en el techo de brezo de la mansión, cuando la techaron.

Hay varios pensamientos que surcan nuestro espíritu: “¡Qué vacía y sin sentido es la vida! ¡Todo es un gran vacío! ¡Por mi estupidez he echado a perder mi propia vida! ¡Mi vida ha sido un fracaso!...” Estas voces yo no vacilaría en calificarlas de “graznidos de cuervos”. Por lo general solemos repeler tales voces, y luego nos estimulamos con ardor a acometer nuestros quehaceres, tratando así de animarnos y de olvidar aquellos graznidos.

El protagonista de nuestro cuento popular, por el contrario, presta oído a las voces ominosas de los cuervos. Y así se entera de que la hija del señor feudal está enferma. Como es hija de un aristócrata, pertenece a un mundo diferente del suyo propio –un pobre hombre desastrado–; pues ella vive en ese mundo que queda lejos de su alcance. Dentro de nosotros mismos puede haber algún ser enfermo, que vive en algún lugar desconocido de nuestra psique. Y hay una voz ominosa que nos proporciona información sobre la causa de esa enfermedad.

Como una serpiente carece de una conciencia semejante a la humana, la serpiente de nuestro interior representa energías, poderes y funciones que aún no están integradas al mundo consciente. Si nos atenemos a la historia de la evolución de las especies, la serpiente es uno de los reptiles más primitivos; y según eso, el contenido que representa en el mundo de lo inconsciente es también básico e instintivo. No obstante, en cuanto anfibio que reptar por la tierra e igualmente nada en el agua, también ese contenido representado es unificador de ambos mundos: el consciente y el inconsciente. Por su forma, la serpiente recuerda el pene del varón, pero en el aspecto de que se desnuda de su piel para renovarla trae por asociación de ideas la imagen del parto, siendo así a la vez un símbolo de masculinidad y feminidad. Además, la serpiente está dotada del poder destructivo necesario para

envolver a su presa hasta estrangularla, o bien para engullirla viva. Mientras que ciertas especies son venenosas, otras a su vez nos proporcionan incluso comida y bebida con su carne y su sangre, respectivamente. Algunas incluso sirven para la producción de fármacos energéticos.

Hace ya bastante tiempo le oí decir a una anciana que en la isla de Hokkaido había, años atrás, una fuente termal llamada “de la Serpiente”. Cuando ella misma contaba dieciocho o diecinueve años tuvo un reuma generalizado por todo el cuerpo, ante el cual los médicos no podían hacer nada. Entonces su abuela la llevó a aquella fuente termal, al aire libre, donde pequeñas serpientes se balanceaban por el acantilado circundante o bien nadaban por el agua caliente. Como es natural, le repugnaba la idea de meterse en el agua, pero como tenía mucho afán por curarse, se decidió a entrar en el agua, con cautela y temor. Las serpientes venían nadando hasta ella y le lamían las partes doloridas de su cuerpo. A la segunda o tercera vez que se bañó en la fuente quedaba curada de su enfermedad, según me dijo. Le pregunté dónde se hallaba esa fuente, pero su recuerdo era muy lejano, y ya había olvidado el sitio.

Como la serpiente posee ambos poderes, el de matar y el de revivificar, ella representa las dos caras del poder propio de la energía humana. Siendo un animal de sangre fría, se nos muestra dotado de una animalidad cruel y de un conocimiento abstracto y nada humano, que aún no ha subido al mundo de la conciencia. Pero en cuanto que se despoja de su piel para renovarla, hace pensar en una nueva vida. Es –sin duda– por la fe popular en esa fuerza revitalizante por lo que algunos guardan en su cartera un trozo de piel desechada de serpiente, como un amuleto que les ha de traer prosperidad económica.

Desde la más remota antigüedad, la serpiente ha sido estrechamente relacionada con el ser humano, y así ha

hecho su aparición en tradiciones populares, mitos religiosos, y leyendas del tipo “Génesis” inspiradas por varias religiones. En Japón, desde la era Jomon (Neolítico que se extiende desde el 8000 al 200 a.C.), el pueblo ha creído en la serpiente como espíritu de nuestros antepasados.

En el cuento, la serpiente ha quedado entretejida en el brezo de la techumbre de cierta casa. Una casa, como vivienda humana, es comparable al cuerpo de una persona. Más aún: así como “en mi casa” es una expresión que sirve a veces para referirnos a nuestra propia familia que allí reside, al hablar de alguien como individuo estamos hablando de la personalidad que reside en él. Las distintas partes y dependencias de una casa simbolizan los diferentes estratos de la personalidad. El techo corresponde a la cabeza o el cerebro, el centro del control consciente, en una palabra.

En el tiempo en que se construyó la casa –que es como decir, en la etapa de formación de la personalidad–, la serpiente quedó por error aprisionada en el techo. En pleno proceso de formación del centro intelectual y consciente de control, algo comparable a una serpiente quedó allí atrapado y casi enteramente aplastado. Como se dice que fue “por error” queda claro que no fue a propósito. Por más que se diga que el propietario de una casa es responsable de su construcción, lo cierto es que en la edificación han intervenido muchas manos. Cuando estamos ante una represión psicológica, hay ahí muchos factores comprometidos; no se puede ignorar la poderosa influencia de los factores ambientales, como son la conciencia colectiva y el código de valores vigente en la sociedad.

En la primera parte de la vida de uno, ese tal tiende a autoformarse como persona que ha de vivir en sociedad. Ya sea conformándose al código de valores social, o ya sea oponiéndose a él, uno se traza sus propios ideales y

conceptos, y vive tratando de adecuarse a ellos. Al mismo tiempo, si advierte en sí mismo la existencia de un salvaje instinto primitivo, o bien de una naturaleza animal, que en ningún caso se ajustan a ese ideal trazado, uno los reprime y elimina sin prestarles atención. Pero cuando se reprime la energía interior, tanto sus facetas positivas como sus facetas negativas se borran conjuntamente del territorio de la conciencia. La energía que no se integra en lo consciente, no sólo resulta inútil, sino que al ser opuesta a lo consciente provoca un conflicto interior, de donde se deriva una pérdida de energías.

Vivir conforme a un ideal, es importante. Sólo que, si en la consecución de ese propósito, uno ignora cualquier circunstancia que puede oponérsele, como el propio instinto, los sentimientos, lo que el cuerpo requiere, el vigor físico, la energía o la intuición..., a la larga y con el paso del tiempo uno va perdiendo gradualmente sus entusiasmos por la vida. Desaparece la alegría de vivir y de trabajar, y los días se van deslizando por fuerza de la inercia. Y la razón de por qué ocurre todo esto se encuentra en que el entusiasmo y la alegría no son conceptos que hay que planificar, sino realidades que hay que vivir. No obstante, solemos desatender los sentimientos. Y así como no estamos permitiendo a una parte de nuestra propia vida que se desarrolle, así la alegría de vivir se nos quedará siempre tarada. Entonces viene el intento de recuperar la alegría de vivir a base de sumergirnos en algo; y así lo hacemos mediante la adicción al alcohol o incluso al propio trabajo, por ejemplo.

Entre los brezos de la techumbre, la serpiente no puede moverse. Por mucho tiempo, no puede comer ni ver la luz del día; por lo que se encuentra, desde luego, entre la vida y la muerte. Sin que nadie se fije en ella, sin llamar la atención siquiera, está dejada allí a su suerte. Como no

es cuestión de un rato precisamente, a medida que el tiempo pasa se le aumentan sus sufrimientos por el hambre y las dificultades para respirar. De un modo semejante, la naturaleza que está reprimida y ahogada dentro de nosotros, también sufre. La situación es asimismo comparable a la enfermedad de la hija del señor feudal, que a ella precisamente le ha tocado sufrir.

Esta enfermedad de ella no puede ser curada ni por médicos de renombre. Los cuervos habían dicho que “esa enfermedad no se cura con medicinas. Basta con que liberen y alimenten a la serpiente, restaurando así su vida, para que la hija del señor se cure de su enfermedad al punto”. Nosotros también podemos tener dentro algo así como una serpiente, que por su aspecto desagradable y temible hemos relegado intencionadamente a las sombras mediante la energía propia del control mental. Tenemos que sacar de ahí a esa serpiente, darle acogida y cuidados, y alimentarla.

El hombre se dirige a la residencia del señor feudal, y dice allí:

—Yo voy a curar a la hija del señor de su enfermedad.

Él confiaba más en la voz de los cuervos, que había escuchado, que en el dictamen de los famosos doctores.

Todos los médicos allí presentes se mofan del hombre, argumentando así:

—¿Cómo este tipejo desastrado va a poder curar a nadie de esa enfermedad, cosa que ni nosotros mismos hemos logrado?

Cuando uno acoge interiormente lo que hablan los cuervos y trata de llevarlo a la práctica, ¿no es cierto que le surgen voces del interior, diciéndole “Eso es imposible”, “¿Cómo vas a poder tú con eso?”...?

Pero el señor feudal interviene:

—Mi hija es muy querida para mí. No me importa quién sea, con tal de que la cure. Dejadlo, que él la vea.

El gran afecto que el señor muestra a su hija es lo que en realidad lo mueve a él para adoptar la medida más necesaria.

En el escenario de nuestro corazón, también cierto personaje querido, comparable a esa hija, es el que nos mueve a tomar decisiones por amor que sobrepasan el sentido común.

El hombre no hace más que repetir lo que ha oído a los cuervos: que una serpiente tiene que estar por allí sufriendo, metida en el techo. El señor feudal hace que sus vasallos desmonten el techo. Como entonces aparece la serpiente, más muerta que viva, llena de sufrimientos, enseguida la rescatan y le dan a comer granos de arroz.

Para liberar la serpiente, ante todo hay que desmontar el techo. Entonces aparece la serpiente, más muerta que viva. A poco que relajemos nuestro férreo control interno y contemplemos en nuestro interior a ese ser quasi-serpiente que se aloja allí, entenderemos que le falta poco para morir.

Hay que rescatar a ese ser y darle arroz para que coma. El arroz, por cierto, es una comida cotidiana hoy día en Japón, pero es cosa sabida que la costumbre de que el pueblo llano coma arroz a diario no se implantó hasta pasada la era Meiji (1868-1912). Incluso durante la era Shoowa (1926-1987), recuerdo que siendo yo pequeña se solía mezclar el arroz con cebada, patatas, hojas de rábano..., para preparar la comida, y se nos decía a los niños que el arroz era un alimento muy preciado y no podíamos desperdiciar ni un grano. Todo eso podía ser también por la carestía que nos vino en tiempo de guerra, pero es un hecho sabido que antiguamente existía la costumbre de agitar un tubo de bambú con arroz metido dentro junto a la cabecera de un moribundo, con intención de impedir su muerte; era la ceremonia de “agitar el

arroz”, y nos revela que en los granos de arroz se suponía la existencia de una energía que hacía revivir a las personas. Con esa fe practicaban el rito.

La serpiente, no más comerse los granos de arroz, se repuso y reptó por el suelo una cuarta larga. Al punto la hija del señor se levantó y se sentó en cuclillas sobre su lecho. Le volvieron a dar arroz a la serpiente, y esta reptó el doble trecho que en la vez anterior. Entonces la joven se incorporó del todo, levantándose. Luego la serpiente se restablecía por completo, y se fue libremente a donde quiso. Al instante la joven quedaba completamente curada de su enfermedad.

Se le da a la serpiente un alimento sagrado, donde reside el espíritu divino de las cosechas; un alimento muy apreciado y de alto costo. Es obvio que hay que dar algo que para nosotros es precioso y sagrado; y hay que compartirlo, aunque sea en pequeña proporción. Al hablar aquí de un alimento que estimamos precioso y sagrado nos estamos refiriendo a nuestros ideales, nuestra autossatisfacción, la alabanza que nos viene de otros... Estas cosas que se convierten en fuentes de energía para nuestra vida diaria. A base de partir un poco ese tesoro, disminuyendo así en algo la ración que nos corresponde, tenemos que alimentar a la naturaleza que en nosotros reside.

De hacerlo así, esa nuestra naturaleza interior se encontrará satisfecha, y se guardará de hacernos daño, pues ya desaparecerá su temido aspecto maléfico. En correspondencia, cierta feminidad juvenil y llena de lozanía recobrará vida en nosotros, y nos hará revivir.

Se dice también que el hombre llegó a ser el yerno de aquel señor feudal, al casarse con la hija. Esta última ya ha dejado de ser un personaje de otro mundo. La masculinidad y la feminidad se unen. Como el hombre va a

ser con el tiempo el sucesor del señor feudal, en el futuro será él quien rija el país. Así se va a convertir en alguien que preside sobre su propia tierra.

La energía que ponemos en juego para escuchar aquellas voces de nuestro interior que estamos cansados de oír, y que no queremos ni escuchar, se nos convertirá en energía para escuchar también voces similares, que nos vienen de fuera. ¿No ocurrirá acaso que, si vamos guiados por esas voces, encontraremos –también en el mundo exterior a nosotros– esa naturaleza íntima de las cosas que nos estaba velada, oculta por circunstancias, y encerrada fuera de nuestro alcance?

Lo que hasta ahora hemos considerado en torno a este cuento se basa en el supuesto de que el protagonista consiente en emprender un viaje por lo profundo del mar. Pero también se puede considerar la historia de otro modo: como el relato de la experiencia de un hombre que, siendo de buen natural y mostrando detalles de amabilidad en su comportamiento, es arrastrado por un destino ineluctable al fondo del mar. Muchas personas de la sociedad actual están alejadas de la clase de vida que llevan los pescadores de alta mar –quienes tienen que ganarse el sustento capturando peces–; y por eso, hablar de “meterse en un túnel” puede tener más resonancia para esas personas que hablar de un viaje por el fondo del mar. En la oscuridad de un túnel uno no sabe lo que está pasando, ni lo que está a punto de ocurrir, y llega uno incluso a pensar que el túnel no se acabará nunca. Cuando ya está perdiendo las esperanzas de salir de allí, de repente uno se encuentra con la salida, y se hace más consciente de sí mismo como persona. Allí puede descubrir que por un azar de la fortuna él mismo ha cambiado en algo, como por ejemplo en ser más receptivo que antes hacia los sentimientos de los demás, o en tener más

paciencia consigo mismo. También ha cambiado el blanco al que apuntan las propias intenciones, y el lugar donde uno pone su corazón. Ese es el tesoro que se recibe al haber pasado por un túnel, o bien –usando la terminología del cuento– al haber estado en el palacio del dragón.

La nueva vida a la que se renace tras pasar por el agua es un tema que también aparece en la Biblia. Los semitas, que habían sido esclavos en Egipto, salen de este país atravesando el mar Rojo, y se encaminan luego hacia la libertad de aquella tierra de promisión que les había indicado Dios. Los doce clanes de descendientes de Sem que eran, se convertirán, tras el paso del mar Rojo, en las doce tribus de Israel. Se supone que esto ocurrió hacia el siglo XII a.C.

Según narra el Evangelio, cuando Jesús salía de las aguas del río Jordán, donde acababa de recibir el bautismo, se oyó una voz desde el cielo que decía “Tú eres mi hijo muy amado”. El bautismo que se practicaba entonces estaba modelado sobre el episodio del éxodo de Israel de Egipto, y era una ceremonia en que la persona se sumergía entera en el agua. ¿Ocurría tal vez que también Jesús al pasar por el agua obtuviera un nuevo conocimiento sobre sí mismo?

Tenemos también el cuento popular de Urashima Taroo, que guarda parecido con el de “la oreja que escucha”, y es más conocido que éste. La tradición más antigua que se encuentra de “Urashima” parece ser la que se recoge en **Nihon-shoki** (Crónicas de Japón, 720 d.C.), pero el tema aparece en otras obras antiguas, como el **Manyoo-shuu** (Antología poética del s.VIII), **Tango-Fudoki**, y un cuadernillo del período Muromachi. Hay variantes en el relato según las obras que lo traen, pero existe un argumento común: el protagonista se une a una

dama en cierto palacio del fondo del mar, y cuando se dispone a regresar recibe un cofre, con la indicación de que le está severamente prohibido abrirlo. Cuando Urashima vuelve a su tierra natal, y ve el entorno muy cambiado respecto a como era antes, se encuentra enteramente perdido, y abre la tapa del cofre. Entonces al punto sale humo del cofre, y mientras Urashima está envuelto en el humo se convierte en un viejecito.

Cuando alguien ha tenido un encuentro con el ignoto mundo marino, y después regresa a tierra firme, todo lo que ve alrededor le parece distinto. Aunque se trate de un entorno familiar, parece que se está viendo por primera vez; aunque se trate del pueblo natal, no se lo reconoce. Tal es la desazón que se experimenta.

Urashima Taroo se tenía creído que él había pasado tres años en el palacio del dragón, pero en realidad habían sido trescientos años –setecientos años, según otra versión–. Sin duda, en un mundo que supera la capacidad de conocimiento normal, el tiempo fluye de manera distinta, y la vida se hace más abundante. Quien ha entrado en contacto con el mundo interior de la mente, percibe que está siendo vivificado por ese tipo de vida. Sin embargo, tal experiencia proporciona un sentido de extrañeza respecto a las demás personas, y provoca sensaciones de aislamiento y soledad. Y..., ¿no sería precisamente por descubrirse diferente de los demás por lo que Urashima Taroo se sentía raro?

Al ir a más ese sentido de extrañeza que se experimenta en el mundo de acá, y al empezar a extenderse las dudas respecto a uno mismo, las experiencias pasadas en el otro mundo interior le van resultando a uno fantasmales; y empieza a darle a uno igual una cosa que otra. Por eso mismo, las palabras que uno ha oído en el mundo de

allá quedan invalidadas. En consecuencia, uno de los lazos que mantienen unidos ambos mundos –el de acá y el de allá– se rompe así irremediabilmente.

Otro de los lazos de unión entre ambos mundos es el cofre del tesoro. Y allí está encerrado el secreto del mundo de allá que no es lícito desvelar. Al debilitarse la sensación de unión con el mundo de allá, llega uno a destapar el cofre para encontrar evidencias, y cuando se expone a la luz del día ese contenido –a la luz asimismo de la razón y del sentido común–, entonces resulta que allí dentro no había más que algo inasible como el humo. ¿O no será tal vez que aquello se ha consumido con el ardor de la razón, y se ha convertido en humo? El humo impide la visión de las cosas. Lo que resultaba visible ateniéndose uno a la experiencia del mundo de allá, cuando se pretende buscar pruebas o evidencias se nos desvanece de la vista.

Urashima se convierte acto seguido en un viejecito. De ese modo se ha convertido enteramente en un ser humano del mundo de acá, y ha perdido la plenitud de vida que gozaba en el mundo de allá.

El cuento de Urashima Taroo nos da a entender la dificultad de conservar el Tesoro que se ha obtenido en el mundo de allá. Es de suponer que el hecho de que el cuento “Urashima Taroo” sea más conocido que “la oreja que escucha”, se debe a que la experiencia de Urashima, que pierde el tesoro, es más normal que la contraria de conservarlo. El cuento de Urashima nos hace sentirnos un poco tristes. ¿No será que al ser esa tristeza algo ya experimentado por muchos, el cuento despierta un eco de solidaridad? Si saboreamos a fondo el amargor de esa tristeza, ¿podremos en el futuro evitar recaer en el mismo error?

3.3. UNA LLAMA PARA AÑO NUEVO

Este cuento describe a una mujer joven recién casada, y relata cuanto ella pasó al hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades como ama de casa.

Esto era una vez que en cierta aldea vivía una mujer recién casada, que cada día se afanaba mucho en el trabajo de su nueva casa.

La víspera de Año Nuevo, su suegra le dijo:

—Aunque seguramente ya lo sabes, el fuego de la víspera de Año Nuevo por nada del mundo podemos dejar que se apague. Como yo soy ya vieja, te lo quiero encargar a ti, que eres mi nuera. Pase lo que pase, no dejes que se extinga este fuego. ¿De acuerdo?

La joven esposa se mantenía alerta repitiéndose a sí misma: “Este fuego no se puede apagar”. Y muy diligente, rescató unas ascuas y las conservaba entre las cenizas en el horno hundido en el suelo. Pero como todavía no la dejaba la preocupación, determinó seguir allí y pasar la noche en vela junto al horno.

En aquellos tiempos, la custodia del fuego en el horno era una importante tarea que incumbía al ama de casa. Y muy especialmente, el fuego de la víspera de Año Nuevo era algo tanpreciado que, según se cuenta, bastantes esposas habían sido repudiadas y echadas de la casa por haberlo dejado apagar descuidadamente. Por eso no tenía nada de raro que, en nuestra historia, la joven esposa se resolviera a pasar la noche en vela.

No obstante, a pesar de que la esposa no hacía más que repetirse una y otra vez “No me puedo dormir; no me puedo quedar dormida”..., cansada como estaba por todos los preparativos de Año Nuevo y demás, que la trajeron atareada todo el día sin parar, al fin se fue quedando amodorrada y dormida.

Y luego, cuando de pronto se despertó sobresaltada, advirtió que el fuego del hogar se había apagado por completo.

—¡Vaya! ¡Qué desastre, lo que he hecho!

La joven esposa, toda frenética, removió las cenizas, pero de entre ellas no surgió ni una pavesa encendida comparable siquiera a un grano de arroz.

“Si no tenemos este fuego, la fiesta de Año Nuevo no se puede celebrar en la casa. ¿Cómo voy a disculparme ante la madre?”.

Mientras pensaba estas cosas, ella estaba desconcertada junto al horno, sin saber qué hacer.

—¡Ya sé! Si salgo a la calle, quizá pase alguien por ahí que pueda facilitarme unas ascuas para salir del apuro.

La esposa salió a la calle muy atolondrada, y echó una ojeada alrededor. Pero por allí no pasaba nadie para nada.

Las manos y los pies se le iban quedando fríos. Cuando, sin perspectiva alguna, estaba dudando qué hacer, allá en la lejana distancia vio unas chispas rojizas que oscilaban vagamente. Mirando con atención, logró ver que las lucecitas oscilantes se venían acercando.

“¡Qué suerte!” —pensó la esposa, y echó a correr sin más hacia las luces, de pura alegría o de puro desconcierto.

Aquello era la procesión propia de un funeral. Un ruido de pasos se oía rítmicamente, cada vez más cerca. Las luces que oscilaban iban en realidad en faroles portables, y las caras que resultaban iluminadas por los faroles mostraban todas una tez pálida y espectral; como de seres ajenos a este mundo.

A la joven esposa no le salía la voz para llamarlos, y se quedó mirándolos pasar, toda asombrada; pero de pronto reaccionó, y echó a correr para darles alcance.

—Perdonen, pero... ¿no podrían darme un poco de ese fuego que llevan? Es que si no tenemos fuego no podremos celebrar el Año Nuevo. Por favor...

La procesión se detuvo en seco. Y uno de sus participantes se volvió hacia la esposa:

—¿Quiere que le demos fuego? De ser así, debe llevarse también a nuestro “santo”. Si acepta, le daremos fuego.

Por “santo” (“Buda”, en el original”) quería decir el difunto que había entrado en el paraíso de Buda. La joven esposa, cuando oyó esas palabras, lo entendió así, pero pensó:

“¡Qué contrariedad! ¿Y qué me hago yo ahora?”.

Pero llevada por su íntimo deseo de conseguir fuego, aceptó la propuesta.

—Muy bien. De acuerdo. Entonces, recibo también al “santo”.

De modo que, junto con una vela encendida, se hizo cargo también del ataúd del difunto.

Entonces llevó a rastras el ataúd hasta la leñera para esconderlo allí. Luego, encendió el horno con la llama de la vela recibida.

Hecho esto, por una parte podía respirar tranquila, pues ya podían celebrar el Año Nuevo. Pero por otra parte le quedaba la preocupación de qué hacer con el ataúd.

De vez en cuando se llegaba a la leñera toda temerosa, para asegurarse de que el ataúd seguía allí; y el resto de la noche se lo pasó vigilando el fuego. Y así, sin haber pegado ojo se dispuso a festejar el Año Nuevo.

Luego, a pesar de que ya la celebración estaba comenzada, ella no podía quitarse de la cabeza el tema del ataúd, y de vez en cuando se escapaba sigilosamente a la leñera para echar un vistazo. Y en medio de todo esto, no pudo contenerse más, y le contó a su suegra lo ocurrido en la noche anterior:

—Pues la cosa es que me quedé dormida, y el fuego se apagó. Luego me dieron la vela de un farol junto con aquel “santo”.

Un silencio sepulcral cayó sobre la animada tertulia de celebración de Año Nuevo. Nadie rompía el hielo con

algún comentario. La esposa agachó la cabeza, considerando que ante la presente situación no le quedaría más remedio que abandonar la casa. Pero entonces su marido se fue derecho a la leñera y levantó la tapa del ataúd.

—¡No tiene que irse! ¡Esto son monedas de oro!

Dentro del ataúd había muchísimas monedas de oro pequeñas y grandes, a rebosar.

Al oír “monedas de oro”, toda la familia acudió a reunirse en torno al ataúd.

—¡Qué cosa más maravillosa!

—¡Qué suerte tan grande! ¡Qué suerte!

Y empezaron a celebrar de nuevo la fiesta de Año Nuevo.

Sólo que, la joven esposa cuchicheaba allí, por lo bajo:

—¡Ah! ¡Con razón...! ¡Ya me parecía a mí que aquellas personas de la procesión no eran seres de este mundo!

Estamos ante una joven recién casada que no para de trabajar. Siendo recién casada, e incorporada por tanto a una nueva familia, todavía no se siente allí como en su propia casa. La casa no es aún para ella ese hogar adonde todo el mundo vuelve para relajarse y descansar, sino un sitio a cuyas tradiciones y maneras hay que adaptarse. Uno de esos esfuerzos que ella ponía por adaptarse era —sin duda— su trabajo duro y cotidiano.

La tarde previa al Año Nuevo su suegra le dice:

—Aunque seguramente ya lo sabes, el fuego de la víspera de Año Nuevo por nada del mundo podemos dejar que se apague. Como yo soy ya viejecita, te lo quiero encargar a ti, que eres mi nuera. Pase lo que pase, no dejes que se extinga este fuego. ¿De acuerdo?

En la época de este cuento, una familia de recién casados se constituía a base de la pareja —marido y mujer— y la madre de él. La persona a quien correspondía realmente la autoridad era la madre del marido. Para la

recién casada, ésta era su suegra, o –dicho de otro modo– su madre política. Si tal situación se interpretaba como un gráfico de la psique humana, se diría que allí la masculinidad y la feminidad aún son jóvenes, y el centro lo ocupa la maternidad, esa maternidad “ante la ley” que es la madre política.

Lo que resulta en realidad importante para esta suegra es que se continúe la custodia de las tradiciones familiares. Con todo, para ella ha llegado el momento de pasar la responsabilidad de dicha custodia a manos de su nuera. En el interior de una persona centrada en la maternidad que se propone conservar las costumbres, hay algo que allí empieza de nuevo, debido a una circunstancia como ésta.

El tiempo es la víspera de Año Nuevo, cuando el año viejo toca a su fin. Es un tiempo frío y oscuro. Cuando, finalizado el ajetreo de los preparativos propios de esa víspera, uno se toma un momento de respiro, hay ahí un poso de tristeza por aquello que irremediablemente pasa y se va, con la consiguiente sensación de soledad; sin embargo, también se abre ahí camino la natural expectación ante el Año Nuevo. “Aratama” o “alma renovada” es una de las expresiones que se manejan mucho en el Año Nuevo japonés, y el motivo estaría seguramente en la antigua creencia de que el alma se renovaba a raíz del Año Nuevo. Tal es el panorama interior de una suegra que se dispone a ceder ciertas responsabilidades a su joven nuera.

Por aquellos tiempos la custodia del fuego del hogar era una tarea importantísima del ama de casa. Y dentro de eso, muy especialmente había que conservar el fuego del año viejo en la víspera de Año Nuevo, hasta el punto de que no hacerlo podía suponer para la mujer la expulsión de la casa, como en verdad se dieron bastantes casos.

El fuego proporciona luz, y cuando hace frío sirve para calentar a las personas. Usado también para fundir minerales, el fuego muestra un poder para cambiar la materia. Se utiliza para hacer la comida, como energía purificadora, y para preservar de la corrupción. Pero también por otro lado tiene un poder destructor, capaz de quemar y consumir, hasta reducir las cosas a ceniza.

En nuestra edad contemporánea, ahora que está generalizado el uso del gas y la electricidad, no nos es nada fácil imaginar lo importante que sería para los antiguos poseer el fuego. No hace mucho tiempo, la televisión japonesa daba un programa documental sobre cierta familia de Ooshima que había guardado el fuego en el hogar ininterrumpidamente por cuatrocientos años. Hace unos cuatrocientos años, ¿qué importancia tan primordial no se le daría a un ascua de carbón? Si ese fuego se apagaba, no estaba nada claro que se pudiera pedir enseguida otra ascua a la casa de la vecina. Muy posiblemente, no existiría tal casa vecina. Además, tampoco era frecuente que en las casas se tuviera un pedernal para encender un fuego nuevo. Y aun en el supuesto de que lo hubiera, conseguir por su medio un ascua ardiendo no era tarea fácil.

Las ascuas se conservaban en el horno. También en el horno se cocinaba la comida, y alrededor del mismo se reunía la familia para comer. En la estación fría, se encontraba allí una fuente de calor, hasta el punto de que se podía decir que el horno era el centro de la casa. En aquella época en que no era fácil conseguir fuego, no había otro medio de internarse en una noche oscura, más que iluminándose el camino con una llamita posiblemente desprendida del fuego del hogar. La conservación de dicho fuego era una tarea propia de la mujer.

Lograr que el fuego de esta noche dure hasta mañana por la mañana era un arte que no estaba al alcance de

todo el mundo. Había que reblandecer a golpecitos la ceniza acumulada en el centro del fogón, y allí había que colocar las ascuas remanentes de la quema de un grueso leño. Luego había que echar sobre ellas la ceniza enrojecida de debajo del fuego, en una maniobra envolvente. Si las ascuas se remueven con excesivo afán, o si la persona encargada vuelve sobre su pasos para enmendar lo mal hecho, las cenizas se enfrían, y el fuego se apaga. Encima de las ascuas hay que apilar las cenizas, según la imagen del monte Fuji, y luego hay que aplastarlas un poco con un rasero, todo alrededor, hasta conseguir la forma óptima. Esa artesanía debía transmitirse por generaciones: de la madre a la hija, de la suegra a la nuera.

Tal vez por la dificultad de lograr ascuas en buenas condiciones, la extinción del fuego –y muy especialmente, la del fuego para Año Nuevo–, se consideraba de mal augurio. La nuera, que estaba encargada de ese fuego, puso todo su esmero en aislar las ascuas y envolverlas en ceniza ardiente; pero como aún le rondaba la preocupación, decidió quedarse en vela haciendo guardia ante el fogón. Estaba totalmente concienciada de que tenía que realizar la tarea que le habían encomendado.

A pesar de todo, ya fuera por el trabajo de preparación del Año Nuevo, ya fuera por lo que fuese, la verdad es que no había parado en todo el día y estaba agotada. Al llegar la noche podía haberse acostado para reponer fuerzas. Pero ella optó por lo que le dictaba un fuerte sentido de responsabilidad, incluyendo ahí el temor de que si no asumía esa responsabilidad podía ser expulsada de la casa; el caso es que se echó encima una tarea superior a sus fuerzas reales. En consecuencia, poco después estaba dormida como un leño. Y no es que ella pensase que “con el fuego ya podía pasar lo que pasara, pues todo le daría igual”.

Cuando una persona está dormida, está también inconsciente, y su energía propia no se vuelca en el mundo exterior; más bien se orienta hacia el interior para brindar reposo al cuerpo, y para facilitarle su recuperación. Puede afirmarse que el hecho de que la joven esposa se quedase dormida era motivado por la naturaleza, que reclamaba en ella su derecho al descanso.

Cuando vuelve a la vida consciente, despertándose sobresaltada, el fuego del horno se ha extinguido por completo. La joven, nerviosa y fuera de sí, remueve las cenizas en busca de algo, pero no encuentra ni una chispa encendida del tamaño siquiera de un grano de arroz.

El fuego que arde en el centro de un hogar es comparable al fuego que se halla en el centro de uno mismo. Proporciona calor a uno, así como a los demás que lo rodean, y es al mismo tiempo una fuente de luz. Pero, ¿no ocurre –a veces– que se extingue enteramente, y que no hay entonces modo de encontrarlo en medio de la propia vida? Como aquella joven esposa que frenéticamente removía las cenizas, nos sentimos en tal ocasión desconcertados, y nos ponemos a rebuscar incluso en los rincones de nuestro espíritu, a ver si podemos arrancar de allí una chispa siquiera del ardor y la pasión que nos inflamaban en la juventud, y que pudiese haber quedado por allí; ¿no es cierto? Yo a mi vez recuerdo una oscura hora de mi vida: cuando no encontraba en mi interior ni siquiera esa chispa mínima. Como suele decirse, me encontraba literalmente “bien quemada”.

Justamente, así como era natural que la joven esposa cayera dormida por la inercia de su naturaleza, así también puede ocurrir que ese fuego que arde en medio del propio corazón de uno se le apague mediada la vida; y aunque sea algo que no debe ocurrir, es muy posible que ocurra. Y no es por no haberle dedicado el esfuerzo

requerido. La mujer del cuento se había pasado todo el día trabajando, mientras alumbraba la luz del sol, es decir: mientras la luz de la conciencia se hacía presente. Pero al caer el día, la naturaleza por sí misma nos convidaba al sueño. Y es que, terminada una jornada de la vida humana, la naturaleza invita así a entrar en el mundo del propio corazón para que descansemos y recobremos las fuerzas perdidas.

En cualquier caso, puesto que el fuego se ha apagado, hay que buscar otro fuego que lo sustituya. Una vez extinguido el viejo fuego, si no se encuentra un fuego nuevo, ¿cómo se va a sentir esa persona? De no haber fuego, no se puede celebrar la entrada del Año, y “*¿Cómo voy a disculparme ante la madre?*”, pensaba la joven esposa. No es difícil imaginar los sentimientos de ella mientras barajaba nerviosamente estas ideas allí junto al horno. Lo irreversible era que aquel fuego tan necesario se había extinguido. ¿Dónde se podría encontrar ahora un fuego que ocupe su lugar? Ni siquiera está claro si acaso se puede encontrar, o no. Y ella se queda enteramente sin recursos. No hay más que darle vueltas a lo mismo en la cabeza. ¿Qué convendría hacer? ¿Qué puede ser eficaz...? Tal desorientación no lleva a otra cosa que a aumentar el nerviosismo. Es la hora en que el espíritu está sumido en tinieblas.

“*Si salgo a la calle, quizá pase alguien por ahí que pueda facilitarme unas ascuas*”, piensa la mujer; y, acto seguido, se lanza afuera toda frenética. Con el ansia de conseguir fuego, ella ha dejado la casa, donde podía estar segura, y se ha echado a buscar fuera, en esa oscura y fría noche de diciembre. Para lograr salir de las tinieblas espirituales, la persona tiene que separarse de cuanto le proporcionaba seguridad y protección.

En la época del cuento, la casa era para una mujer su espacio propio. El exterior era un entorno con el que no estaba familiarizada, donde no sabía lo que se encontraría, donde siempre podía acecharla el peligro. Salir al exterior suponía para la mujer algo así como pasar del mundo de la conciencia al remoto inconsciente. En japonés hay una expresión para “salir de casa” –“shukke suru”– que equivale también a decir “entrar en un convento” para hacerse bonzo budista. Y resulta ser, sin duda, que “salir de casa” se contempla ahí como una experiencia religiosa, equivalente a internarse en las tinieblas del exterior.

La joven esposa sale a la calle y echa un vistazo alrededor, pero por allí no pasa nadie para nada. Si nos retrotraemos a la época del cuento popular y tratamos de ponernos en el lugar de esa mujer, ¿qué es lo que podemos ver entonces? Es difícil imaginárselo desde nuestra visión contemporánea, ahora que las casas se alinean una tras otra y, aun en medio de la noche, hay luces encendidas por todas partes.

En cierta ocasión, yo visité la isla de Chichi-jima, en Ogasawara. Una noche, durante mi estancia allí, el dueño de la pensión tuvo la amabilidad de llevarme en coche a una colina que quedaba detrás del edificio, para hacerme ver unos extraños hongos verdes que –por lo que me dijo– se crían bien en el terreno húmedo de la isla, y de noche emiten una pálida luz azulada. Lamentablemente, no pudimos ver los hongos, debido a la sequedad atmosférica allí reinante tras varios días bien soleados. Pero sí que pude apreciar un paisaje de tinieblas nocturnas como nunca había visto antes. No se veían luces ni en las calles ni en las casas. Tampoco había alumbrado urbano que iluminase la zona. Allí en la cima de la colina, con los faros del coche apagados y en medio de las tinieblas, veía

las estrellas agruparse en el cielo nocturno, tan cercanas a mí, que me parecía como si se fueran a derramar sobre nosotros.

Yo trato de esbozar en mi imaginación la visión de tinieblas que la mujer del cuento tendría ante sí al salir a la calle. Aunque se echó afuera en busca del fuego, allí reinaban unas tinieblas donde no se ven casas ni personas. A la joven se le quedan fríos los pies y las manos, y ella misma no sabe qué hacer. El hecho de que se le enfriaran pies y manos no sería solamente por tratarse de la víspera de Año Nuevo, con su frío proverbial, sino también y sobre todo porque su corazón estaba helado enteramente. Esa situación crítica de la joven esposa, que sólo siente oscuridad y frío, tanto en su cuerpo como en su espíritu, no es ciertamente algo que podamos considerar ajeno a nuestra experiencia.

Encontrándose ella así, irremediablemente perdida, alcanza a ver unas llamas rojas que oscilan en la remota distancia. Sin dejar de moverse, esas luces vienen hacia donde está ella. La mujer, en medio de su alegría, se echa a correr hacia las luces. Sin embargo, se trata de una procesión funeral, y las luces que oscilaban eran los faroles portados en la procesión. La luz de las velas, dentro de unos faroles cubiertos, no es tan viva como la luz que despiden las antorchas. Y tratándose de los faroles de un funeral, deben de transmitir una sensación muy sombría.

Las caras de los participantes en la procesión, iluminadas por esa luz, tienen que verse pálidas, como de seres ajenos a este mundo.

La cara pálida de cualquier persona nos hace pensar en un espíritu que anda vagando entre este mundo de los vivos y el otro de los muertos. Decir que “*no parecen seres de este mundo*” implica tal vez que se trata de personas de ese otro mundo, del mundo de quienes han pasado más

allá de la muerte. Cuando uno se ve lanzado a las tinieblas del alma, lo que sin duda se encuentra allí, ¿no será algo así como una procesión fúnebre, capaz de poner de mal cuerpo a cualquiera? ¿Será acaso un grupo de seres de mal aspecto, que vagan entre la vida y la muerte? ¿No se tratará de esos recuerdos o pensamientos vergonzantes que hemos desterrado más allá de los límites del olvido? Por lo que se desprende de las palabras de los miembros de la procesión, todos parecen ser hombres, y..., ¿no serán ellos esa masculinidad que en el interior de la mujer se debate entre la vida y la muerte?

El fuego de los faroles que van en la procesión funeral está iluminando a dichos seres espectrales. Es la luz que en plenas tinieblas hace ver las cosas. Tal luz está ahora en las manos de esos hombres inquietantes que participan en la procesión.

Ellos son unas personas con las que a nadie le gustaría relacionarse. Incluso la joven esposa se queda sin poder articular palabra alguna, mientras los mira pasar difusamente. Pero de pronto reacciona y se apresura a darles alcance, para pedirles acto seguido que le den un poco de lumbre. Son precisamente personas con las que nadie quiere relacionarse las que están ahora en posesión de ese fuego que uno necesita. Para poder seguir viviendo no hay más remedio que aproximarse a esos seres y pedirles, por favor, el fuego.

Entonces se detiene la procesión, y uno de los hombres le dice a la mujer que le dará fuego si se lleva también al “santo”. El ataúd donde va el cadáver es algo muy ominoso y turbador. Nadie querría recibir tal regalo; y eso ocurre, sin duda, por el miedo que infunde la muerte.

En este cuento, el difunto es llamado “el santo” (“Buda”, en japonés). El hecho de que en Japón exista la costumbre de llamar así a un difunto, y de que en el sobre de un

donativo de condolencia se escriba “ofrenda a Buda”, se debe con seguridad a la idea de que el cadáver no es un mero caparazón desprendido del alma, sin que la persona al morir se convierte en Buda. Y esta idea no existe por superstición, sino porque se considera que mediante la muerte la persona es acogida en la vida de Buda, que trasciende a este mundo. ¿No será éste el razonamiento que en el fondo del alma se están haciendo los japoneses?

Para conseguir el fuego que dé calor y luz interior al espíritu, hay que pedir ayuda, en plenas tinieblas, a unos seres espectrales que infunden miedo; pero no queda todo ahí. Además uno tiene que llevarse consigo lo más detestable: el difunto. ¿Estará ahí representado cuanto considero más odioso de mí mismo por haberseme quedado sin vida? ¿O es más bien que esa parte de mí murió porque la consideraba odiosa? Bien pudiera ocurrir que yo tenga que aceptar e internalizar el miedo a la muerte, su honda tristeza, e incluso la misma muerte. Según se desprende de este cuento, una aceptación así equivale a aceptar al mismo Buda, esa existencia que trasciende a la vida humana, como una nueva dimensión de nuestra vida.

La joven esposa, llevada de su afán por conseguir el fuego, recibe junto con la vela encendida el ataúd del difunto. Luego, lleva arrastrando este ataúd hasta la leñera, donde lo esconde; y prende fuego en el horno. Aunque el fuego que se enciende allí sea nuevo, el horno es el mismo de antes. A simple vista no hay nada en el horno que acuse un cambio respecto a como era antes. Con todo, el fuego no es el mismo. No es aquel fuego que había venido conservándose por una tradición ininterrumpida de muchas generaciones. Es un fuego que la mujer, no obstante su miedo, ha recibido del corazón de las tinieblas.

Podemos encontrarnos con una situación interior parecida, a saber: algo que no pretendíamos, sino que es el resultado inevitable de unos hechos, se nos ha instalado dentro, no teniendo nada que ver con un legado que nos haya venido por tradición. Visto desde fuera, todo sigue igual, y como esa realidad nueva vive en el mismo ambiente y en la misma cultura de siempre, un observador externo no verá ningún cambio; pero en nuestro interior hay algo nuevo que está naciendo. En circunstancias así, ¿qué es lo que tiende uno a pensar?

La joven esposa, tras encender el fuego en el hogar, se sintió aliviada; pero enseguida le volvió la inquietud al corazón. Habiendo pasado la noche en vela, ella tiene que participar en la celebración de Año Nuevo. Y aunque dicha celebración realmente empiece, el asunto del ataúd no se le va de la cabeza; y de vez en cuando tiene ella que escaparse para echar un vistazo a la leñera. Ha transgredido el mandato recibido de su suegra, ha dejado que se apague el fuego; y este fuego que hay ahora procede de un funeral. Encima además, ha tenido que hacerse cargo del cadáver. La joven esposa, ante el miedo a que todo eso sea sabido por los demás, y a cuanto pueda pasar luego, está ocultando los hechos. Cuando las apariencias y la verdad difieren entre sí, en el corazón de la persona no puede anidar la paz.

Pero la joven esposa, incapaz ya de aguantar más, le cuenta a su suegra lo ocurrido en la noche pasada. Sin duda se habría hecho a la idea de que iba a ser echada de la casa. Había roto las tradiciones; había cometido un acto considerado tabú. ¡Hasta qué punto se sentiría asustada, al tener que atenerse a su propia verdad! Las personas somos animales sociales, y no solamente pesa en nosotros la personalidad, sino también la sociabilidad. En cuanto somos consecuentes con esa verdad nuestra que

contraviene a las normas sociales, no sólo tenemos que aguantar la presión de la sociedad que nos rodea, sino además la presión interior proveniente de nuestras tradiciones, costumbres y cultura. Sentimos, pues, una presión doble, tanto la externa como la interna de cada uno.

¿Cuál es el gran puntal de la sociedad japonesa? Su valor básico es la uniformidad grupal. Puesto que se nos pide ajustarnos a una norma, se espera que todos vayamos regulados por ella. “¡Qué extravagante!” “Ese va por libre” “Más raro que un perro verde”... Son expresiones comunes que envuelven desdén o crítica respecto a quienes se apartan de los patrones consagrados. Tanto las empresas, como el país, como la Iglesia, como las órdenes religiosas..., son grandes grupos y, en cuanto tales, ponen naturalmente un gran énfasis en la uniformidad. Sin embargo, si esa uniformidad se nos pide a costa de que sacrifiquemos los valores individuales, la verdadera uniformidad no puede nacer de ahí.

No hace mucho que han saltado a las noticias sucesos de suicidios cometidos por estudiantes de secundaria –grado medio– que han sido víctimas de acoso en sus centros escolares. Los medios de comunicación han tratado abundantemente el tema, desde el punto de vista de las características del acoso, y del número de estudiantes que han participado en el mismo, de lo imposible que les ha resultado a los adultos prestar ayuda eficaz...; y han dado dichos medios a entender que ahí nos topamos con algo que se sale de lo normal. Pero todo esto no es más que la punta emergente del iceberg. Me temo que hay razones más de fondo, como que la individualidad de los alumnos puede quedar sofocada y eliminada por un acoso, que se origina básicamente en esa organización grupal que es la escuela. El que ha sufrido acoso, irá a su vez a acosar a quienes son más débiles que él. Si, por el con-

trario, se otorgara la debida importancia a la individualidad de cada uno, el individuo cultivaría simultáneamente los valores individuales y grupales que le son propios; y de este modo se estaría fomentando la auténtica uniformidad del grupo.

Cuando Japón era un país dominado por el militarismo, que lo hacía ver todo de un color, ¿cuánta gente había que se atreviera a manifestar sus ideas propias, si éstas diferían del conjunto? Incluso hoy, que todo eso ha caducado, yo misma encuentro que me es muy difícil manifestar cuanto pasa por mí. Y es que debe de ser complicado abordar sinceramente la propia verdad de uno, sin dejarse llevar por opiniones ajenas, por el ideario y el código de valores de la sociedad. Cuando yo por mi parte intento hacerlo –y puede sonar a exageración lo que voy a decir– un pánico mortal me sobrecoge. Seguramente es porque cuando procuro ser fiel a mi verdad, siendo yo un pequeño individuo en la masa, me hago sensible al peligro de ser relegada al ostracismo por la sociedad dominante, y de ser aplastada por la mayoría. A pesar de todo, cuando alguien valora su individualidad como es debido, está dando el primer paso para que la sociedad –de la que forma parte– empiece a valorar también a cada individuo.

La joven esposa del cuento dejó que se apagara un fuego que venía transmitido desde generaciones antiguas. El fuego que después ha recibido ella será diferente de aquél otro ancestral. Así pues, ¿se nos estará dando a contemplar en este cuento cómo se anula una tradición, y cómo a raíz de ello surge un valor de individualidad?

No parece ser ese el propósito de la narración, sin embargo. La mujer recibe el fuego de los participantes en una procesión funeral. Es el fuego que portan, junto con el “santo”(o “Buda”), unos seres espectrales que no pare-

cen pertenecer a este mundo. El mundo de los difuntos y del ser trascendente es un mundo muchísimo más antiguo que el de la casa de la suegra. El fuego que de ahí se recibe es un fuego más antiguo que el que se conservaba en aquella casa. El fuego nuevo que entra en la casa familiar aparentemente vulnera la tradición, pero en realidad procede de un mundo más antiguo y universal.

¿Por qué la joven esposa contó la verdad aun incurriendo en el peligro de ser echada de la casa? El ser humano, al parecer, está dotado por naturaleza de una tendencia a la integración, más bien que de la tendencia contraria a la disgregación. No sólo pretende asimilarse con el mundo exterior, sino que también desea que en su persona se integren el propio interior y la imagen externa. Cuando tanto la apariencia como la verdad de uno se encuentran en su interior, la tendencia no es asimilarse a la apariencia, sino asimilarse totalmente a la verdad propia y unificarse con ella. Un aparato detector de mentiras basa su funcionamiento en que, al mentir, el cuerpo del sujeto no se comporta de manera natural. Pues puede decirse que la persona está orientada hacia la integración de su personalidad; es más: está llamada a incorporar la verdad en dicha integración personal.

La naturaleza humana, así orientada a la verdad, hace que una persona, al mentir o disimular, se encuentre a disgusto. Es por eso por lo que la joven esposa se halla inquieta, y no hace más que ir y venir dándole vueltas a la leñera. Cuando nosotros ante nuestras propias inquietudes, desazones, zozobras..., lejos de aplastarlas y eliminarlas, nos disponemos a prestarles oído, entonces sale a flote nuestra naturaleza, con su genuina inclinación a lo verdadero, y nos puede enseñar nuestra verdad interna.

Al escuchar las palabras de la joven esposa, aquella celebración animada cae en un silencio sepulcral. Nadie

se lanza a musitar palabra alguna. La esposa, captando la reprobación tácita de aquellas personas, que se habían quedado sin habla de pura sorpresa, se sentiría muy incómoda, como si estuviera sentada sobre una esterilla de púas. Aunque durara corto tiempo, aquella sensación de reproche se le haría eterna. Es de imaginar que en su interior –e incluso desde fuera– oiría voces que le parecerían perdurar sin fin: voces de censura por haber quebrantado las costumbres ancestrales, voces de odio por haber cargado con un cadáver de mal agüero.

Cuando la joven esposa estaba allí con la cabeza hundida, pensando que ante tal situación no le cabía otra salida que abandonar la casa, el marido se fue derechamente a la leñera, donde entró, y destapó el ataúd. En realidad, el hecho de confesarse alguien –íntimamente en su interior, y también públicamente en convivencia social– que había violado unas tradiciones y había incurrido en un tabú, es un hecho muy parecido a levantar la tapa de un ataúd. Para esto es necesario el enfoque positivo de un varón y su fuerza resolutive. Puede ser un símbolo de ello ese fuego que un hombre de la procesión sepulcral ha cedido en medio de las tinieblas nocturnas. Es la energía que alguien en su interior ha recibido de un “principio masculino” allí latente, el cual estaba más cerca de la muerte que de la vida: un encuentro que el alma ha experimentado en plenas tinieblas.

En el cuento popular, la aparición súbita del marido, en este punto culminante, no puede ser más simbólica.

Una vez abierta la tapa del ataúd, resulta que éste se encontraba repleto de monedas de oro, grandes y pequeñas. Cuando uno es fiel a su verdad interior, la vida se le muestra abundante, en toda su riqueza. Puede esto deberse a que la vida ya no se halla dividida en dos; a saber: entre la realidad por un lado, y la energía desarrollada

para ocultar esa realidad, por otro; lejos de ello, la vida ha unificado sus energías, y fluye generosamente.

En este cuento, el contenido del ataúd se ha llamado el “santo”, desde el principio. Luego, sin embargo, hasta levantarse la tapa del ataúd, el cadáver se ha considerado de mal agüero y objeto de temor. Al alzarse la tapa, por primera vez se ha visto –en lugar de ello– la plenitud de vida de un ser que mora más allá de la muerte, y que todo lo trasciende.

La joven esposa en ese momento se sentiría inmensamente agradecida al marido, quien hasta entonces habría sido uno más entre quienes la censuraban sin palabras, pero en ese punto tuvo el gesto de salvarla de una situación muy comprometida. También nacería en ella un hondo respeto hacia el esposo, pues él había levantado aquella tapa del ataúd, cosa que ella, por su natural inhibición o por su falta de valor, no se había atrevido a hacer.

¿Qué idea habría tenido en su cabeza el marido? Si al abrir el ataúd apareciera allí un cadáver, él no tendría más remedio que –según la tradición de la casa– expulsar a su mujer a la calle. Seguramente no quiso precipitar una conclusión sin haber investigado la verdad de los hechos, y así pensaría: “Vamos a echar un vistazo a lo que hay ahí”. Este gesto supone en él orientarse positivamente a la búsqueda de la verdad, como ha visto en su mujer. Si se considera esto desde el punto de vista de lo que ocurre en la psique de una persona, diríamos que la masculinidad y la feminidad se están ayudando mutuamente.

Al oír que se hablaba de “monedas de oro” la gente de la casa se reúne en torno a la leñera y comenta el feliz suceso, congratulándose con gran alegría. Entonces comienzan todos la celebración festiva de nuevo. Cuando desaparece la división interior entre la parte acusadora

y la acusada, las voces exteriores de reprobación también dejan de oírse. Y esto ocurre porque cuando uno se está acusando a sí mismo, aunque no haya acusaciones procedentes del exterior, surge la impresión de que sí las hay.

Entre las personas que hay allí reunidas en el festejo, sólo la joven esposa murmura para sí, una y otra vez: “¡Ah! ¡Con razón...! ¡Ya me parecía a mí que aquellas personas de la procesión no eran seres de este mundo!”. Ella, que se había hecho a la idea de que sería expulsada de su nueva casa y familia, y de que ya se le había acabado allí su vida de casada, debió de sentir la alegría y la gratitud de quien, dando ya su vida por perdida, se encuentra con que la ha recobrado, para poder emprenderla de nuevo. Entonces entiende ella que los miembros de aquella temible y repelente procesión funeral que se topó en las tinieblas de la noche, participaban de una existencia que trasciende la humana. Cuando alguien pasa por una experiencia cercana a la muerte, y luego encuentra una nueva vida, llega a sentir en profundidad que la mano de Dios estaba operando en todo ese proceso.

Aquí en este cuento se nos describe un momento crítico a lo largo de la carrera de la vida. En la formación de una estructura psicológica, que se inclina a la feminidad –representada por la suegra del cuento– se abre un proceso de crecimiento de la masculinidad –traída por el marido–, y también se abre un tiempo en que los valores individuales nacen en la psique, con una orientación colectiva. Tal momento crítico sólo ofrece posibilidades pasando por la muerte –y el sufrimiento anejo a ella– de cuanto se ha hecho viejo. Pero es a través de esa muerte como nace una nueva vida. Es una experiencia religiosa, por la que el ser humano ve cómo se enriquece su propia vida.

El argumento de nuestra historia es muy parecido a lo que en la liturgia cristiana se denomina “Liturgia de la Luz”, la cual se realiza en la Vigilia Pascual de Resurrección. El Domingo de Resurrección se ha determinado que corresponda al primer domingo después del plenilunio siguiente al equinoccio de primavera. Es el período del año en que el luminoso tiempo diurno empieza a alargarse a costa del tiempo nocturno. Las luces interiores de la iglesia se apagan todas, las flores y los paños del altar se retiran..., como muestras de tristeza por la muerte del Salvador.

La ceremonia empieza fuera del templo, junto a su entrada, en la oscuridad de la noche. El sacerdote celebrante produce el fuego nuevo, lo bendice, y prende con él un cirio. Para hacer el fuego nuevo, antes se usaba un pedernal, procedimiento que no siempre era efectivo al primer intento. Además, con multitud de gente congregada en aquel exterior oscuro, no se veía bien lo que estaba haciendo el sacerdote; así que tal espera era aburrida, y se pasaba frío. Pensando en todo aquello desde la actualidad de hoy, creo que tenía un efecto escénico. Nos hacían pasar por aquella experiencia de oscuridad, frío y aburrimiento hasta tanto no se encendiera el fuego. En época más reciente, dado que con el sistema anterior se consumía mucho tiempo, se han empezado a usar ya cerillas o un encendedor para hacer el fuego.

Cuando en el cirio pascual se prende el fuego, el sacerdote entra a continuación en el templo portando el cirio, y los fieles lo siguen. Una vez que todos han entrado, van recibiendo en sus velas una llama procedente del cirio pascual. Los primeros en recibirla se la van pasando a los demás alrededor.

Esta bendición del fuego nuevo que se realiza en la Vigilia Pascual tuvo su origen en Francia. Por lo que pue-

de saberse, desde el siglo VIII al menos se viene celebrando dicho rito, que se transmitió a Roma a partir del siglo IX. La chispa del fuego que brota del pedernal es símbolo de la resurrección de Jesucristo. Así como de una piedra que no tiene nada que ver con el fuego nace el fuego, así de un sepulcro, que no tiene nada que ver con la vida, nace la vida. Cuando aquel al que todos consideraban muerto vuelve a tener vida, nace igualmente el fuego nuevo: la luz del Salvador que nos ilumina, y deshace las tinieblas. Quedamos así salvados de la situación de destierro en que estábamos.

* * *

En este capítulo hemos tenido ocasión de leer tres cuentos. “La joven sin brazos”, “La oreja que escucha” y “Una llama para Año Nuevo”. En “La joven sin brazos”, la protagonista sufre la experiencia de verse a punto de perder a su hijo. En “La oreja que escucha”, el protagonista vive la experiencia de apartarse de la tierra y meterse en el abismo del mar. En “Una llama para Año Nuevo” la joven esposa pasa por la experiencia de tener que salir de su casa para internarse en las tinieblas. En los tres casos, los respectivos protagonistas tienen la experiencia de un Gran Ser: la joven sin brazos, cuando se encuentra en el momento más desesperado; el hombre de “La oreja que escucha”, estando sumergido en el fondo de los mares; y la joven esposa de “Una llama para Año Nuevo”, sumida la hondura de las tinieblas. Y experimentando esa cercanía del gran Ser, ellos renacen a una nueva vida.

Estos cuentos no hablan de una resurrección después de la muerte; pero reconocen una experiencia interior: el paso de las tinieblas a la luz.

IV

LO SAGRADO DE LA NATURALEZA HUMANA --- Lo sagrado de la sexualidad

Hay un carácter chino 性 que usamos los japoneses para hablar de naturaleza y sexo, y está compuesto de dos partes: el primer componente, que ocupa la parte izquierda, significa “mente” o “corazón” y el segundo componente, a la derecha, significa “nuevo brote de una planta”. Ambas partes unidas integran el carácter en cuestión, el cual tiene dos lecturas: “saga” y “sei”. Cuando se lee “saga” significa “la naturaleza esencial de alguien o de algo”. Cuando se lee “sei” significa “sexo” o “sexualidad”. Independientemente de cómo se pronuncie, el significado básico del carácter es “tendencia innata del corazón”.

El presente capítulo comprende dos historias, que contemplan cómo se manifiesta el gran Ser en el interior de los seres humanos. Una historia trata de “saga”, y la otra de “sei”. El primero de estos cuentos procede de Nordeste de Japón (región de Toohoku), y es como sigue:

4.1. EL HÍGADO DE UN NIÑO

Érase una vez, que en cierto lugar vivía un campesino muy trabajador.

Como su madre, ya anciana, estaba ciega, él deseaba casarse con una mujer amable y llena de ternura. Y en éstas, una muy bella mujer se le cruzó en su vida, y se casa-

ron. Ella era muy cariñosa y atenta con la madre de él; la llamaba “abuela, abuela...” y, siendo ésta ciega, la trataba con mucho esmero. Nació un hijo del matrimonio, y la familia entera vivía feliz y unida.

Sucedió luego que, cada noche, a eso de las dos, la esposa dejaba silenciosamente el lecho y salía de la casa. Ya podía llover, o hacer mucho viento de madrugada, que ella siempre sobre la misma hora se iba sola. Nadie en la casa lo sabía.

Cuando precisamente era ya la noche número noventa y nueve que esto sucedía, la esposa, tras salir de casa pasada la medianoche, se encontró con un vecino mayor en un camino de montaña. Éste pensó, con asombro:

“Es la joven esposa de mi vecino. ¿Adónde irá, a estas horas de la madrugada? ¿No será que va a verse con un hombre por ahí?”

Como no podía más de extrañeza, al día siguiente se lo contó al marido. Este se quedó atónito. Le resultaba indudable que si su mujer se iba sola de casa a altas horas de la noche, era porque había encontrado un hombre. Todo el día anduvo nervioso, sin poder dedicarse al trabajo.

Esa noche el hombre se fingió dormido, y estaba vigilando cualquier movimiento de su mujer. En medio de la oscuridad de la noche él mantenía los ojos abiertos, y también los oídos, como si fueran caracolas, y esperaba allí en actitud de alerta. La mujer, que dormía a su lado, se levantó silenciosamente y se vistió. Acto seguido, ella abrió la puerta de la casa y se marchaba.

“Esa tunanta, ¿qué tendrá que hacer a estas horas para salir así de casa? Voy a seguirla para ver lo que hace” –pensó el marido. Y sin perder tiempo, se levantó y le fue siguiendo los pasos a la mujer.

Ésta se apresuraba camino adelante. Marchaba tan deprisa que el marido apenas podía seguirla.

“Mira por dónde, allí hay una cabaña. Seguro que es ahí donde se ven. ¡Vaya mujerzuela que me ha caído,

engañándome así a estas horas de la noche! ¡Conmigo tendrá que vérselas luego!”.

Entre estos pensamientos, el marido no cejaba en su persecución. Pero la mujer ni siquiera se fijó en la cabaña. Ella la pasó de largo y seguía su ruta adelante, adelante, todo lo deprisa que podía.

Más allá en la ruta, había una choza para espantar desde allí a los pájaros.

“Va a resultar que en esa choza de espantar pájaros es donde han quedado los dos” –se decía el marido, incapaz de aguantar su impaciencia.

La mujer pasó desde luego por delante mismo de la choza, pero no se volvió siquiera para mirarla, y siguió su camino adelante.

El hombre estaba desconcertado.

“¿Qué se le habrá perdido a ésta por aquí, tan lejos?” –y con tal perplejidad encima, el marido la seguía; y ella anduvo casi una legua más.

Subiendo una loma, allí había un templo dedicado a Kannon, la diosa budista de la misericordia.

La mujer se acercó al templo de Kannon y fue corriendo hacia el pozo del mismo. Allí fue sacando cubo tras cubo de agua, y a medida que los sacaba se los echaba encima por la cabeza. Luego ofreció una velita ritual en el templo, y se quedó rezando hasta que su llama se apagó. Decía:

–Por favor os ruego: haced que la abuela pueda ver con sus ojos. Por favor: que se cumpla mi petición, os lo ruego.

Así permaneció un largo rato, absorta en su oración. Su marido al verla se quedó hondamente admirado.

“Ay, ¡qué mal me he portado! A pesar de que se trata de mi propia madre, yo no he sido capaz de hacer eso. Y encima he estado dudando de ella. ¡Qué vergüenza tan enorme!”.

Con estas palabras se reprochaba a sí mismo. Luego procuró por todos los medios volverse aprisa sin que su

mujer lo viera. Aún temblando, regresó a casa, y allí se metió en el lecho y, aparentando estar ajeno al asunto, entornó los ojos.

Al cabo de un rato se abrió la puerta de la entrada. Era su mujer, que regresaba.

–Perdona –dijo ella, mientras se metía en el lecho junto a su marido y tiraba del edredón para cubrirse. Poco a poco se quedó dormida.

A la mañana siguiente, cuando el hombre se despertó muy diligente, su mujer estaba ya trabajando en la casa. Tenía la cara un poco pálida.

–¿Te pasa algo? –le preguntó él.

–No, nada –respondió ella, sin añadir más.

Una vez que su marido se fue a trabajar, la mujer se dedicó a hacer algunos deliciosos platos, y luego se dirigió a la casa del vecino.

–Perdona –le dijo ella–, pero es que hoy tengo un trabajo; y, si puedes hacerme el favor, te dejaría aquí a la abuelita de mi casa para que la cuides.

Había una razón para esto. Se trataba de que la noche antes de concluirse su promesa –cien días de oración a fin de que la “abuela” recobrara la vista–, la mujer había tenido un sueño. En medio de ese sueño, la diosa Kannon se le apareció, y le manifestó:

–Los ojos de la “abuela” de tu casa no tienen curación, ni con médicos ni con medicinas. Con todo, hay una manera, y sólo una, para que ella se cure. Si sacas el hígado viviente de tu hijo y se lo aplicas a los ojos de la abuela, éstos enseguida se le abrirán.

–Imposible, imposible. Tatsukichi es mi hijo, y lo quiero muchísimo –gimió la mujer.

Sin embargo, al pensar que si no se aplicara el hígado de su hijo a los ojos de la abuela, a ésta no se le curaría la vista, ella no podía conciliar el sueño. Hasta que ella misma concluyó en su interior que los ojos de la abuela eran más importantes que su niño, y se resolvió a poner los medios.

Así fue como le pidió al vecino que cuidara de la abuela; lo cual se llevó a cabo.

–¡Tatsukichi! ¡Tatsukichi! –gritaba la mujer llamando al hijo. Tatsukichi acudió junto a su madre y se le sentó en la falda, sobre las rodillas. Levantó la cabeza para mirarla. La mujer se quedó contemplándolo por unos momentos.

–¡Tatsukichi, perdóname! –exclamó ella, mientras se apresuraba a traspasar la garganta del niño con un cuchillito.

Tatsukichi no entendía nada y prorrumpió en un alarido de dolor.

Entonces la abuela, que estaba en casa del vecino, se sorprendió al oír gemir súbitamente a Tatsukichi.

–¡Oh! Es la voz de nuestro Tatsukichi –dijo–. ¿Por qué gritará así? ¿Se habrá caído desde el umbral de la casa a la calle?

Y cuando ella se levantó, de la reacción, ¡oh, maravilla! sus ojos se le abrieron.

–¡Ahora ya veo! ¡Se me han abierto los ojos! –gritaba la abuela. Y sin calzarse siquiera sus sandalias de salir, se echó a correr hacia su casa.

–¿Qué ha pasado, que acabo de oír un grito enorme? –preguntó la abuela. Cuando vio la escena, no pudo reprimir un profundo alarido.

La mujer estaba allí caída, abrazando a su hijo. Bañada en sudor, agarraba firmemente a Tatsukichi.

–Pero ... ¿qué le has hecho a Tatsukichi?

Y al ver enseguida el cuchillito atravesando la garganta de Tatsukichi, la abuela se quedó sin habla.

–¡Abuela! ¡abuelita! –le gritó una voz, mientras alguien le agarraba a ella la mano.

“¡Cómo va a ser...! ¿Quién me...? ¡Pero parece Tatsukichi!” pensó ella. Al mirarlo más detenidamente, vio que el niño no tenía ni una herida.

–¡Tatsukichi! ¡Mi niño! –exclamó la abuela, mientras abrazaba estrechamente a su nieto.

El marido volvió a casa, donde reinaba tal alboroto que él no podía dar crédito a lo que veía.

Enseguida, la mujer, que había vuelto en sí, le dijo a su marido:

–Hice mal al no contarte lo que estaba pasando. Perdóname. Mira: el caso es que por encima de todo yo deseaba la recuperación de la vista de la abuela, y por eso hice una promesa que me obligaba durante cien días. La noche del día noventa y nueve, me encontré con nuestro vecino en un camino de montaña y, aunque pensé que por ahí llegaría a saberse lo de mi promesa, como quedaba sólo una noche, no te dije nada ya. Por favor, perdóname.

–¿Cómo va a ser? ¡Si soy yo quien tiene que pedirte perdón! Tratándose de mi propia madre, estoy avergonzado por no haber pedido por su curación –le respondió el marido. Y añadió, tomando la mano de su mujer:

–Para celebrar el buen final de tu promesa, vamos a calentar agua para un baño, vamos a cocinar arroz rojo, y luego nos dirigimos al templo de Kannon para darle las gracias.

Luego al punto, cocieron el arroz con habitas rojas y se marcharon en grupo familiar –padres e hijo– montaña adentro, hacia el templo de Kannon.

Al llegar allí, vieron que a la diosa Kannon le manaba abundante sangre, desde la garganta hasta el pecho.

–¡Gracias a Kannon! Ella ha asumido el sacrificio, por nosotros. Tatsukichi se ha salvado. La abuela ha recobrado la vista. ¡Gracias sean dadas a Kannon!

Mientras estaban así en adoración, de repente un halo luminoso surgió por detrás de la mujer. Y, acto seguido, ella se fue hacia el cielo, subiendo, subiendo ante la mirada de todos.

Se trata de un campesino muy trabajador, cuya familia –cuatro miembros en total– consta de su madre –anciana y ciega–, el matrimonio –siendo su esposa muy bella

y amable-, y un hijo varón. La familia vivía feliz y unida. Aplicando este panorama a la psique en formación de una persona, podemos decir que ahí se contempla un estado de cierta armonía y madurez. Como en el cuento la protagonista es la mujer, esta aplicación vamos a centrarla en una psique femenina.

La esposa del cuento es hermosa y de buen corazón, y cuida a su suegra ciega con todo esmero. Están ahí puestas en juego las energías positivas femeninas. La suegra, como madre de toda la familia, aporta la dimensión maternal. El inconsciente, que genera al plano consciente, desempeña un papel maternal. La relación entre lo inconsciente y lo consciente es comparable a la relación madre-hija. Aunque suegra y nuera no comparten la misma sangre, y su parentesco es más remoto que el existente entre padres e hijos, las dos mujeres de este cuento se llevan admirablemente bien.

La suegra está ciega. No capta la luz, y vive siempre en las tinieblas. Su manera de relacionarse con el mundo exterior es necesariamente más torpe que en el caso de cualquier persona normal. En la psique de una mujer hay una existencia que desea ser liberada de las tinieblas y ver la luz. Sin duda anidará ahí también la esperanza de poder comunicarse mejor con el mundo externo a ella.

La esposa hace una promesa a la diosa Kannon que la obliga por cien días. De noche, mientras todos duermen, ella se va andando por un camino de montaña, y hace una legua larga. Subiendo una loma, llega al templo de Kannon, y allí practica unas abluciones con agua fría. Luego enciende una velita votiva, y reza con toda su alma hasta que la llama se apaga.

El deseo de la suegra de recobrar la vista se ha convertido en el deseo y la súplica de la nuera. Ellas no disponían del poder necesario para curar la ceguera. Por eso

la nuera dirige su ruego a la divinidad. Cuando uno se ve ante un obstáculo insuperable para sus fuerzas, pone su esperanza en Dios.

Kannon es una entre los Bodisatvas o deidades menores del Budismo, y se ha comprometido bajo juramento a amparar a la humanidad de todas las desgracias. En realidad, aunque tenía la dignidad de Buda, en su disposición de ayudar a los humanos, renunció al rango de Buda y aceptó ser Bodisatva o enviada –la categoría siguiente a la de un Buda–, para bajar a este mundo a ayudarnos. El nombre de Kannon 觀音 procede de la composición de dos caracteres chinos: el primero “kan” 觀 significa “ver y comprender”, y el segundo “on” 音 significa “sonido”. Quiere decir que ella es receptiva ante las plegarias. Según el “sutra de Kannon”, cuando un ser humano, desde su aflicción, lanza su clamor a Kannon pidiendo ayuda, ella no solamente escucha esa voz, sino que entiende la causa del sufrimiento que está detrás, y enseguida ve cómo puede proporcionar ayuda. Respecto a la cuestión de si Kannon es hombre o mujer, habría que decir que, encontrándose en el ámbito de Buda, trasciende las diferencias de sexo. Pero es un hecho que desde la segunda mitad del siglo VII empezaron a aparecer en Japón sutras en que se presenta a Kannon como mujer; y paralelamente se fueron haciendo imágenes de la diosa como mujer.

La esposa del cuento salía diariamente a la misma hora nocturna, ya fuera una noche de lluvia o hubiera un temporal de fuerte viento. Indudablemente, sería una experiencia muy penosa levantarse de noche a la hora en que la gente duerme, y hacer andando un camino de ida de una legua larga. Había que subir por rutas de montaña, y luego, al remontar una loma, allí arriba estaba el templo de Kannon. Un monte está más cerca del cielo

que la tierra llana, y siempre se ha creído que en la cima de un monte residía la divinidad. La mujer se dirige, un día tras otro, a ese lugar favorito de su corazón, para continuar tal práctica hasta cumplir los cien días. Ella va a seguir orando hasta que se concluya el plazo, hasta que la salvación descienda sobre su casa.

Las abluciones que ella practicaba como rito de purificación consistían en echarse agua del pozo por todo el cuerpo, para luego orar purificada ante el altar budista. Antiguamente, todos los fieles que se disponían a adorar a la divinidad pasaban por un rito de purificación similar; pero con el paso del tiempo esa práctica se ha ido abreviando, y se ha reducido a una ablución de manos, que suele hacerse en una pileta de piedra situada a la entrada de los templos; quedando reservada la práctica de la ablución corporal total para las ocasiones en que hay un ruego muy especial que hacer. Según la estación del año que corresponda, la ablución corporal con agua fría puede convertirse en un ejercicio muy riguroso.

Noche tras noche, la mujer pasaba las horas sin dormir, entre la oscuridad, la dureza de su peregrinación, y el frío...: todo eso que ella ofrecía a la divinidad. Sin duda haría así más conscientes la oscuridad y los sufrimientos de su vida interior, y a diario los aceptaría con resolución.

La mujer continúa su oración de petición, sin que los demás sepan nada. Hasta que esa petición rinda sus frutos, ella la atesora interiormente. El motivo es que, de revelar ella lo que está haciendo, el proceso de su petición se interrumpiría a medio camino. Ella ha optado, intencionadamente, por guardar silencio. Sólo la diosa y ella conocían la súplica, y el sufrimiento anejo. La soledad debía pesar sobre la mujer; pero por otro lado también estaba viviendo ella un período de íntima y personal relación con la diosa.

El marido supo por un vecino mayor que su esposa salía de la casa en plena noche, y concluyó terminantemente que ella se traía una aventura con un hombre. Tal vez el marido pensó que una esposa tan bella, y tan amable con su familia, era demasiada mujer para él. Cuando alguien se devalúa interiormente en su autoestima o en su dignidad, también deja de creer en los demás. Así pues este marido, cuando su mujer se levanta de madrugada y sale afuera, va tras ella siguiendo sus pasos. Ni le pregunta a dónde va, ni tampoco trata de detenerla. En tanto que las dudas y los celos le ocupaban la cabeza, el perdió la facultad de coordinar unas palabras con que poder comunicarse.

Cuando el marido sigue a su mujer en su marcha, para venir a encontrarse con que ella iba a rezarle a Kannon, él se culpa a sí mismo por su desconfianza, y luego regresa corriendo sin que lo advierta su mujer; y finalmente finge no haberse enterado de nada. Es una persona que carece de autoconfianza, resulta incapaz de comunicarse, y es inmaduro en sus reacciones. Diríamos que, en el mundo interior personal, da la imagen de una masculinidad inmadura.

En este cuento nos encontramos con un niño; pero, siendo niño, ha de ser inmaduro en su masculinidad. Con todo, aun dentro de su inmadurez, el niño también es portador de abundantes posibilidades para el futuro. Además, de entre todos los personajes de la historia, sólo el niño tiene un nombre: "Tatsukichi". "Tatsu" 辰 quiere decir "dragón", el quinto animal entre los doce signos del zodiaco. Es un animal imaginario, que asciende a los cielos desde las entrañas del agua. En el cómputo horario, la hora del dragón corresponde a una hora mañanera, entre las 7 y las 9. Es el tiempo del alba, en que la noche cede paso al día que abre. "Kichi" 吉 significa "buena suerte",

algo digno de celebración. Tatsukichi, término compuesto de los anteriores, puede significar una existencia risueña que nos trae el alba del día, con la energía de un dragón que sube al cielo. Quiere decir también que los valores masculinos presentes en la esposa y madre del cuento, aun siendo todavía inmaduros, ofrecen grandes posibilidades de crecimiento.

Cuando el marido se puso a seguir a su mujer era la noche número cien, estando para vencer el plazo de la promesa. La noche anterior a ésta ha sido cuando un vecino algo mayor se la ha encontrado a ella en un camino de montaña. En pleno proceso de estar ella cumpliendo secretamente su promesa, la masculinidad despierta en su interior.

Durante la noche que hace cien para el cumplimiento de la promesa, la mujer recibe en sueños un mensaje de la diosa Kannon.

¿Desde qué momento de la historia del país han pasado a considerarse los sueños como algo insustancial e insignificante? El folclorista Kunio Yanagida opina que aun antes de la entrada del Budismo en Japón, existía en este país una fe popular en los oráculos divinos a través del sueño; y él mismo ha constatado el hecho de que, contemporáneamente, en zonas rurales hay una expresión para el dios que así se comunica en el sueño, llamándolo “Makuragami” (dios de la almohada), pero se considera que todo esto queda fuera del ámbito del Budismo. Si el dios que se manifiesta en los sueños parece situarse fuera del Budismo, se le atribuye, pues, una antigüedad anterior –en la fe popular– a la de la entrada del Budismo en Japón (538 d.c.); y así, la presente historia, en que Kannon se comunica mediante un sueño, evidencia una superposición del Budismo a una tradición más antigua. En el templo budista Hooryuuj, en la pre-

fectura de Nara, hay una sala octogonal que se suele llamar “el Pabellón de los Sueños”, como conmemoración de que el príncipe Shotoku recibió oráculos mediante sus sueños en aquel lugar sagrado. Pero el nombre no le fue impuesto al pabellón por las autoridades budistas, sino que le vino dado por el pueblo.

Hay gran cantidad de cuentos populares que muestran el hecho de que los antiguos solían conceder mucha importancia a los sueños. En “El millonario de paja” se cuenta la historia de un hombre pobre que se retiró a un remoto templo de la diosa Kannon, donde se le otorgó un sueño como don divino. Actuando él como se le dijo, se hizo rico. “El ricachón que compró un sueño” es un cuento donde se trata de un comercio de sueños. Los sueños no eran meras imágenes que vagaban en la mente, sino que –los de buen augurio, sobre todo– eran regalos que los dioses hacían a los humanos.

En la Biblia se narran muchos sueños importantes, como el de Jacob, patriarca del pueblo de Israel, y el de su hijo José. También se relata el sueño de José el carpintero, padre de Jesús. En el libro de Daniel, compilado hacia el año 150 a.C., se nos dice que Dios habla por medio de los sueños, y que para la interpretación correcta de esos sueños se requiere la ayuda de Espíritu divino. Los sueños suelen tratar sobre el futuro de las personas, y no vienen precisamente a fijar su destino, sino que más bien se les conceden a esas personas como una ayuda para el futuro, a fin de que puedan enmendar su conducta tras haber conocido el significado de esos sueños. Siendo esto así, las personas del mundo bíblico consideraban los sueños como un regalo de Dios, y en consecuencia reverenciaban dichos sueños.

De este modo los antiguos daban relevancia a sus sueños, en contraste con lo que hoy día hacemos nosotros,

que nos sacudimos de encima los sueños para olvidarlos. Los sueños son complicados de entender, y lleva tiempo penetrar en su contenido. Con todo, si por ser difíciles de entender concluimos sin más que no tienen sentido y que son aburridos, ¿no estaremos cayendo en una orgullosa autosuficiencia? Educados en una cultura que valora la rapidez, hemos perdido la costumbre de tomarnos tiempo para rumiar y considerar las cosas; y eso puede motivar que la sociedad actual se haya alejado del mundo de los sueños. En época reciente, la psicología profunda ha venido a recordarnos, a nosotros que vivimos volcados hacia el mundo de lo consciente, la importancia de los sueños.

En este cuento, la diosa Kannon se hace presente en el sueño de la joven esposa, y le dice que debe sacar el hígado de su hijo, y aplicarlo a los ojos de su suegra ciega para que ésta sane.

Los japoneses tenemos la expresión “kanjin kaname”, donde “kan” significa el hígado, “jin” los riñones, y “kaname” la esencia. La frase quiere significar “lo esencial” de algo, manifestando que el hígado –ante todo– y los órganos internos son esenciales para la vida. Por ahí se ve que los antiguos valoraban mucho el hígado como parte importantísima para el funcionamiento del cuerpo. El hígado, al contener bastante cantidad de sangre, se determinó que era la sede de la vida y de la energía. En el cuento popular “El hígado viviente del mono”, se atribuye al hígado el poder de sanar enfermedades.

Para conseguir el hígado del niño, obviamente hay que sacrificar la vida de ese niño. El niño, donde palpita la carne y la sangre de su madre, seguramente es considerado por ésta como parte de su propia vida. Sacrificar esa vida equivale a sacrificar la suya propia. Cuando a

alguien se le muere un hijo o un ser querido, o bien cuando un hijo se emancipa y sale del hogar familiar, ¿no es cierto que se experimenta una sensación paralela a la de esta esposa del cuento, cuando se vio obligada a matar a su propio hijo?

Hay ocasiones en que un sacrificio así se le pide a la persona en su mundo interior. ¿Qué cosas serán ésas de las que el “ego”, centro de la conciencia, no quiere desprenderse? En ciertas épocas del cristianismo se consideraba como una virtud comer alimentos rociados con ceniza, o bien obedecer al mandato –que uno podía recibir– de regar un árbol plantado al revés, y cosas así. En tales ocasiones, el ego pasaba por una humillación penosa, pero se cumplía el deseo propio de crecer en virtud. Sin duda no hay nada más temible para el ego que ver deshecha en pedazos su propia imagen. Se da cierta analogía entre decir una persona “adiós” a su propia imagen, que ella misma haya modelado según su idea, y decir “adiós” a un hijo que esa persona haya parido y criado.

Como en una corriente eléctrica hay dos polos, así también hay dos polos en la energía íntima del ser humano. ¿Acaso no se piensa por un momento alguna vez, incluso acerca de las personas más cercanas e íntimas, cosas como “ya te podías morir de una vez”? ¿Y no suele ocurrir que, habiendo formulado un deseo así, luego nos parece horroroso, y tratamos de sacudírnoslo de encima y de borrarlo? Una madre que ama a su hijo, si de pronto siente aversión o deseos asesinos hacia él, ¿no se dice a sí misma enseguida “¡qué disparate!” “¿cómo se me puede haber ocurrido tal cosa?”, y así trata de suprimir su mal pensamiento? En una maternidad amante del hijo, un repentino deseo de quitarlo de en medio para siempre constituye el polo negativo de esa maternidad. De ordinario, lo que es negativo en nuestra psique tendemos a

sacudírnoslo de encima, y a enviarlo más abajo del nivel consciente. Luego modelamos el retrato del ego a base sólo de lo positivo. Es un autorretrato en versión positiva.

Lo perteneciente al polo negativo, como lo hemos relegado a un lugar sombrío donde queda desconocida su energía, en ese espacio oscuro sigue operante. Si no nos apercebimos de su actividad, es imposible que lleguemos a integrarla o que saquemos algo positivo de ella. He oído contar que el general nazi Goering, que había asesinado a miles de personas, lloró con ocasión de que había muerto su canario favorito, tan querido para él. Seguramente él tenía buena opinión de sí mismo, viéndose como persona sensible. Su poder destructivo, relegado por él a las sombras del inconsciente, no se reconocía como tal, pues se estimaba justificado por un ideal, como era el de la pureza de la sangre aria para el pueblo alemán.

La mujer del cuento llega a la resolución de que tiene que atravesar el cuello de su hijo con un cuchillito, y así lo hace. Ofrece en sacrificio la vida de su hijo, lo más querido para ella. Si nos preguntamos cómo fue capaz de resolverse a algo tan horrible, la respuesta estaría en que esa era la respuesta de la diosa Kannon a su oración de súplica. La mujer actúa con la fe puesta en una existencia que trasciende a la suya propia, y así va guiando a ésta última. Si reflexionamos sobre ello en términos del mundo interior a nosotros, diríamos que es como si uno, conducido por alguien que trasciende al ego, rompe el autorretrato del ego chocando con él, y lo traspasa del impulso. Entonces se liberan los reprimidos aspectos negativos, y se les deja que afloren; y así uno puede mirarlos sin pestañear. Ahí en ese nivel funcionan el discernimiento y el poder resolutivo. Es la masculinidad que entra en juego, aquí simbolizada en el cuchillito.

Al hincarse el cuchillito en el cuello del niño, éste grita, y sus gritos son escuchados por la abuela, que enseñada se incorpora. En ese instante se le abren los ojos de par en par. La que estaba hasta ahora sumida en las tinieblas, ya puede ver la luz. Cuanto estaba sepultado en el interior de su nuera –envidias, instintos criminales, potencial destructivo...–, todo eso es traído a la luz. Se opera una integración de lo positivo y lo negativo, y nace una auténtica maternidad. Una vez ofrecido el sacrificio que se demandaba, lo que yacía en el núcleo central de la vida es traído a la luz de la superficie.

Viendo el cuchillito hincado en la garganta de Tatsukichi, la abuela se quedó sin habla.

–*¡Abuela! ¡Abuelita!* –le llamó la voz de su nieto.

Ella al oír la llamada reaccionó, mirando con atención, y vio que Tatsukichi no tenía una sola herida. ¡El niño está vivo! ¡Posee una nueva vida! Y esa vida es un símbolo de la nueva masculinidad que ha nacido en el interior de la madre, para su integración.

En tal punto, el marido viene de vuelta. Ahí tendrá lugar un nuevo encuentro con su mujer.

Luego se prepara un arroz rojo para celebrarlo, y los padres y el hijo subirán al monte donde está el templo de la diosa Kannon. Allí ven que la diosa tiene sangre, que le fluye de la garganta al pecho. La diosa Kannon se había sacrificado como víctima a cambio del niño. Al estar allí adorando a la diosa, súbitamente por detrás de la joven esposa destelló un halo de luz, y ella fue ascendiendo suavemente al cielo.

Hacer alguien ofrenda de sus personas queridas, o bien delpreciado retrato de su ego, debe de ser una experiencia comparable a la de esa madre que atraviesa la garganta de su hijo. Debe de sentir algo semejante a lo que

sería para ella atravesar su propia garganta. Cuando la madre ofrece el sacrificio que se le ha pedido como quien está hiriendo su propia garganta, también la diosa Kannon comparte con ella ese dolor, y deja manar sangre por su propia herida.

La diosa Kannon ha sido quien ha invitado a la mujer a realizar dicha ofrenda. El resultado de haber obedecido ésta a las palabras de Kannon es que todo cuanto estaba en el interior sombrío de la mujer se muestra a plena luz. Se trata de su auténtica maternidad y de su masculinidad nuevamente nacida. Y además, su feminidad interior se integra de una manera nueva con esos valores, tanto maternos como masculinos.

Y sobre todo notemos que la diosa Kannon, que había estado muy separada de la aldea, se muestra a este mundo a través de la joven esposa. La naturaleza de Buda, que ha estado muy alejada del plano consciente, aparece allí donde puede ser vista. Cabe decir también que el hígado, sede de la vida, y núcleo central de la que ésta mana, es sacado fuera, bien a la vista.

La mujer, que ha pasado por las tinieblas, la falta de libertad y el frío, recibe la luz, la liberación, y una nueva vida, de parte de aquel Ser que la trasciende a ella misma.

La vida y la luz de ese Ser se encarnan en la mujer. Cuando ella se apercibe de que aun los instintos asesinos y la capacidad de destrucción pueden sublimarse por la acción del Ser sagrado, empezará a albergar un sentimiento de respeto hacia sí misma. Y con estas palabras no quiero decir “hacia el autorretrato propio”, por el que cualquiera se ve superior a los demás; se trata más bien de un respeto hacia ella misma, en cuanto que ha recibido una naturaleza sagrada.

En la Biblia hay una historia enteramente similar a la de “El hígado de un niño”. Es un relato que trata sobre Isaac, el hijo que le fue concedido a Abraham –de quien hemos hablado no muy atrás–, cuando éste contaba ya cien años.

Dios lo llamó un día:

–¡Abraham!

–Aquí estoy, Señor –respondió él.

Y Dios le ordenó:

–Toma a tu hijo, a tu querido y único hijo, y encamínate con él a la tierra de Moria. Subirás con él a un monte del lugar, que te voy a indicar, y allí lo ofrecerás en sacrificio mediante el fuego.

A la mañana siguiente, muy temprano, Abraham aparejó su asno, se hizo acompañar de Isaac y de dos jóvenes sirvientes, cortaron la leña destinada al sacrificio, y se dirigieron al lugar que había sido indicado por Dios.

Cuando llegaron al sitio que Dios había elegido, Abraham erigió allí un altar de ofrendas y esparció la leña encima. Luego, atando a su hijo Isaac, lo colocó sobre la leña. Entonces Abraham alargó el brazo, tomó un cuchillo, y se dispuso a matar a su hijo. En tal momento, un ángel dirigió a Abraham una voz desde el cielo:

–Abraham, Abraham.

Él respondió:

–Aquí estoy

Y el ángel le dijo:

–No dejes caer tu brazo sobre tu hijo. No le hagas nada. Has dado muestras evidentes de que temes a Dios. –Y prosiguió: –Yo te prometo por mi nombre, dice el Señor, que por haber obrado así y no haber perdonado la vida ni siquiera a tu único hijo, yo derramaré mis bendiciones sobre ti, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas de la playa. En tu descendencia serán bendecidos todos los países de la tierra. (Gén 22)

Este relato muestra que a Dios le basta con esa disposición interior de Abraham, abierta a ofrecerle en sacrificio su único hijo. Pero en el trasfondo deja ver la realidad de entonces, en que era posible ofrecer en sacrificio a un niño. También en Japón hubo una época en que se ofrecían niños en sacrificio. En el flujo de la energía humana emanada del interior, se observa un cierto patrón recurrente, que en psicología profunda suele llamarse un “arquetipo”. Y ofrecer a un ser querido como sacrificio es indudablemente uno de esos arquetipos. Los antiguos, al parecer, realizaban ese rito sin cuestionárselo interiormente, como una acción realizada de cara al exterior. No cabe duda alguna de que era un rito inhumano; aunque, como puede observarse en el relato de Abraham y en el cuento popular japonés, a medida que la humanidad iba ganando en madurez, fue desarrollándose el común sentir de que lo realmente requerido era la disposición interior de ofrecer el sacrificio.

Si nosotros, personas del mundo actual, tendemos a relegar al olvido aquel rito de sacrificar niños, como algo de épocas primitivas, ¿qué se seguirá de ahí? Para ofrecer en sacrificio a un ser querido hay que valerse de la facultad de “cortar”. Si nunca se hace uso de dicha facultad, nos encontramos con el caso de padres que no aciertan a separarse de sus hijos, o de hijos que jamás dejan el nido familiar...; y cuando la muerte o el destino arrebatan a un ser querido, los que quedan pueden seguir toda la vida aferrados enfermizamente a su recuerdo, y cosas por el estilo.

Aunque se haya dejado de ofrecer sacrificios humanos, el arquetipo de ello pervive en el inconsciente. Si el arquetipo se trae al plano consciente, eso mismo puede redundar en crecimiento personal. Pero si se estanca en el inconsciente, la persona en cuestión puede ser movida

por tal energía, sin darse cuenta para nada. Recientemente en Japón han venido proliferando los abusos inferidos a menores, y no parece aventurado conjeturar que todo eso se deba a un arquetipo que no ha llegado a hacerse consciente.

En el relato bíblico aparece como protagonista Abraham, un hombre; y quien se manifiesta a través de él es Dios Padre, que otorga su bendición a modo de recompensa. En el cuento popular japonés, el papel de protagonista lo desempeña una mujer; y a través de ella hace su aparición la femenina y tierna diosa Kannon, que derrama su propia sangre. Por lo que podemos deducir de estos ejemplos, mientras en el Antiguo Testamento los valores masculinos están próximos al plano consciente, y a Dios se le ve desde el prisma de la virilidad, en el cuento popular japonés, sin embargo, es la faceta femenina del espíritu la que se hace más consciente; y sentimos a partir de ahí, de forma muy vívida, el lado femenino de que también goza el ser trascendente.

4.2. EL HOLGAZÁN TAROO

A continuación y para terminar, vamos a citar el cuento de “El holgazán Taroo”, extraído de uno de los cuadernillos editados para mujeres y niños que se hicieron célebres en la era Muromachi. Como en el caso de “La Princesa Uriko” y en el de “El bonzo enanito” tampoco se puede hablar aquí de la obra de un autor, sino de una creación popular en forma de cuento.

En el tramo final de la carretera Toosan de Togoori en Shinano (Shinshu, en la prefectura de Nagano) había una población llamada “villa de Atarashi”, en la región de Tsukuma. Allí vivía un curioso personaje, que tenía por

nombre Taroo Hijikasu, “el holgazán”, como lo apodaban. La razón por la que le colgaran tal apodo no era otra sino que sería difícil encontrar en todo aquel territorio a alguien que lo superara en vagancia. Por un lado, él quería vivir desahogadamente y establecerse en una buena vivienda, pero como siempre le faltaba mucho para eso, se contentó con poner en pie cuatro gruesas cañas de bambú, y extender encima una esterilla de paja a modo de sombrero, para ir pasando sus días. Como carecía de recursos, no emprendió ninguna industria; tampoco se metió a cultivar el campo y, por supuesto, no tenía nada que comer. Por cuatro o cinco días seguidos se estaba allí echado en el suelo, sin levantarse, pasando el tiempo tumbado.

Cierto día, una persona de buenos sentimientos, al enterarse de su aflicción, le trajo cinco pastelillos de arroz procedentes de un convite nupcial. Era un estupendo regalo para Taroo, que por mucho tiempo había él esperado; y al fin le venía a las manos. Se comió enseguida cuatro de los pastelillos, y empezó a cavilar sobre qué haría con el quinto. “Si no me lo como, sabiendo al mismo tiempo que lo tengo, más tarde me puede venir bien; pero si me lo como, haciéndome ya a la idea de que no me queda nada, acaso sacie mi hambre por el momento, pero me voy a quedar sin reservas para más adelante. Por ahora me da confianza ver que lo tengo guardado. Vamos a dejarlo así, hasta tanto que alguien más venga a traerme alguna otra cosa”.

Y así seguía tumbado, jugueteando con el pastelillo sobre su pecho, frotándoselo contra su grasienta nariz, humedeciéndolo con saliva, poniéndoselo encima de la cabeza... Y en esto, el pastelillo vino a resbalársele de las manos, para ir rodando hasta la vía pública. Entonces el holgazán Taroo miró a su alrededor, pero no vio a nadie. “Va a ser una lata tener que levantarme ahora para cogerlo. Como no hay prisa, esperaré a que alguien pase por aquí, pues alguien tendrá que pasar”. Echó mano de una

caña de bambú, y se puso a espantar con ella a los perros y a los pájaros que pretendían comerse el pastelillo. Esperó en esta situación tres días sin que se viera a nadie transitar por allí. Al cabo de los tres días acertó a pasar, no un vecino cualquiera, sino el señor territorial de la región, Nobuyori Saemonjo, de la villa de Atarashi, al frente de cincuenta o sesenta jinetes.

Cuando el holgazán Taroo los vio acercarse, se contentó con alzar su cuello; y exclamó:

—Oigan, oiganme; quisiera pedirles un favor. Ahí hay un pastelillo caído. ¿Podrían recogerlo y dármelo? —les dijo.

Pero el señor territorial no le prestó oídos, y pasaron de largo. El holgazán Taroo exclamó al verlo:

—¿Cómo puede haber en este mundo alguien tan vago, y que encima gobierna una región? ¡Con lo fácil que le hubiera sido apearse del caballo y venir simplemente a entregarme el pastelillo! Me tenía creído que era yo el único vago, pero, ¡mira por dónde!: por lo visto, lo malo abunda. ¡Qué señor territorial más inhumano...!

Y le prodigó sus más acerbas críticas, muy indignado. Saemonjo oyó esas palabras, y dijo:

—¡Ah! Es ese que está ahí, el famoso holgazán Taroo.

—Así es, señor. No hay dos como yo. Yo mismo soy.

—Entonces, dime: ¿cómo te ganas la vida?

—Pues verá el señor: cuando la gente me da algo, sea lo que sea es bienvenido. Cuando no me dan nada, puedo pasarme cuatro o cinco días, incluso diez, aquí mismo sin hacer nada.

Saemonjo le dijo:

—¡Qué situación más penosa! Tienes que idear algo para mejorar tu vida. El “karma” (= el sino) que rige nuestras vidas nos ha llevado a compartir la sombra del mismo árbol, y a sacar agua del mismo río. A pesar de que el mundo es muy ancho, es un karma de predestinación el que nos ha hecho venir a nacer en el mismo territorio. Te conveniría vivir del cultivo del campo.

Taroo le respondió:

–No tengo campo que cultivar.

–Pues entonces, yo te lo daré –le respondió Saemonjo.

–Eso más bien va a ser una carga para mí, y por eso mismo no quiero terrenos.

–Pues vive del comercio –le sugirió el señor.

–No tengo medios con qué empezarlo.

–Pues yo te proporcionaré los medios.

–Ahora me resulta muy difícil emprender algo a lo que no estoy acostumbrado, y que no sé cómo llevarlo.

–¡Pues sí que eres un tipo raro! –exclamó el señor. Ya que me lo pones así, voy a tratar de ayudarte como sea.

Saemonjo hizo que le trajeran utensilios de escritura, y redactó el siguiente edicto, con la orden de que fuera distribuido por todo su territorio:

“Se obliga a todos a alimentar al holgazán Taroo, llevándole dos veces al día una ración de arroz cocido y una taza de “sake”. Quien incumpliere esta orden deberá emigrar del territorio, no pudiendo ya vivir aquí”.

Los súbditos encontraron esta orden ciertamente irrazonable, pero siendo un edicto del señor, que él había redactado en tales términos..., la gente del territorio acabó por acatar el edicto, y dar de comer al “holgazán Taroo”. Tal situación se fue extendiendo por tres años.

Al finalizar la primavera del tercer año, el gobernador de Shinano y principal consejero estatal en Nijo, Kyoto, llamado Arisue, decretó que cierto número de trabajadores de la villa de Atarashi debían ser transferidos a Kyoto como operarios destinados a un empleo largo. Cuatro o cinco de los hombres mayores en edad de Atarashi se reunieron, y acudieron juntos a visitar a Taroo. Y le dijeron:

–Es algo muy normal que un hombre alcanza su madurez personal al casarse con una mujer; y asimismo la mujer madura en su convivencia con el marido. De tal modo que, en vez de vivir siempre solo en esta choza desvencijada y sórdida, ¿por qué no te lanzas a emprender el camino hacia

tu madurez? Y todo esto tiene su porqué: el hombre madura a raíz de tres ceremonias solemnes en la vida: la primera, con ocasión de alcanzar la mayoría de edad; la segunda, con ocasión de su boda; y la tercera, con ocasión de incorporarse al servicio oficial. Son otras tantas ocasiones de madurar. ¿Por qué no te pones en camino y vas a Kyoto, con lo que darás madurez a tu personalidad a través de las incidencias de tu viaje, y de tu estancia luego allí? Te encaminas a Kyoto, te casas con una mujer de buenos sentimientos, y en medio de todo eso te vas haciendo persona.

Así le aconsejaron con insistencia.

El holgazán Taroo los escuchó con agrado, y les respondió:

—Me parece bien. Si las cosas son así, permitidme que cuanto antes me ponga en camino hacia Kyoto.

Y se dispuso a partir. Los campesinos de Atarashi se alegraron indeciblemente ante la decisión de Taroo, e hicieron una colecta para ayudarle en su inminente viaje a Kyoto.

Desde Shinano, Taroo tomó la carretera Toosan, pasó en su marcha por varias posadas de la ruta, sin sentirse incómodo en ningún momento. Al séptimo día de camino llegó a Kyoto, donde se presentó a sí mismo:

—He venido desde Shinano, como operario para un largo empleo.

Al verlo, la gente se le reía en la cara, diciendo:

—¡Quién iba a decirnos que en el mundo existiría un tío tan feo y tan renegrido!

El jefe de la Consejería del Estado, al oír tales rumores, exclamó:

—No importa cómo sea el hombre. Lo importante es solamente si es buen trabajador y si se le puede dar empleo.

Y lo contrató. En la capital japonesa todo era más floreciente y próspero que en Shinano. Se veían montañas al este y al oeste: Higashiyama y Nishayama, respectivamente; se veía el Palacio Imperial, los templos budistas y los

santuarios shintoístas... Todo era precioso y venerable, desbordando cualquier posible descripción con palabras. En la actitud del holgazán Taroo no se advertía ya nada censurable. Más bien, superada su pereza, se le consideraba un estupendo trabajador, como ninguno conocido. Su contrato de tres meses se le prorrogó a siete meses. Y cuando al fin llegó Noviembre, pidió el cese, para regresar a su tierra natal. Encontrándose en la posada donde solía estar alojado, reflexionó atentamente sobre su situación, y recordó lo que en su villa natal le habían aconsejado los ancianos: que si iba a la capital se buscara allí una buena mujer para casarse, y después regresara con ella. Pero ahora, volver así en soledad le resultaba muy desabrido. Pensó que debía aplicarse a buscar esposa; así que llamó al posadero para decirle:

–Me voy a Shinano. ¿Podríais buscarme una mujer, que pueda convertirse en la esposa de alguien como yo?

Pero el posadero, al oírlo, le respondió:

–Para eso, lo mejor es un secuestro callejero.

–¿Un secuestro callejero? ¿De qué me estáis hablando?
–le preguntó.

–Un secuestro callejero –le informó el dueño de la posada– consiste en encontrar una mujer que no vaya acompañada de un hombre, ni vaya en palanquín o en carroza. Se puede dar con alguna muy hermosa, y que le guste a uno. No hay más que raptarla; y es una práctica admitida en la sociedad.

–Siendo así –respondió Taroo–, voy a probar suerte con un secuestro callejero.

Como era el día 18 de noviembre, y había un festival en el templo, el posadero le recomendó:

–Dirigíos al templo de Kiyomizu, y observad por allí a ver si encontráis a la mujer deseada.

–Ojalá sea así– dijo Taroo mientras se despedía.

La indumentaria de Taroo para ese día era: un kimono muy rozado de verano, cuyos colores y diseño ya eran

invisibles, y que él venía usando desde Shinano; un ceñidor de paja, que usaba a modo de “obi”; unas sandalias sucias y gastadas; y un bastón de bambú negro. El 18 de Noviembre, ya bien avanzado el otoño, el viento soplaba fuerte y hacía bastante frío. Taroo se estaba allí, junto a la gran puerta del templo Kiyomizu, con su piel tan oscura como si fuera una tablilla fúnebre requemada, y con sus brazos ampliamente extendidos. Miles de personas transitaban por allí, mientras él musitaba “no me gusta esa”, “no me gusta aquella” viendo pasar a las mujeres. Por fin llegó una digna de llamar su atención. Parecía tener diecisiete o dieciocho años. Su figura era hermosa, comparable a una flor primaveral; su cabellera era sedosa, de un negro profundo y destellante. Sus cejas, pintadas de azul oscuro, relucían como los cerezos de Tooyama. Las gudejas que le caían a ambos lados de la cara recordaban, por su belleza y suavidad, las delicadas alas de una cigarra otoñal. Ella poseía los treinta y dos rasgos exquisitos característicos de Buda, y las ochenta clases de dones concedidos como privilegio a sus Bodisatvas. Se asemejaba a la dorada efigie de un alma iluminada. La joven venía andando, acompañada por una doncella, que no desdecía en nada de su belleza.

Taroo al verla pensó inmediatamente: “Aquí está; es mi futura esposa la que se me presenta. Oye, chica: acércate pronto, ¿quieres?”. Sintió deseo de abrazarla y de besarla. “Ven, ven...”. No podía más de entusiasmo, mientras extendía sus grandes manos, al aguardo.

Pero la joven se dio cuenta y se escabulló por un camino lateral. El holgazán Taroo, al verlo, pensó: “¡Qué lástima, y qué rabia! Se me ha ido por allí. Si se me escapa ahora, ya puedo perder las esperanzas”. Pero corrió tras ella y le echó encima sus manazas. Aproximó su sucia cara al velo de gasa que pendía del precioso sombrero cónico de ella. Cuando, apartando el velo, logró tenerla cara a cara, le dijo:

–¡Oye, preciosidad! –mientras la sujetaba por la cintura y la miraba de hito en hito.

La mujer se quedó atónita, sin palabras, y por el momento nada pudo responder. Taroo se la acercó aún más al cuerpo y le susurró:

–¡Cuánto tiempo sin vernos, tú y yo! Yo diría que de vez en cuando nos habíamos visto por ahí, ¿verdad? ¿Qué te parece? ¿cómo te encuentras?

La joven, al oír estas palabras, se imaginó que el tipo aquel era desde luego un patán del campo, y que habría sido instruido e incitado por su posadero de turno para lanzarse a un secuestro callejero. “Un tipo tan simplón no será difícil de engatusar”, pensó. Y acto seguido le dijo:

–Pues sí, puede que sea como decís, y que nos hayamos visto. Pero ahora aquí nos está contemplando mucha gente, y es mejor que vengáis a verme a donde vivo. Es un lugar llamado “bajo el pino”.

El holgazán Taroo, oyendo esto, exclamó:

–“Bajo el pino”, es un lugar que conozco. Está en la costa de Akashi, ¿no es cierto?

Ella se quedó extrañada ante lo bien informado que él se mostraba sobre los pormenores de sus propias palabras, pero pensó que si le soltaba otra frase distinta podría lograr desorientarlo; y empezó a hablarle de esto y de lo otro, “Pero ¡qué va! Sabe mucho y no hay manera de confundirlo.” En esto ella pensó además que podía componer un poema y recitárselo, para tener opción a escapar mientras él se afanaba por desentrañar su sentido:

–Si de veras me quieres
ven a visitarme.

Mi morada se encuentra junto a la gran puerta
de Karatachibana Murasaki.

El holgazán Taroo se dedicó a meditar estas palabras, y cuando aflojó un poco la presión de sus manos y dejó un resquicio de holgura, ella se le escabulló, dejando sus cosas

por medio: su sombrero cónico, su kimono también –del que tuvo que desprenderse–, sus zapatillas –que abandonó–..., para huir descalza, dejando atrás incluso a su doncella acompañante.

El holgazán Taroo pensó “¡Ay, qué pena siento! ¡He dejado escapar a la mujer de mi vida!”, y agarrando con fuerza su bastón de bambú negro, gritaba, mientras hacía ademán de perseguirla:

–¡Mujer! ¿A dónde vas?

En su poema, ella había hablado de “Karatachibana Murasaki” (“Karatachibana” es una naranja mandarina china; y “Murasaki” una flor, variedad de la borraja), y ante lo enigmático de estas palabras, Taroo decidió informarse.

Cogió un mazo de papeles y, apretándoselo contra el costado mediante su bastón de bambú, se dirigió al cuartel de guardia de un experimentado samurái. De sus pesquisas con éste resultó la siguiente información:

–En el arrabal de Shichijo en Kyoto, se encuentra la mansión del señor de Buzen, donde hay un naranjo de mandarinas entre unas matas floridas de borraja. Ve al lugar, indaga desde la calle y pregunta por allí.

Taroo visitó el lugar para rastrear una pista, y el sitio era tal como le habían dicho. Ya pensaba que se iba a encontrar con su mujer deseada, y su alegría no era para describirla. Se recorrió el lugar de un lado para otro, pero la mujer que él recordaba no se encontraba allí. “Tal vez por casualidad ella asome donde menos se espere”, pensó, y se ocultó bajo un pasillo del porche de madera. La mujer tenía el cargo de camarera principal de la señora de la mansión: debía acompañar a ésta en su aposento hasta entrada la noche, y entonces ya podía retirarse a su habitación. Pero en vez de esto último, esa noche ella salía al porche y allí llamaba a su asistente Nadeshiko, con la que se puso a conversar.

–No sé si tendremos luna esta noche –le dijo a Nadeshiko–. Pero bueno, me pregunto qué habrá sido de

aquel hombre que me topé en el templo de Kiyomizu. De habérmelo encontrado en un sitio tan oscuro como éste, posiblemente yo no hubiera salido viva del lance.

El holgazán Taroo escuchaba tales comentarios bajo el tablado del porche, y advirtió, muy regocijado, que allí mismo estaba su futura esposa. Pero como el suelo del pasillo se le interponía en medio, salió de allí abajo danzando y murmurando:

—¡Qué preciosidad de mujer!

Y esto diciendo, se encaramó al pasillo del porche. Ante las palabras de él, la mujer estuvo a punto de caer desvanecida, pero se las arregló para escurrirse tras los paneles corredizos de la casa. Por un buen rato se quedó desconcertada, y toda alterada. No acertaba a tranquilizarse y, como si hubiera tenido un mal sueño en una noche de otoño, se hallaba enteramente confusa. Justo entonces acudieron los vigilantes nocturnos, diciendo:

—Puede que se haya colado algún intruso. El perro guardián está ladrando.

Y se originó un gran alboroto.

La mujer pensó: “¡Ay, qué pena me daría si...! Sería terrible que mataran a ese hombre”; y aunque no se llegara a eso, ella se apenaba hasta las lágrimas por su condición pecadora como mujer; y no quería acumular ya más culpas, debidas éstas a los muchos requerimientos que pesan sobre las damas.

“Como por esta sola noche no va a pasar nada, lo dejaré que se quede hasta el alba, y entonces con la luz del día lo haré marchar, engañándolo de algún modo”, pensó.

Así que le proporcionó una vieja esterilla para que se sentase encima. Taroo, mientras estaba dándole vueltas en la cabeza a todo lo sucedido, se mantenía a la espera. Y en tanto, fueron apareciendo a su vista castañas, peras, kakis..., traídos en una rústica cesta, junto con sal y una navajita. El holgazán Taroo, viendo todo esto, pensó que era una lásti-

ma aquella tosca presentación de la fruta, por parte de una mujer tan bella: no había proporción entre una cosa y otra. “Podían haberse presentado estos variados frutos sobre una bandeja o envueltos entre finos papeles, pero aquí los han traído como si fueran a un establo, destinados a caballos o a vacas; se han dejado caer los frutos a voleo, con una torpeza horrible. Sin embargo, ahí puede haber una razón oculta. Esa mezcla de variados frutos puede significar que ella quiere unirse conmigo. El haber metido castañas (“kuri”, que también significa “repetición”) tal vez insinúe que no debemos reincidir siempre en los mismos tópicos. El hecho de ofrecerme peras (“nashi”, que también significa “no hay”) quizá quiera decir que en su vida no hay otro hombre aparte de mí. Y en cuanto a los kakis y a la sal, ¿con qué intención los pondría ahí? Sea de ello lo que sea, yo voy a componer un poema”.

Así lo decidió, y el poema fue éste:

En el país de Tsu
hay una ostra en la bahía de los naufragios:
y no es que ella se prive
de cruzar el mar;
aunque, sin cruzarlo,
no alcanza a entrar en sazón.
Por eso lleva
la sal consigo.

Cuando la mujer oyó esto, pensó:

“¡Oh! Es un hombre refinado y sensible, como el loto que una se puede encontrar entre el fango, o como el oro guardado en un embalaje de paja. ¡Cómo me iba a imaginar una cosa así!”

Emocionada, pidió a su asistente que le entregase al hombre diez pliegos de papel.

El holgazán Taroo no acertaba a comprender a qué venía aquello –pues “papel” se dice “kami” en japonés, palabra homófona con otra que significa “dios”–. Él interpretó

que aquellos pliegos en blanco sugerían que se le estaba pidiendo un poema oral, sin palabra alguna escrita.

Así que compuso sobre la marcha otro poema:

Tu envío de papel
mediante un emisario divino,
¿quiere decir acaso
que para ti soy como un templo,
amada mía?

La mujer le dijo a su asistenta:

–Esto ya no tiene vuelta atrás. Conduce al caballero ante mi presencia.

Entretanto le preparó ropaje de seda, un hakama (especie de falda pantalón con muchos pliegues, como gala masculina), una vestidura cortesana, un eboshi (sombrero nobiliario) y una katana; con el ruego de que se pusiese todo eso y viniese a verla.

Cuando se le dijo al holgazán Taroo que debía comparecer así ante la noble dama, él perdió el equilibrio, todo atolondrado, y se cayó de espaldas. Pero eso no fue lo peor, ya que en su caída aplastó un “koto” (arpa japonesa que se coloca sobre el suelo de esterillas) –todo un tesoro para la noble dama, al que ésta llamaba “Tehikimaru”–, que quedó por cierto hecho añicos. El holgazán Taroo, sin levantarse aún del suelo, pensó:

“¡Qué desastre he ocasionado!”

Y dirigiendo su mirada hacia la noble dama, le dijo en verso, a modo de disculpa:

–Tras romper el “koto”,
debo disculparme,
si bien no tengo palabras.

(La palabra “kotowari” significa “disculpa”, pero aquí se hace un juego de palabras con “koto” –instrumento musical– y “wari” –de “waru”, “romper”–; así que “kotowari” significaría también “romper el koto”).

“¡Ah!”, ¡qué finura de sentimientos la de este hombre! –pensó ella–. Ser amada de esta manera ha de provenir de un “karma” anterior a este mundo, para perpetuarse en el mundo futuro. Las cosas hay que tomarlas como vienen.

Y ella hizo promesa sagrada de amar íntima y eternamente a aquel hombre.

Después de esto, la dama le puso al hombre dos asistentas, para que a todas horas lo tuvieran bien aseado. Durante siete días lo hicieron estar en un baño de agua caliente; y al séptimo día él salió reluciente como una preciosa joya. Luego, a medida que pasaban los días, esa joya emitía más y más destellos; hasta que la fama lo señaló a él como gran belleza masculina. Y para colmo, Taroo destacaba sobre los demás en el arte de la poesía japonesa. De este modo, mientras así rodaban las cosas, dicha fama llegó a oídos de la corte y del Emperador, el cual lo mandó llamar enseguida a Palacio.

El Emperador, al tenerlo ante sí, le preguntó:

–¿Quiénes han sido tus antepasados?

–Soy un hombre sin antepasados conocidos –respondió Taroo.

–Entonces, vamos a averiguarlo consultándole al gobernador de Shinano –dijo el Emperador.

Se hicieron las indagaciones pertinentes por medio del señor de Shinano, y el resultado fue que en tiempo del Emperador Ninmei –también conocido como el Emperador Fukakusa, el que hacía cincuenta y tres en la dinastía de los emperadores –le nació un segundo príncipe al Emperador, el cual fue nombrado con el tiempo Vice-ministro de la guardia imperial. Éste fue desplazado a Shinano, donde pasó gran parte de sus días; y allí se lamentaba de no tener descendencia, ni siquiera un hijo. Así que fue a visitar la imagen de Buda del templo Zenkooji, donde suplicó le naciera un hijo. Tal súplica le fue concedida; pero ese hijo, a sus tres años, se quedó huérfano de padre

y madre. A raíz de ello, ese hijo, que era Taroo, queda relegado a una condición muy baja en la escala social.

En consecuencia, Taroo estaba muy próximo, por lazos de sangre, a la casa imperial; y a raíz de ahí fue nombrado Vice-ministro de la guardia imperial en Shinano –cargo que había sido el de su padre–, y se le dio el dominio de Kai (hoy, Yamanashi) y el de Shinano. Él bajó con su esposa a Shinano, y llegó al pueblo de Asahino. Se hizo construir una mansión en la ciudad de Tsukuma, donde estableció la residencia familiar para los suyos. Sus vasallos, tanto los de alta condición como los más humildes, le servían de buen grado. Su gobierno de la región fue próspero y pacífico. Y gracias a la protección de Buda y de los dioses del Shinto, vivió ciento veinte años, teniendo muchos hijos y gozando de abundantes riquezas. Llegó a ser considerado como un dios de la larga vida. Él sería venerado con el tiempo como dios propicio de la longevidad, en Otaga; y su esposa, como un avatar o manifestación de Asai.

Fue durante el reinado del Emperador Montoku (hijo del Emperador Ninmei) cuando el holgazán Taroo hizo su divinizada aparición, como dios tutelar de los matrimonios entre personas que habían vivido haciendo el bien en una existencia previa; y él ha prometido solemnemente conceder cualquier cosa que le pida una persona enamorada, sin distinción de sexo, que vaya a visitarlo al templo. Por lo general, cualquier persona tiende a indignarse cuando se habla de cómo es ella misma en realidad de verdad; pero tratándose de un dios, al revelarse tal cual es su verdadera naturaleza, eso mismo alivia sus sagrados sufrimientos, y por tanto le trae una súbita alegría. El corazón de la gente, aunque a veces pase por baches de indolencia, es básicamente noble. Existe una promesa por parte del dios, según la cual si alguien una vez al día lee este cuento y se lo relata a los demás, será recompensado con riquezas y con la felicidad que ansíe, según sus deseos. La magnificencia del dios es algo que sobrepasa toda descripción.

Al holgazán Taroo lo encontramos viviendo en el país de Shinano, región de Tsukuma, villa de Atarashi. Es un lugar bastante alejado de la capital, Kyoto, y en este cuento es considerado como zona rural: una tierra remota, donde las hierbas crecen altas y siempre se está cerca de la naturaleza.

A Taroo no le disgustaría hacerse construir una buena mansión, pero ante su carencia de recursos se contentó con poner en pie cuatro gruesas cañas de bambú a modo de pilares, y extender sobre ellas una esterilla de paja; y en esa elemental choza pasaba el tiempo tumbado. Este hombre ni trabaja en la industria ni en el campo como labrador; y como –por otra parte– no carece de afanes de grandeza, su figura echada en el suelo nos sugiere imágenes de lasitud, pereza, improductividad, inacción, adicción a estar tumbado, enfermedad, etc.

Una persona de buen corazón le da pastelillos de arroz. Él se deja uno sin comer, y cuando está jugando con él, éste se le escapa rodando hasta la vía pública. Como le da pereza levantarse e ir a recuperarlo, espera la ocasión de lograr que un viandante se lo recoja. Al tercer día de esto, el señor territorial de la villa pasa por allí con una escolta de cincuenta o sesenta jinetes. A pesar de que Taroo les ruega por favor que le recojan el pastelillo, el señor del lugar no presta oídos a su petición, y se dispone a pasar de largo. Entonces Taroo se indigna, y lo critica duramente:

—¡Qué señor territorial más inhumano!

El hecho de que Taroo se indigne ante la indolencia del señor, hace pensar que tampoco él mismo está disfrutando mucho de su perpetuo reposo, siempre acostado. Al mismo tiempo que critica al señor por su desidia, está –a buen seguro– criticándose a sí mismo por su imperdonable dejadez. Está censurando su propia lasitud,

su pereza, su continuo perder el tiempo, su improductividad...: su propia condición, en suma.

El señor territorial, lejos de enfadarse, escucha pacientemente al holgazán Taroo. Considera una predestinación la circunstancia de que el hombre hubiera nacido en su mismo territorio, y se muestra dispuesto a proporcionarle tierras para su labranza; pero Taroo le manifiesta que todo eso es enojoso. Acto seguido, el señor se ofrece a proporcionarle medios para vivir del comercio, pero Taroo declina también esa oferta. El señor reconoce entonces la extravagancia de Taroo; pero, dispuesto como estaba a ayudarlo, hace público un edicto, según el cual los habitantes del lugar están obligados a darle a Taroo, dos veces al día, una ración de arroz cocido, y una taza de sake diaria. Los vasallos del territorio señorial piensan que es una exigencia desorbitada la que se les impone, pero acatan el edicto, ya que proviene del señor... Así que, durante tres años, están manteniendo al holgazán Taroo.

El señor territorial se siente interesado por Taroo: escucha lo que éste tiene que decirle, y se muestra pasivo con él. Esta actitud arranca de su idea de que, siendo muy extenso el mundo, ha de estar predestinado desde el principio de los tiempos el hecho de que dos personas nazcan en la misma tierra. Por tanto, el señor se siente inclinado a ayudar a quien tiene tal vinculación con él.

¿Cómo se sentiría ante eso la gente del lugar?

Siendo así que ellos tenían que trabajar duro para ganarse el sustento, quedaban obligados además a llevarle a Taroo –que estaba siempre mano sobre mano, y acostado– dos raciones de arroz cocido al día, y encima una taza de sake como bebida. ¿No se sentirían envidiosos con respecto a Taroo, ya que éste, sin trabajar, conse-

guía mejor alimentación –tanto en comida como en bebida– de la que ellos mismos podían tal vez permitirse? No había nada que hacer, tratándose como se trataba de una orden del señor; pero, ¿no se encontrarían muy molestos?

Si examinamos nuestro propio interior, descubriremos en él a un holgazán Taroo, a un señor territorial, y a unos vasallos lugareños. Cuando estamos exhaustos sin ganas de hacer nada, cuando nos cansamos de estar siempre trabajando duro, cuando nos sentimos desfondados sin razón alguna, cuando nos faltan fuerzas por alguna enfermedad, cuando en la vejez no nos dejan ya trabajar a pesar de nuestras ganas de hacerlo..., en tales ocasiones nos compadecemos de nosotros mismos. También tenemos dentro a esos lugareños que reprochan la conducta de Taroo –“¿Por qué no trabaja como todo el mundo?”–, y sus voces vienen a avivar el fuego de las recriminaciones que Taroo se dirige a sí mismo.

Con todo, también hay ahí un señor territorial que se compadece de Taroo. El señor le aconseja que cultive la tierra, ya que él mismo le va a dar tierras; y también le aconseja que se dedique al comercio, pues él mismo le va a proporcionar los medios. Pero por muchos consejos que se le den a Taroo, éste lo rechaza todo; y ante tal situación, el señor se dispone a escucharle para tratar de brindarle ayuda. El “señor” del mundo interior de cada uno corresponde a esa fuerza que lo gobierna a uno desde dentro, al tiempo que es también capaz de mostrar compasión –la cual, en este caso, se tornaría en auto-compasión–.

Cuando van tocando a su fin los consabidos tres años, a la villa de Atarashi se le asigna la misión de proveer operarios para un largo empleo en Kyoto. “Tres” es un número que sugiere compleción, y para Taroo vendría a significar que “el tiempo que había de pasar, ha pasado”.

Unos campesinos le hacen caer en la cuenta de que debe acogerse a esa oferta de empleo a largo término. Llegada su hora, también Taroó estará en disposición de trabajar. Él es capaz de hacer ese trabajo, que una nueva actitud diligente le aconseja emprender.

En Kyoto, él entra a servir al jefe de la Consejería del Estado, y trabaja con toda seriedad. La capital presenta un paisaje urbano muy superior al de Shinano, con su Palacio Imperial, sus templos budistas y sus santuarios shintoístas, tan interesantes y venerables, superando cualquier descripción hecha con palabras. En este pasaje del cuento se contraponen el campo y la ciudad, la naturaleza y la cultura; y al contraponerse dichas realidades también resalta un contraste entre “holgazanería” y “seriedad en el trabajo”. Frente a las exigencias del cuerpo, que pide continuar en la vagancia, está el esfuerzo deliberado y serio por contribuir a la cultura.

El desarrollo de la cultura en una persona admite ser considerado como el proceso de sometimiento de lo físico y lo animal que acompaña íntimamente a la naturaleza de todo ser humano. Tal proceso no puede realizarse sin reprimir a esa misma naturaleza, que ansía la libertad. En consecuencia, es tarea de cada uno procurar que se armonicen en su interior la naturaleza y la cultura. Si todo el énfasis se pone en la actitud consciente de contribuir a la cultura a costa de cierto sacrificio, entonces la naturaleza íntima de la persona estará reprimida, y esa represión se proyectará sobre los demás.

En Febrero de 1992, yo viajé a América, pero poco antes de partir de Japón, el entonces Primer Ministro japonés se refirió ocasionalmente a los americanos como “perezosos” en una de sus declaraciones. Me quedé sorprendida por la enorme resonancia que esto alcanzó en América. Yo estaba acostumbrada a los deslices de los

políticos japoneses en sus manifestaciones verbales, y lo único que se me había ocurrido, al saber del caso, fue pensar “¡Ya estamos otra vez!”. Pero allí en América se interpretó –por lo visto– lo que había dicho nuestro Primer Ministro como si estuviera representando la opinión de todo el pueblo japonés. Ya que no es mi intención fomentar un sentimiento anti-americano, voy a pasar por alto la aversión que transpiraba cuanto se dijo por entonces en la televisión de Norteamérica.

Pero durante aquellos días, todo el mundo con que me topaba en América –y no estoy exagerando– me preguntaba: “¿Es que los japoneses son tan trabajadores siempre?”. Y yo tenía que morderme la lengua de pura vergüenza. Pienso que en realidad muchos japoneses tienden a silenciar su natural deseo de descansar también; y que en el caso de nuestro referido Primer Ministro, tal vez sus manifestaciones fueran una muestra de ese deseo reprimido de descanso que tenemos los japoneses, al proyectarse sobre otros.

La naturaleza que realmente tenemos más a mano es la nuestra propia. Un grupo humano que se aplica a reprimir dicha naturaleza, no tiene predisposición alguna para honrar a esa misma naturaleza, y con respecto a la naturaleza exterior se comportará con idéntico espíritu destructivo. A buen seguro, tiene que haber un camino de conciliar nuestra naturaleza interior con la exterior, sin afán alguno de destrucción, y así vivir una vida en paz y armonía. Ahora que se nos alerta tanto sobre los peligros que corre el planeta, podemos ver la conservación de la naturaleza como una tarea urgente, y... ¿no podríamos comenzarla por nuestro entorno más cercano?

En este cuento, al holgazán Taroo se le permite que permanezca echado durante tres años. La naturaleza aquí no es violentada, sino más bien se deja que el tiempo

necesario fluya a su amor. Y luego, a su debido tiempo, el holgazán Taroo se va a convertir en un trabajador serio, que va a hacer su contribución a la cultura. Más tarde, al término de su trabajo, bajará a su villa natal. Vemos en este pasaje un equilibrio logrado entre la naturaleza y la cultura.

No mucho después de escribirse este cuento, apareció, en 1584, “El Diario de Tamon’in”, donde se da fe de un extraño rumor popular. Se cuenta que bajo el puente de Seta en Kosshu (Prefectura de Shiga) se dejó ver sobre el agua un niño de doce o trece años, que dijo:

–En el pasado, en el presente y en el futuro, vale más pasar continuamente los días de la vida comiendo y bebiendo.

Como su aparición fue sobre el agua, la gente, sospechando de él, le disparó tiros de escopeta. Pero sin recibir herida alguna, al parecer, desapareció de la vista. Dado lo extraño del fenómeno, cundió la voz de que una gran calamidad podía sobrevenir, e incluso que el fin del mundo no estaría lejos.

Por aquella época, los agricultores tenían que prestar juramento de fidelidad a su señor territorial, prometiendo solemnemente no holgazanear. Siendo tales los tiempos, la citada aparición de un niño, que así daba alas a la pereza, venía a subvertir el orden establecido, con lo que traería la consiguiente inquietud al pueblo; y de ahí a interpretar que el fin del mundo era inminente, no había más que un paso.

En una época en que la diligencia se estimaba como virtud social, ¿cómo es que se pudo escribir el cuento de “El holgazán Taroo”? ¿Y cómo pudo ocurrir que se apareciera fantasmalmente un niño clamando a favor de la pereza? ¿Sería tal vez una manera de expresar cierta resistencia popular frente a la explotación de los trabajadores,

y de concienciar sobre el tema, en aquella sociedad donde sólo se fomentaba el trabajo constante? ¿O sería más bien un ardid del inconsciente, que, persiguiendo el equilibrio, pretendería desvelar el lado sombrío de los valores en alza, ya que la conciencia colectiva tendía a pecar de unilateralidad?

Nuestro relato acaba con aquello de *“El corazón de la gente, aunque a veces pase por baches de indolencia, es básicamente noble”*.

Estas palabras revelan una sabiduría emanada de lo más hondo del espíritu humano. ¿No es cierto que incluso en nuestros días, cuando se valora tanto la eficiencia, la rapidez y el éxito..., una sabiduría semejante a la descrita está también latente en nuestros corazones? ¿No se tratará acaso de ese recurso inteligente de nuestro organismo, que nos avisa del peligro traído por separar excesivamente naturaleza y cultura, separación ésta que puede acarrear no sólo neurosis, sino las varias enfermedades del mundo contemporáneo?

Hacia el final del cuento, se nos dice que el holgazán Taroo era un hijo nacido a raíz de cierta plegaria hecha por sus padres al Buda del templo Zenkooji. Y, con el tiempo, el mismo Taroo se convertirá en un dios de la longevidad. El holgazán Taroo pasará a ser considerado como un dios que tomó forma humana. La pereza, que la autoridad civil no permite, y que es así mirada por la sociedad como valor negativo, se considerará también como una encarnación de la divinidad. Y puesto que estamos hablando del dios de la longevidad, esta fe sugiere que si uno se comporta como Taroo alcanzará una larga vida y gozará del favor divino.

En la Biblia, en los dos primeros capítulos del Génesis, hay un relato de la creación del mundo. Según dicho rela-

to, Dios hizo el mundo en seis días, y al séptimo día descansó tras toda la obra de su creación. Este pasaje bíblico se compuso hacia el siglo VI a.C., cuando el pueblo de Israel estaba cautivo en Babilonia. La tradición de guardar un día festivo data de un tiempo muy anterior; pero fue durante esta época en que los israelitas se hallaban en tierra extraña –sin su templo, que siempre había sido el centro de esa fe viviente en ellos– cuando el relato de la creación se compiló. Sin duda ello respondía a una idea de los dirigentes del judaísmo, que querían reforzar la fe de su pueblo en Dios. Pero había una razón más, como podía ser proclamar la reacción de los israelitas frente a la esclavitud y la explotación a que estaban sometidos.

Dios descansó al séptimo día de toda la obra de su creación, y la enseñanza que de ahí se desprende es que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, debe descansar el día del Sábado. Aquí se contemplan unos valores que desbordan el criterio al uso de la productividad.

El Génesis deja ver que para Dios hay días de trabajo y días de descanso. “El holgazán Taroo” enseña análogamente que para un dios que toma forma humana hay tiempos de indolencia y tiempos de seria actividad.

El “holgazán Taroo”, cuando llega al término de su largo período de trabajo, quiere regresar a su patria chica, pero piensa que debería volver en compañía de una esposa. Al consultarle a su posadero, éste le dice que puede recurrir a un “secuestro callejero”. El “secuestro callejero” consiste en hacerse con una mujer por la fuerza, y sería equivalente –en términos actuales– a los tristes episodios de raptó, violación, acoso sexual..., conductas todas esencialmente ilegales. El posadero pretende tranquilizar a Taroo: “*Es una práctica admitida en la sociedad*”; aunque en realidad tal práctica estaba prohibida por la ley. La cultura trata de controlar el salvajismo de la gen-

te por medio de las leyes. Así como la ciudad capital es también el centro de la cultura, así también la capital del mundo interior es un territorio dominado por la conciencia, siendo ahí la ley una conciencia colectiva.

El holgazán Taroo que llega a la capital es un tipo que se ve sucio, renegrado, imbécil. En la facha que adopta para salir a su “secuestro callejero” se dice de él en la descripción: *“con su piel tan oscura como si fuera una tablilla fúnebre requemada”* –expresado más concisamente, como una “stupa” ritual–, una figura que inspiraba miedo. La imagen de Taroo vista por los ojos de los habitantes de la capital, era la de un salvaje que fuera contemplado por la conciencia colectiva: un tipo sórdido, alocado, aterrador. Una “stupa” es una tablilla fina y alta, chamuscada, que se erige en los cementerios en memoria de los difuntos. La facha de Taroo, comparable a una stupa, sería la de un rufián renegrado y sucio, flaco y tambaleante, falto de energías vitales. En el seno de una sociedad presidida por la cultura, el salvajismo es siempre temido; la gente lo rehúye, y lo ve a distancia, como si de un muerto se tratara.

Una posada no es la casa propia de uno. Un viajero, que va de paso, para por un tiempo en una posada, y allí le ofrecen comida y un lugar donde dormir. A ese Taroo que la gente rehúye, el posadero le ha dado cobijo en su establecimiento, y ahora le aconseja lanzarse a un “secuestro callejero”, que en realidad era una práctica ilegal. Es más: adoctrina a Taroo para que dirija sus pasos al templo Kiyomizu, y allí aceche a su víctima.

En el viaje interior de cada uno, de vez en cuando nos topamos con nuestra naturaleza salvaje, que había estado severamente reprimida. Ésta ofrece una estampa sórdida, que infunde miedo. Como ha estado recluida en prisión por incontables días, tal vez se encuentre rondando la

muerte. Con todo y con eso, nuestro “ego” puede divinizarla como “diosa de la muerte”. Pero a esa naturaleza salvaje propia, ¿no habrá que ofrecerle un techo, y no habrá que brindarle cuanto sea necesario para que viva?

Eso no significa que lo que nos dicte nuestra naturaleza salvaje lo llevemos a la práctica en el mundo exterior, pues de ahí se seguiría que nuestro salvajismo ha tomado el mando. De lo que ahora se trata es de que demos cierta holgura a esa naturaleza primitiva en nuestro mundo interior, para que viva a su amor, y de vez en cuando seamos permisivos con ella en ese ámbito.

El escenario de la acción se traslada al templo Kiyomizu; literalmente, el templo “del agua pura”. Dicho templo es la sede espiritual de Kannon, diosa que se nos presenta llena de misericordia, siempre a la escucha de las súplicas de salvación de sus fieles. De entre todas las sagradas imágenes de Kannon, ésta del templo Kiyomizu es conocida como “la Kannon de los esposales”, por haber originado una fe en la creencia de que concederá una esposa a todo hombre que vaya a pedírsela en actitud orante. Como en el interior de cada persona, hay ahí en el templo un ser dotado de inmensa misericordia, capaz de traernos la salvación. Taroo va al lugar donde dicho Ser reside, para poner en práctica su “secuestro callejero”. Deja que su naturaleza salvaje actúe y se comporte según su capricho. Ante ese Ser lleno de misericordia, que trasciende a los humanos, tanto los vivientes como los seres inanimados –las plantas, los animales, las personas...–, todo tiene una existencia de igual valor a sus ojos. Puestos delante de ese Ser, también nosotros podemos desvelar y examinar cuanto hemos rechazado de nuestra vida rigiéndonos por nuestro código personal de valores.

El holgazán Taroo empieza comportándose, frente a la mujer, con gran rudeza. Se acerca a ella, mete su sucia

cara en el delicado recinto de ese velo colgante del sombrero, y le dice “¡Oye, *preciosidad!*”, mientras la agarra con fuerza por el talle. Acto seguido, y a pesar de que jamás se había encontrado antes con ella, le suelta la trola: “...*de vez en cuando nos habíamos visto por ahí, ¿verdad? ¿qué te parece?*”

La mujer no piensa más que en la huida, pero como escapatoria lo invita a que vaya a visitarla, y le propone acertijos. Pero Taroo va resolviendo los acertijos uno por uno. Con todo esto, su conocimiento en torno a la mujer va haciéndose más profundo.

La mujer no ve el momento de salir corriendo, y se lanza a improvisar poemas, con la idea de echar a correr y escaparse mientras Taroo esté pensando el contenido de los versos. Pero como Taroo le responde al punto con versos de su cosecha, ella se queda atónita. Los poemas expresan sentimientos en una forma preestablecida. Sin que se destruya la naturaleza, es posible expresarse así dentro de un marco fijado por la cultura.

Los dos alternativamente se intercambian sentimientos mediante sus poemas; pero ella no le abre a él su corazón. Piensa que no vale la pena perder más tiempo con este hombre, así que compone un poema donde habla veladamente de su propia morada; y en el breve intervalo en que el hombre relaja la presión de sus manos, ella aprovecha para darse a la fuga descalza, dejando atrás su sombrero cónico, sus sandalias de madera, su kimono –del que tuvo que desvestirse–, olvidando incluso a su propia doncella acompañante. Taroo todavía está en ayunas de muchas cosas de la mujer; sin embargo, la mujer, que huyó por salvarse abandonando sombrero, vestido, sandalias..., y hasta a su propia criada, muestra ahora una identidad más auténtica que al principio.

Taroo emprende la búsqueda de esa mujer, que una vez había escapado de sus manos; y tras hallar el sitio, se cuela en la mansión donde ella está. La noche va avanzando, y la mujer, que se dirigía a su habitación, se queda todavía fuera, en el porche de madera que da a la entrada. La luna aún no ha salido en el cielo. La mujer comenta con su asistenta que de haberse encontrado con aquel hombre en un sitio tan oscuro como el presente, posiblemente ella no hubiera salido viva del lance. No más decir esto, Taroo emerge desde debajo del porche. Cuando ante la vista de ella y a sus pies surge aquel hombre en el momento más impensado desde las densas tinieblas, con su piel sucia y oscurísima como una stupa requemada, ¡cuál no sería el susto que se llevó la mujer! Sin acertar a serenarse, se refugió tras los paneles correderos de la vivienda.

No obstante, varios hombres que habían captado indicios de que se había colado un intruso empezaron a alborotar por allí. Pero la mujer pensó que sería una culpa imperdonable dejar que los vigilantes abatieran a Taroo hasta matarlo, y por ello decidió darle asilo por la presente noche. A pesar de la terrorífica figura de Taroo, la mujer considera que matarlo equivale a incurrir en culpa.

A continuación ella prepara para Taroo castañas, kakis y peras, que introduce en una cesta de bambú junto con sal y una navajita, y hace que todo ello se le sirva a él. Taroo se torna resentido al ver la manera como se le presentan estos frutos, más apropiada para dar de comer a caballos o a vacas, por ejemplo. Pero, pensando que habría una razón oculta tras ello, cambia de opinión, y se aplica a componer un poema.

La mujer, al oírlo, se queda conmovida ante el refinamiento espiritual del hombre; y le proporciona papel. Él le responde en poesía:

*Tu envío de papel
mediante un emisario divino,
¿quiere decir acaso
que para ti soy como un templo,
amada mía?*

Taroo acoge de buen grado cuanto le viene de la mujer, interpretando que son manifestaciones de buena voluntad. Esto muestra que él está creciendo en autoestima y en respeto a sí mismo. También a partir de ahí podemos colegir que él se muestra sensible al carácter sagrado de su relación con ella.

La mujer proporciona vestimentas a Taroo y lo admite en su aposento íntimo, donde los dos se unen. Hasta llegar a esta unión, entre ambos ha habido un prolongado proceso de toma-y-daca. La mujer ha tenido miedo de Taroo, y lo ha rechazado varias veces. No podía aceptar tal como le venía la naturaleza salvaje de aquel hombre; pero a través del intercambio mencionado, ambos van cambiando. Cuando no más acababan de encontrarse, Taroo sólo sabía expresar en toscos versos su apasionamiento, pero fue ganando en respeto hacia sí mismo y se hizo capaz de agradecer los buenos sentimientos de ella mediante un poema, donde se contempla ya un cambio.

Por su parte, la mujer admite al hombre, que viene de fuera, al interior de la casa, y desde el porche lo hace entrar más allá de los paneles correderos, y así lo va guiando. Poco a poco permite que Taroo se acerque a ella. En el núcleo mismo del miedo que había sentido interiormente, se realiza un encuentro de ella con la naturaleza salvaje de él: hay una integración de lo masculino y lo femenino, así como de naturaleza y cultura.

La mujer luego tiene a Taroo siete días metido en el baño caliente japonés, y al cabo de ese tiempo él sale

como una pulcra joya. El cambio de sentimientos y actitud que se opera en Taroo hacia la mujer se muestra exteriormente mediante esta renovación de su aspecto. El hombre de tez renegrida y sucia se ha convenido en algo comparable a una preciosa joya; y luego, a medida que pasan los días, esa joya parece emitir limpios destellos. Cuando una animalidad y una bestialidad repugnantes son tomadas en consideración y se les permite vivir, el ser que las comporta se transforma en algo precioso, que emana luz de sí. Pues en sí mismo albergaba la energía requerida para cambiar.

El holgazán Taroo es invitado por el Emperador a visitar su palacio. A una orden de su majestad el Emperador, se indaga el linaje de ascendencia de Taroo. Mediante esa investigación, se descubre que el padre de Taroo había sido el segundo príncipe que le naciera al Emperador Ninmei, y luego sería nombrado vice-ministro de la Guardia Imperial. En calidad de tal, sería desplazado a Shinano, donde, al verse sin hijos, acudió muy triste al templo Zenkooji para visitar a Buda y pedirle un hijo. Buda le concedió ese hijo, que fue Taroo. Taroo se vio pronto sin padres, por la muerte de éstos, y pasó a convertirse en una criatura de ínfima condición social.

Pero el Emperador va a designar a Taroo como Vice-ministro de la Guardia Imperial en Shinano, otorgándole además los dominios de Kai y Shinano. Taroo bajó luego a su país natal con su esposa, y gobernó el territorio hasta sus ciento veinte años. Desde entonces, alcanzó el rango de divinidad de la larga vida, siendo nombrado dios propicio de la longevidad en Otaga; y su esposa fue venerada como un avatar de Asai. Más tarde, el holgazán Taroo reveló su verdadera esencia como deidad tutelar de los matrimonios. Cualquier persona que comparecie-

ra ante él para orarle, ya fuera hombre o mujer, obtendría la gracia de que su persona querida le devolviera amor.

Cuando en el interior del corazón se integra aquello que había sido despreciado y reprimido, resulta evidente que allí residía una naturaleza sagrada. La pretensión de Taroo de atraer con engaños a una mujer se correspondería con el típico deseo carnal desatado; pero si tal deseo se integra en la personalidad y muestra su verdadera naturaleza, lo que de ahí puede generarse es nada menos que el dios de los matrimonios, una cálida y sana energía que une a los esposos con lazos de sangre.

En las Sagradas Escrituras existe un pequeño libro muy singular, que es el “Cantar de los Cantares”. Aun estando incluido en la Biblia, entre sus páginas no se encuentra ni una sola vez la palabra “Dios”. Suele considerarse que en su origen fue un cantar de bodas, y ha tomado la forma de un intercambio de canciones entre el rey Salomón y una mujer Sulamita, que es la guardiana de una viña. El cuerpo humano es descrito mediante bellas metáforas, y se habla de sexo abiertamente.

Místicos y escrituristas interpretan este libro como una descripción simbólica de la unión de Dios con el alma humana, o bien de los esponsales místicos de Cristo con su iglesia. Con C.G. Jung a la cabeza, los especialistas en Psicología profunda ven el texto del Cantar como “Mysterium Conjunctionis”: una integración de los dos polos que surgen enfrentados de la hondura del espíritu humano: la feminidad y la masculinidad.

El Cantar puede leerse como un relato del proceso de maduración de la Sulamita –a la que se presenta “morena, pero hermosa” (1,5)–, desde su doncellez hasta que va creciendo en el amor. La joven, nativa de Sulam, de humilde extracción rural, tiene a su cargo la viña de su hermano para guardarla. En el capítulo 2, ella canta:

*Mi amado es para mí,
y yo soy para mi amado.*

Y en el capítulo 7:

*Yo pertenezco a mi amado,
y él suspira por mí.*

La alegría de tener una persona amada se ha tornado para ella en la alegría de ser pretendida por el hombre.

El hombre, en el capítulo 1, alaba las mejillas de su amada, así como su cuello y sus ojos. Y en el capítulo 7 ensalza sus pies, sus muslos, sus partes íntimas, su vientre, sus pechos, su cuello, su cara, su cabeza..., la belleza de su figura erecta. La mujer se muestra a sí misma sin cobertura alguna, en su desnudez natural. Esta descripción refuerza el sentido de intimidad entre los dos. Es posible contemplar el cambio que experimenta la mujer a través del diálogo con su amado y del intercambio de canciones.

En el capítulo 8 se llega a la unión del amado y la amada; y ésta última canta:

*Ponme como un sello sobre tu corazón,
como un sello sobre tu brazo.
Pues el amor es fuerte como la muerte;
y la pasión, cruel como el más allá.*

La muerte y el más allá son la cara oculta de la vida. Quienquiera que esté vivo teme a la muerte, y trata de relegarla al envés sombrío de la conciencia. “El amor fuerte como la muerte” y “la pasión cruel como el más allá (como el mundo de los muertos)” son tratados de la misma manera. Lo que se ha relegado al envés de la conciencia se convierte en negras sombras. Puede afirmarse que en el “Cantar de los Cantares” se refleja el proceso de cómo el amor y la pasión –simbolizados en una mujer

muy morena-, al integrarse en el plano consciente, revelan su hermosa imagen.

Sin embargo, no sería exacto hablar del “Cantar de los Cantares” como de una simple canción de bodas que narra el proceso de maduración de una muchacha en el amor. Como este libro se inserta en las Sagradas Escrituras, por más que no cite a Dios nominalmente, debe referirse a la relación entre el ser humano y Dios. Esto supuesto, el “Cantar” puede entenderse como el proceso de transformación de la humanidad –personificada en la muy morena Sulamita– cuando entra en contacto con Dios –representado por el noble rey Salomón–.

Cuando cotejamos “El holgazán Taroo” con el “Cantar de los Cantares”, advertimos sus curiosas similitudes. El holgazán Taroo es un tipo renegrido y sórdido, de extracción rural; pero a través de su interacción de diálogo y poesía con una mujer, bella como una Bodisatva dorada, los dos llegan a unirse. Taroo se convertirá en una especie de preciosa joya, para venir a mostrar su verdadera naturaleza divina.

En el Cantar de los Cantares, la morena y joven Sulamita, a través de un intercambio poético con el rey Salomón, llegará a manifestarse en su preciosa figura.

En el libro bíblico, que describe a Dios en imagen de hombre –como padre, esposo...– la persona morena es la mujer; en tanto que en el cuento popular japonés, donde la mujer es comparada con la diosa Kannon y con las Bodisatvas femeninas de Buda, el moreno renegrido es un hombre. Tal vez esto se deba a la diferencia de culturas subyacentes a ambos relatos: en el caso de la Biblia, la cultura mantiene a “lo femenino” alejado del plano consciente; mientras que en el caso de nuestro cuento, es “lo masculino” lo que queda alejado del plano consciente.

El cuento de “El holgazán Taroo” y el “Cantar de los Cantares” tienen una curiosa correspondencia entre sí; y lo propio ocurre entre “El hígado de un niño” y el relato del sacrificio de Abraham. Hay un paralelismo de dos a dos, que podría figurar en un biombo de dos cuerpos, teniendo dos imágenes por cada lado del mismo. El judaísmo y cristianismo por una parte, y Japón por otra, con sus respectivas culturas, presentan elementos que parecen complementarse.

CONCLUSIÓN

Los doce cuentos incluidos en este libro son los que más atrajeron mi atención cuando leí varias colecciones de cuentos japoneses. He dividido los doce relatos en cuatro secciones. Los cuentos de la primera sección, que he denominado “Árboles y animales” describen la relación que se establece entre los seres humanos y la naturaleza. En la segunda sección, “Los más pequeños”, sus cuentos revelan la fe que tenían los antiguos japoneses en la presencia de algo divino en los niños. Los cuentos de la tercera sección, “De las tinieblas a la luz”, narran el crecimiento humano a través de las tinieblas, y muestran el conocimiento de una nueva vida tras experiencias próximas a la muerte. La cuarta y última sección, “Lo sagrado de la naturaleza humana. Lo sagrado de la sexualidad”, agrupa cuentos que ponen de relieve la creencia popular en el carácter sagrado de la naturaleza humana.

De aquí a diez años, cualquiera de estas historias me puede sugerir cosas diferentes. Los cuentos populares atesoran una sabiduría de muy abundantes facetas y, según el punto de vista desde el que son leídos, revelarán en cada caso un aspecto distinto de esa sabiduría, y reflejarán simultáneamente el punto de vista propio del lector. Por lo tanto, no existe tal cosa como una interpretación del cuento popular que sea conclusiva y omnicomprensi-

va. A medida que tú, lector, vas leyendo las historias de este libro, te puedes ver reflejado en ellas, y puedes encontrarles significados que yo misma no he visto. Te aconsejo que saques tus propias conclusiones, y enriquezcas tus energías con dicha lectura.

Las doce historias aquí recogidas no son en absoluto las más representativas de entre todos los cuentos populares japoneses. Hay miles de cuentos, aparte de éstos, que ni siquiera conozco. No obstante, en cuanto a los doce de este libro, puede considerarse que revelan ciertos aspectos de la espiritualidad japonesa. Como yo soy por mi profesión escriturista (especialista en las Sagradas Escrituras), cuando me pongo a leer cuentos japoneses me vienen a la mente historias bíblicas que les son afines. Me he quedado asombrada de la semejanzas existentes casi en paralelismo, aun reconociendo la unicidad de cada cultura. Yo diría que los cuentos populares japoneses manifiestan una cultura en la cual “lo masculino” queda alejado del plano consciente, en tanto que la Biblia deja traslucir una cultura donde lo femenino está alejado de dicho plano consciente. Algunos de los relatos, como “El holgazán Taroo” frente al “Cantar de los Cantares”, y a su vez “El hígado de un niño” frente a la historia del sacrificio de Abraham, parecen formar pares, aptos para decorar por ambos lados un simple biombo.

Siendo así que se dan muchos elementos comunes y complementarios, entiendo que la cultura judeo-cristiana y la cultura japonesa, una vez que se contemplan juntas, pueden brindarnos un conocimiento más rico de Dios, de la persona humana –mujeres y hombres– y de la naturaleza en general.

AGRADECIMIENTOS

Mi feliz reencuentro con aquellos cuentos populares japoneses que me acompañaron durante mi infancia se produjo a principios de los años ochenta del pasado siglo, cuando yo hacía unos cursos de Psicología y Espiritualidad en el centro de investigación “Institute for Spiritual Leadership” anejo a la Universidad Loyola de Chicago. En el curso denominado “Simbolismo y oración” nos fomentaban la lectura de cuentos populares, invitándonos a hacer una dramatización de los mismos en el escenario de nuestro propio interior. Me sorprendí al ver cómo unos simples cuentos, que hasta entonces me habían parecido primitivos e infantiles sin más, me hacían ahora internarme en las profundidades de mi espíritu, y me iluminaban sus rincones más recónditos. Me llevaron a una maravillosa experiencia de intuición y discernimiento.

En el mencionado curso leímos cuentos de los hermanos Grimm, mitos de los indios americanos, aventuras del ciclo artúrico y del Santo Grial, etc. Unas fuentes, en suma, que eran para mí extranjeras.

Tras mi regreso a Japón tuve la ocasión de leer muchos cuentos populares japoneses, tanto sola como en grupo. Lo que más me hizo disfrutar a lo largo de aquellas lecturas, que yo emprendía como experiencia personal, fue que nuestros ancestros manifestaban una especial fe en un Ser superior que trasciende a los humanos; y a través de aquellos antepasados nuestros y de la sabiduría que

ellos nos han transmitido en sus narraciones populares, se me concedió sentir al vivo cómo ese Dios se comunica con nosotros.

En un documento contemporáneo del Sínodo de Obispos de la Iglesia Católica se dice que Dios se comunica con la humanidad a través de distintos tiempos y culturas. Precisamente eso es lo que yo experimenté, y puedo confirmarlo así. Las historias narradas por aquellos antepasados expresaban verdades universales básicas, dentro de su coloración cultural única. Me han ayudado a crecer en estima y respeto hacia mi pueblo japonés, no como mejor que otros, pero sí por sus propios méritos. Igualmente me han ayudado a respetarme, fomentando en mí la autoestima.

Por aquella época de mi reencuentro con los cuentos populares, me entregué a varios ministerios apostólicos. En talleres de lectura que yo dirigía, leí mitos y cuentos populares japoneses con los participantes, y compartí con ellos el gozo de descubrir esa sabiduría ancestral que allí se respira, y que a su vez nos ayuda ahora a comprender mejor el cristianismo.

Este libro es en realidad el fruto de la visión conjunta de dos pueblos y sus culturas propias, que se complementan mutuamente. El Instituto de Espiritualidad Cristiana, donde me formé en América, me ha enseñado a encontrar sabiduría y fuerza para la vida en los mitos y leyendas de mi patria. Personas que participaron en los varios talleres que mantuve en Japón han enriquecido mi comprensión de los cuentos populares, al hacerme partícipe de sus reflexiones. El Dr. Robert Bosnak, psicoanalista de la escuela de Jung que estaba ejerciendo entonces en los Estados Unidos, me ayudó a encontrar en mí misma el afán de escribir. De no ser por él, este libro no habría comenzado siquiera a redactarse.

Así pues, este libro es un fruto de la colaboración de muchas personas. Debo agradecer también a mis hermanas en religión –la Superiora Provincial de mi Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, así como mis compañeras, las Hermanas –la ayuda y el apoyo que siempre me han brindado. Muy especialmente agradezco a la señora Haruko Okano, profesora de Teología y actual Rectora de la Universidad Seisen, que, supliendo con su saber y benevolencia mis deficiencias de expresión, me haya escrito amablemente unas animosas palabras de presentación para este libro.

Igualmente agradezco a varios sacerdotes, misioneros de Maryknoll, las expresiones de ánimo con que me han ayudado antes de que mi obra viera la luz.

Sería infinito mencionar a todas las personas que me han ayudado, y por ello expreso aquí mi cálido testimonio de gratitud hacia todas ellas. ¡Muchas gracias! Y sobre todo, ¡gracias sean dadas a Dios!

Mis palabras de agradecimiento se dirigen también a ti, lector de este libro, por interesarte en nuestros cuentos populares japoneses.

Me gustaría expresar mi profunda gratitud a Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala, ante todo por su interés en la cultura japonesa, y también desde luego por traducir mi libro sobre los cuentos japoneses. Estoy igualmente muy agradecida a la Editorial Desclée de Brouwer por haber decidido editar la versión española de **La Espiritualidad de los Cuentos Populares Japoneses**. El cristianismo fue traído a Japón por un español, San Francisco Javier. Yo soy uno de los brotes de esa plantación evangélica de San Francisco Javier. Espero que este libro se convierta en una ocasión más de profundizar en el conocimiento mutuo entre españoles y japoneses.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de procedencia de los cuentos

- El blanco conejo de Inaba*: Kojiki to Jodai Kayo, Shogakukan, 1973.
- El dios de la pobreza*: Mukashi banashi Kenkyu, vol.2, nº 8, ed. K. Seki, 1937.
- ¡Avante, árbol parlante!*: Nihon no Minwa, vol.2, ed. M. Matsutani y S. Segawa, Kadokawa Shoten, 1973.
- El tejón tamborilero*: Nihon no Minwa, ed. N. Kaku, Mirai-sha, vol.30, 1960.
- El divino mocoso*: Nihon no Mukashi-banashi, vol.1, por K. Yanagida, Popula-sha Bunko, 1979.
- La Princesa Uriko* (Aroma de Melón): Nihon no Mukashi-banashi, vol.2, por K. Yanagida, Popula-sha Bunko, 1979.
- El bonzo enanito*: Otogisoshi-shu, Shogakukan, 1974.
- La joven sin brazos*: Nihon no Mukashi-banashi, vol.1, ed. K. Seki, Iwanami Bunko, 1956.
- La oreja que escucha*: ibid.
- Una llama para Año Nuevo*: Nihon no Minwa, vol.6, ed. Nihon Minwa no Kai, Sekai Bunka-sha, 1981.
- El hígado de un niño*: Nihon no Minwa, vol.6, ed. M. Matsutani y S. Segawa, Kadokawa Shoten, 1973.
- El holgazán Taroo*: Otogisoshi-shu, ibid.

caminos

Director de Colección: FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN

1. MARTÍN BIALAS: *La “nada” y el “todo”*.
2. JOSÉ SERNA ANDRÉS: *Salmos del Siglo XXI*.
3. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*.
5. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *Desde lo oscuro al alba*.
6. KARLFRIED GRAF DUCKHEIM: *El sonido del silencio*.
7. THOMAS KEATING: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús*.
8. HELEN CECILIA SWIFT: *Meditaciones para andar por casa*.
9. THOMAS KEATING: *Intimidad con Dios*.
10. THOMAS E. RODGERSON: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés*.
11. PIERRE WOLFF: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. JOSEP VIVES S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz*.
13. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La mitad descalza. Oremus*.
14. M. BASIL PENNINGTON: *La vida desde el Monasterio*.
15. CARLOS RAFAEL CABARRÚS S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento*.
16. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle*.
17. PABLO GARCÍA MACHO: *La pasión de Jesús. (Meditaciones)*.
18. JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE y JUAN ANTONIO TORRES PRIETO: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo*.
19. WILLIAM A. BARRY S.J.: *Dejar que le Creador se comuniquen con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*.
20. WILLIGIS JÄGER: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*.
21. MIGUEL MÁRQUEZ CALLE: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo*.
22. GUILLERMO RANDLE S.J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman*.
23. JAMES EMPEREUR: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual*.
24. WALTER BRUEGGEMANN, SHARON PARKS y THOMAS H. GROOME: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral*.
25. JOHN WELCH: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús*.
26. JUAN MASIÁ CLAVEL S.J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo*.
27. ANTONIO FUENTES: *La fortaleza de los débiles*.
28. GUILLERMO RANDLE S.J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola*.
29. SHLOMO KALO: *“Ha llegado el día...”*.
30. THOMAS KEATING: *La condición humana. Contemplación y cambio*.
31. LÁZARO ALBAR MARÍN Pbro.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andréi Rublev*.
32. THOMAS KEATING: *Crisis de fe, crisis de amor*.

33. JOHN S. SANFORD: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación.*
34. WILLIGIS JÄGER: *La ola es el mar. Espiritualidad mística.*
35. JOSÉ-VICENTE BONET: *Tony de Mello. Compañero de camino.*
36. XAVIER QUINZÁ: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo.*
37. EDWARD J. O'HERON: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más.*
38. THOMAS KEATING: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa.*
39. ANNE BRENNAN y JANICE BREWI: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. FRANCESC RIERA I FIGUERAS, S.J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. BENOÎT A. DUMAS: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. MAURICE ZUNDEL: *Otro modo de ver al hombre.*
44. WILLIAM JOHNSTON: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*
45. MARIA JAUDI: *Misticismo cristiano en Oriente y Occidente. Las enseñanzas de los maestros.*
46. MARY MARGARET FUNK: *Por los senderos del corazón. 25 herramientas para la oración.*
47. TEÓFILO CABESTRERO: *¿A qué Jesús seguimos? Del esplendor de su verdadera imagen al peligro de las imágenes falsas.*
48. SERVAIS TH. PINCKAERS: *En el corazón del Evangelio. El "Padre Nuestro".*
49. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu.*
50. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Junto al pozo. Aprender de la fragilidad del amor.*
51. ANSELM GRÜN: *Autosugestiones. El trato con los pensamientos.*
52. WILLIGIS JÄGER: *En cada ahora hay eternidad. Palabras para todos los días.*
53. GERALD O'COLLINS: *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura.*
54. PEDRO BARRANCO: *Hombre interior. Pistas para crecer.*
55. THOMAS MERTON: *Dirección espiritual y meditación.*
56. MARÍA SOAVE: *Lunas... Cuentos y encantos de los Evangelios.*
57. WILLIGIS JÄGER: *Partida hacia un país nuevo. Experiencias de una vida espiritual.*
58. ALBERTO MAGGI: *Cosas de curas. Una propuesta de fe para los que creen que no creen.*
59. JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.: *La sementera del silencio.*
60. THOMAS MERTON: *Orar los salmos.*
61. THOMAS KEATING: *Invitación a amar. Camino a la contemplación cristiana.*
62. JACQUES GAUTIER: *Tengo sed. Teresa de Lisieux y la madre Teresa.*
63. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Aún queda un lugar en el mundo.*
64. ANSELM GRÜN: *Fe, esperanza y amor.*

65. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Regreso a la felicidad del silencio.*
66. CHRISTOPHER GOWER: *Hablar de sanación ante el sufrimiento.*
67. KATTY GALLOWAY: *Luchando por amar. La espiritualidad de las bienaventuranzas.*
68. CARLOS RAFAEL CABARRÚS: *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud.*
69. FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, O.C.D.: *El cielo en la Tierra. Sor Isabel de la Trinidad.*
70. THOMAS MERTON: *Paz en tiempos de oscuridad. El testamento profético de Merton sobre la guerra y la paz.*
71. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su presencia.*
72. THOMAS KEATING: *Mente abierta, corazón abierto. La dimensión contemplativa del Evangelio.*
73. ANSELM GRÜN - RAMONA ROBBEN: *Marcar límites, respetar los límites. Por el éxito de las relaciones.*
74. TEÓFILO CABESTRERO: *Pero la carne es débil. Antropología de las tentaciones de Jesús y de nuestras tentaciones.*
75. ANSELM GRÜN - FIDELIS RUPPERT: *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana.*
76. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Las dos puertas. La reconciliación interior en la experiencia del silencio.*
77. THOMAS MERTON: *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952).*
78. PATRICIA MCCARTHY: *La palabra de Dios es la palabra de la paz.*
79. THOMAS KEATING: *El misterio de Cristo. La Liturgia como una experiencia espiritual.*
80. JOSEPH RATZINGER -BENEDICTO XVI-: *Ser cristiano.*
81. WILLIGIS JÄGER: *La vida no termina nunca. Sobre la irrupción en el ahora.*
82. SANAE MASUDA: *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses.*

Los mitos y los cuentos folclóricos aportan peculiares visiones sobre el ser humano, la vida y el mundo, que impregnan aún hoy el modo de vida de muchos pueblos dotados de culturas diferentes. Los relatos de nuestros antepasados contienen verdades básicas y universales, coexistiendo éstas a su vez con el carácter singular de cada cultura. La autora de este libro espera que sus lectores encuentren, en estas sencillas historias del lejano Japón, ideas y realidades compartidas por nuestras respectivas culturas.

Sanae Masuda es religiosa de la Congregación del Sagrado Corazón, y miembro del Instituto Investigador de la Cultura Cristiana, en la Universidad del Sagrado Corazón, de Tokio. Su campo de estudio es la Teología Bíblica, así como la Mitología. Es autora de obras que versan sobre cuentos folclóricos, mitos y leyendas. Entre ellas se encuentran: "El corazón que tiende un puente entre la Biblia y los Mitos Japoneses" (en japonés) y "La fe de nuestros ancestros, reflejada en la leyenda de Urashima" (en japonés).



ISBN: 978-84-330-2196-0



9 788433 021960

www.edesclée.com

Desclée De Brouwer